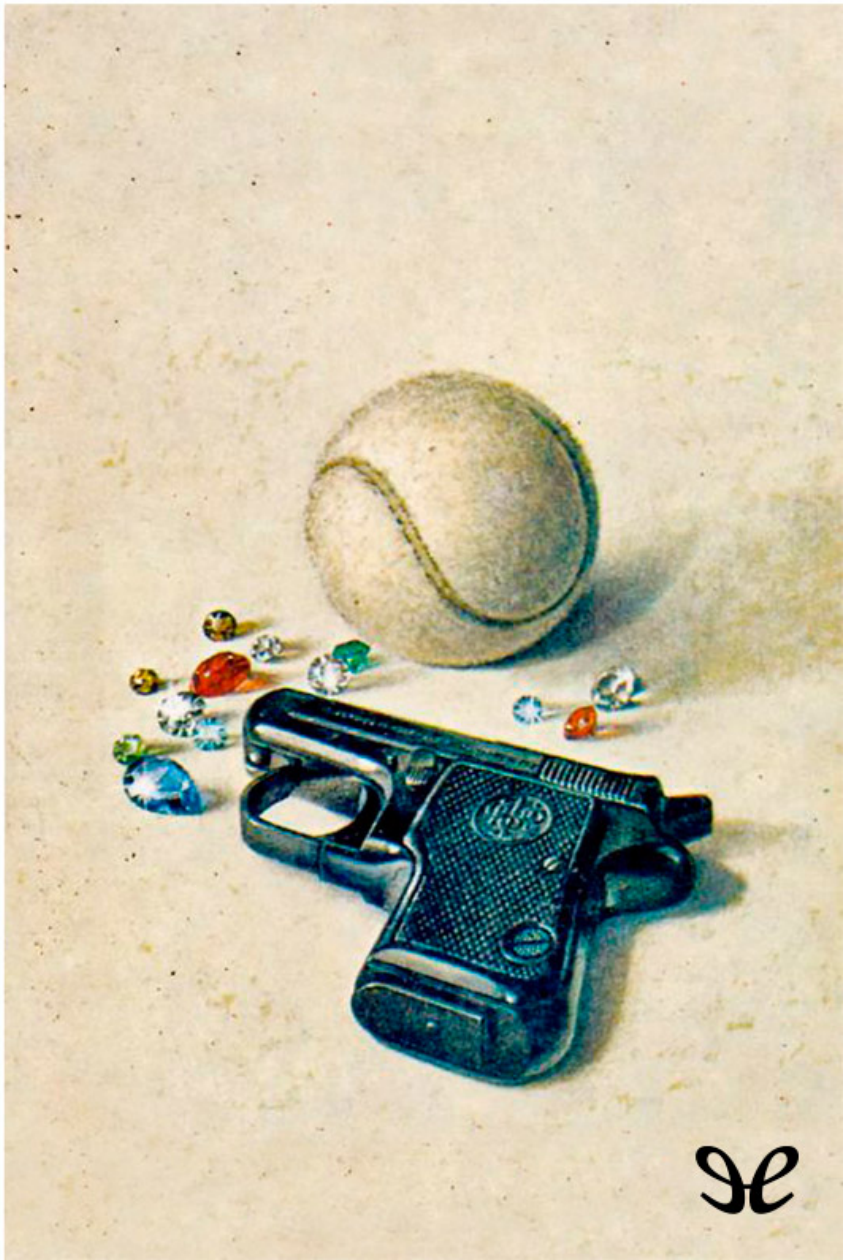
AGATHA CHRISTIE

UN GATO EN EL PALOMAR

Selecciones de Biblioteca Oro



En el sultanato de Ramat se ha producido una grave insurrección: el príncipe Alí Yusuf confía las fabulosas joyas de la familia a su piloto Bob Rawlinson, quien las esconde en el equipaje de su hermana Joan. Poco después el príncipe y su piloto mueren en un accidente de aviación. Joan viaja a Inglaterra con su hija Jennifer a la que interna en un distinguido colegio para señoritas. Allí entre las palomas se ha escondido un gato asesino, al que sólo la sagacidad de Hércules Poirot podrá cortar sus afiladas uñas.

Agatha Christie

Un gato en el palomar

Hércules Poirot - 34

ePub r1.3
Titivillus 02.08.16

Título original: *Cat Among the Pigeons*
Agatha Christie, 1959
Traducción: Francisco Abril Mallorquí
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Poe (r1.0 - r1.2)
ePub base r1.2

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ATKINSON: Un periodista político del príncipe Alí Yusuf.

BLAKE: Una de las maestras del colegio Meadowbank, internado para señoritas.

BLANCHE (Angele): Profesora de francés en el citado colegio.

BRIGGS: Viejo jardinero de ese mismo centro.

BULSTRODE (Honoria): Fundadora y directora del colegio nombrado.

CHADWICK: Cofundadora con la anterior y profesora de matemáticas de Meadowbank.

EDMUNDSON (John): Tercer secretario de la Embajada Británica en Oriente. Amigo de Bob.

GEORGE: Fiel ayuda de cámara de Hércules Poirot.

GOODMAN (Adam): Joven jardinero del nombrado colegio.

HOWARD: Del consulado británico en Ankara.

JOHNSON (Bárbara): Prefecta de Meadowbank.

KELSEY: Detective inspector.

O'CONNOR (Derek): Funcionario del Foreign Office.

PIKEAWAY (Ephraim): Coronel, al Servicio del Foreign Office.

POIROT (Hércules): Célebre detective belga.

RAWLINSON (Bob): Capitán aviador, íntimo amigo del príncipe Alí

Yusuf.

RATHBONE (Dennis): Pretendiente de Ann Shapland.

RICH (Eileen): Eficiente profesora del ya citado colegio.

ROWAN: Una joven maestra del repetido internado.

SHAISTA: Princesa egipcia, sobrina del emir Ibrahim, prima de Alí Yusuf y alumna de Meadowbank.

SHAPLAND (Ann): Secretaria de la señora Bulstrode.

SPRINGER (Grace): Profesora del repetido centro escolar. Asesinada.

STONE: Comisario de Policía.

SUTCLIFFE (Joan): Hermana de Bob.

SUTCLIFFE (Jennifer): Joven hija de la anterior y alumna de Meadowbank.

UPJOHN: Señora amante de los viajes y madre de Julia.

UPJOHN (Julia): Alumna del repetido colegio.

VANSITTART: Profesora y secretaria del centro escolar citado.

YUSUF (Alí): Caíd del principado hereditario de Ramat y depuesto por los revolucionarios.

PRÓLOGO

El último trimestre del curso

1

Era el día de apertura del último trimestre de curso en el Colegio de Meadowbank. Los rayos del Sol poniente caían sobre la amplia explanada de grava situada delante del edificio. La puerta de la fachada principal estaba hospitalariamente abierta en toda su amplitud, y bajo su dintel, encajando admirablemente con el estilo georgiano del soportal de la casa, permanecía erguida la señorita Vansittart, cada cabello en su sitio, vistiendo un traje de chaqueta de corte impecable.

Aquellos padres que no estaban mejor informados, la tomaban por la misma señora Bulstrode, eminente persona, ignorando que ésta tenía por norma retirarse en tales coyunturas a una especie de *sanctasanctórum*, en donde sólo recibía a una minoría selecta y privilegiada.

A un lado de la señora Vansittart, operando en un plano ligeramente distinto, se encontraba la señorita Chadwick, confortativa, todo ella erudición, y tan vinculada al internado que hubiera sido imposible imaginarse Meadowbank sin ella. Nunca se había separado de allí. Las señoritas Bulstrode y Chadwick habían fundado el colegio de Meadowbank conjuntamente. Esta última usaba lentes de pinza, era cargada de espaldas, vestía con desaliño, conversaba con amable vaguedad, pero resultaba ser una lumbrera

en matemáticas.

De un extremo a otro de la casa notaban diversas palabras y frases de bienvenida, proferidas por la señorita Vansittart con cortesía.

—¿Qué tal, señora Arnold…? Cuénteme, Lydia, ¿saboreó usted su crucero por las islas del Egeo? ¡Qué oportunidad tan maravillosa! ¿Sacó usted buenas fotografías?

—Sí, *lady* Garnett, la señorita Bulstrode recibió su carta referente a las clases de arte, y todo se ha puesto ya.

—¿Cómo está, señora Bird? Pues no me parece que la señorita Bulstrode tenga hoy tiempo para discutir esos pormenores. La señorita Rowan anda por aquí cerca. Si desea tratarlo con ella…

—Te hemos cambiado de dormitorio, Pamela. Ahora estás en el ala opuesta, dando al manzano…

—En efecto, *lady* Violet, hemos padecido un tiempo aborrecible en lo que va de primavera. ¿Es éste el más pequeño de sus hijos? ¿Cómo se llama? ¿Héctor? ¡Qué aeroplano más bonito tienes, Héctor!

—*Très heureuse de vous revoir, madame. Ah, je regrette, ce ne serait pas possible, cet après-midi. Mademoiselle Bulstrode est tellement occupée.*

—Buenas tardes, profesor. ¿Ha descubierto usted nuevos objetos de interés en sus excavaciones?

2

En una salita del primer piso, Ann Shapland, la secretaria de la señorita Bulstrode, pulsaba las teclas de una máquina con rapidez y eficiencia. Ann era una joven de treinta y cinco años, de agradable apariencia, con el pelo peinado tan tirante que producía el efecto de llevar encasquetado un gorrito negro de satén. Conseguía resultar atractiva cuando éste era su propósito, pero la vida le había enseñado que siendo activa y competente se lograban a menudo mejores resultados y se evitaban enojosas complicaciones. Por el momento se estaba concentrando en ser todo aquello que para secretaria de la rectora de un afamado internado de señoritas se

requería.

De rato en rato, y al tiempo que insertaba una nueva hoja en la máquina de escribir, echaba una ojeada a través de la ventana, registrando interés en quienes llegaban.

—¡Cielo Santo! —exclamó, asombrada, Ann, para sí misma—. No tenía idea de que todavía nos quedaran tantos chóferes en Inglaterra.

Mientras un majestuoso «Rolls Royce» se ponía en marcha, ella, a pesar suyo, sonrió al ver subir un pequeño «Austin» deteriorado por el paso implacable de los años. De él se apeó un padre, de aspecto fatigado, con su hija, que parecía encontrarse mucho más sosegada.

Cuando él aguardaba indeciso, la señorita Vansittart emergió de la casa dispuesta a cumplir con su cometido.

—¿El mayor Hargreaves? ¿Y usted es Alison? Pasen dentro. Me agradaría que examinara personalmente el cuarto que va a ocupar Alison, y así…

Ann hizo una mueca burlona y se dispuso a continuar tecleando.

«La Vansittart, toda perfección, parece una actriz consumada —comentó Ann para su coleto—. Sabe imitar todo el repertorio de recursos escénicos de la Bulstrode. En realidad, es lo que se dice una buena cómica».

Un enorme «Cadillac» de una opulencia poco menos que avasalladora, pintado en dos tonos, celeste y frambuesa, dio un viraje (con las dificultades que implicaban sus dimensiones), y vino a frenar detrás del decrépito «Austin» del Honorable mayor Alistair Hargreaves.

El chófer salió de un brinco para abrir la portezuela, y un inmenso hombre barbudo, de tez morena, cubierto con una flotante chilaba de genuino pelo de camello, descendió del coche seguido de una lámina arrancada de una revista de modas parisiense y de una esbelta jovencita morena.

«Ésa debe ser la princesa Nosecuantos —pensó Ann—. No puedo imaginármela de uniforme colegial, pero supongo que mañana se verificará la metamorfosis…».

Tanto la señorita Vansittart como la señorita Chadwick se hicieron presentes en esta ocasión.

—Serán conducidos ante la presencia de «Su Majestad la

Rectora» —determinó Ann.

Entonces se le ocurrió, cosa harto extraña, que no era plan el ponerse a sacar chistes a costa de la señorita Bulstrode. La señorita Bulstrode era alguien.

«Así es que a lo mejor te puedes dedicar, hija mía, a tener un poco de cuidado con lo que piensas —se dijo—, y concluir estas cartas sin equivocarte».

Y no es que Ann soliera cometer errores. Podía permitirse el lujo de elegir sus puestos de secretaria. Había llevado la contabilidad del director general de una compañía petrolífera, y sido secretaria particular de *sir* Mervyn Todhunter, renombrado tanto por su erudición como por su irritabilidad y por lo ilegible de su escritura. Entre sus ex jefes se contaban dos ministros del Gabinete y un funcionario del Estado que ocupaba un alto cargo. En conjunto, sus empleos habían discurrido siempre entre hombres, y ella conjeturaba si le resultaría grato verse enteramente inmersa entre mujeres. Después de todo, ella lo consideraba como una experiencia. Pero siempre podría contar con Dennis volviendo de Malaya, de Birmania, de diversas partes del mundo… Igual de enamorado que siempre, suplicándole una vez más que se casara con él. ¡El querido Dennis! Pero sería tan sosa la vida matrimonial con él…

Iba a echar de menos las compañías masculinas en un futuro muy próximo. ¡Tantos tipos de pedagogas y ningún otro hombre en aquel lugar más que un jardinero casi octogenario…!

Pero a esto, Ann se encontró con una sorpresa. Al mirar por la ventana, advirtió la presencia de un hombre recortando el seto al otro lado de la calzada. Evidentemente, era un jardinero, pero muy distante de los ochenta. Era joven, moreno y guapo. Ann se hacía cábalas respecto a él… Se había hablado algo de tomarle un ayudante al jardinero, pero éste no tenía pinta de ser ningún patán. Bueno, es que hoy día, la gente se dedica a hacer toda clase de trabajos. Sería un muchacho que necesita reunir un poco de dinero para uno u otro proyecto o, meramente, para seguir tirando. Pero hacía su trabajo con la maña que sólo da la experiencia. Lo más presumible es que fuera un auténtico jardinero, después de todo.

«Por su facha —decidió Ann para sus adentros—, yo diría que ese tipo tiene gracia».

Sólo le quedaba una carta por escribir, observó complacida, y luego podría dar una vuelta por el jardín.

3

En el piso de arriba, la señorita Johnson, la prefecta, se dedicaba a asignar habitaciones, dar la bienvenida a las nuevas alumnas y saludar a las antiguas.

Estaba encantada de que se hubieran reanudado las clases. Nunca acertaba a qué dedicarse durante las vacaciones. Tenía dos hermanas casadas con las que se iba a vivir alternativamente, pero, como es natural, a éstas les preocupaban más sus propios quehaceres y familias que Meadowbank. A la señorita Johnson, si bien estaba encariñada con sus hermanas, como era deber, solamente le interesaba Meadowbank.

Sí, era delicioso el que hubiera dado comienzo otro trimestre…

—Señorita Johnson…

—¿Qué, Pamela?

—Fíjese, señorita Johnson; debe haberse derramado algo dentro de mi neceser. Se me ha puesto pringando todo. A mí me parece que es brillante.

—¡Vaya, vaya, vaya!… —exclamó la señorita Johnson, apresurándose a prestar su ayuda.

4

Mademoiselle Blanche, la nueva profesora de francés, estaba paseándose por la pradera de césped que se extendía desde el lado de la calzada, contemplando con ojos apreciativos al fornido joven que arreglaba el seto.

«*Assez bien*», pensó.

Mademoiselle Blanche era enjuta, producía la impresión de ser apocada, y pasaba inadvertida, aunque a ella no se le escapaba

detalle.

Dirigió su vista a la procesión de coches que se deslizaban hasta la puerta principal, evaluándolos en términos monetarios. ¡Este Meadowbank era indiscutiblemente *extraordinaire*! Ella resumió en un cálculo mental las ganancias que la señorita Bulstrode debería estar haciendo.

Sí, ¡no había duda! *Extraordinaire*!

5

La señorita Rich, que enseñaba inglés y geografía, avanzaba hacia la casa con paso rápido dando algún que otro traspiés, porque como era habitual en ella, olvidaba mirar donde pisaba. Su rodete, también como de costumbre, se le había aflojado, y le colgaba el pelo. Irradiaba una expresión vehemente en su poco agraciado rostro.

Decía para sí misma:

«¡Estar otra vez de regreso! ¡Estar aquí…!, parecen haber pasado siglos».

Tropezó con un rastrillo sobre el cual cayó. El joven jardinero le ofreció un brazo, diciéndole:

—Apóyese, señorita.

Eileen Rich le dio las gracias sin concederle una mirada.

6

La señorita Rowan y la señorita Blake, las dos más jóvenes de entre las maestras, vagaban hacia el pabellón de deportes. La señorita Rowan, mujer flaca y de cutis oscuro, era extremadamente decidida. La señorita Blake era rubia y regordeta. Iban discutiendo con animación sus recientes aventuras en Florencia: los cuadros y esculturas que habían visto, los árboles frutales en floración y las atenciones (que ellas se barruntaron indecorosas), de dos

distinguidos jóvenes italianos.

—Desde luego ya se sabe —aseveró la señorita Blake—, cómo se las gastan los italianos.

—No tienen la menor inhibición —convino la señorita Rowan, que había estudiado psicología y ciencias económicas—. Se nota que no tienen doblez alguna ni represiones.

—Pero Giuseppe se quedó muy gratamente impresionado al enterarse de que yo era profesora de Meadowbank —dijo la señorita Blake—. Se volvió mucho más respetuoso de repente. Tiene una prima que desea venir aquí, pero la señorita Bulstrode no estaba segura de tener vacante.

—Meadowbank es un colegio de indiscutible consideración —aseguró satisfecha la señorita Rowan—. Verdaderamente, el nuevo pabellón de deportes tiene una apariencia grandiosa. Jamás imaginé que llegaría a estar listo a tiempo.

—La señorita Bulstrode dijo que tenía que estarlo —hizo saber la señorita Blake, con el tono de quien ha pronunciado la última palabra.

—¡Oh! —agregó la señorita Rowan estremecida.

La puerta del pabellón de deportes se abrió bruscamente, y emergió de él una joven huesuda de cabellos de color zanahoria. Les clavó la vista de una manera poco amigable y desapareció rápidamente.

—Ésa debe ser la nueva instructora de gimnasia y deportes —conjeturó la señora Blake—. ¡Qué grosera!

—No es un suplemento demasiado grato, que digamos, del cuadro de profesoras —adujo la señorita Blake—. La señorita Josen, su predecesora, era por lo contrario, toda afabilidad y simpatía.

—Nos ha mirado de hito en hito; de eso no cabe duda —remató la señorita Blake, agraviada.

Ambas se sintieron completamente desazonadas.

7

El salón de la señorita Bulstrode tenía ventanales que daban a dos direcciones; una hacia la calzada y pradera de césped más allá de

ésta, y la otra hacia un bancal de rododendros por detrás de la casa.

Era una habitación de lo más solemne, pero la señorita Bulstrode era una mujer bastante más solemne todavía. Era alta, y de porte más bien majestuoso, con un pelo grisáceo muy bien cuidado, unos ojos pardos chispeantes de humor, y una boca cuyos rasgos denunciaban firmeza de carácter. La buena marcha del colegio (y Meadowbank era uno de los más prósperos de Inglaterra) se debía por completo a la personalidad de su rectora. Era muy costoso, pero el lucro no era su fin primordial. Se podría explicar mejor diciendo que si bien era verdad que hacían pagar hasta el aire que se respiraba, no era menos cierto que por ese dinero ofrecían lo mejor de todo a cambio.

Las niñas recibían una educación orientada por sus propios padres, pero de acuerdo también con el criterio de a señorita Bulstrode, y el resultado de ambos sistemas parecía ser satisfactorio. Debido a los elevados honorarios, la señorita Bulstrode se hallaba en situación de poder costear una dependencia completísima de personal. Nada se hacía allí lo que pudiéramos llamar en serie. Pero, aunque se siguieran directrices individuales, la disciplina no brillaba por su ausencia. «Disciplina, pero no militarizada», era el lema de la señorita Bulstrode. La disciplina, sostenía ella, le era conveniente a la gente joven; les infundía un sentimiento de seguridad. Pero si se militarizaba se les inducía al enojo. Sus alumnas formaban un conjunto muy variado. En él estaban incluidas diversas extranjeras aristócratas, y, a menudo, éstas eran de sangre real. También había chicas inglesas de excelentes familias o de la alta burguesía que necesitaban imponerse en materias de cultura general, bellas artes y adquirir un conocimiento de la vida y una experiencia social que habría de convertirlas en mujeres agradables de mundana desenvoltura y capaces de tomar parte en una discusión inteligente de no importa qué tema. Había también chicas cuyo propósito era trabajar en firme, preparar exámenes de tipo preuniversitario y graduarse, con el tiempo, por cuya razón sólo necesitaban buena enseñanza y una atención especial; otras que habían reaccionado desfavorablemente ante el género de vida de los colegios estereotipados. Pero la señorita Bulstrode tenía sus normas: no admitía ineptas o delincuentes juveniles, y prefería ingresar chicas cuyos padres le agradasen y en las que ella misma

vislumbrara trazas de progreso. Las edades de sus alumnos oscilaban entre muy amplios límites. Había chicas a quienes en épocas pasadas les habría colocado la etiqueta de «preparada para su presentación en sociedad», y había también algunas párvulas cuyos padres se encontraban de viaje por el extranjero, y para las que la señorita Bulstrode tenía interesantes vacaciones en proyecto. El último e inapelable tribunal era la propia aprobación de la señorita Bulstrode.

En este momento permanecía en pie al lado de la chimenea escuchando la ligeramente quejumbrosa voz de la señora de Gerald Hope. Con gran previsión, no había sugerido a la señora Hope que tomara asiento.

—Verá, es que Enriqueta es en sumo grado diferente a las demás. Muy diferente, se lo aseguro. Nuestro médico de cabecera opina…

La señorita Bulstrode asintió con la cabeza siguiéndole la corriente, y reprimiendo en sus labios la mordaz frase que a veces estaba tentada de dejar escapar:

«¿Pero no se da usted cuenta, ¡so imbécil!, de que eso es lo que a toda madre sin sentido le da por decir de sus hijas?».

Habló con firme comprensión.

—No tiene por qué inquietarse, señora Hope. La señorita Rowan, miembro de nuestro profesorado, es una psicóloga magníficamente preparada. Estoy segura de que se quedará sorprendida del cambio que se verificará en Enriqueta (de por sí una niña inteligente y encantadora, y demasiado buena para usted), después de uno o dos trimestres aquí.

—Sí, ya lo sé. Ustedes consiguieron maravillas de la niña de los Lambeth. ¡Verdaderas maravillas! Por eso estoy contenta. Y…, ¡ah, ya!, se me olvidaba… Dentro de seis semanas salimos para el Sur de Francia. Pensé en llevarme a Enriqueta. Me gustaría que se tomara entonces un breve descanso en sus estudios.

—Me temo que eso va a ser de todo punto imposible —replicó con viveza la señora Bulstrode, lanzando una sonrisa encantadora, como si estuviera accediendo a una petición en lugar de denegarla.

—¡Oh, pero! —la señora Hope titubeó, mostrando mal genio en su débil y petulante cara—. Tengo que insistir, ya lo creo. Después de todo, es mi hija.

—Exactamente; pero el colegio es mío —replicó la señorita Bulstrode.

—Entonces, ¿es que no puedo sacar la niña del colegio cuando se me antoje?

—¡Oh, sí! —concedió la señorita Bulstrode—. Puede hacerlo. Claro que puede hacerlo. Pero, en ese caso, yo no volvería a admitirla.

La señora Hope se puso entonces verdaderamente furibunda.

—Considerando la cuantía de los honorarios que pago aquí…

—Exactamente —admitió la señorita Bulstrode—. Usted eligió mi colegio para su hija, ¿no es así?, igual que eligió ese precioso modelo de Balenciaga que lleva puesto. Pues, acéptelo tal como es o déjelo. Porque es un Balenciaga, ¿no? Gusta mucho encontrar una mujer con auténtico buen gusto en el vestir.

Envolvió con su mano la de la señora Hope, apretándola, y guió sus pasos imperceptiblemente en dirección de la puerta de salida.

—No se intranquilice lo más mínimo. ¡Ah! Ahí tiene a Enriqueta esperándola —miró con aprobación a Enriqueta, una simpática niña de inteligencia equilibrada si las hay, digna de mejor madre—. Margaret, conduzca a la señorita Hope a la señorita Johnson.

La señorita Bulstrode se retiró a su salón y pocos momentos más tarde estaba hablando francés.

—Pues claro que sí, excelencia, su sobrina puede aprender bailes modernos de salón. Es de lo más importante socialmente. Y los idiomas son asimismo imprescindibles.

Los siguientes en llegar venían precedidos de tal ráfaga de un perfume caro como para tumbar a la señorita Bulstrode.

«Debe verterse a chorros un tarro entero de extracto todos los días», anotó mentalmente la señorita Bulstrode al cumplimentar a la mujer de cutis trigueño que venía exquisitamente vestida.

—*Enchantée, madame*.

Madame rió entre dientes de una manera primorosa.

El corpulento y barbudo personaje de atavíos orientales cogió la mano de la señorita Bulstrode, hizo una reverencia, y dijo en muy buen inglés:

—Tengo el honor de acompañar a la princesa Shaista hasta usted.

La señorita Bulstrode estaba impuesta de todo lo concerniente a

su nueva alumna, que acababa de llegar de un colegio de Suiza, pero tenía una idea muy nebulosa referente a su escolta. «No debe ser el emir en persona —juzgó—, todo lo más un ministro o un *chargé d'affaires*». Como era su costumbre cuando se hallaba apurada ante una duda auténtica, recurrió al socorrido título de *Excellence* y le garantizó que cuidarían de la princesa Shaista con el mayor esmero.

Shaista sonreía cortésmente. Iba también vestida y perfumada a la moda. La señorita Bulstrode sabía que tenía quince años, pero como muchas jóvenes orientales y de países del litoral mediterráneo, parecía mayor de lo que era por estar completamente desarrollada. La señorita Bulstrode conversó con ella acerca de sus proyectos de estudio y experimentó gran satisfacción al advertir que le respondía con presteza en un inglés correcto y sin lanzar esa risita boba que tratan de esconder las adolescentes. Era evidente que sus modales, si se compara con aquellos desmañados de la mayoría de las colegialas inglesas de quince años, superaban a éstos con gran ventaja. La señorita Bulstrode había pensado a menudo que sería una acertada idea enviar chicas inglesas a los países del cercano Oriente, para que allí les enseñaran etiqueta y buenas maneras. Se profirieron más cumplidos por ambas partes, y, entonces, el salón se quedó otra vez desocupado, aunque todavía saturado de tan penetrante perfume, que la señorita Bulstrode tuvo que abrir las ventanas de par en par con el fin de que se disipara un poco.

Las próximas en llegar fueron la señora Upjohn y su hija Julia.

La señora Upjohn era una afable mujer, rondando los cuarenta, pelirroja y manchada de pecas. Llevaba un sombrero que no le iba en absoluto y que, indudablemente, era una concesión a la formalidad propia del caso ya que ella pertenecía al tipo de mujeres jóvenes que tienen por costumbre ir destocadas.

Julia era una niña corriente, asimismo pecosa, con una frente que denotaba bastante inteligencia y aire de buen natural.

Los preliminares se llevaron a cabo de prisa, y Julia fue enviada, vía Margaret, a la señorita Johnson. La niña dijo animadamente, mientras salía:

—Adiós, mamá. Ten mucho cuidado al encender esa estufa de gas ahora que yo no estaré en casa para hacerlo.

La señorita Bulstrode se volvió, sonriente, hacia la señora Upjohn, pero no le indicó que tomara asiento. No tendría nada de particular que, pese a la apariencia de jovial sentido común que tenía Julia, su madre creyera verse en la necesidad de explicar que la suya era una niña muy especial.

—¿Tiene algo en particular que encargarme con respecto a Julia? —preguntó.

La señora Upjohn replicó con júbilo.

—¡Oh, no! No lo creo. Julia es un tipo de niña muy corriente. Completamente sana y todo eso. Creo, además, que tiene un cerebro en bastante buenas condiciones. Aunque yo me atrevería a decir que todas las madres piensan del mismo modo con respecto a sus hijas, ¿no es así?

—Las madres difieren una de otras —sentenció la señorita Bulstrode con sombría entonación.

—Es magnífico para ella el poder venir aquí —aseveró la señora Upjohn—. En realidad, es una tía mía quien lo paga, o me ayuda en gran parte a pagarlo. Yo no podría costearlo por mí misma. Pero estoy lo que se dice encantada de ello y Julia lo mismo —se dirigió hacia la ventana, diciendo con envidia—: ¡Qué hermoso jardín! ¡Y tan esmeradamente cuidado! Deben tener ustedes una colección de auténticos jardineros para poder cuidarlo.

—Teníamos tres —le explicó la señorita Bulstrode—, pero de momento estamos faltas de ellos; vienen a echarnos una mano unos de la localidad.

—Desde luego, el inconveniente de hoy en día —observó la señora Upjohn— estriba en que a quien se llama un jardinero no es, la más de las veces, otra cosa que un simple lechero, pongo por caso, necesitado de obtener ingresos extras en sus ratos libres, o un viejo de ochenta años. A veces pienso que… ¿Cómo…? —exclamó la señora Upjohn, observando a través del ventanal—, ¡qué cosa más extraordinaria!

La señorita Bulstrode concedió a esta repentina exclamación menos importancia de la que hubiera debido, por haber lanzado ella misma una ojeada fortuita en aquel preciso instante a través de la ventana que daba al matorral de rododendros, y había percibido una visión altamente enfadosa: se trataba de nada menos que de *lady* Verónica Carlton-Standways, describiendo eses a lo largo de su

camino, murmurando para sí misma, en un estado evidente de embriaguez avanzada.

Lady Verónica no era un peligro ignorado. Se trataba de una mujer encantadora, profundamente unida a sus dos hijas gemelas, y muy agradable, según decían, cuando era *ella misma*. Pero desgraciadamente, en imprevistos intervalos, no era así. Su marido, el mayor Carlton-Standways, la sobrellevaba bastante bien. Vivía con ellos una prima que, por lo general, la tenía al alcance de su vista para vigilarla y apartar sus pasos del peligro si llegaba el caso. El día de las competiciones deportivas, acompañada del marido y de su prima, que no se separaba de ella, *lady* Verónica aparecía completamente despejada y magníficamente vestida, siendo el patrón a imitar de la madre modelo. Pero había veces en que *lady* Verónica conseguía zafarse de sus bienquerientes, se ponía como una cuba, y se iba flechada en busca de sus hijas para hacerles protestas de su amor maternal. Las mellizas habían llegado por tren en la mañana de aquel día, y nadie en el colegio había contado con la aparición de *lady* Verónica.

La señora Upjohn continuaba charlando sin que la señorita Bulstrode la escuchara. Ésta última consideraba varias determinaciones a tomar, porque se dio cuenta de que *lady* Verónica se estaba aproximando vertiginosamente a la fase truculenta. Pero de repente, como llovida del cielo, apareció la señorita Chadwick, con paso acelerado y ligeramente jadeante. «La fiel Chaddy —pensó la señorita Bulstrode—. Siempre se puede contar con ella, ya se trate de un corte en una arteria o de un familiar embriagado».

—Es una ignominia —le vociferó *lady* Verónica—. Intentaron mantenerme alejada… No querían que viniera aquí… Sin embargo, me burlé bien de Edith. Fui a echarme un rato, dejando el coche fuera, y me zafé de la tontaina de Edith… Es una solterona metódica. A ningún hombre se le ocurriría mirarla por dos veces. Tuve una trifulca con la «poli» por el camino. Dijeron que no estaba en condiciones de conducir… ¡Pamplinas! Voy a decirle a la señorita Bulstrode que me llevo las niñas a casa… ¡Quiero tenerlas en casa…! ¡Amor de madre! ¡Qué cosa tan grande es el amor de madre…!

—Es grandioso, *lady* Verónica —convino la señorita Chadwick

—. Nos sentimos muy halagadas de que haya venido. Tengo especial interés en que vea el nuevo pabellón de deportes. Le encantará.

Encaminó diestramente los vacilantes pasos de *lady* Verónica en la dirección opuesta, alejándose de la casa.

—Espero que nos encontremos aquí con las niñas —le dijo hábilmente—. Es un pabellón de deportes al que no le falta detalle. Tiene taquillas nuevas y un secadero para los trajes de baño… —sus voces se perdieron en lontananza.

La señorita Bulstrode las observaba. *Lady* Verónica trató una vez más de desasirse y volver a la casa, pero la señorita Chadwick era una contrincante que la aventajaba. Desaparecieron al dar la vuelta al ángulo que formaba el bancal de rododendros, con dirección a la distante soledad del nuevo pabellón de deportes.

La señorita Bulstrode exhaló un suspiro de alivio. «¡Excelente persona esta Chaddy! ¡Y tan fiel! No es moderna. Tampoco cerebral, excepto para las matemáticas. Pero siempre está dispuesta a prestar su ayuda en un momento de apuro».

Se volvió, lanzó un suspiro con cierta sensación de culpabilidad a la señora Upjohn, que había continuado perorando un buen rato a sus anchas.

—… aunque, por supuesto —estaba diciendo ahora—, nunca se trataba de auténticas aventuras de capa y espada. Nada de tirarse en paracaídas ni hacer *sabotaje* ni espionaje como en las películas de aventuras. Yo no habría tenido el valor suficiente. La mayoría de las veces era muy monótono. Trabajo de oficina y trazados de planos sobre un mapa. Pero, claro está, de cuando en cuando era excitante, y a menudo de lo más entretenido, como le dije antes… Todos los agentes secretos se perseguían unos a otros, dando vueltas y más vueltas por Ginebra, conociéndose mutuamente de vista, y terminando con frecuencia en el mismo bar. Yo no estaba casada entonces, claro. Todo aquello resultaba sumamente divertido.

Se detuvo abruptamente, disculpándose con una amistosa sonrisa.

—Lamento haber estado hablando tanto y haberle ocupado su precioso tiempo, cuando aún le quedan tantísimas visitas por atender.

Le extendió la mano, dijo adiós y se fue.

La señorita Bulstrode permaneció en pie durante un momento, con el ceño fruncido. Se encontraba intranquila sin saber exactamente por qué. Cierto instinto le advertía que no había prestado la atención debida a algo que tal vez pudiera ser importante.

Desechó esta sensación. Era el día de apertura del último trimestre y aún tenía que recibir las visitas de muchos padres más.

Jamás había disfrutado su colegio de mayor esplendor ni tenido tan asegurado el éxito. Meadowbank se encontraba en su cénit.

No había nada que pudiera indicarle que antes de pocas semanas Meadowbank se encontraría sumergido en un mar de complicaciones; que el desconcierto, el caos y el asesinato reinarían allí, y que ya en este instante se estaban maquinando ciertos acontecimientos…

Capítulo I

Revolución en Ramat

Unos dos meses antes del día de apertura del último trimestre de curso en Meadowbank, tuvieron lugar determinados sucesos que habrían de ocasionar repercusiones en aquel renombrado colegio de señoritas.

Descansando en uno de los aposentos del Palacio de Ramat, fumaban dos jóvenes mientras consideraban el futuro inmediato. Uno de ellos, moreno con una faz tersa y aceitunada, y unos grandes ojos de mirada melancólica, era el príncipe Alí Yusuf Caíd del Principado Hereditario de Ramat, Estado que, si bien diminuto, era uno de los más ricos de Oriente Medio. El otro joven era pelirrojo y pecoso, y andaría siempre a la cuarta pregunta si no fuera por la bonita asignación que le pasaba el príncipe Alí Yusuf en calidad de piloto privado suyo.

A pesar de la diferencia de posición, se trataban de igual a igual. Los dos se habían educado en el mismo colegio, y desde entonces no dejaron de considerarse íntimos amigos.

—Nos dispararon, Bob —aseguró el príncipe Alí, resistiéndose a creerlo.

—Sí, nos dispararon a dar —repitió Bob Rawlinson.

—Se habían propuesto derribarnos.

—Eso es lo que pretendían los bastardos —aseveró Bob con voz lúgubre.

Alí consideró por un momento:

—¿Merecería acaso la pena intentarlo nuevamente?

—Puede que esta vez no tuviéramos tanta suerte. La verdad es,

Alí, que lo hemos dejado todo para última hora. Hace ya dos semanas que debiéramos haber huido. Bien te lo aconsejé.

—No es cosa grata escapar así —dijo el gobernante de Ramat.

—Me hago cargo de tu punto de vista. Pero recuerda que Shakespeare o uno de esos poetas dijo que los que huyen salvan su vida para poder luchar otro día.

—Cuando pienso —reflexionó con sentimiento el joven príncipe — en el dinero que se ha ido en transformar éste en un Estado próspero… Sanatorios, escuelas, servicios de asistencia médica…

Bob Rawlinson interrumpió la enumeración.

—¿No podría hacer algo la Embajada?

Alí Yusuf enrojeció airadamente.

—¿Refugiarme en tu embajada? Eso, nunca. Los extremistas, con toda seguridad, tomarían el edificio por asalto; no respetarían la inmunidad diplomática. Además, si llegara a hacer eso, significaría verdaderamente el fin. Ya basta con que la principal acusación en mi contra sea la de ser pro occidental —exhaló un quejido—. ¡Es tan difícil de comprender! —sus palabras sonaron anhelantes, dando la sensación de ser más joven de los veinticinco años que tenía—. Mi abuelo fue un hombre cruel, un auténtico tirano. Tenía centenares de esclavos y los trataba de una manera despiadada. En sus guerras contra las tribus que le eran hostiles, mataba a sus enemigos sin compasión, y los hacía ejecutar de la manera más horripilante. El mero susurro de su nombre hacía que todo el mundo palideciera. Y, sin embargo, continúa siendo un personaje de leyenda, admirado y venerado. ¡El gran Achmed Abdullah! Pero yo… ¿Qué es lo que he hecho yo? Edificar hospitales y colegios, proporcionarles bienestar, construirles viviendas, y todas aquellas cosas que dicen que le hacen falta al pueblo. ¿Es que no las quieren? ¿Es que preferirían un régimen de terror como el de mi abuelo?

—Me temo que sea eso —replicó Bob Rawlinson—. Parece un poco injusto, pero es así.

—Pero ¿por qué, Bob? ¿*Por qué*?

Bob Rawlinson suspiró y se retorció en el diván, haciendo un esfuerzo para explicar lo que sentía. Tenía que vencer su falta de fluidez verbal.

—Bueno —dijo—. Supongo que será porque montó un

espectáculo. Él era un tipo, diríamos…, dramático, si entiendes mi comparación.

Contempló de frente a su amigo, el cual, decididamente, no tenía nada de dramático. Era un chico delicado, plácido, sencillo… Era correcto, decente… Así es como era Alí y a Bob le gustaba por eso. Ni era pintoresco ni era arrebatado. Y si bien en Inglaterra los tipos pintorescos y arrebatados causan perplejidad y no son muy gratos, Bob estaba bien seguro de que era diferente en Oriente Medio.

—Pero la democracia… —empezó a decir Alí.

—¡Oh! La democracia… —Bob ondeó su pipa en el aire—. Ésa es una cosa que significa cosas distintas en todas partes. Pero de una cosa estoy muy seguro: de que nunca significa lo que originariamente dieron a entender los griegos por ella. Apuesto lo que quieras que si logran darte la patada, surgirá algún mercachifle exaltado que tome las riendas del poder vociferando sus propias alabanzas, divinizándose a sí mismo en un dios omnipotente y ahorcando o desollando a cualquiera que osara disentir de él en cualquier aspecto. Y, fíjate en lo que te digo, él llamará al suyo un gobierno democrático… Del pueblo y para el pueblo… Y espero que, además, al pueblo le encante todo eso. Será excitante para ellos. ¡Sangre a torrentes!

—¡Pero no somos salvajes! Hoy en día estamos ya civilizados.

—Hay diferentes tipos de civilización —explicó vagamente Bob —. Además, yo me inclino a creer que todos nosotros albergamos un poquito de salvajismo en nuestro interior, y le damos rienda suelta si conseguimos elaborar una excusa verosímil.

—Es posible que estés en lo cierto —contestó Alí, sombríamente.

—Lo que al parecer no desea hoy día el pueblo en ninguna parte —expuso Bob— es un gobernante que posea una dosis mínima de sentido común. Yo no he sido nunca un tipo con mucho pesquis, que digamos… ¡Bueno!, eso lo sabes tú de sobra, Alí… Sin embargo, a veces pienso que es la única cosa que verdaderamente hace falta en el mundo… sólo una pizca de sentido común —apartó la pipa a un lado y se enderezó en el diván—. Pero no tienes por qué preocuparte de eso ahora. Lo que importa es de qué manera voy a sacarte de aquí, ¿hay alguien en el ejército en quien pueda confiar ciegamente?

El príncipe Alí meneó la cabeza pesadamente.

—Hace dos semanas te hubiera contestado «sí». Pero hoy lo ignoro… No puedo estar seguro…

Bob asintió.

—Eso es lo que me joroba. Y en cuanto a este palacio tuyo, me da dentera.

Alí dio su aquiescencia sin manifestar emoción alguna.

—Sí. En los palacios hay espías por todas partes. Lo escuchan todo. Se enteran de todo.

—Hasta en los hangares —le interrumpió Bob—. El viejo Achmed, por el contrario, no era de esos. Tiene una especie de sexto sentido. Sorprendió a uno de los mecánicos trasteando sigilosamente por la avioneta… Precisamente uno de los hombres en quien siempre habíamos depositado nuestra más absoluta confianza. Mira, Alí, si vamos a jugarnos el todo por el todo para sacarte de aquí, tendrá que ser pronto.

—Ya lo sé… Ya lo sé… Creo que… Estoy plenamente convencido ahora que si me quedo, me matarán.

Dijo esto sin emoción ni pánico de ninguna clase; con una ligera indiferencia.

—De todos modos, el peligro de muerte que tenemos que arrostrar es grande —le advirtió Bob—. Tendremos que ir rumbo al Norte, como sabes. Así no podrán interceptarnos. Pero eso significa tener que volar sobre las montañas… y en esta época del año… —se encogió de hombros—. Debes comprenderlo. Es endiabladamente peligroso.

Alí Yusuf pareció acongojarse.

—Si algo te ocurriera, Bob…

—¡Oh…! No te atormentes por mí, Alí. No lo he dicho pensando en mí. Yo no cuento. Y, de todos modos, soy el tipo de individuo que, con toda seguridad, terminan matando tarde o temprano. Me paso la vida jugándome el pellejo. No, se trataba de ti… No quiero persuadirte a que tomes una decisión o la contraria. Si una parte del ejército te es leal…

—No me convence la idea de huir —dijo Alí sinceramente—. Pero ni mucho menos quiero ser un mártir y que me descuartice la canalla.

Se quedó silencioso unos instantes.

—Está bien —consintió finalmente exhalando un suspiro—. Haremos la tentativa. ¿Cuándo?

Bob se encogió de hombros.

—Mientras más pronto, mejor. Tienes que llegar al campo de aviación de una manera natural. ¿Qué te parece decir que vas a inspeccionar las obras de construcción de la nueva carretera en Al Jasar? Un antojo repentino. Ve a primera hora de la tarde. Entonces, cuando tu coche pase por el campo de aviación, detente allí. Yo tendré la avioneta dispuesta y todo previsto. El pretexto será que vas a ir a inspeccionar la construcción de la carretera desde lo alto, ¿comprendes? Despegamos y *nos quitamos de en medio*. Ni que decir tiene que no podremos llevar equipaje alguno. Tiene que parecer todo completamente improvisado.

—No hay nada que desee llevarme conmigo, a excepción de una cosa…

Sonrió, y súbitamente, la sonrisa alteró la expresión de su rostro, imprimiendo una personalidad diferente. Dejo de ser el moderno y concienzudo joven de ideas Occidentales. En su sonrisa se vislumbraban todo el artificio y la astucia de raza que habían permitido sobrevivir a una larga fila de antepasados suyos.

—Tú eres mi amigo, Bob. Mira aquí…

Se metió la mano por dentro de la camisa, y palpó hasta que consiguió extraer una bolsita de ante que alargó a Bob.

—¿Qué es esto? —Bob frunció el ceño, quedándose perplejo.

Alí la atrajo hacia sí nuevamente, la desató y vació su contenido encima de la mesa.

Bob contuvo la respiración por un momento, expulsando en seguida el aliento de un tenue silbido:

—¡Santo Dios! ¿Son *legítimas*?

Esta pregunta pareció hacerle gracia a Alí.

—¡Pues claro que lo son! La mayoría de ellas pertenecieron a mi madre. Todos los años adquiría piedras nuevas. Yo también lo he seguido haciendo. Proceden de muchos lugares diferentes, y fueron compradas por nuestra familia por hombres en quienes podíamos confiar. Se adquirieron en Londres, Calcuta, Transvaal… Es tradición familiar llevarlas encima en caso de emergencia —y hablando en tono más positivo aseveró—: Están tasadas al cambio actual en tres cuartos de millón de libras aproximadamente.

—¡Tres cuartos de millón de libras! —dejando escapar un silbido, Bob cogió las piedras y las dejo correr entre sus dedos—. ¡Son fantásticas! Igual que un cuento de hadas. Le transforman a uno.

—Sí —asintió el atezado joven. De nuevo apareció en su rostro aquella milenaria expresión abrumada—. Los hombres se vuelven otros cuando hay joyas de por medio. Son cosas que siempre dejan tras sí un rastro de violencias: muertes, derramamientos de sangre, asesinatos. Las mujeres se vuelven aún peores. Porque las mujeres no consideran solamente el valor de las joyas, sino algo relacionado con las joyas mismas en sí. Ellas pierden la cabeza por unas joyas bonitas. Desean pasearlas, llevarlas colgadas alrededor del cuello, sobre el pecho. Yo no confiaría éstas a ninguna mujer. Pero voy a confiártelas a ti.

—¿A mí? —Bob le miró de hito en hito.

—Sí. No quiero que caigan en manos de mis enemigos. Ignoro cuándo tendrá lugar el alzamiento en contra mía. Puede que esté urdido para hoy mismo. Tal vez no viva ya esta tarde para poder llegar al campo de aviación. Hazte cargo de las piedras y procede en todo como mejor te parezca.

—Pero, mira…, yo no entiendo. ¿Qué es lo que tengo que hacer con ellas?

—Ingéniatelas para conseguir que salgan del país de una manera segura —indicó Alí, fijando plácidamente su mirada en su conturbado amigo.

—¿Quieres decir que prefieres que las lleve yo encima en vez de llevarlas tú?

—Quede así. Pero, en realidad, creo que serías capaz de discurrir algún plan ingenioso para hacerlas llegar a Europa.

—Pero escucha, Alí: no se me ocurre la menor idea de cómo hacer semejante cosa.

Alí se recostó en el diván. Sonreía tranquilamente con un aire divertido.

—Tienes sentido común. Y eres honrado. Y recuerdo que en los días en que fuimos compañeros de fatigas, tenías para todo una ocurrencia ingeniosa. Te daré el nombre y dirección de un individuo que se encarga de gestionarme estos asuntos… Esto es, por si acaso yo no sobreviviera. No pongas esa cara de angustia,

Bob. Hazlo como mejor puedas. Es todo lo que te pido. No te culparé si fracasas. Será la voluntad de Alá. En cuanto a mí se refiere, es muy sencillo. No quiero que me roben esas piedras de mi cadáver. Por lo demás… —se encogió de hombros—. Ya te lo he dicho: todo saldrá según la voluntad de Alá.

—¡Estás chiflado!

—No. Soy fatalista. Eso es todo.

—Atiende, Alí. Acabas de decir que soy honrado. Pero tres cuartos de millón…, ¿crees que podrían minar la honradez del hombre más íntegro?

Alí Yusuf dedicó a su amigo una mirada de afecto.

—Así y todo —concluyó—, no tengo, por ese motivo, recelo alguno.

Capítulo II

La mujer del balcón

1

Al tiempo que Bob Rawlinson se alejaba a lo largo de las galerías de mármol del palacio, en las que resonaba el eco de sus pisadas, se dio cuenta de que en su vida se había sentido tan desdichado. El saber que llevaba tres cuartos de millón de libras en el bolsillo del pantalón le causaba un intenso malestar. Le daba la sensación de que todos los oficiales del palacio con quienes se encontraba tuvieran conocimiento del hecho. Llegaba incluso a sentir que el estar enterado de la valiosa carga que portaba consigo, tenía que salirle a la cara. Hubiera experimentado un gran alivio al constatar que sus facciones pecosas mostraban su habitual expresión animada de buen natural.

Los centinelas de la entrada le presentaron armas chocando los talones. Bob bajó por la atestada calle principal de Ramat, con la mente todavía ofuscada. ¿Hacia dónde se encaminaba? ¿Qué planearía? No tenía la menor idea. Y el tiempo apremiaba.

La calle principal era parecida a la inmensa mayoría de las calles principales en Oriente Medio. Era una mezcla de inmundicia y esplendor. Los Bancos recién construidos, se erguían ostentosos de su magnificencia. Una innumerable cantidad de bazares presentaban sus colecciones de baratijas de plástico. Polainas de punto para bebés y encendedores de pacotilla eran puestos de

manifiesto en inverosímil yuxtaposición. Había máquinas de coser y piezas de recambio para automóviles; las farmacias exponían sus específicos de elaboración casera, rodeados de moscas, y grandes anuncios de penicilina en todas sus clases y antibióticos en gran abundancia. En muy pocas tiendas había algo que normalmente apeteciera comprar, con la posible excepción de los últimos modelos de relojes suizos, que se exhibían amontonados por centenares en un escaparate diminuto. El surtido era tan inmenso, que incluso en éstas, el presunto comprador habría desistido de adquirir nada, ofuscado por tan enorme revoltijo.

Bob caminaba todavía, experimentando una especie de estupor, casi empellado entre seres vestidos con trajes indígenas o europeos.

Haciendo un acopio de fuerzas para reconcentrarse en sí, se interrogó de nuevo adonde demonios encaminaría sus pasos.

Se metió en un café nativo y pidió un té con limón. Al sorberlo empezó a reanimarse poco a poco. La atmósfera del establecimiento era confortadora. Sentado en una mesa frente a él, un árabe de edad avanzada se entretenía en pasar una sarta de cuentas de ámbar que producía su ruidito característico al chocar unas con otras. A su espalda, dos hombres jugaban una partida de *tric trac*. Era un sitio a propósito para sentarse a meditar.

Porque él necesitaba meditar. Le habían confiado joyas por valor de tres cuartos de millón, dejando a su discernimiento el plan a trazar para sacarlas del país. Y tampoco había tiempo ninguno que perder. En cualquier momento podría estallar el trinquete.

Desde luego que Alí estaba loco. ¡Lanzar por las buenas con tal despreocupación, setecientas cincuenta mil libras a su amigo! Y después, volverse a arrellanar tranquilamente, encomendándolo todo a Alá. Bob no tenía tal recurso. El Dios de Bob otorgaba a sus criaturas la libertad de decidir y realizar sus propios actos, haciendo uso pleno de las facultades que él generosamente le había concedido.

¿Qué demonios iba a hacer con aquellas dichosas piedras?

Pensó en la embajada. No. No podía complicar a la embajada. Y, de todos modos, era casi seguro que la embajada se negaría a verse comprometida.

Lo que él necesitaba era una persona. Una persona de lo más corriente que abandonara el país por un medio de lo más corriente

también. Un hombre de negocios, o un turista, preferiblemente. Alguien sin conexión alguna con la política, cuyo equipaje, a lo sumo, estuviese sujeto a un mero registro superficial, o que, inclusive, no fuera a ser registrado en absoluto. Por supuesto había que considerar también la otra alternativa… «*Suceso sensacional en el aeropuerto de Londres. Intentona de alijar joyas por valor de tres cuartos de millón de libras*» Etc… etc. Pero tendría que correr ese riesgo.

Una persona corriente… Un viajero de buena fe… Y de repente Bob se dio una palmada en la frente por imbécil. ¡Pues claro que sí, Joan! Su hermana, Joan Sutcliffe. Joan se encontraba en Ramat desde hacía ya dos meses con su hija Jennifer, la cual, después de un grave ataque de neumonía, había venido a recuperarse, por prescripción médica, a este país de clima seco y mucho sol. Regresarían en barco dentro de tres o cuatro días.

Joan era la persona ideal. ¿Qué era lo que Alí había dicho referente a las mujeres y las joyas? Bob se sonrió. ¡La buena de Joan! Ella no es de las que perderían la cabeza por unas joyas. Sería capaz de poner las manos en el fuego. Sí; podía confiar en Joan.

Sin embargo, no vayas tan ligero… ¿Podría verdaderamente confiar en Joan? En su honradez, indiscutiblemente. Pero ¿y en su discreción? Bob sacudió la cabeza negativamente, lleno de pesar. Joan se iría de la lengua; sería incapaz de resistir la tentación de charlar. Y lo que es peor aún, podría hacer alusiones indirectas… «Me llevo a Inglaterra una cosa importantísima. No puedo decirle una palabra de ello a *nadie*. Realmente, es de lo más emocionante…».

Joan nunca había sido capaz de mantener nada callado, aunque se sentía enormemente halagada cuando se le decía que era todo lo contrario. Por eso no debía tener conocimiento de lo que iba a llevar. Así correría ella menos peligro. Prepararía un paquete con las piedras; un paquete de aspecto inocuo, y le inventaría cualquier historieta. Un regalo para alguien. Un encargo, ya pensaría él algo.

Bob echó una mirada a su reloj y se puso en pie. El tiempo se escurría.

Recorrió las calles a zancadas, sin sentir el bochornoso calor del mediodía. Todo parecía tan normal como siempre. No se notaba nada de particular en el ambiente. Solamente en palacio se

advertirían el espionaje, los cuchicheos y la proximidad de algo extraño que parecía estar fraguándose.

El ejército… todo dependía del ejército. ¿Quiénes eran leales? ¿Quiénes no lo eran? Con toda seguridad que intentarían un golpe de Estado. ¿Tendría éxito o fracasaría?

Frunció el entrecejo cuando entraba en el hotel principal de Ramat. Se denominaba modestamente Ritz Savoy y tenía una gran fachada modernista. Se había inaugurado con gran boato tres años atrás, con un *manager* suizo, un jefe de cocina vienés y un *maître d'hôtel* italiano. Todo había ido maravillosamente. Pero el vienés había sido el primero en desfilar, seguido por el suizo. Ahora el *maître* italiano se había despedido también. La comida todavía seguía siendo pretenciosa, pero de mala calidad; el servicio era abominable, y una buena parte de la costosa instalación de cañería para el desagüe no funcionaba como era debido.

El encargado de la recepción conocía bien a Bob y saludó con la más radiante de sus sonrisas:

—Buenos días, capitán. ¿Viene en busca de su hermana? Ha ido de excursión con la pequeña…

—¿De excursión? —a Bob se le vino el alma a los pies… Precisamente tenían que irse de excursión cuando tan preciso le…

—Con el señor y la señora Hurst de la compañía petrolífera —aclaró el encargado, dispuesto a informar. Todo el mundo estaba siempre enterado de todo—. Han ido a la presa de Kalat Diwa.

Bob renegó en su interior. Joan no volvería al hotel hasta dentro de unas horas.

—Voy a subir a su habitación —dijo, y alargó la manó para coger la llave que el empleado le entregó.

Abrió la puerta y pasó dentro. En un amplio cuarto de dos camas, que se hallaba en el caos de costumbre. Joan Sutcliffe no era una mujer ordenada. Había palos de golf atravesados sobre una butaca y raquetas de tenis echadas encima de la cama. Las ropas estaban tiradas por doquier, la mesa atestada por un batiburrillo de rollos de película, tarjetas postales, libros con la cubierta forrada y colección de objetos orientales; la mayoría de ellos fabricados en serie en Birmingham y en el Japón.

Bob echó una ojeada a las maletas y bolsas de viaje que estaban alrededor suyo. Se encontraba cara a cara con un problema. No iba

a ser posible ver a Joan antes de emprender el vuelo de huida con Alí. No le quedaba tiempo para ir a la presa y regresar. Podía hacer un paquete con las piedras y dejarlo acompañado con una nota. Pero casi inmediatamente de pensarlo, desistió. Sabía muy bien que casi siempre le seguían. Lo más fácil es que le hubieran seguido desde el palacio al café, y desde éste hasta aquí. No había advertido a nadie, pero estaba seguro de que había elementos muy hábiles para esa clase de trabajo. No tenía nada de sospechoso que viniera al hotel para ver a su hermana, pero si dejaba un paquete y una nota leerían ésta y abrirían aquél.

Tiempo… tiempo… Le faltaba *tiempo*.

Tres cuartos de millón de piedras preciosas en el bolsillo de sus pantalones.

Paseó nuevamente una mirada circular por la habitación, tras lo cual, con una mueca burlona, extrajo del bolsillo un pequeño juego de herramientas que siempre llevaba consigo. Descubrió que su sobrina Jennifer tenía plastilina, cosa que le serviría de mucho.

Trabajó rápida y diestramente. De pronto, alzó la vista, suspicaz, dirigiendo sus ojos hacia el abierto ventanal. No; no había balcón volado en esta habitación, sino un antepecho. Eran sólo sus nervios los que le habían dado la sensación de que alguien le estaba observando.

Finalizó su tarea e hizo un ademán aprobatorio. Nadie sería capaz de notar lo que había hecho. De eso estaba convencido. Ni Joan ni otra persona alguna. Y mucho menos Jennifer, una niña tan reconcentrada en ella misma, que nunca veía ni reparaba en nada ajeno a su propia persona.

Quitó de en medio todas las evidencias de su labor y se las guardó en el bolsillo. Después se quedó perplejo mirando en torno suyo.

Alargó la mano para alcanzar el bloc de cartas de Joan, y se sentó asumiendo un gesto ceñudo.

No tenía más remedio que dejarle escrita una nota.

Pero ¿qué podría decirle? Tendría que ser algo que Joan pudiese interpretar, pero que no tuviera él menor sentido para cualquier otra persona que leyera la nota.

¡Y eso era realmente imposible! En la clase de novelas policíacas que a Bob le gustaba tanto leer para matar el tiempo en sus ratos

libres, había siempre alguien que dejaba una especie de criptograma, que era descifrado con éxito después por otra persona. Pero él no podía siquiera pensar en criptogramas, dadas las circunstancias, y, en todo caso, Joan pertenecía al tipo de persona llena de sentido común que necesitaba ver los puntos claramente colocados sobre las íes y las barras de las tés bien trazadas para poder empezar a darse cuenta de algo.

Entonces su mente se aclaró. Existía otro medio de hacerlo: desviar la atención que pudiera merecer Joan, dejar una simple nota sin nada de particular, y después confiar un recado a alguna otra persona que lo daría a Joan en Inglaterra.

Se puso rápidamente a escribir:

Querida Joan:

Me dejé caer por aquí para proponerte si te hacía jugar una partida de golf esta tarde. Pero si has subido a la presa, deberás estar muerta de cansancio durante el resto del día. ¿Te viene bien mañana? A las cinco en el club.

Tu hermano.

Una especie de recado accidental que dejaría a su hermana, a quien posiblemente no volvería a ver nunca más… Pero en cierto sentido cuanto más improvisado pareciera tanto mejor sería. No debía comprometer a Joan en ningún asunto extraño; ni siquiera tenía ella por qué estar enterada de que se trataba de un asunto extraño. Joan no sabía fingir. Su protección estribaría en la evidencia de que no estaba enterada de nada.

Y la nota desempeñaría un doble cometido. Daría la impresión de que él, Bob, no había hecho planes de partida.

Se detuvo a pensar un instante, y entonces cruzó hacia el teléfono y dio el número de la Embajada Británica. Le pusieron en el acto en comunicación con Edmundson, el tercer secretario, amigo suyo.

—¿Eres John? Aquí Bob Rawlinson. ¿Podemos vernos en alguna parte cuando salgas de ahí…? ¿No podría ser un poquito antes de esa hora? No tendrás otro remedio que hacerlo, muchacho. Es vital. Bueno, la verdad es que se trata de una chica… —carraspeó

embarazosamente—. Es sensacional. Verdaderamente maravillosa. Algo fuera de lo corriente. Sólo que se las sabe todas…

—Enterado Bob, tú y tus chicas… Está bien, a las dos, ¿eh? —y colgó.

Bob percibió el *clic* característico que suena al colgar el receptor del teléfono, como si quienquiera que hubiese estado escuchando por otra conexión volviese el auricular a su sitio.

¡Qué buenazo era Edmundson! Dado que todos los teléfonos de Ramat estaban bajo control, Bob y John Edmundson habían convenido una especie de claves para su uso mutuo. «Una chica maravillosa, fuera de lo corriente», quería decir un asunto urgente e importante.

Edmundson le recogería con su coche a las dos en la puerta del nuevo edificio del Banco Mercantil y Bob le contaría lo del escondite. Le diría que Joan no estaba enterada de ello, pero que si le ocurriera a él alguna cosa, se trataba de algo valioso. Como harían un largo viaje por vía marítima. Joan y Jennifer no estarían de vuelta en Inglaterra hasta dentro de seis semanas. Para entonces era casi seguro que la revolución habría estallado triunfalmente o habría sido sofocada ya. Alí Yusuf se hallaría en Europa o él y Bob podrían estar muertos. Le contaría a Edmundson lo indispensable pero nada más que lo indispensable.

Bob lanzó una última mirada alrededor del cuarto. Continuaba teniendo exactamente el mismo aspecto de tranquilidad desordenada y familiar. La única adición era la inofensiva nota de Joan. La colocó encima de la mesa. No había nadie en todo el largo pasillo cuando salió.

2

La mujer que se hospedaba en la habitación vecina a la que ocupaba Joan Sutcliffe se retiró del balcón. Tenía un espejo en la mano.

Había salido al balcón con la exclusiva finalidad de examinar más cuidadosamente un único pelo que había tenido la audacia de brotarle en la barbilla; se lo arrancó con unas pinzas, y después se

estiró la piel de la cara para someterla a un minucioso escrutinio a la clara luz del sol.

Fue entonces, al relajar la piel, cuando descubrió algo más. La posición del espejo de mano que ella sostenía en alto era tal que reflejaba la luna del armario de la habitación contigua a la suya, y en ella vio a un hombre que estaba haciendo algo muy extraño.

Tan extraño e inesperado era, que se quedó allí inmóvil, observándolo. El hombre no podía verla desde el sitio donde estaba, sentado delante de la mesa, y ella solamente podía verle a él mediante la doble reflexión.

Si hubiera vuelto la cabeza atrás, él podría haber percibido también la visión del espejo de mano de ella reflejado en la luna del armario. Pero estaba demasiado absorto en lo que se ocupaba para mirar atrás.

Es cierto que por un instante alzó los ojos para mirar al ventanal, pero, puesto que allí no había nada que ver, inclinó otra vez la cabeza.

Durante un rato, la mujer le observó mientras terminaba lo que estaba haciendo. Después de una pausa momentánea, el desconocido escribió una nota, que colocó sobre la mesa. Entonces quedó fuera de la línea visual de la mujer, pero ésta pudo oír lo suficiente para llegar a la conclusión de que estaba haciendo una llamada telefónica. Ella no consiguió pescar las palabras que había dicho, pero parecía una conversación intrascendente y animada. Después oyó cerrarse la puerta.

La mujer aguardó unos cuantos minutos, y entonces abrió la puerta de su habitación. Al extremo del pasillo, un árabe limpiaba desidiosamente el polvo con un plumero. El criado dio la vuelta a la esquina y se perdió de vista.

La mujer se deslizó rápidamente, entonces, hacia la habitación inmediata. Estaba cerrada con llave, pero ella ya contaba con eso. Una horquilla que llevaba sujetándole el pelo y la hoja de un cortaplumas ejecutaron el trabajo rápida y diestramente.

Penetró, cerrando la puerta tras de sí. Cogió la nota. La solapa del sobre había sido pegada muy ligeramente y pudo abrirlo con suma facilidad. Frunció el entrecejo al leer el contenido. Allí no había aclaración alguna.

La pegó nuevamente volviéndolo a colocar en su sitio, tras lo

cual dio unos pasos por la habitación.

Tenía una mano extendida cuando la turbaron unas voces que llegaban desde la terraza de la planta baja a través del ventanal.

Una de las voces le era conocida: la de la señora alojada en la habitación donde se hallaba en este momento. Una voz decidida y propia para dedicarse a la enseñanza; una voz muy segura de sí misma.

Se precipitó al ventanal.

Abajo, en la terraza, Joan Sutcliffe, acompañada de su hija Jennifer, una niña de quince años, pálida pero rolliza, estaba contándole a un inglés de elevada estatura que no parecía ni pizca feliz enviado por el consulado británico, así como a quien le apeteciera escucharla, todo lo que se le venía a la imaginación acerca de las medidas que había de tomar.

—¡Pero es absurdo! No he oído en mi vida disparate semejante. Todo está aquí perfectamente tranquilo y todo el mundo es de lo más agradable. A mí me parece que todo esto va a ser un zangoloteo causado por un pánico sin fundamento.

—Confiemos que sea así, señora Sutcliffe, esperemos eso. Pero Su Excelencia considera de tal responsabilidad el…

La señora Sutcliffe le cortó dejándole con la palabra en la boca. No estaba dispuesta a tomar en consideración la responsabilidad de los embajadores.

—Tenemos una buena carga de equipaje, ¿sabe usted? Nos vamos a Inglaterra el miércoles que viene por vía marítima. El viaje por mar le hará bien a Jennifer. Eso le dijo el doctor. Me niego de la manera más rotunda a alterar todos mis planes y a que me envíen a Inglaterra en avión con este disparatado aturdimiento.

Para convencerla, el hombre de aspecto infortunado agregó que la señora Sutcliffe y su hija podrían ser evacuadas en avión, si no hasta Inglaterra, por lo menos hasta Aden para embarcar allí.

—¿Pero con equipaje y todo?

—Sí, sí. Eso puede solucionarse. Tengo esperando un coche… Mejor dicho, una furgoneta. Podemos cargarlo todo inmediatamente.

—¡Qué vamos a hacer! —capituló la señora Sutcliffe—. No nos queda otra cosa que ponernos a preparar el equipaje, me parece.

—Cuanto antes, si no tiene inconveniente.

La mujer que estaba en la habitación de la señora Sutcliffe se retiro del antepecho precipitadamente. Echó una rápida ojeada a la dirección de la etiqueta de uno de los maletines. Entonces huyó aceleradamente de aquel cuarto para volver al suyo en el preciso instante en que la señora Sutcliffe asomaba dando una vuelta a la esquina del pasillo.

El encargado de la recepción del hotel iba corriendo detrás de ella.

—Su hermano, el capitán de aviación, ha estado aquí, señora Sutcliffe. Subió a su habitación, pero me parece que se ha marchado ya. Debe habérsele cruzado por el camino indudablemente.

—¡Cuánta lata! —exclamó, quejosa, la señora Sutcliffe—. Muchas gracias —musitó al empleado, y prosiguió hablando a Jennifer—. Presumo que también Bob estará ajetreándose por nada. Lo que es yo no he notado ningún síntoma de disturbio por las calles. Esa puerta no tiene echada la llave. ¡Qué descuidada es la gente!

—Quizá fue tío Bob —apuntó Jennifer.

—Me hubiera gustado verle hoy. Oh, aquí hay una nota. —Desgarró el sobre.

—Sea como fuere, Bob no debe estar ajetreándose por nada —dedujo triunfalmente—. Es obvio que no está al tanto de nada de esto. Pánico diplomático, eso es lo que es. ¡Qué detestable me resulta el tener que hacer el equipaje con este calorazo! Esta habitación está igual que un horno. Vamos, Jennifer, saca tus cosas de la cómoda y del armario. Tendremos que arramblar con todo como mejor podamos. Ya las arreglaremos cuando tengamos ocasión.

—Yo no he estado nunca en una revolución —declaró, pensativa, Jennifer.

—Ni espero que en esta ocasión presencies ninguna —replicó su madre con viveza—. Ya verás como no me equivoco en lo que digo. No pasará nada en absoluto.

Jennifer pareció decepcionarse.

Capítulo III

Aparece el señor Atkinson

1

Seis semanas más tarde, en Londres, una joven golpeaba discretamente a la puerta de una habitación en el distrito de Bloomsbury. Le indicaron que podía pasar.

Era un despacho pequeño. Un hombre grueso de mediana edad estaba arrellanado en un butacón tras la mesa de escritorio. Tenía puesto un traje arrugado, encenizado en la parte delantera por el habano que fumaba. Las ventanas estaban cerradas, y la atmósfera era casi irrespirable.

—Bueno —dijo impertinentemente el gordinflón, hablando como adormilado—. ¿Qué ocurre ahora?

Se decía del coronel Pikeaway que tenía los ojos siempre a punto de cerrarlos para dormir, o recién abiertos después de echar un sueño. Igualmente se decía que ni se llamaba Pikeaway ni era coronel. Pero hay gente dispuesta a decir lo más improbable.

—Edmundson, del Foreign Office, señor.

—¡Ah! —exclamó el coronel Pikeaway.

Parpadeó, produciendo el efecto de que iba a entregarse nuevamente al sueño y murmuró:

—Tercer secretario de nuestra embajada en Ramat en los días de la revolución, si mal no recuerdo.

—Exactamente, señor.

—Supongo, entonces, que conviene que lo reciba —musitó el coronel Pikeaway, sin manifestar gran entusiasmo. Se recompuso, adoptando una postura algo más vertical y sacudió un poco la ceniza que le había caído encima de la panza.

El señor Edmundson era un joven alto y rubio, correctamente vestido, con modales igualmente correctos y un aire general de plácida desaprobación.

—¿El coronel Pikeaway? Soy John Edmundson. Me dijeron que pudiera ser que usted… estuviese interesado en verme.

—¿Le dijeron eso? Bueno, deben de estar bien informados —declaró el coronel Pikeaway—. Siéntese —añadió.

Sus ojos empezaron a entornarse de nuevo, pero, antes de hacerlo preguntó:

—Usted estuvo en Ramat cuando la revolución, ¿no es eso?

—Sí, estuve. Un asunto muy sucio.

—Imagino que debió serlo. Era amigo de Bob Rawlinson, ¿verdad?

—Sí; le conozco perfectamente.

—Tiempo verbal erróneo —le hizo saber el coronel Pikeaway—. Ha muerto.

—Sí, señor, lo sabía. Pero no estaba seguro del todo… —Hizo una pausa.

—No tiene por qué tomarse la molestia de ser discreto aquí —declaró el coronel Pikeaway—. Aquí estamos enterados de todo. Y si no lo estamos, aparentamos estarlo, Rawlinson fue quien sacó en aeroplano de Ramat a Alí Yusuf el día del alzamiento. Del aparato no se volvió a saber. Puede que hubiera aterrizado en algún lugar inaccesible, o que se hubiera estrellado. Se han encontrado los restos de una avioneta, y dos cadáveres, en los montes Arolez. La Prensa difundirá mañana la noticia, ¿verdad?

Edmundson admitió que había sido así, efectivamente.

—Aquí nos enteramos de todo —prosiguió el coronel Pikeaway —. Estamos para eso. La avioneta chocó contra las montañas. Pudo haber sido a causa de las condiciones atmosféricas. Pero hay fundamento para creer que se trató de sabotaje. Una bomba de acción retardada. Todavía no hemos recibido informes completos. La avioneta se estrelló en una región de muy difícil acceso. Ofrecieron una remuneración por encontrarla, pero se tarda mucho

en llegar al fondo de las cosas. Después tuvimos que enviar peritos en un vuelo de reconocimiento. El inevitable papeleo burocrático. Solicitudes a un gobierno extranjero, permisos ministeriales, untar manos. Eso sin contar con que los campesinos de los alrededores se apropiaron de todo aquello que pudiera serles útil.

Hizo una pausa para mirar a Edmundson.

—El príncipe Alí Yusuf habría llegado a ser un gobernador muy civilizado, con sólidos principios democráticos.

—Eso es, probablemente, lo que acabó con el pobre muchacho —conjeturó el coronel Pikeaway—. Pero no podemos perder el tiempo narrándonos tristes historias de la muerte de los reyes. Nos han pedido que lleváramos a cabo ciertas investigaciones. Partes interesadas. Es decir partes que el gobierno de Su Majestad mira con buenos ojos, —contempló a Edmundson—: ¿Sabe usted a lo que me refiero?

—Pues… estoy enterado de algo —repuso Edmundson de mala gana.

—Usted, con toda seguridad, debe de estar enterado de que ni entre las víctimas ni entre los restos del accidente fue hallado nada de valor, ni que tampoco, por lo que hasta ahora se sabe, ha sido retirado por los habitantes del lugar. Aunque, en lo que a eso se refiere, no se sabe nunca a qué atenerse con los campesinos. Son más reticentes que el propio Foreign Office. ¿Y de qué otras cosas está enterado usted?

—De nada más.

—¿No tiene noticias de que acaso deberían haber dado con algo de mucho valor? ¿Para qué, entonces, le dijeron a usted que viniera a entrevistarse conmigo?

—Me dijeron que posiblemente deseara usted hacerme algunas preguntas —replicó, estirado, Edmundson.

—Si yo hago preguntas, es porque espero contestaciones —puntualizó el coronel Pikeaway.

—Naturalmente.

—Pues no parece que lo encuentre muy natural, hijo mío. ¿No le dijo Bob Rawlinson nada antes de emprender el vuelo de huida de Ramat? Si existía un depositario de la confianza de Alí, esa persona era él. Vamos, oigámoslo. ¿Le dijo él alguna cosa?

—¿Referente a qué, señor?

El coronel Pikeaway le miró muy fijamente y se rascó una oreja.

—¡Oh! De acuerdo —gruñó—. Guarde esto en silencio y no diga nada de aquello. Usted lleva su reserva demasiado lejos. Cuando usted dice que no sabe a qué me refiero, será porque no lo sabe, usted. ¡Qué le vamos a hacer!

—Tengo entendido que había algo —declaró Edmundson, con reserva y desgana—. Una cosa de importancia que Bob pudo haber deseado revelarme.

—¡Ajá! —exclamó el coronel Pikeaway, con el aire de satisfacción propio de quien consigue al fin descorchar una botella —. Muy interesante. Cuente lo que sepa.

—Es muy poco, señor. Bob y yo teníamos una especie de clave secreta, muy sencilla. La inventamos a causa de que todos los teléfonos de Ramat estaban intervenidos. Bob tenía la oportunidad de enterarse de cosas en palacio, y yo a veces me enteraba de alguna información útil que transmitirle a él. Así que si uno de los dos telefoneaba al otro y mencionaba una chica, con cierta entonación, usando la expresión «fuera de lo corriente», para designarla, esto quería decir que se tramaba algo.

—¿Una información importante en algún sentido u otro?

—Sí. Bob me telefoneó empleando esa expresión el mismo día que empezó el espectáculo. Me citó en nuestro sitio de costumbre delante de la puerta de uno de los Bancos, pero las turbas se amotinaron precisamente en aquel distrito y la policía acordonó las calles. No llegué a ponerme en contacto con Bob, ni él conmigo. Él sacó de allí a Alí aquella misma tarde.

—Ya veo —dijo Pikeaway—. ¿No tiene idea desde dónde le telefoneó?

—No; pudo haber sido desde cualquier parte.

—Fue una lástima. —Se detuvo un instante y después preguntó fortuitamente—: ¿Conoce usted a la señora Sutcliffe?

—¿Se refiere a la hermana de Bob Rawlinson? La conocí allí, claro. Estaba acompañada de su hija, una colegiala. Pero no la conozco lo bastante para darle mi opinión sobre ella.

—¿Estaban ella y Bob muy compenetrados?

Edmundson reflexionó.

—No. Yo no diría eso. Ella le llevaba una buena porción de años. Lo trataba en el plan de la hermana mayor. Y, además, a él no le

hacía ninguna gracia su cuñado; siempre que se refería a él decía que era un asno de oro.

—Efectivamente, lo es. Se trata de uno de nuestros más prominentes industriales. ¡Y qué ostentosos se vuelven! Por tanto, ¿usted no estima probable que Bob Rawlinson le hubiera confiado un secreto muy importante a su hermana?

—Es difícil afirmarlo… Aunque, no; yo me inclino a creer que no.

—Yo también —convino el coronel Pikeaway, dando un suspiro —. Bueno, ahora tenemos a la señora Sutcliffe y a su hija en un largo viaje de regreso a Inglaterra por vía marítima. Vienen en el «Eastern Queen», que atracará en Tilbury mañana.

Permaneció en silencio durante uno o dos minutos, mientras sus ojos verificaban una minuciosa inspección del joven que tenía enfrente. Después, como si hubiese llegado a una conclusión, le alargó la mano, diciéndole vivamente:

—Muy amable por haber venido.

—Lo único que lamento es haberle servido de muy poca utilidad. ¿Está usted seguro de que no hay nada que yo pueda hacer?

—No, no. Gracias. Me temo que no.

John Edmundson, salió.

—Espere…

El discreto joven volvió a aparecer.

—Tuve la intención de enviarle a Tilbury para que le diera la noticia a su hermana —expuso Pikeaway—. Amigo de su hermano y todo eso… Pero me he decidido en contra, no es un tipo elástico. Eso se debe a su contacto con el Foreign Office. No es precisamente oportunista. Enviaré a… ¿cómo se llama?

—¿Se refiere a Derek?

—Sí; el mismo —asintió el coronel Pikeaway aprobatorio—. Cae en la cuenta de lo que quiero decir, ¿verdad?

—Tratará de hacerlo todo lo mejor que pueda, señor.

—No basta con intentarlo; tiene que conseguirlo. Pero mándeme a Ronnie primero. Tengo una misión para él.

2

El coronel Pikeaway se disponía, al parecer, a dormitar de nuevo, cuando el joven llamado Ronnie penetró en el despacho. Era alto, moreno y musculoso, de natural alegre e insolentes modales.

El coronel Pikeaway le contempló durante unos instantes y después sonrió burlonamente.

—¿Qué le parecería meterse en un internado de señoritas? —le preguntó.

—¿Un internado de señoritas? —repitió Ronnie elevando las cejas—. Será algo nuevo para mí. ¿Y qué es lo que están tramando esas chicas? ¿Fabricar bombas de hidrógeno en la clase de química?

—Nada de eso. Se trata de un colegio distinguidísimo: Meadowbank.

—¡Meadowbank! —el joven emitió un silbido—. No puedo creerlo.

—Refrene su lengua impertinente y escúcheme. La princesa Shaista, prima hermana y única pariente cercana del difunto príncipe Alí Yusuf de Ramat irá allí el próximo trimestre. Hasta ahora se ha estado educando en un colegio de Suiza.

—¿Qué he de hacer? ¿Secuestrarla?

—Ciertamente que no. Puede que en un futuro próximo su alteza se convierta en un foco de interés. Quiero que no pierda detalle de cómo evolucionan allí posibles sucesos. No sé qué acontecerá o quién podrá aparecer por allí, pero si algunos de nuestros más indeseables amiguitos parece mostrar algún interés, comuníquemelo… Su misión allí será, poco más o menos la de estar al tanto de lo que puede suceder.

El joven asintió.

—¿Y cómo voy a valérmelas para colarme allí? ¿En calidad de profesor de natación?

—El profesorado externo es también todo femenino. —El coronel Pikeaway le contempló meditativo—. Creo que le haré pasar a usted por jardinero.

—¿Por jardinero?

—Sí. ¿Me equivoco al suponer que conoce usted algo de jardinería?

—No. Ni mucho menos. Cuando joven colaboré durante todo un año en la columna «Su jardín» del *Sunday Mail*.

—¡Bah! —exclamó el coronel Pikeaway—. ¿Y eso qué? Yo también podría escribir para una columna de jardinería sin saber una palabra de ello… No hay más que husmear en unos cuantos de esos catálogos de Nurseryman, de coloridos chillones, y unas enciclopedias de jardinería. Conozco todas esas triquiñuelas. «*¿Por qué no romper la tradición y poner una nota tropical este año en un arriate?, la atractiva Amabellis Gossiporia, y algunas de esas híbridas chinas, tan maravillosas, de la Sinensis Maka Foolia. Experimente la suntuosa y ruborosa belleza de una mata de Siniestra Hopaless, no muy resistentes, pero que se desarrollarían muy bien en una pared orientada a poniente*». —Dejó de hablar, e hizo una mueca burlona—. ¡Nada de eso! Hay quienes cometen el disparate de comprar las plantas, y, cuando menos lo esperan, se les echan encima los fríos tempranos y se les secan. Y después se arrepienten de no haber seguido fieles a sus trepadoras y nomeolvides. No, hijo mío. Me refiero al auténtico oficio de jardinero. Estar familiarizado con el azadón; es decir, escupirse en las manos y saber cómo manejarlo; hacer las mezclas convenientes de abono; cubrir las plantas con paja y estiércol para protegerlas de las heladas; cavar y remover la tierra con legones, layas y cualquier clase de azadas; hacer surcos profundos para los guisantes de olor… y todo el resto de esas labores brutales… ¿Las sabe usted hacer?

—He hecho todas las cosas que dice usted desde mi juventud.

—Es indiscutible que las habrá hecho. Conozco a su madre. Bueno, entonces, ya está decidido.

—¿Es que hay alguna vacante de jardinero en Meadowbank?

—Tiene que haberla —prosiguió el coronel Pikeaway—. No hay jardín en Inglaterra que no esté falto de personal. Voy a escribirle, para que las lleve consigo, algunas buenas referencias. Ya verá usted como se apresuran a atraparle. No hay tiempo que perder. El próximo trimestre empieza el día 29.

—Yo cultivo el jardín y al mismo tiempo mantengo los ojos bien abiertos.

—Eso es; y si alguna colegiala excesivamente fogosa le hiciera insinuaciones, ¡pobre de usted si le responde! No quiero que le cojan de la oreja y lo pongan, antes de tiempo, de patitas en la

calle…

Echo una mano a una cuartilla de papel.

—¿Qué nombre se le ocurre que ponga?

—Adam me parece muy apropiado.

—¿Y de apellido?

—¿Qué tal iría Edén?

—No me hace ninguna gracia la asociación de ideas que se le ha venido a la mente. Adam Goodman resultará muy bien. Vaya a inventarse su «curriculum vitae» con la ayuda de Jenson, y después, ¡manos a la obra! —echó una mirada a su reloj—. Me es imposible dedicarle más tiempo a usted. No es cosa de hacer esperar al señor Atkinson. Ya debería estar llegando aquí.

Adam (para llamarle por su nuevo nombre), se detuvo en su camino hacia la puerta.

—¿El señor Atkinson? —preguntó curioso—. ¿Va a venir hoy?

—Eso es lo que he dicho. —Sonó un zumbador eléctrico que había encima del escritorio—. Ahí lo tenemos ya, tan puntual como siempre.

—Dígame —preguntó Adam con curiosidad—. ¿Quién es él en realidad? ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Su verdadero nombre es Atkinson —repuso el coronel Pikeaway—. Eso es todo lo que yo sé, y todo lo que de él se sabe.

3

El hombre que entró en el despacho no tenía aspecto de que su nombre fuera, o pudiera haber sido alguna vez, Atkinson. Podría haberse apellidado Demetrius, Isaacstein, o López, aun cuando no se llamase precisamente ninguno de estos nombres. No era, decididamente, judío ni griego ni portugués ni español ni sudamericano. Pero de lo que ni mucho menos tenía aspecto era de ser un inglés apellidado Atkinson. Era grueso y estaba bien vestido. Tenía la tez pajiza, lánguidos los ojos negros, frente despejada, y unos dientes muy blancos de tamaño excesivo. Sus manos eran bien formadas y estaban cuidadas muy primorosamente. Su voz era inglesa, y no se le notaba el menor indicio de acento extranjero.

El coronel Pikeaway y su visitante se saludaron mutuamente con tales ademanes que parecían dos monarcas reinantes. Se cambiaron cumplidos por ambas partes.

Después, al aceptar un puro el señor Atkinson, el coronel Pikeaway comenzó:

—Es muy amable de su parte el ofrecerse a ayudarnos.

El señor Atkinson encendió su cigarro, lo saboreó con apreciación y finalmente habló:

—Mi querido amigo. Sólo pensé que… Yo oigo cosas, ya sabe. Conozco a mucha gente que me las cuenta. No sé por qué.

El coronel Pikeaway no hizo comentario alguno acerca de esta ignorancia del señor Atkinson y dijo:

—Infiero que se habrá enterado usted del hallazgo de la avioneta del príncipe Alí Yusuf.

—El miércoles de la semana pasada —precisó el señor Atkinson —. El joven Rawlinson era quien la pilotaba. Un vuelo de despiste. Pero el accidente no fue debido a ningún error de parte de Rawlinson. Un cierto Achmed, un maestro mecánico, merecedor, según Rawlinson, de la más absoluta confianza, había estado trasteando en el aparato. No debió haber sido merecedor de confianza alguna. Ahora ha conseguido un puesto muy lucrativo bajo el nuevo régimen.

—¡Así es que se trató de sabotaje! Nosotros no lo sabíamos con seguridad. Es una triste historia.

—Sí. Ese pobre muchacho… me refiero a Alí Yusuf, estaba mal pertrechado para hacer frente a la corrupción y a la traición. El haberse educado en un colegio británico fue un error, o al menos ése es mi punto de vista. Pero él ya no nos concierne a nosotros, ¿no opina así? Es una noticia de ayer. Nada hay tan muerto como un rey muerto. Lo que nos concierne ahora, a usted en un sentido y a mí en otro es lo que los reyes dejan tras de sí.

—A saber…

El señor Atkinson se encogió de hombros.

—Una considerable cuenta corriente en un Banco de Ginebra; otra, más modesta, en Londres; un cuantioso activo en su propio país, recientemente confiscado por el glorioso nuevo régimen (así como la ingrata sospecha de que haya sido repartido el botín, o al menos, eso es lo que ha llegado a mis oídos), y finalmente unos

pequeños objetos de su propiedad personal.

—¿Pequeños?

—Estas cosas son muy relativas. De todos modos pequeños de volumen. Fáciles de llevar consigo.

—No se hallaron en la persona de Alí Yusuf, que nosotros sepamos.

—No, porque se los había entregado al joven Rawlinson.

—¿Está seguro de eso? —inquirió Pikeaway.

—Bueno, uno nunca está seguro —respondió, como excusándose, el señor Atkinson—. En un palacio hay muchas habladurías. No puede ser cierto *todo* lo que dicen. Pero circula un insistente rumor a ese respecto.

—Pues tampoco se hallaron en la persona de Rawlinson.

—En ese caso —opinó el señor Atkinson— parece que tienen que haber sido sacados del país por algún medio.

—¿Por otro medio? ¿Tiene usted alguna idea?

—Rawlinson entró en un café de la ciudad después de haberse hecho cargo de las joyas. Durante el rato que estuvo allí no se le vio hablar ni acercarse a nadie. Después se dirigió al hotel Ritz Savoy donde se hospedaba su hermana. Subió a la habitación de ésta, y permaneció por espacio de veinte minutos en ella. Su hermana estaba fuera. Entonces abandonó el hotel en dirección al Banco Mercantil en la Plaza de Victoria, donde hizo efectivo un cheque. Al salir del Banco se iniciaron unos disturbios. Estudiantes amotinados por algún motivo. Transcurrió cierto tiempo hasta que la plaza fue despejada. Rawlinson, entonces, partió directamente al campo de aviación, donde en compañía del sargento Achmed, fue a darle un repaso a la avioneta.

»Alí Yusuf salió en coche para examinar la construcción de la nueva carretera, se detuvo en el campo de aviación, y se reunió con Rawlinson, expresando su deseo de emprender un corto vuelo para ver la presa y la nueva autopista en construcción desde el aire. Despegaron, y no volvieron más.

—¿Y qué deduce usted de todo esto?

—Mi querido Pikeaway, lo mismo que usted. ¿Por qué permaneció Bob Rawlinson veinte minutos en el cuarto de su hermana, estando ella fuera y habiéndole dicho que lo más probable sería que aquélla no regresara hasta el atardecer? Le dejó

una nota en cuya redacción invertiría tres minutos a lo sumo. ¿Qué hizo del tiempo restante?

—¿Sugiere que ocultó las joyas en algún sitio apropiado entre los efectos pertenecientes a su hermana?

—Parece lo indicado, ¿no? La señora Sutcliffe fue evacuada aquel mismo día en compañía de otros súbditos británicos. Fue llevada en avión con su hija hasta Aden. Según tengo entendido, llegarán a Tilbury mañana.

Pikeaway hizo una señal de asentimiento.

—No la pierda de vista —aconsejó Atkinson.

—No pensamos quitarle el ojo de encima —replicó Pikeaway—. Ya tenemos todo previsto.

—En el supuesto de que tenga las joyas estará en peligro —cerró los ojos—. ¡Detesto en tal forma la violencia!

—¿Cree usted verosímil que haya violencia?

—Hay gente interesada en ello. Diversos elementos indeseables. Usted me entiende, ¿no?

—Le entiendo —aseguró Pikeaway con serenidad.

El señor Atkinson sacudió la cabeza.

—¡Es tan desconcertante!

El coronel Pikeaway tanteó con delicadeza:

—¿Tiene usted algún… especial interés en el asunto?

—Represento a cierto grupo de intereses —repuso el señor Atkinson. Su voz sonó tenuemente aprobadora—. Algunas de las piedras en cuestión fueron proporcionadas por mi trust a su difunta alteza a un precio muy equitativo y razonable. El grupo de personas que represento, y que están interesados en la recuperación de las piedras, habría tenido, me aventuro a asegurar, la aprobación del último propietario. No me agradaría verme precisado a decir nada más. ¡Son tan delicadas estas cosas!

—Pero usted estará, decididamente, del lado de los *ángeles* — dijo sonriendo el coronel Pikeaway.

—¡Ah, ángeles! ¡Ángeles… sí! ¿Sabe usted por casualidad quien se hospedaba en las dos habitaciones contiguas a uno y otro lado de la que ocupaba la señora Sutcliffe y su hija?

El coronel Pikeaway parecía estar incierto.

—Déjeme pensar… Pues… Creo que sí lo sé… En la de la izquierda, la señorita Ángela Romero, una… bailarina española que

actuaba en el *cabaret* de la capital. Acaso no fuera precisamente española, ni tampoco bailaría muy bien flamenco, pero tenía popularidad entre la clientela. En la de la derecha, según tengo entendido, estaba una señora que iba formando parte de un grupo de maestras.

El señor Atkinson irradió una sonrisa aprobatoria.

—Es usted el mismo de siempre. Vengo a contarle cosas de las que la mayoría de las veces está ya enterado.

—No, no… —repuso el coronel Pikeaway cortésmente.

—Entre nosotros dos —afirmó el señor Atkinson— sabemos mucho de lo que hay que saber.

Sus miradas se encontraron.

—Abrigo la esperanza —concluyó, poniéndose en pie, el señor Atkinson— de que entre usted y yo sepamos lo bastante.

Capítulo IV

Regresa una viajera

1

—¡Vaya panorama! —exclamó la señora Sutcliffe, con voz de fastidio, al mirar por la ventana del hotel—. No sé por qué tiene que llover siempre que se regresa a Inglaterra. ¡Hace que todo parezca tan deprimente!

—Yo creo que es delicioso estar de vuelta —aseguró Jennifer— y oír a todo el mundo hablando inglés por la calle. Y ahora podremos tomar el té como Dios manda. Pan con mantequilla, mermelada y bizcochos decentes.

—Me gustaría que no fueras tan insular, querida —expresó la señora Sutcliffe—. ¿De qué ha servido el llevarte al extranjero y hacer todo ese viaje hasta el Golfo Pérsico si ahora me sales con que hubieras preferido quedarte en casa?

—No me importa ir al extranjero sólo por un mes o dos —aclaró Jennifer—. Todo lo que dije es que estaba encantada de haber vuelto.

—Ahora, querida, apártate a un lado, y déjame comprobar si han subido todo el equipaje. Verdaderamente me da la impresión… lo he sentido así desde la guerra, que la gente se ha echado hoy día a la poca vergüenza. Estoy segura de que si no hubiera estado alerta sin quitar ojo de las cosas, aquel hombre en Tilbury se hubiera marchado llevándose consigo mi bolsa de viaje. Y había también

otro hombre rondando por el equipaje. Después le vi en el tren. ¿Sabes lo que creo? Que todos estos rateros merodean por los barcos y si se encuentran con personas que están borrachas o mareadas del viaje, se marchan birlándoles las maletas.

—Oh, siempre estás pensando cosas por el estilo, mamá —replicó Jennifer—. Crees que todas las personas con quienes te encuentras son falsas.

—La mayoría lo son —sentenció la señora Sutcliffe, lúgubremente.

—Pero no los ingleses —protestó lealmente, Jennifer.

—Esos son todavía peores —recalcó su madre—. De los árabes y demás extranjeros una lo da por descontado, pero en Inglaterra nos sorprenden fuera de guardia y eso hace que la cosa les resulte más fácil a los maleantes. Ahora déjame que cuente. Están la maleta grande y la negra, y los dos maletines castaños, y la bolsa de viaje de cremallera, y los palos de golf, y las raquetas, y el saco de ropa sucia, y el maletín de lona…, pero ¿dónde estará la otra bolsa verde? ¡Ah!, está aquí. Y el baúl de hojalata que compramos allí para poner las cosas extras… sí, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… sí, está bien. Todos los catorce bultos están aquí.

—¿No podríamos tomar ahora el té? —propuso Jennifer.

—¿El té? Si no son más que las tres de la tarde.

—Pero es que tengo un hambre fenomenal.

—Bueno, bueno, como quieras. ¿No puedes bajar tú misma y pedirlo? Francamente, yo tengo necesidad de reposo, y después me toca sacar de las maletas todas las cosas que nos harán falta para esta noche. No ha estado nada bien que tu padre no haya podido venir a esperarnos. Por qué razón tenía que asistir a una importante reunión de directores en Newcastle-on-Tyne precisamente hoy es algo que sencillamente no acierto a comprender. Es de cajón que su mujer y su hija sean antes que nada. Y mucho más no habiéndonos visto desde hace tres meses. ¿Estás segura de que puedes arreglarte sola?

—Pero, por Dios, mamá —protestó Jennifer—. ¿Qué edad te crees que tengo? ¿Puedes darme algún dinero, por favor? No tengo ningún dinero inglés.

Tomó el billete de diez chelines que su madre le entregó y se marchó con desdén.

Sonó el teléfono que estaba al lado de la cama. La señora Sutcliffe fue a coger el auricular.

—Diga… Sí…, sí, la señora Sutcliffe al habla…

En este momento golpearon a la puerta. La señora Sutcliffe dijo al teléfono: «Espere un momento». Soltó el auricular y se dirigió a la puerta. Al abrirla apareció un joven que vestía un mono de mecánico azul marino. Llevaba una pequeña caja de herramientas.

—Electricista —dijo con brusquedad—. Las luces de esta *suite* no funcionan como deben. Me han mandado para que las vea.

—Ah…, muy bien.

Retrocedió para dar paso al electricista.

—¿El cuarto de baño?

—Pasando por ahí… al final del otro dormitorio.

Volvió al teléfono.

—Lo siento muchísimo… ¿Qué estaba usted diciendo?

—Mi nombre es Derek O'Connor. Quizá fuera mejor que subiera a su *suite*, señora Sutcliffe. Se trata de su hermano.

—¿De Bob? ¿Hay alguna noticia de él?

—Sí. Me temo que sí.

—Oh… Oh, ya comprendo… Sí, suba. Es en el tercer piso, número 310.

Se sentó en la cama. Ya se imaginaba qué clase de noticia debía ser.

Al poco llamaron a la puerta y la abrió para dejar paso a un joven que le estrechó la mano con unos modales convenientemente estudiados.

—¿Es usted del Foreign Office?

—Mi nombre es Derek O'Connor. Mi jefe me envió aquí porque, al parecer, no encontraron a nadie más a propósito para darle a usted la noticia.

—Por favor, dígame —dijo la señora Sutcliffe—. Ha muerto, ¿no es eso?

—Sí. Eso es, señora Sutcliffe. Su hermano pilotaba el avión en que el príncipe Alí Yusuf salió de Ramat, y se estrellaron contra las montañas.

—¿Por qué no me lo han dicho antes? ¿Por qué no lo telegrafió alguien al barco?

—La noticia no se confirmó hasta hace muy pocos días. Se sabía

que la avioneta había desaparecido y nada más. Pero dadas las circunstancias, todavía parecía quedar un resquicio para la esperanza. Pero ahora se han encontrado los restos del aparato… Estoy seguro de que le servirá de algún consuelo el enterarse de que la muerte fue instantánea.

—¿Murió también el príncipe?

—Sí.

—No me sorprende en absoluto —dijo la señora Sutcliffe. Su voz se estremeció un poco, pero tenía pleno dominio de sí misma—. Me daba el corazón que Bob moriría joven… Siempre fue muy temerario, ¿sabe? Siempre pilotando nuevos modelos de aeroplanos, e intentando nuevas proezas arriesgadas. Apenas si le vi bien alguna vez en los últimos cuatro años. Bueno, nadie puede cambiar a nadie, ¿no le parece?

—Exactamente —respondió su visitante—. Me temo que sea como dice.

—Henry siempre dijo que se haría pedazos más tarde o más temprano —recordó la señora Sutcliffe. Parecía extraer una especie de melancólica satisfacción de la exactitud de esta profecía de su marido. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Buscó su pañuelo—. Ha sido un golpe terrible —lamentó.

—Ya sé… Lo siento muchísimo.

—Bob no podía desentenderse, por supuesto —dijo la señora Sutcliffe—. Quiero decir que él estaba comprometido por su puesto de piloto del príncipe. A mí no me hubiera gustado que se lavara las manos en el asunto. Y además era muy buen aviador. Estoy convencida de que si chocó contra una montaña, no fue por culpa suya.

—No, no lo fue, ciertamente —acordó O'Connor—. La única esperanza que tenía de sacar al príncipe era la de volar en no importa qué condiciones. Era un vuelo peligroso a emprender, y se malogró.

La señora Sutcliffe hizo un expresivo ademán de asentimiento.

—Comprendo perfectamente —dijo—. Le agradezco que haya venido a decírmelo.

—Hay algo más —continuó O'Connor—, algo importante que tengo que preguntarle. ¿Le confió su hermano alguna cosa para que usted la trajera consigo a Inglaterra?

—¿Confiarme algo a mí? —repitió la señora Sutcliffe—. ¿Qué quiere decir con eso?

—¿Le dio algún… paquete? ¿Un paquetito para que lo trajera y entregara a alguien en Inglaterra?

Ella negó con un movimiento de cabeza, mostrando asombro.

—No. ¿Por qué cree usted que debería habérmelo entregado?

—Existía un paquete bastante importante que suponemos que su hermano pudo haber entregado a alguien para que lo trajera consigo a Inglaterra. Él fue a verla a su hotel aquel día. Me refiero al día en que estalló la revolución.

—Lo sé. Me dejó una nota. Pero no decía nada de particular… Era simplemente una nota avisándome para jugar ni tenis o al golf al día siguiente. Supongo que cuando la escribió no podía estar enterado de que aquel día tenía que sacar al príncipe en aeroplano del país.

—¿Era eso todo lo que decía la nota?

—Sí.

—¿La conserva, señora Sutcliffe?

—¿Que si la conservo? No, desde luego que no. Era de lo más trivial. La hice trizas y la tiré. ¿Para qué iba a conservarla?

—No había razón ninguna para que lo hiciera —repuso O'Connor—. Sólo que se me ocurrió que tal vez…

—¿Tal vez… qué? —inquirió malhumorada la señora Sutcliffe.

—Que pudiera haber algún otro mensaje encubierto en ella. Después de todo… —continuó sonriendo—, ya sabe usted que existe una cosa llamada tinta invisible.

—¡Tinta invisible! —exclamó la señora Sutcliffe con bastante desagrado—. ¿No se referirá usted a esa clase de sustancia que usan en las historias de espionaje?

—Pues, sí; me temo que es precisamente a eso a lo que me refiero —se lamentó O'Connor, como disculpándose.

—¡Qué cosa tan idiota! —afirmó la señora Sutcliffe—. Tengo la convicción de que a Bob jamás se le ocurriría usar tinta invisible ni nada por el estilo. ¿Por qué iba a hacerlo? Era una persona muy querida…, muy sensible —una lágrima resbaló de nuevo por su mejilla—. Pero ¿dónde *estará* mi bolso? Me hace falta un pañuelo. Quizá lo haya dejado en el otro cuarto.

—Iré a buscárselo —propuso O'Connor.

Pasó por la puerta de comunicación y se detuvo al ver a un joven en mono de mecánico que estaba inclinado sobre un maletín; se enderezó quedando de cara a él, produciéndole la impresión de haberse sobresaltado.

—Electricista —dijo el joven atropelladamente—. Las luces de este cuarto están averiadas.

O'Connor dio una vuelta al interruptor.

—A mí me parece que funcionan perfectamente —observó divertido.

—Deben haberse confundido al darme el número de la habitación —respondió el electricista.

Recogió su caja de herramientas y se escurrió con presteza por la puerta hacia él pasillo.

O'Connor frunció el ceño, cogió el bolso de la señora Sutcliffe de encima del tocador y fue a entregárselo a ella.

—Con su permiso —se excusó, y descolgó al mismo tiempo el auricular.

—Aquí la habitación 310. ¿Han mandado ustedes a un electricista hace cosa de un momento para que revisara las luces de esta *suite*? Sí…, sí, esperaré.

Esperó.

—¿Ah, no? Ya me imaginaba yo que no lo habían enviado. No, no ocurre nada de particular.

Colocó el receptor en su sitio y se volvió a la señora Sutcliffe.

—No le ocurre nada a ninguna de las luces de aquí —le comunicó— y de la dirección no han hecho subir electricista alguno.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo aquí ese hombre? ¿Sería un ladrón?

—Es posible que lo fuera.

La señora Sutcliffe hizo una rápida revisión de su bolso.

—Del bolso no se han llevado nada. El dinero está todo intacto.

—¿Está usted segura, señora Sutcliffe, absolutamente *segura* de que su hermano no le entregó a usted nada que traerse a Inglaterra? ¿Alguna cosa para que la empaquetase entre sus bártulos?

—Estoy completamente segura —aseveró la señora Sutcliffe.

—¿O entre los de su hija? Porque usted tiene una hija, ¿no?

—Sí. Está abajo tomando el té.

—¿No podría su hermano haberle entregado alguna cosa a ella?

—No; estoy segura de que no.

—Existe otra posibilidad —consideró O'Connor—. La de haber escondido alguna cosa entre los efectos de su equipaje, cuando la estuvo esperando aquel día en su habitación.

—¿Pero por qué razón iba a hacer Bob cosa semejante? ¡Valiente absurdo!

—No tanto como usted cree. Parece existir la posibilidad de que el príncipe Alí Yusuf entregase algo a su hermano de usted, con el fin de que se lo guardara, y que su hermano creyera que se hallaría más a salvo entre sus pertenencias que si lo retuviera consigo mismo.

—Me parece muy improbable —opinó la señora Sutcliffe.

—¿Qué le parecería, si no le importa, si hiciésemos un registro?

—¿Se refiere a que registremos entre mi equipaje? ¿Que lo saquemos todo? —la señora Sutcliffe sollozó al pronunciar estas palabras.

—Comprendo —admitió O'Connor— que es una petición muy desagradable, pero podría servir de mucho. Yo podré ayudarla, ¿sabe? —indicó persuasivamente—. He hecho las maletas a mi madre con mucha frecuencia. Solía decir que me daba mucha maña.

Desplegó toda su simpatía, que era una de las virtudes que le acreditaban ante el coronel Pikeaway.

—Bueno —dijo la señora Sutcliffe, rindiéndose—. Supongo que… si usted lo dice… quiero decir, que si es verdaderamente importante…

—Podría tener una gran importancia —indicó Derek O'Connor —. Bueno, ¡manos a la obra! —exclamó, lanzándole una sonrisa. ¿Qué le parece si empezáramos?

2

Tres cuartos de hora más tarde regresó Jennifer de tomar su té. Dirigió una mirada alrededor de la habitación, quedándose con la boca abierta de asombro.

—Mamá, ¿qué has estado *haciendo*?

—Hemos estado deshaciendo las maletas —le explicó, malhumorada, la señora Sutcliffe—. Y ahora estamos haciéndolas otra vez. Éste es el señor O'Connor. Mi hija Jennifer.

—¿Pero por qué han estado ustedes haciendo y deshaciendo el equipaje?

—No me preguntes por qué —le replicó su madre, levantando la voz y con los ojos centelleantes—. Al parecer, existe la idea de que tu tío Bob escondió cierto objeto de importancia entre mi equipaje para que me lo trajera conmigo a Inglaterra. Supongo que a ti no te daría nada, ¿verdad, Jennifer?

—¿Que si tío Bob me dio algo para que me lo trajera? No. ¿También han estado desempaquetando mis cosas?

—Lo hemos desempaquetado todo —dijo O'Connor en tono festivo— y no hemos encontrado nada, y ahora lo estamos ordenando todo de nuevo. En mi opinión, debería usted tomar un poco de té o alguna cosa, señora Sutcliffe. ¿Me permite que le encargue algo? ¿Tal vez preferiría un *brandy* con soda? —se dirigió al teléfono.

—No rechazaría una buena taza de té —admitió la señora Sutcliffe.

—Yo he tomado una merienda despanzurrante —aseveró Jennifer—. Pan con mantequilla, unos emparedados, y bizcochos, y después el camarero me volvió a traer más emparedados porque le pregunté si podría traerme más, y me contestó que por supuesto. Estaba todo sumamente delicioso.

O'Connor encargó el té, tras lo cual acabó de poner en orden los efectos de la señora Sutcliffe con tal pulcritud y destreza que motivaron la involuntaria admiración de aquella.

—Parece que su madre le enseñó muy bien a hacer los equipajes —observó.

—Oh, estoy en posesión de toda suerte de habilidades manuales —declaró O'Connor, sonriente.

Su madre había muerto hacía mucho tiempo, y la habilidad de hacer y deshacer maletas la había adquirido exclusivamente durante su servicio con el coronel Pikeaway.

—Tengo algo más que decirle, señora Sutcliffe. Le aconsejo por su bien que tenga mucho cuidado de sí misma.

—¿Que tenga cuidado de mí misma? ¿En qué sentido?

—Bueno —indicó O'Connor vagamente—. Las revoluciones son así de trapaceras. Tienen muchas ramificaciones. ¿Va a quedarse en Londres por mucho tiempo?

—Nos marchamos al campo mañana. Mi marido nos llevará.

—Entonces, todo estará perfectamente. Pero…, no corra ningún riesgo. Si sucediera algo que se apartarse en lo más mínimo, de lo corriente, llame en seguida por teléfono al 999.

—¡Oh! —exclamó Jennifer, regocijada en grado sumo—. Marque el 999. Siempre deseé hacerlo.

—No seas tonta, Jennifer —le reconvino su madre.

3

Extracto de una información aparecida en un periódico de la localidad.

Ayer compareció ante el juez en el Palacio de Justicia un individuo acusado de allanamiento de morada con intento de robo en la residencia del señor Henry Sutcliffe. El dormitorio de la señora Sutcliffe fue registrado y dejado en la más desordenada confusión, mientras la familia se hallaba en la iglesia asistiendo al servicio dominical. El personal de la cocina, que estaba preparando la comida del mediodía, no oyó nada. La Policía detuvo a dicho sujeto cuando huía de la casa. Algo, evidentemente, lo alarmó, y emprendió la fuga sin llevarse nada.

Dijo llamarse Andrew Ball, no tener domicilio fijo y, se declaró culpable. Manifestó que estaba sin trabajo y que buscaba dinero. Las joyas de la señora Sutcliffe, a excepción de algunas que llevaba puestas, se encuentran depositadas en su

Banco.

—Ya te dije que mandaras reparar la cerradura de la puerta del salón —fue el comentario que hizo el señor Sutcliffe en el círculo familiar.

—Mi querido Henry —explicó la señora Sutcliffe—; no pareces darte cuenta de que he estado en el extranjero durante los tres últimos meses. Y, sea como sea, estoy segura de haber leído en alguna parte que si los ladrones se *empeñan* en entrar en una casa, siempre lo consiguen.

Y al echar nuevamente una ojeada al periódico local, agregó, pensativa:

—¡Con qué hermosa grandiosidad suena esto de «el personal de la cocina»! Tan diferente de como es en realidad: la vieja señora Ellis, más sorda que una tapia, y esa medio pazguata hija de los Bardwells, que viene a echar una mano los domingos por la mañana.

—Lo que no comprendo —intercaló Jennifer— es cómo descubrió la Policía que estaban robando en la casa y llegaron aquí a tiempo de atrapar al ladrón.

—Me parece extraordinario que no se llevase nada —comentó su madre.

—¿Estás completamente segura de eso, Joan? —le preguntó su marido—. Al principio estabas un poco dudosa.

La señora Sutcliffe lanzó un suspiro de exasperación.

—Es imposible asegurar nada con tanta exactitud en asuntos de esta clase. El desorden de mi dormitorio… las cosas desparramadas por todos los rincones, los cajones revueltos y volcados… Tuve que examinarlo *todo* antes de poder estar segura de nada… aunque ahora que lo pienso, no recuerdo haber visto mi magnífica echarpe de Jacqmar.

—Lo siento, mami. Eso fue cosa mía. Voló con el viento en el Mediterráneo. Me apropié de ella. Tuve la intención de decírtelo, pero se me olvidó.

—Jennifer, la verdad es que no sé cuántas veces te he dicho ya que no me cojas nada sin advertírmelo antes.

—¿Puedo tomar un poco más de *pudding*? —solicitó Jennifer, para derivar la conversación.

—Supongo que sí. La verdad es que la señora Ellis tiene una mano estupenda. Vale la pena el tener que esforzarse tanto en gritarle. Sin embargo, confío que no te encuentren muy voraz en el colegio. Recuerda que Meadowbank no es un internado corriente.

—No estoy muy segura de si en realidad tengo muchas ganas de ir a Meadowbank —confesó Jennifer—. Conozco a una chica que tenía una prima allí, y me ha dicho que es insoportable, y que se pasaban el día entero diciéndole a una cómo hay que entrar y salir de un «Rolls Royce» y cómo hay que comportarse en el supuesto de que se fuera a almorzar con la reina.

—Ya está bien, Jennifer —le amonestó la señora Sutcliffe—. No aprecias la suerte tan grandísima que tienes con que te hayan admitido en Meadowbank. La señorita Bulstrode no acepta a cualquier chica, puedo asegurártelo. Todo se ha debido a la importante posición de tu padre y a la influencia de tu tía Rosamond. Tienes una suerte extraordinaria. Y si alguna vez —agregó— se te presentara la ocasión de ir a comer con la reina, te será muy conveniente que sepas cómo tienes que comportarte.

—Oh, bueno —dijo Jennifer—. Me imagino que la reina tiene a menudo a comer con ella a gente que no saben cómo hacerlo… Jefes africanos, y *jockeys* y caídes.

—Los jefes africanos tienen los modales más refinados —aseveró su padre, que había vuelto recientemente de un corto viaje de negocios a Ghana.

—Y también los caídes árabes —añadió la señora Sutcliffe— tienen maneras cortesanas.

—¿Recuerdas esa fiesta a que fuimos de un jeque? —le preguntó Jennifer—. ¿Y cómo le arrancó el ojo a aquella oveja y te lo ofreció a ti, y tío Bob te dio con el codo para que no metieras la pata y te lo comieras? Me parece que si un jeque hiciera semejante cosa con un cordero asado en el palacio de Buckingham, le darían a la reina unas náuseas más que regulares, ¿no os parece?

—Basta ya, Jennifer —remató su madre, dando por terminado el tema.

4

Después que Andrew Ball, sin domicilio fijo, hubo sido sentenciado a tres meses de prisión por fractura y allanamiento de morada, Derek O'Connor, que había estado ocupando un asiento poco destacado en el Palacio de Justicia, hizo una llamada a un número del «Museo [1]».

—Absolutamente nada encima del individuo cuando le echamos el guante —informó—. Le dimos tiempo de sobra, además.

—¿Quién era? ¿Alguien que conozcamos?

—Me imagino que uno de la banda de Gecko. Uno de poca monta. Lo alquilan para esta clase de asuntos. No tiene mucha materia gris, pero dicen que es un consumado ratero.

—Y escuchó la sentencia como un cordero —al otro lado de la línea, el coronel Pikeaway hizo una mueca burlona al pronunciar esta frase.

—Sí. Es el prototipo de individuo atontado que se descarría del sendero recto y difícil. Nunca se le relaciona con delitos de altos vuelos. No sirve más que para eso, claro.

—Y no encontró nada —recapacitó el coronel Pikeaway—. Y *ustedes* tampoco encontraron nada. Más bien parece como si no hubiera qué encontrar, ¿no cree? Nuestra suposición de que Rawlinson colocó las piedras entre los efectos pertenecientes a su hermana parece no tener fundamento.

—A otros parece habérseles ocurrido también la misma idea.

—Es bastante obvio, en realidad… Tal vez se proponían que nos tragáramos el anzuelo.

—Pudiera ser. ¿Alguna otra posibilidad?

—A montones. Es posible que el objeto en cuestión se encuentre en Ramat. Posiblemente escondido en algún sitio del hotel Ritz Savoy. O que Rawlinson se lo entregara a alguien en su camino al campo de aviación. O a lo mejor hay algo de verdad en esa insinuación del señor Atkinson. Que una mujer desconocida le haya echado la zarpa. O puede que durante todo el tiempo la señora Sutcliffe hubiera estado ignorante de lo que llevaba y lo tirase por la borda en el mar Rojo con cualquier otra cosa inservible. Y esto último —añadió meditabundo— tal vez fuera lo mejor de todo.

—Vamos, señor. ¡Si valen un dineral!

—La vida humana vale también mucho —sentenció el coronel Pikeaway.

Capítulo V

Cartas de Meadowbank

Carta de Julia Upjohn a su madre.

«Querida mamá:

»Ya estoy completamente instalada y esto me gusta mucho. Aquí hay una niña este trimestre que es nueva también; se llama Jennifer, nos llevamos muy bien y estamos casi siempre juntas. A las dos se nos da fenomenalmente el tenis. Es estupenda. Tiene un saque lo que se dice formidable, cuando le sale bien; pero no lo consigue casi nunca. Dice que se aflojaron las cuerdas de su raqueta cuando estuvo por el Golfo Pérsico, porque allí hace muchísimo calor. Ella estuvo en toda esa revolución que hubo. Yo le pregunté que si fue muy emocionante, pero ella me dijo que no porque no vieron nada en absoluto. Se las llevaron a la embajada o no sé dónde y se lo perdieron todo.

»La señorita Bulstrode es un pedazo de pan, pero algunas veces es bastante impresionante o puede serlo. A las que somos nuevas nos trata con benevolencia. A sus espaldas todo el mundo la llama "Bull" o "Bully" [2]*. Damos clase de literatura inglesa con la señorita Rich, que es formidable. Cuando se enfada por algo, se le suelta el pelo del rodete. Tiene una cara muy rara, pero interesante, y cuando nos lee trozos de Shakespeare lo recita de un modo diferente a como todo el mundo lo hace y parece que lo estamos viviendo. El otro día nos habló de Yago, y de lo que él sentía… Y muchas cosas más sobre los celos, de cómo estos*

devoraban a uno y de cuánto se sufría hasta volverse uno loco queriendo hacer daño al ser amado. Nos dio escalofríos a todas, excepto a Jennifer, porque no existe nada capaz de conmoverla. La señorita Rich también nos da clases de geografía. Yo siempre creí que era una asignatura muy rollo, pero de la manera que la enseña ella no lo es en absoluto. Esta mañana nos explicó todo lo referente al tráfico de especias, y por qué eran éstas necesarias para evitar que los alimentos se echen a perder fácilmente.

»Estoy empezando a dar clase de arte con la señorita Laurie. Viene dos veces por semana y además, nos lleva a Londres para visitar los museos de pintura. El francés lo tenernos con mademoiselle *Blanche, que no es capaz de mantener el orden. Jennifer dice que los franceses no saben hacerlo. No se enfada con nosotras, pero se le nota que se aburre soberanamente, y nos dice: "Enfin, vous m'ennuyez, mes enfants". La señorita Springer es de espanto. Es la instructora de gimnasia y deportes. Tiene el pelo color panocha y cuando suda, apesta a perros muertos. También tenemos a la señorita Chadwick (Chaddy), que lleva aquí desde que se fundó el colegio. Enseña matemáticas, y es un "hueso", pero bastante simpática. Después está la señorita Vansittart, que enseña historia y alemán. Es una especie de segunda señorita Bulstrode, pero sin la personalidad de ésta.*

»Aquí hay una caterva de chicas extranjeras, dos italianas y varias alemanas y una sueca que es de lo más divertido (es princesa o algo por el estilo) y una chica que es mitad turca y mitad persa, que dice que iba a haberse casado con su primo el príncipe Alí Yusuf, el que se estrelló en aquel accidente de aviación, pero Jennifer dice que no es verdad, que Shaista solo dice eso porque ella era medio prima suya y en aquellos países parece que es costumbre que los primos se casen unos con otros. Pero Jennifer dice que él no pensaba casarse con ella porque a él le gustaba otra persona. Jennifer está enterada de muchas cosas, pero raras veces las cuenta.

»Me imagino que pronto te pondrás en marcha para tu viaje. ¡No te vayas a dejar el pasaporte en casa, como lo hiciste la última vez! Y llévate tu pequeño botiquín de urgencia por si te ocurre algún accidente.

»Con todo mi cariño,

Julia».

Carta de Jennifer Sutcliffe a su madre.

«Querida mami:

»Resulta que aquí no se pasa mal del todo. Estoy disfrutando mucho más de lo que esperaba. El tiempo ha sido muy bueno. Ayer tuvimos que redactar una composición sobre el tema: "¿Se pueden llevar las buenas cualidades hasta su último extremo?", que también me parece una tontería. ¿No podrías comprarme una nueva raqueta de tenis? A pesar de que el otoño pasado le mandaste poner cuerdas nuevas a la mía… no sirve para nada ya. A mí me parece que están flojas. Me gustaría mucho aprender griego. ¿Puedo hacerlo? Me encantan los idiomas. La semana que viene algunas de nosotras iremos a Londres a ver un ballet. *Es "El Lago de los Cisnes". La comida aquí es colosal. Ayer nos pusieron pollo en el almuerzo y para la merienda tomamos siempre con el té unos pasteles riquísimos de fabricación casera.*

»Ya no me acuerdo de más noticias que darte. ¿Ha habido más ladrones por casa?

»Tu hija que mucho te quiere,

Jennifer».

Carta de Margaret Gore-West, edil principal, a su madre.

«Querida mamá:

»Tengo muy pocas novedades. Este trimestre estoy estudiando alemán con la señorita Vansittart. Circula el rumor de que la señorita Bulstrode piensa retirarse y que va a sucederla la señorita Vansittart, pero ya hace un año que se viene hablando de esto y yo no estoy segura de que sea verdad. Se lo pregunté a la señorita Chadwick (ni que decir tiene que no me hubiera atrevido a preguntárselo a la señorita Bulstrode) y me contestó muy secamente a este respecto. Me dijo que ni mucho menos era cierto y que no hiciera caso de las habladurías. El martes pasado

fuimos a ver un ballet*: "El Lago de los Cisnes". Demasiado fantástico para poderlo expresar con palabras.*

»La princesa Ingrid está siempre de chirigotas. Tiene los ojos de un celeste muy intenso y lleva un aparato de ortodoncia. También hay dos nuevas chicas alemanas que hablan un inglés bastante aceptable.

»La señorita Rich está ya de vuelta y tiene muy buen aspecto. El último trimestre la echaron de menos. La nueva instructora de gimnasia y deportes se llama Springer. Es insufriblemente mandona y a nadie le es demasiado simpática. Sin embargo, es una entrenadora magnífica de tenis. Una de las nuevas chicas, Jennifer Sutcliffe, llegará a ser una excelente jugadora, para mi entender, aunque tiene un revés algo inseguro. Su mejor amiga es una chica que se llama Julia. Les hemos puesto "las cotorras".

»Que no se te olvide venir a sacarme el día 20. ¿Lo harás? El día de las competiciones deportivas es el 19 de junio.

»Tu hija que te quiere,

Margaret».

Carta de Ann Shapland a Dennis Rathbone:

«Querido Dennis:

»No voy a tener ningún día libre hasta la tercera semana del trimestre. Me encantaría ir a cenar contigo entonces. Tendría que ser el sábado o el domingo. Ya te lo haré saber.

»Encuentro bastante entretenido esto de trabajar en un colegio. ¡Pero doy gracias a Dios de no ser maestra! Me volvería loca de atar.

»Siempre tuya,

Ann».

Carta de la señorita Johnson a su hermana:

«Querida Edith:

»Aquí todo sigue exactamente como de costumbre. El tercer

trimestre siempre es delicioso. El jardín está precioso y hemos tomado un nuevo jardinero para que le eche una mano al viejo Briggs… Es joven, robusto y, además, bastante guapo, lo que es una contrariedad. Las niñas son tan tontas…

»La señorita Bulstrode no ha vuelto a hablar más de retirarse, de momento, de modo que espero que haya desechado la idea. Con la señorita Vansittart no sería ni mucho menos lo mismo. Por lo que a mí respecta no creo que la haya desechado ella.

»Todo mi cariño para Dick y los niños. Dales mis recuerdos a Oliver y Kate cuando los veas.

Bárbara».

Carta de *mademoiselle* Angèle Blanche a René Dupont.

Poste Restante, Burdeos.

«Querida René:

»Todo marcha bien aquí aunque yo no puedo decir que me divierta gran cosa. Las niñas no son respetuosas ni se portan en clase como es debido. Creo, no obstante, que es preferible no quejarme a la señorita Bulstrode. Una tiene que estar siempre en guardia al tratar con ésa…

«Por el presente, no tengo que contarte nada de interés.

Mouche».

Carta de la señorita Vansittart a una amiga:

«Querida Gloria:

»El último trimestre ha empezado tranquilamente. Un conjunto muy satisfactorio de nuevas alumnas. Las extranjeras se van aclimatando bastante bien. Nuestra princesita (la oriental, no la escandinava), parece ser desaplicadilla, pero me imagino que eso era de esperar. Tiene unos modales encantadores.

»La nueva profesora de deportes, la señorita Springer, no ha sido ningún acierto. A las niñas no les cae en gracia y es muy despótica con ellas. Después de todo, éste no es un colegio

cualquiera. El éxito de Meadowbank no estriba en que se haga en él más o menos gimnasia. Es también muy curiosa, y hace demasiadas preguntas de índole personal. Este modo de ser llega a ser insoportable y denota muy mala educación. Mademoiselle *Blanche, la nueva profesora de francés, no puede ser más afectuosa, pero no le llega a lo que era* mademoiselle *Depuy.*

»El día de la apertura nos libramos de un buen conflicto. Lady *Verónica Carlton-Standways se nos presentó completamente embriagada. Si no hubiera sido porque la señorita Chadwick se dio cuenta al vuelo y la quitó de en medio, hubiéramos podido tener un incidente en grado sumo desagradable. Y además, las gemelas son unas chicas tan monas…*

»La señorita Bulstrode todavía no ha dicho nada en concreto al futuro…, pero a juzgar por su actitud creo que ya debe haber tomado una decisión para sus adentros. Meadowbank es realmente un logro absolutamente conseguido y yo me sentiré muy orgullosa de continuar sus tradiciones.

»Saluda con cariño a Marjorie cuando la veas.

«Siempre tuya,

Eleanor».

Carta dirigida al coronel Pikeaway, por mediación de los conductos acostumbrados:

«¡Y luego dirán que manda hombres a enfrentarse con el peligro! Yo soy el único varón de contextura aceptable, en un edén de ciento noventa mal contadas Evas.

»Su Alteza llegó con todo boato en un "Cadillac" color fresa despachurrada y azul pastel, con el notable personaje vestido con sus atavíos orientales, la esposa (una lástima de modas de París), y la edición infantil de la misma, Su Alteza Real.

»Al día siguiente, a duras penas la reconocí con el uniforme escolar. No habrá dificultad alguna en establecer relaciones amistosas con ella. Ella misma las ha iniciado ya. Me estaba preguntando los nombres de varias flores de una manera cándida y melosa cuando una espía con pecas, pelirroja y con una voz

como una abubilla se presentó inesperadamente y la llevó de mi lado. Ella no tenía ningunas ganas de irse. Siempre he tenido entendido que estas chicas orientales se criaban modestamente tras un velo. Ésta debe haber tenido un poco de experiencia mundana durante sus días de colegio en Suiza, me parece.

»La arpía, alias señorita Springer, instructora de deportes, volvió para echarme un rapapolvo. Al personal del jardín no le estaba permitido conversar con las alumnas, etcétera, etc. Yo a mi vez expresé una inocente sorpresa. "Lo siento, señorita. La señorita me estaba preguntando qué clase de planta eran estos delphiniums. Me imagino que no las tendrá en la parte del mundo de donde ella procede". Apacigüé a la arpía con gran facilidad, y al final por poco acaba lanzándome una sonrisita y todo. Con la secretaria de la señorita Bulstrode tuve menos éxito. Es una de esas chicas provincianas con humos de grandeza. La profesora de francés se presta más a cooperar. Recatada y astuta, en apariencia, pero en realidad no precisamente una mosquita muerta. También he hecho amistad con tres chicas muy agradables, que no han salido todavía de la edad del pavo, llamadas Pamela, Lois y Mary, cuyos apellidos desconozco, pero son de aristocrático linaje. Un impetuoso y provecto caballo de batalla, que responde al nombre de Chadwick, tiene puestos en mí sus ojos suspicaces, así es que he de tener cuidado para no emborronar este cuaderno.

»Mi jefe, el viejo Briggs, es un tipo más bien áspero, cuya principal tema de conversación es como solían ser las cosas en los buenos viejos tiempos cuando él era, posiblemente, el cuarto entre una plantilla de cinco jardineros. Se pasa el día gruñendo por la mayoría de las cosas y de todo el mundo, pero siente un edificante respeto por la señorita Bulstrode. Yo también se lo tengo. Cambié unas cuantas palabras con ella, muy agradable por cierto, pero yo experimenté la horrible sensación de que estaba viendo mi interior como si yo fuera transparente, y de que estaba enterada de todo lo que a mí se refería.

»No hay el menor signo, hasta el momento, de nada siniestro, pero no pierdo las esperanzas…».

Capítulo VI

Los primeros días

1

En la sala de reunión de las profesoras, éstas cambiaban puntos de vista sobre viajes por el extranjero; obras de teatro que habían visto y exposiciones de arte que habían visitado. Las instantáneas circulaban de mano en mano. Se cernía la amenaza de las diapositivas en color, porque todas las entusiastas querían enseñar las suyas propias, para librarse de la obligación de ver las de las demás.

De pronto la conversación se hizo menos personal. El nuevo pabellón de deportes fue tan criticado como elogiado al mismo tiempo. Se concedió que era un hermoso edificio, pero, naturalmente, a todas les hubiera gustado modificar su silueta en un sentido u otro. Después pasaron revista a las nuevas alumnas, y en conjunto fue favorable el veredicto.

Sostuvieron entonces una breve pero sustanciosa conversación con las dos nuevas componentes del cuadro de profesoras. ¿Había estado *mademoiselle* Blanche en Inglaterra anteriormente? ¿De qué parte de Francia procedía?

Mademoiselle Blanche respondió adecuadamente, pero con reserva.

La señorita Springer fue más explícita.

Habló con énfasis y decisión. Incluso podría decirse que estaba

pronunciando una conferencia. Tema: Las excelencias de la señorita Springer. Lo que la habían apreciado como colega. Hasta qué punto las receptoras habían aceptado sus consejos con agradecimiento y habían reorganizado sus planes de estudio con las sugerencias de ella.

La señorita Springer carecía de sutileza. Se escapó a su percepción la impresión que había causado en su auditorio.

A la señorita Johnson se le ocurrió preguntarle con suave entonación:

—Así y todo, supongo que sus ideas no fueron siempre aceptadas del modo que… le… debían de haberlo sido.

—Una debe estar preparada para la ingratitud —enunció la señorita Springer. Su voz, de por sí chillona, se volvió más potente todavía—. Lo que me indigna es que la gente sea tan cobarde… y no se atreva a encararse con los hechos. Muchas veces prefieren no enterarse de lo que tienen ante sus propias narices. Yo no soy así. Yo me voy derecha al asunto. Más de una vez he desenterrado un escándalo nauseabundo. Lo he sacado a la luz. Tengo muy buen olfato. Una vez que estoy en la pista, no cejo hasta tener bien segura mi presa —dio rienda suelta a una alegre carcajada—. En mi opinión, nadie debería enseñar en un colegio donde la vida no sea como un libro abierto. Si alguien tiene algo que ocultar, yo lo descubro en seguida. ¡Oh! Ustedes se quedarían estupefactas si yo les contara algunas de las cosas que he descubierto de varias personas. Cosas que nadie habría llegado a soñar.

—Y usted disfrutó con la experiencia, ¿verdad? —dedujo *mademoiselle* Blanche.

—Desde luego que no. Únicamente cumplía con mi deber. Pero no estaba respaldada. Una apatía vergonzosa. Así que dimití en señal de protesta.

Miró en torno suyo y lanzó de nuevo su alegre risa deportiva.

—Espero que aquí nadie tenga nada que ocultar —dijo con desenfado.

A ninguna de las presentes les hizo gracia esta observación, pero la señorita Springer no era la clase de mujer que pudiera advertirlo.

2

—¿Puedo hablar con usted, señorita Bulstrode?

La señorita Bulstrode dejó a un lado su pluma para mirar la cara arrebatada de la prefecta.

—Diga, señorita Johnson.

—Se trata de esa chica llamada Shaista… la egipcia o lo que sea…

—Sí.

—Es referente a su… ropa interior.

La señorita Bulstrode alzó las cejas con una expresión de resignada sorpresa.

—Bueno… de su… sostén.

—¿Qué es lo que ocurre a su *brassière*?

—Pues que… no es de un modelo corriente… quiere decir que no le sostiene nada, exactamente… Más bien le… empuja el busto hacia arriba… de una forma completamente innecesaria.

La señorita Bulstrode se mordió el labio para reprimir una sonrisa, como le ocurría con frecuencia cuando dialogaba con la señorita Johnson.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a echar una ojeada —decidió seriamente.

Entonces tuvo lugar una especie de interrogatorio respecto a la pecaminosa prenda que la señorita Johnson mantenía en alto, mientras Shaista la miraba con vivo interés…

—Es esta especie de alambre y… la colocación de las ballenas —señaló la señorita Johnson, reprobadora.

Shaista prorrumpió en una animada explicación.

—Pues…, verá usted, es que mi pecho no está bastante desarrollado… No tiene el suficiente volumen. No tengo mucho aspecto de mujer. Y eso es muy importante para una chica… que se advierta que es una chica y no un muchacho.

—Hay mucho tiempo por delante para eso. Solamente tiene quince años —indicó la señorita Johnson.

—¡Quince años! ¡A esa edad ya se es una mujer! Y yo tengo aspecto de mujer. ¿Es que no se me nota?

Apeló a la señorita Bulstrode, la cual movió la cabeza con

gravedad.

—Sólo que mi busto está poco desarrollado. Y no quiero que dé esa impresión, ¿me entiende?

—Entiendo perfectamente —concedió la señorita Bulstrode—. Me hago cargo de su punto de vista. Pero tenga presente que en este internado usted se encuentra entre chicas que son, en su mayor parte, inglesas, y son pocas las chicas inglesas que están desarrolladas como una mujer a la edad de quince años. Me gusta que mis alumnas usen el maquillaje de una manera discreta y que lleven ropas apropiadas a su edad. Sugiero que se ponga ese sostén cuando se vista para una fiesta, o cuando vaya a Londres, pero no para la vida de todos los días en el colegio. Aquí se hace mucho deporte, y toda clase de juegos, y para eso su cuerpo necesita tener libertad de movimientos.

—Es excesivo eso de tantas carreras y tantos brincos —refunfuñó Shaista—. Y no digamos nada de la gimnasia. A mí no me gusta nada la señorita Springer… No hace más que decir: «Más deprisa, más deprisa, no se desanimen…». Me llego a cansar.

—Ya está bien, Shaista —atajó la señorita Bulstrode con voz autoritaria—. Su familia le ha enviado aquí para que se eduque a la inglesa. Todo este ejercicio será muy conveniente para su complexión y para el desarrollo de su busto.

Despidió a Shaista y después sonrió a la agitada señorita Johnson.

—Eso es muy cierto —declaró—. Esta chica está ya complemente formada. A juzgar por las apariencias, podría tomársela fácilmente por una mujer de más de veinte años. Y ella se comporta como si los tuviera. No podemos esperar de ella que se sienta de la misma edad que Julia Upjohn, por ejemplo. Intelectualmente, Julia está mucho más adelantada que Shaista. Pero físicamente, todavía podría llevar un sostén de seda sin ballenas.

—Me gustaría mucho que todas ellas fueran como Julia Upjohn —contestó la señorita Johnson.

—A mí no —le replicó la señorita Bulstrode con firmeza—. Resultaría muy aburrido un colegio con alumnas todas iguales.

Aburrido, pensó al reanudar la calificación de las composiciones sobre las Sagradas Escrituras. Esta palabra había estado

repitiéndose en su mente desde algún tiempo a esta parte. Aburrido…

Si de algo carecía su colegio era precisamente de aburrimiento. Durante su carrera de rectora nunca había experimentado lo que era aburrirse. Habían existido dificultades que vencer, crisis imprevistas, conflictos con los padres y con las niñas, trastornos domésticos. Había sufrido muchas calamidades con las que había tenido que contender, logrando convertirlas en otros tantos triunfos. Todo ello había sido estimulante, emocionante, había merecido la pena en grado sumo. E incluso ahora, aun cuando había tomado ya la resolución de retirarse, no deseaba hacerlo.

Físicamente disfrutaba de una excelente salud, casi tan resistente como cuando ella y Chaddy (¡la fiel Chaddy!), habían puesto en marcha el internado con un mero puñado de niñas, respaldada la gran empresa por un banquero de visión poco común. Las distinciones académicas de Chaddy habían sido superiores a las suyas pero fue ella quien había tenido la inspiración de proyectar y hacer del colegio un lugar de tal distinción que se destacó por su fama en toda Europa. Nunca le había asustado hacer experimentos, mientras que Chaddy se había contentado con enseñar a conciencia, pero de una manera nada amena, todo lo que sabía. El supremo logro de Chaddy había sido estar allí, a la mano, parando los choques, siempre dispuesta para prestar ayuda en todos los casos en que la necesitaban, como en el primer día de este trimestre con *lady* Verónica. Fue sobre la base de su sentido práctico de la vida, reflexionó la señorita Bulstrode, donde se había cimentado el edificio.

Bueno, desde el punto de vista material, las dos habían sacado provecho. Si se retiraban ahora, ambas tendrían asegurada una renta para el resto de sus vidas. La señorita Bulstrode se preguntaba si Chaddy querría retirarse cuando ella lo hiciera. Probablemente no, porque para ésta el colegio era como su hogar. Continuaría fiel y digna de confianza, para respaldar a la sucesora de la señorita Bulstrode.

Porque la señorita Bulstrode ya había tomado la resolución: tenía que dejar una sucesora. Al principio asociada a ella, compartiendo la autoridad, y después para regirlo por sí sola. Saber cuándo hay que retirarse… ésa era una de las exigencias

indispensables de la vida. Retirarse antes de empezar a perder facultades, de que se debilitara la capacidad intelectiva, de llegar a probar en sí la rancia pusilanimidad, la desgana de continuar realizando el esfuerzo.

La señorita Bulstrode terminó de poner las notas a las composiciones literarias y observó que Upjohn poseía una mente original mientras que Jennifer Sutcliffe carecía de imaginación por completo, pero mostraba una profunda comprensión de los hechos muy poco corriente. Y Mary Vyte pertenecía, desde luego, al grupo erudito; una retentiva asombrosa, ¡pero qué chica tan aburrida!…; otra vez esa palabra. La señorita Bulstrode la expulsó de su mente y tocó el timbre para hacer venir a su secretaria. Empezó a dictarle cartas.

Querida lady *Valence: Jane ha tenido algunas molestias en los oídos. Le adjunto el diagnóstico del doctor…*

Querido Barón von Eisenger: Ciertamente podremos encargarnos de que Hedwig vaya a la ópera con ocasión de que la Hellstern cante la parte de Isolda…

Transcurrió una hora en un santiamén. La señorita Bulstrode rara vez se detenía para buscar una palabra. El lápiz de Ann Shapland se deslizaba vertiginoso sobre las cuartillas.

Una secretaria magnífica, pensó la señorita Bulstrode. Mejor que Vera Lorrimer, que era una chica muy enojosa. Abandonar su puesto tan de repente. Una crisis nerviosa, fue lo que alegó. Algo relacionado con un hombre, pensó la señorita Bulstrode, resignadamente. Siempre había un hombre por medio.

—Eso es todo —dijo la señorita Bulstrode, al terminar de dictar la última palabra. Dio un suspiro de alivio.

—¡Cuántas cosas tan aburridas hay que hacer! —observó—. Escribir cartas a los padres es igual que echar de comer a los perros. Hay que administrar pequeñas trivialidades a todos ellos.

Ann rió. La señorita Bulstrode le dirigió una mirada apreciativa.

—¿Qué le hizo decidirse a trabajar como secretaria?

—No puedo contestarle con exactitud. No tenía inclinación por nada en particular, y ésta es la clase de empleo a que casi todo el

mundo acaba por dedicarse.

—¿No lo encuentra monótono?

—Me parece que he tenido suerte. He tenido una gran cantidad de empleos diferentes. Trabajé durante un año con *sir* Mervyn Todhunter, el arqueólogo, y después estuve con *sir* Andrew Peters; en la firma Shell. Durante algún tiempo fui secretaria de Mónica Lord, la actriz. ¡Esto último fue lo que se dice agotador! —sonrió al recordarlo.

—Eso es hoy día corrientísimo entre ustedes las jóvenes —comentó la señorita Bulstrode con desaprobación— ese modo de cambiar de empleo cada dos por tres.

—Es que la verdad, a mí no me es posible continuar en el mismo por mucho tiempo. Mi madre está inválida. Ella es, digamos más bien… difícil de llevar algunas veces. Y entonces me veo obligada a volver a casa para cuidarme de ella.

—Ahora comprendo…

—Pero, aun así, me temo que aunque no fuera por ese motivo, seguiría variando y cambiando. No tengo el don de la perseverancia. Encuentro que la variedad es mucho menos aburrida.

—Aburrida… —murmuró la señorita Bulstrode, al brotar otra vez la palabra final.

Ann la miró sorprendida.

—No me haga caso —le dijo la señorita Bulstrode—. Es, simplemente, que a veces, una palabra determinada parece surgir a nuestro alrededor continuamente. ¿Le habría gustado ser profesora de colegio? —le preguntó, con cierta curiosidad.

—Me temo que lo encontraría odioso —respondió Ann, con franqueza.

—¿Por qué?

—Lo encontraría terriblemente aburrido… ¡Oh! Lo siento.

Se quedó consternada.

—La enseñanza no es aburrida en lo más mínimo —arguyó la señorita Bulstrode, con convicción—. Puede ser la cosa más emocionante del mundo. Lo echaré enormemente de menos el día en que me retire.

—Pero seguramente… —dijo Ann, mirándola con fijeza—. ¿Es que tiene la intención de retirarse?

—Sí…, es cosa decidida. ¡Oh! Dentro de un año o tal vez de dos,

ya no continuaré aquí.

—Pero…, ¿por qué?

—Porque he dedicado al colegio lo mejor de mi vida… y he obtenido lo mejor de él. Y ahora no me resigno a pasar a segundo término.

—Pero ¿seguirá el colegio en marcha?

—Oh, sí. Tengo una buena sucesora.

—La señorita Vansittart, me imagino.

—¿De modo que usted ya la ha fichado de una manera automática? —le preguntó la señorita Bulstrode, mirándola sutilmente—. ¡Es interesante!…

—Me temo que no lo he pensado con seriedad. Es sencillamente que he oído a la plana mayor hablando de ello. Según he podido colegir, ella continuaría rigiendo el colegio según las pautas trazadas por usted. Tiene una presencia muy virtuosa, tan guapetona y con gran tipo. Me imagino que esto es muy importante, ¿no?

—Sí, sí que lo es. Estoy segura de que Eleanor Vansittart es la persona adecuada.

—Ella continuará donde usted la dejó —añadió Ann, recogiendo sus útiles de trabajo.

—Pero ¿es que yo deseo semejante cosa? —consideró la señorita Bulstrode cuando salió Ann—. ¿Que continúen mi labor donde yo la dejé? Eso es precisamente lo que hará Eleanor. Ningún experimento nuevo, ni nada revolucionario. No fue procediendo de esa forma como yo hice de Meadowbank lo que hoy día es. Probé la suerte. Revolucioné a muchísimas personas. Fanfarroneé, di coba y me negué a copiar moldes preestablecidos de otros colegios. ¿Es que no es esto lo que yo deseo que se haga aquí? Alguien que inyecte nueva vitalidad al colegio. Una personalidad dinámica… como… sí, como Eileen Rich.

Pero Eileen no tenía edad ni experiencia. Sin embargo, era estimulante, sabía enseñar. Tenía ideas propias. Nunca podría resultar aburrida… ¡Qué tontería!, debía desechar esa palabra de su imaginación. Eleanor Vansittart no era aburrida…

Alzó la vista al entrar Chaddy.

—¡Oh, Chaddy! —exclamó—. ¡Cuánto me alegra verla a usted!

La señorita Chadwick pareció un poco sorprendida.

—¿Por qué? ¿Es que ocurre algo de particular?

—Se trata de mí misma. No conozco mi propia mente.

—Eso es impropio de usted, Honoria.

—Sí, ¿verdad? ¿Cómo va el trimestre, Chaddy?

—Perfectamente, en mi opinión. —Se podía percibir cierta inseguridad en el tono de voz de la señorita Chadwick.

La señorita Bulstrode la sondeó.

—¡Vamos a ver! No me venga con rodeos. ¿Qué es lo que no marcha bien?

—Nada. De verdad, Honoria, nada en absoluto, sólo que… —la señorita Chadwick arrugó la frente, adquiriendo la expresión de un perrito boxer que estuviera perplejo—. Oh, una sensación. Pero en realidad, no es nada que pueda señalar de un modo claro. Las nuevas alumnas parecen formar una colección muy agradable. *Mademoiselle* Blanche no me convence gran cosa. Pero en tal caso, tampoco me gustaba Geneviève Depuy. Falsa.

La señorita Bulstrode no prestó mucha atención a esta crítica. Chaddy acusaba siempre a las profesoras francesas de ser falsas.

—No es muy buena profesora —admitió la señorita Bulstrode—. Es en realidad sorprendente. ¡Sus referencias eran tan buenas!

—Los franceses no sirven para la enseñanza. No tienen idea de la disciplina —dijo la señorita Chadwick—. ¡Y realmente la señorita Springer también está hecha un buen elemento! ¡Con qué ímpetu salta! ¡Bien le hace honor a su apellido…! [3]

—Es competente en lo suyo.

—Oh, sí. De primera.

—La llegada de nuevas profesoras causa siempre trastorno —aseguró la señorita Bulstrode.

—Sí —concedió con ahínco, la señorita Chadwick—. Estoy segura de que no es más que eso. A propósito, el nuevo jardinero me parece demasiado joven. Una cosa muy poco corriente hoy día. No hay jardineros que tengan tan poca edad. Es una verdadera lástima que sea tan guapo. Tendremos que mantener los ojos abiertos.

Las dos gesticularon con la cabeza en señal de conformidad. Sabían, mejor que nadie, el estrago que podría causar en el corazón de chicas adolescentes un joven tan guapo.

Capítulo VII

Palabras al viento

1

—No está mal del todo, muchacho —dijo, muy a pesar suyo, el viejo Briggs—. No está del todo mal.

Expresaba así su aprobación por la habilidad con que su nuevo ayudante ejecutaba la faena de cavar una franja de terreno. Pero no era cosa, pensó Briggs, de consentir que el joven se montara por encima de él.

—Fíjate bien —continuó—; no es preciso que lo hagas con tanta precipitación. Tómalo con más calma, eso es lo que te digo. Por sus pasos es como sale bien.

El joven se percató de que el ritmo con que llevaba su trabajo aventajaba muy favorablemente al de Briggs, si se comparaba uno con otro.

—Ahora, a lo largo de este surco —seguía diciendo Briggs—, sembraremos unas plantas de áster, que son tan vistosas. A ella no le gustan los áster… pero yo no le hago el menor caso. Las hembras tienen sus caprichos, pero si no les tienes en cuenta apuesto diez contra uno que nunca lo echan de ver. Aunque yo diría que ella es de las que lo notan todo. Como si no le bastara para calentarse los cascos con dirigir un sitio como éste.

Adam comprendió que con ese «ella», que figuraba con tanta frecuencia en la conversación de Briggs, éste se refería a la señorita

Bulstrode.

—¿Y quién era ésa con la que te vi de palique hace una chispa de tiempo, cuando fuiste al cobertizo donde están los tiestos en busca de los bambúes? —continuó, suspicazmente, Briggs.

—¡Ah!, ésa era una de las señoritas, simplemente —repuso Adam.

—Ah, una de las orientales, ¿no es eso? Pues bueno, ten mucho cuidado, muchacho. No te vayas a ver en un lío por ninguna de esas orientales. Sé lo que estoy hablando, las conocí muy bien cuando la guerra del catorce, y si yo hubiera sabido entonces lo que ahora sé, habría tenido más cuidado, ¿comprendes?

—No había nada malo en ello —replicó Adam, fingiéndose molesto—. Sólo que se pasó casi todo el día conmigo; eso es lo que hizo, y me preguntó los nombres de una o dos cosas.

—¡Ah! —exclamó Briggs—. Pero tú ten cuidado. Tú no puedes andar platicando con ninguna de las señoritas. A ella no le haría gracia eso.

—Yo no hacía nada malo, ni tampoco dije ninguna cosa que no debiera.

—Yo no digo que lo hicieras, hijo. Pero lo que sí te digo es que aquí hay una buena porción de muchachitas enchiqueradas, sin un mal profesor de dibujo siquiera que las distraiga un poco… Bueno, lo mejor que puedes hacer es andarte con pies de plomo. Es todo lo que te digo. ¡Anda! Aquí llega ahora la vieja. Que me ahorquen, si no viene con una de las suyas.

La señorita Bulstrode se aproximaba con paso rápido.

—Buenos días, Briggs —saludó—. Buenos días…

—Adam, señorita.

—Ah, sí, Adam. Bueno, parece haber cavado usted este trozo muy satisfactoriamente. La tela metálica de la última pista de tenis se está viniendo abajo, Briggs. Creo que debería usted ocuparse de arreglar eso.

—Perfectamente, señora. De acuerdo. Se hará como dice.

—¿Qué está usted plantando aquí?

—Verá, señora, yo había pensado que…

—Nada de ásters —ordenó la señorita Bulstrode, sin darle tiempo para terminar—. Dalias *Pom Pom*. —Se alejó con presteza.

—Se presenta… da las órdenes —dijo Briggs—. Y luego no tiene

un pelo de tonta. Se da cuenta en seguida si uno no ha hecho el trabajo en condiciones. Y no eches en olvido lo que te he advertido, muchacho. De orientales, y de todas las otras…

—Si es que ella va a estar buscando por donde cogerme yo sabré bien lo que hacer muy pronto —dijo Adam, huraño—. Hay trabajo de sobra por ahí.

—¡Oh! Así es como sois los jóvenes de hoy en día en todas partes. No aguantáis una palabra de nadie. Todo lo que te repito es que andes con pies de plomo.

Adam continuó haciéndose el huraño, si bien se encorvó de nuevo sobre su labor.

La señorita Bulstrode regresaba a la casa a lo largo del sendero. Iba algo ceñuda.

La señorita Vansittart venía en dirección opuesta.

—¡Qué tarde tan calurosa! —comentó esta última.

—Sí, es muy bochornosa y sofocante. —De nuevo se tornó grave su semblante—. ¿Se ha fijado en ese joven… en el nuevo jardinero?

—No; no de un modo especial.

—Me da la impresión de que es… bueno… un tipo extraño —comentó meditabunda, la señorita Bulstrode—. No es la clase de jardinero que acostumbramos ver por aquí.

—Tal vez esté recién salido de Oxford y necesite hacer un poco de dinero.

—Es bien parecido. Las chicas se fijan en él.

—El problema de costumbre.

La señorita Bulstrode sonrió.

—Combinar la libertad de las chicas con el más estricto control. ¿No es eso a lo que se refiere, Eleanor?

—Sí.

—Lo conseguimos bastante bien —aseveró la señorita Bulstrode.

—Sí, en efecto. Nunca ha habido un escándalo en Meadowbank, ¿verdad?

—Una o dos veces hemos estado a punto de tenerlo —confesó la señorita Bulstrode; se rió—. No he conocido un solo instante de aburrimiento dirigiendo el colegio —prosiguió—. ¿Ha encontrado que la vida aquí sea en algún momento aburrida, Eleanor?

—De ninguna manera —protestó la señorita Vansittart—. A mi entender el trabajo aquí es estimulante y satisfactorio en extremo.

Debe sentirse muy orgullosa y feliz, Honoria, por el gran éxito que ha logrado.

—Creo que las cosas me han salido bien —declaró, reflexiva, la señorita Bulstrode—. Aunque ya se sabe que nunca sale todo exactamente igual a como se había proyectado al empezar.

Calló un momento, pensativa.

—Dígame, Eleanor —preguntó de improviso—. Si rigiera este internado en lugar de hacerlo yo, ¿qué haría usted? No le importe decir lo que piense. Me interesa oír su parecer.

—No creo que necesitara hacer cambios de ninguna clase —declaró la señorita Vansittart—. Me parece que el espíritu y la organización del colegio son punto menos que perfectos.

—¿Quiere usted decir que continuaría rigiendo con arreglo a las mismas pautas?

—Sí, naturalmente. No creo que pudieran ser susceptibles de mejora.

La señorita Bulstrode guardó silencio durante un momento. Pensaba: «A lo mejor ha dicho esto para halagarme. Nunca se llega a conocer a la gente, por muchos años de intimidad que hayamos tenido con ella. Con toda seguridad que ella no sentía sinceramente lo que estaba diciendo. Cualquiera que poseyera el más mínimo sentido creador *tendría* que experimentar el deseo de hacer modificaciones. Aunque también es cierto que hubiera parecido una gran falta de tacto al manifestarlo. ¡Y es tan importante tener tacto! Es esencial con los padres, con las alumnas, con el profesorado. Eleanor, ciertamente, lo posee».

Declaró en voz alta:

—Pero, así y todo, siempre tiene que haber algo susceptible de reforma, ¿no le parece? Me refiero a que hay que acoplarse a las ideas que evolucionan y a las circunstancias de la vida en general.

—¡Oh, eso sí! —convino la señorita Vansittart—. Hay que ir con los tiempos, como dicen. Pero se trata de su colegio, Honoria. Usted lo ha hecho tal cual es y sus tradiciones constituyen su esencia. Porque yo creo que la tradición es muy importante. ¿No piensa usted igual?

La señorita Bulstrode no respondió. Estaba vacilando al borde de las palabras irrevocables. El ofrecimiento de formar sociedad flotaba en el aire. La señorita Vansittart, si bien con sus refinados

modales aparentaba no haberse dado por enterada, tenía que estar consciente del hecho implícito. La señorita Bulstrode no hubiera podido decir qué era lo que la retenía en realidad. ¿Por qué le desagradaba tanto comprometerse? Probablemente, admitió con pesadumbre, porque aborrecía la idea de abandonar el mando. En su fuero interno, desde luego, deseaba seguir, deseaba continuar rigiendo su colegio. Pero, con toda seguridad, no había nadie que reuniera más méritos que Eleanor para sucedería. Tan digna de confianza. Aunque por supuesto en lo que concernía a esto, así era también la querida Chaddy… digna de confianza como la que más. Y, sin embargo, era imposible imaginarse a Chaddy de rectora de un colegio tan prominente.

«¿Qué es lo que quiero?», se interrogó la señorita Bulstrode a sí misma. «¡Qué tediosa me estoy volviendo! En realidad, la indecisión no se ha contado nunca hasta ahora entre mis defectos».

El sonido de unas campanillas del colegio vibró en la distancia.

—Mi clase de alemán —dijo la señorita Vansittart—. Tengo que entrar.

Se dirigió con paso rápido, aunque digno, hacia el edificio del colegio. Siguiéndola con un paso más tranquilo, la señorita Bulstrode por poco choca con Eileen Rich, que venía apresuradamente por un sendero lateral.

—¡Oh!, cuánto lo lamento, señorita Bulstrode. No la había visto —su cabello, como de costumbre, se escapaba de su descuidado rodete. La señorita Bulstrode reparó una vez más en las huesudas facciones de su feo rostro que le conferían aire interesante; era una extraña joven, que tenía una personalidad vehemente y avasalladora.

—¿Tiene ahora una clase? —le preguntó.

—Sí. De inglés…

—A usted le encanta enseñar, ¿no es cierto? —inquirió la señorita Bulstrode.

—Lo adoro. Es la cosa más fascinante del mundo.

—¿Por qué?

Eileen Rich se paró en seco. Deslizó una mano por su cabello. Arrugó el ceño a causa del esfuerzo mental.

—Es curioso… Creo que nunca me he detenido a *pensar* seriamente en ello. ¿Por qué *nos gusta* enseñar? ¿Es porque hace que

nos sintamos ilustres e importantes? No, no obedece a una razón tan interesada. No, es más bien como ir de pesca. Una nunca sabe qué clase de pez va a coger, lo que va a rastrear del mar. ¡Es tan excitante cuando encontramos un alumno de calidad que responde! No ocurre muy a menudo, como es natural.

La señorita Bulstrode manifestó su conformidad con un movimiento de cabeza. No se equivocaba. Esta chica tenía algo.

—Confío en que llegará a dirigir un colegio algún día —le dijo.

—Oh, eso es lo que espero —confesó Eileen Rich—. Eso es lo que me gustaría más que nada en el mundo.

—Usted ya tiene algunas ideas, ¿no es cierto?, de cómo debe dirigirse un colegio.

—Todo el mundo tiene ideas, imagino —repuso Eileen Rich—. Y, si me permite decirlo, muchas de ellas son descabelladas, y de llevarlas a efecto, pudieran resultar completamente catastróficas. Eso, claro está, significaría un riesgo. Pero una tendría que ponerlas a prueba. Tendría que aprender a fuerza de experiencia. Lo malo es que no podemos guiarnos por la experiencia ajena, ¿no le parece?

—Ciertamente que no. En esta vida todos tenemos que cometer nuestros propios errores —sentenció la señorita Bulstrode.

—Eso está muy bien cuando se aplica a la vida particular de cada cual —estimó Eileen Rich—. En la vida privada podemos recuperarnos y volver a empezar —cerró con firmeza los puños de las manos que tenía colgando. La expresión de su rostro se volvió sombría. Entonces, de repente, dio rienda suelta al buen humor—. Pero si un colegio se deshace en pedazos, no se pueden recoger éstos tan fácilmente para empezar de nuevo, ¿no cree?

—Si usted dirigiera un colegio como Meadowbank —sugirió la señorita Bulstrode—. ¿Le gustaría hacer alteraciones… experimentos?

Esta pregunta pareció turbar a Eileen Rich.

—Eso es… ésa es, bueno, una cosa terriblemente difícil de decir —repuso.

—Usted quiere decir que lo haría —decidió la señorita Bulstrode —. No tenga inconveniente en decirme sin rodeos lo que piensa, hija mía.

—Me parece que siempre gusta llevar a efecto las propias ideas —contestó Eileen Rich—. No sé si daría buen resultado. Tal vez no

fuera así.

—Pero usted considera que bien valdría la pena correr ese riesgo.

—Siempre existe algo por lo que merezca la pena correr un riesgo, ¿no? —expresó Eileen Rich—. Quiero decir siempre que tengamos suficiente seguridad respecto a algo.

—Usted no parece poner reparos a llevar una vida llena de peligros. Ya entiendo… —dijo la señorita Bulstrode.

—Creo que he vivido siempre una existencia peligrosa —una especie de sombra pareció pasar por el rostro de la chica—. Tengo que irme. Me estarán esperando —se marchó apresuradamente.

La señorita Bulstrode permaneció inmóvil, mirando cómo se retiraba. Todavía se hallaba allí, inmersa en sus pensamientos, cuando llegó buscándola la señorita Chadwick a toda velocidad.

—¡Oh! Por fin la encuentro. La hemos estado buscando por todas partes. El profesor Anderson acaba de llamar por teléfono. Desea saber si puede sacar a Meroe este fin de semana. Está enterado de que el hacerlo tan pronto va contra el reglamento, pero se marcha a… un sitio que se llama algo así como Azure Basin.

—Azerbaiyán —corrigió automáticamente la señorita Bulstrode, todavía ensimismada en sus propios pensamientos.

«No tiene bastante experiencia —susurró para sí misma—. Ése es el riesgo».

Y en voz alta:

—¿Qué decía, Chaddy?

La señorita Chaddy repitió su recado.

—Le encargué a la señorita Shapland que le comunicara que le volveríamos a llamar y la mandé en busca de usted.

—Dígale que me parece muy bien —resolvió la señorita Bulstrode—. Reconozco que se trata de una ocasión excepcional.

La señorita Chadwick le dirigió una mirada penetrante.

—Está preocupada, Honoria.

—Sí, lo estoy. No sé realmente cuál es mi propio estado de ánimo. Es una cosa desacostumbrada en mí, y me tiene trastornada… Discierno claramente lo que me gustaría hacer… pero tengo la sensación de que el ponerlo en manos de quien carece de la experiencia necesaria no sería proceder rectamente con el colegio.

—No sabe cuánto desearía que desistiera de esa idea de

retirarse. Meadowbank la necesita. Usted pertenece al colegio.

—Meadowbank significa muchísimo para usted, ¿no es cierto, Chaddy?

—No hay otro colegio en toda Inglaterra que se le pueda comparar —aseguró la señorita Chadwick—. Las dos podemos sentirnos muy orgullosas, usted y yo, de haberlo fundado.

La señorita Bulstrode le echó un brazo por los hombros, cariñosamente.

—Efectivamente, podemos estarlo, Chaddy. Y en cuanto a usted, es el consuelo de mi vida. No hay nada referente a Meadowbank de que no esté enterada. Se preocupa por él tanto como yo. Y eso ya es decir bastante, querida.

La señorita Chadwick se sentía alentada y llena de satisfacción. Era muy poco corriente que Honoria Bulstrode quebrantara su reserva.

2

—Es sencillamente que no puedo jugar con esta birria. No sirve para nada —Jennifer arrojó la raqueta al suelo, desesperada.

—Oh, Jennifer, hay que ver lo que alborotas por nada.

—Es el balanceo —Jennifer la recogió del suelo y la agitó ligeramente con mano experta—. No se balancea como es debido.

—Es mucho mejor que la mía, tan vieja —Julia la comparó con su propia raqueta—. La mía parece una esponja. Fíjate cómo suena —punteó las cuerdas—. Pensamos haberle puesto cuerdas nuevas, pero mamá se olvidó de hacerlo.

—De todas formas, yo la preferiría a la mía —Jennifer la cogió e intentó blandir con ella.

—Pues a mí me gusta mucho más la tuya. Con ésa sí que podría dar buenos golpes. Si tú quieres, las cambiamos.

—De acuerdo; trato hecho.

Las dos muchachas despegaron las tiras de cinta adhesiva en las que estaban escritos sus nombres, y volvieron a pegarlas en las otras raquetas.

—No pienso volver a cambiar otra vez —le advirtió Julia—. Así

que es inútil que luego me digas que no te convence esa vieja esponja.

3

Adam estaba silbando alegremente mientras hincaba en el suelo el cerco de tela metálica alrededor de la pista.

La puerta del pabellón de deportes se abrió, y *mademoiselle* Blanche, la profesora de francés, con todo su aspecto de mosquita muerta, se asomó al exterior. Pareció sobrecogerse al ver a Adam. Titubeó un momento y volvió a entrar.

—No sé qué es lo que se traerá entre manos —se dijo Adam. No se le habría pasado por la imaginación que *mademoiselle* Blanche estuviera tramando algo, a no haber sido por la forma en que ésta reaccionó. Tenía un aire de culpabilidad que inmediatamente despertó sospechas en la mente de él. Enseguida volvió a aparecer, cerrando la puerta detrás de sí, y se detuvo a hablarle al pasar por donde él se hallaba.

—¡Ah! Veo que está reparando la tela metálica.

—Sí, señorita.

—Hay muy buenas pistas aquí, y la piscina y el pabellón también están muy bien. ¡Oh! Le *sport*! Ustedes los ingleses piensan muchísimo en *le sport*; ¿no es cierto?

—Pues eso parece, señorita.

—¿Juega usted al tenis? —sus ojos le lanzaron una mirada apreciativa completamente femenina, con una ligera insinuación en sus destellos. Adam se hizo cábalas respecto a ella una vez más. Se le vino a la mente que *mademoiselle* Blanche no era la profesora de francés más indicada para Meadowbank.

—No —repuso él, mintiendo—. No juego al tenis. No tengo tiempo para ello.

—¿Juega al *cricket*, entonces?

—Bueno, lo jugaba de pequeño. Igual que la mayoría de los muchachos.

—Hasta hoy no he tenido mucho tiempo para echar una ojeada a todo esto —dijo Angele Blanche—. Pero hacía un tiempo tan

hermoso que se me ocurrió que tal vez me gustaría examinar el pabellón de deportes. Quiero escribirle sobre ello a unos amigos que dirigen un colegio en Francia.

Esto dio de nuevo que pensar a Adam. Le pareció una serie de explicaciones completamente innecesarias. Casi parecía como si *mademoiselle* Blanche desease justificar su presencia en el pabellón de deportes. Pero ¿por qué tenía que hacerlo? Ella estaba en su perfecto derecho de andar por cualquier parte del colegio que se le antojara. Ciertamente no tenía necesidad alguna de presentar excusas a un ayudante del jardinero. Esto hizo surgir nuevas incógnitas en su mente. ¿Qué sería lo que esta joven había estado haciendo en el pabellón de deportes?

Contempló, meditativo, a *mademoiselle* Blanche. Quizá no estuviera mal informarse un poco más acerca de ella. Cambió de táctica de una manera sutil y deliberada. Siguió respetuoso, pero no tanto como antes. Él dejó que sus ojos le hicieran saber a ella que la consideraba una joven muy atractiva.

—A veces debe encontrar un poco aburrido el trabajar en un colegio de chicas, señorita —le dijo.

—No me divierte gran cosa, no.

—De todas formas —prosiguió Adam— supongo que dispone de tiempo libre, ¿no es así?

Tuvo lugar una pequeña pausa. Parecía como si estuviera debatiendo algo consigo misma. Entonces Adam, notó con cierto pesar que la distancia entre ambos se había ensanchado.

—Oh, sí —repuso—. Dispongo de una razonable parte de tiempo libre. Las condiciones de trabajo aquí son excelentes —le saludó ligeramente con la cabeza—: Buenos días —se marchó en dirección del edificio del colegio.

«Tú has estado tramando algo en el pabellón de deportes», imaginó Adam.

Esperó hasta que ella se perdió de vista. Entonces abandonó su trabajo, cruzó hacia el pabellón de deportes e inspeccionó su interior. Pero nada de lo que pudo ver allí se hallaba fuera de su sitio correspondiente. «De todos modos», dijo para sus adentros: «ella estaba maquinando algo». Al salir de nuevo, se encontró de una manera inesperada frente a Ann Shapland.

—¿Sabe dónde está la señorita Bulstrode? —le preguntó ella.

—Me parece que ha vuelto a la casa, señorita. Hace un segundo estaba hablando con Briggs.

Ann le miró, ceñuda.

—¿Qué está usted haciendo en el pabellón de deportes?

Adam se quedó un poco sobrecogido. «Qué mentalidad tan desagradablemente suspicaz tiene esta individua», pensó. Con un tono de voz ligeramente insolente le dijo:

—Pensé que tal vez me interesaba echar un vistazo. No hay ningún mal en mirar, me parece a mí.

—¿No sería mejor que continuara usted con su trabajo?

—En este momento estoy acabando de colocar la tela metálica alrededor de la pista de tenis —se volvió, mirando al edificio del pabellón, situado a su espalda—. Esto es nuevo, ¿verdad? Debe haber costado un dineral. Las señoritas tienen aquí lo mejor de todo.

—Por eso lo pagan —le replicó Ann secamente.

—Y por lo que he oído decir a peso de oro —comentó Adam.

Sintió el deseo, que él mismo apenas podía comprender, de herir o molestar a esta chica. Era siempre tan fría, y daba tal impresión de su propia suficiencia… Verdaderamente disfrutaría viéndola enojada.

Pero Ann no le concedió tal satisfacción. Se limitó a ordenarle:

—Creo que lo mejor será que siga poniendo la tela metálica —y se dirigió de vuelta a casa. A mitad de camino, aflojó el paso y miró hacia atrás. Adam estaba ocupado con la tela metálica. Le dirigió una mirada a él, y otra al pabellón de deportes y pareció quedarse muy intrigada…

Capítulo VIII

Asesinato

1

El sargento Green estaba bostezando en su servicio nocturno en la Comisaría de Policía de Hurst St. Cyprian en el momento en que sonó el teléfono. Descolgó el auricular, y un instante después sus modales habían cambiado por completo. Empezó a garabatear rápidamente en una hoja.

—¿Diga? ¿Meadowbank? Sí… ¿Y el nombre? Deletréelo por favor. «S» de Suiza, «P» de Polonia, «R» de Rusia, «I» de Italia, Springer. Sí, sí, por favor encárguese de que no se altere nada. «N» de Noruega, «G» de Grecia, «E» de Egipto y «R» de Rumanía. Les mandaré a alguien muy en breve.

Rápida y metódicamente se ocupó después de poner en movimiento los diversos procedimientos judiciales indicados.

—¿Meadowbank? —inquirió el inspector detective Kelsey cuando se enteró de la noticia—. Ése es el colegio de chicas, ¿no? ¿A quién han asesinado?

—Al parecer se trata de la señorita Springer, la instructora de deportes —informó el sargento Green.

—«Muerte de una instructora de deportes» —profirió pensativo Kelsey—. Suena a título de novela detectivesca en un quiosco de estación ferroviaria.

—¿Quién, en su opinión, podría haberla despachado? —

preguntó el sargento—. Parece poco natural.

—También las instructoras de deportes tienen derecho a la vida amorosa —observó el inspector detective Kelsey—. ¿Dónde dicen haber encontrado el cadáver?

—En el pabellón de deportes. Me imagino que es una forma más elegante de designar el gimnasio.

—Puede que sea así —admitió Kelsey—. «Muerte de una instructora de deportes en el gimnasio». Suena a crimen atlético en sumo grado, ¿no le parece? ¿Dijo usted que la mataron de un disparo?

—Sí.

—¿Se encontró la pistola?

—No.

—Interesante —comentó el inspector detective Kelsey, y tras haber reunido al resto de sus hombres, se marchó para cumplir con sus obligaciones.

2

La puerta principal de Meadowbank, por la que salía la luz a raudales, estaba abierta, y fue allí donde la señorita Bulstrode recibió personalmente al inspector Kelsey. Éste la conocía de vista, igual que la mayoría del vecindario. Incluso en estos momentos de confusión e incertidumbre la señorita Bulstrode seguía siendo eminentemente la misma de siempre, encontrándose en pleno dominio de la situación y de sus personas subordinadas.

—Soy el inspector detective Kelsey, señora —dijo el inspector, tras el saludo.

—¿Qué es lo primero que le gustaría hacer, inspector Kelsey? ¿Desea ir al pabellón de deportes o prefiere oír un relato detallado de los hechos?

—El doctor me ha acompañado —dijo Kelsey—. Si quiere mostrarle a él y a dos de mis hombres dónde se encuentra el cadáver, yo preferiría cambiar unas palabras con usted.

—Ciertamente. Venga a mi salón. Señorita Rowan, ¿quiere indicar al doctor y a sus acompañantes el camino? —A esto añadió

—: Una de mis profesoras está allí para impedir que se toque nada.

—Gracias, señora.

Kelsey siguió a la señorita Bulstrode hasta su salón.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—La señorita Johnson, la prefecta. A una de las chicas le dolían los oídos y la señorita Johnson se encontraba arriba cuidándola cuando advirtió que las cortinas estaban corridas. Al acercarse ella misma a cerrarlas como era debido, observó que en el pabellón de deportes no tenía por qué haber encendida una luz a la una de la madrugada —finalizó adusta, la señorita Bulstrode.

—Muy bien —dijo Kelsey—. ¿Dónde se encuentra ahora la señorita Johnson?

—Está aquí. Si desea verla…

—Cuanto antes ¿Quiere continuar, señora?

—La señorita Johnson fue a despertar a la señorita Chadwick, otro miembro de mi profesorado. Decidieron bajar e ir a investigar allí. En el momento en que salían por la puerta lateral oyeron ruido de un disparo, e inmediatamente echaron a correr hacia el pabellón de deportes lo más de prisa que pudieron. Al llegar allí…

El inspector la interrumpió.

—Gracias, señorita Bulstrode, si, como usted dice, la señorita Johnson está disponible, oiré de labios de ella el relato de lo que sigue. Pero tal vez fuera mejor que antes me contara usted algo acerca de la víctima.

—Su nombre es Grace Springer.

—¿Llevaba mucho tiempo con usted?

—No; llegó este trimestre. La anterior instructora de deportes se marchó para hacerse cargo de un empleo en Australia.

—¿Y qué sabía usted sobre esta señorita Springer?

—Sus referencias eran excelentes —aseguró la señorita Bulstrode.

—Usted no la conocía personalmente antes de eso, ¿verdad?

—No.

—¿Tiene usted alguna idea, por remota que sea, de qué pudo haber precipitado esta tragedia? ¿Se sentía desdichada? ¿Alguna complicación desafortunada?

La señorita Bulstrode hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Nada que yo sepa. Si me lo permite —continuó—, le diré que

me parece de lo más inverosímil. No era este tipo de mujer.

—¡De cuántas cosas se tendría que sorprender usted! —dijo el inspector Kelsey sombríamente.

—¿Desearía usted que fuera ahora en busca de la señorita Johnson?

—Si es tan amable. Cuando haya escuchado su relato saldré al gim… O, ¿cómo le dicen ustedes, pabellón de deportes…?

—Es una nueva edificación adicionada al colegio este año —explicó la señorita Bulstrode—. Se ha construido adyacente a la piscina y abarca una pista de *squash* [4] y otras instalaciones. Las raquetas de tenis y de *lacrosse* [5] y los palos de *hockey* se guardan allí y hay también un secadero para los trajes de baño.

—¿Existía alguna razón por la cual la señorita Springer debiera de estar en el pabellón de deportes a esa hora de la noche?

—Absolutamente ninguna —repuso la señorita Bulstrode de un modo inequívoco.

—Está bien, señorita Bulstrode. Voy a hablar ahora con la señorita Johnson.

La señorita Bulstrode abandonó la habitación para regresar trayendo a la prefecta con ella. A la señorita Johnson le habían hecho beber una considerable dosis de *brandy* para que entrara en reacción después de haber descubierto el cadáver. El resultado fue un ligero aumento de su locuacidad.

—Le presento al inspector detective Kelsey —dijo la señorita Bulstrode—. Haga acopio de fuerzas, Bárbara, y cuéntele exactamente lo ocurrido.

—Es espantoso —exclamó la señorita Johnson—; es realmente espantoso. No he pasado por experiencia semejante en toda mi vida. ¡Jamás! No podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Francamente, no podía creerlo. Y sobre todo… ¡tratándose de la señorita Springer…!

El inspector Kelsey era hombre perspicaz. Estaba dispuesto a desviarse de los métodos rutinarios siempre que le llamara la atención algún detalle insólito de tenerse en consideración.

—Creo entender —coligió— que usted encuentra sumamente extraño que fuera la señorita Springer a quien asesinaran.

—Pues sí, inspector; sí que lo encuentro extraño. Es tan… bueno, tan fuerte, ¿sabe? Tan vigorosa… El tipo de mujer que

podemos imaginarnos perfectamente habiéndoselas con un ladrón nocturno… o incluso con dos, sin ayuda de nadie.

—¡Ejem! ¿Ladrones nocturnos? —murmuró el inspector Kelsey —. ¿Es que había algo que robar en el pabellón de deportes?

—Bueno, no… En realidad, no sé qué es lo que iban a poder robar allí. No había más que trajes de baño, claro está, y efectos deportivos.

—La clase de objetos que se habría llevado un vulgar ratero —decidió Kelsey—. No hubiera valido la pena tomarse el trabajo de forzar la puerta para entrar en él por tan poca cosa. A propósito, ¿la forzaron?

—Bueno, la verdad es que no se me ocurrió fijarme en eso —aclaró la señorita Johnson—. Quiero decir que la puerta estaba abierta cuando llegamos allí y…

—No fue forzada —aclaró la señorita Bulstrode.

—Entiendo —dijo Kelsey—. Usaron una llave. ¿Gozaba de muchas simpatías la señorita Springer? —interrogó, mirando a la señorita Johnson.

—Pues, en realidad, no podría contestarle. Pero, después de todo, ya ha muerto.

—Así que usted no simpatizaba con ella —dedujo Kelsey, observador, haciendo caso omiso de los nobles sentimientos de la señorita Johnson.

—No creo que pudiera serle muy simpática a nadie —confesó la señorita Johnson—. Tenía un porte muy autoritario, ¿sabe? No le importaba en absoluto el contradecir a la gente de una manera tajante. Aunque hay que reconocer que era muy competente y tomaba su trabajo muy en serio. ¿No opina usted lo mismo, señorita Bulstrode?

—Ciertamente —acordó ésta.

Kelsey cambió de rumbo, volviendo hacia el interrogatorio de rigor del que por un momento se había desviado.

—Ahora, señorita Johnson, oigamos lo sucedido.

—Jane, una de nuestras alumnas, tenía dolor de oídos. Se despertó con unas punzadas bastante fuertes y vino a mi busca. Le apliqué unos remedios y cuando la dejé en su cama me di cuenta de que el aire hacía ondear las cortinas de la ventana y decidí que acaso por una vez sería mejor no dejarla toda la noche abierta, pues

el viento soplaba más bien hacia aquella dirección. Por descontado que las niñas duermen siempre con las ventanas abiertas. A veces tenemos que vencer objeciones por parte de las extranjeras, pero yo siempre insisto en que…

—Eso en realidad no hace al caso ahora —intervino la señorita Bulstrode—. Nuestras medidas generales de higiene no interesarían al inspector Kelsey.

—No, no, claro que no —admitió la señorita Johnson—. Bueno, como iba diciendo fui a cerrar la ventana, y cuál no sería mi sorpresa al ver una luz en el pabellón de deportes… Se distinguía perfectamente; no podía equivocarme. Parecía como si hubiera estado moviéndose de un lado para otro.

—¿Quiere decir que no se trataba de una luz eléctrica que hubiesen encendido, sino de la proyectada por una linterna o por una vela?

—Sí, sí, eso es lo que debía haber sido. En seguida pensé: «¡Madre mía!, ¿qué es lo que estarán haciendo allí a estas horas de la noche?». Desde luego, no se me ocurrió pensar que fueran ladrones. Ésa hubiera sido una suposición demasiado fantástica, como a usted le pareció hace un momento.

—¿Qué pensó usted que pudiera ser? —preguntó Kelsey.

La señorita Johnson lanzó una mirada a la señorita Bulstrode y la volvió a desviar.

—Pues sinceramente, yo no pensé que fuera nada de particular. Quiero decir… que… pues que… en realidad, lo que quiero decir es que no podía imaginarme…

La señorita Bulstrode interrumpió:

—Me imagino que a la señorita Johnson le asaltó la idea de que una de nuestras alumnas pudiera haber ido allí para acudir a una cita con alguien —apuntó—. ¿No es así, Bárbara?

La señorita Johnson contestó entrecortadamente:

—Pues, la idea se me vino a la cabeza de momento. Tal vez, una de nuestras alumnas italianas… Las chicas extranjeras son mucho más precoces que las inglesas.

—No sea tan insular —reconvino la señorita Bulstrode—. Hemos tenido una gran cantidad de chicas inglesas que han tratado de concertar entrevistas inconvenientes, fue un pensamiento muy natural el que se le ocurrió a usted, y probablemente el mismo que

a mí se me hubiera ocurrido.

—Continúe —rogó el inspector Kelsey.

—De modo que pensé que lo mejor —prosiguió la señorita Johnson— sería ir a buscar a la señorita Chadwick y decirle que saliera conmigo para ver qué es lo que pasaba.

—¿Por qué la señorita Chadwick? —interpeló Kelsey—. ¿Tiene alguna razón particular para elegir precisamente a esa profesora?

—Pues la verdad, no quería preocupar a la señorita Bulstrode —explicó la señorita Johnson—. Y me temo que es más bien un hábito en nosotras el recurrir siempre a la señorita Chadwick en todos los casos en que no queremos molestar a la señorita Bulstrode. Verá usted, la señorita Chadwick hace muchísimo tiempo que está aquí y tiene una gran experiencia.

—Sea como sea —insistió Kelsey—, usted fue a despertar a la señorita Chadwick. ¿No fue así?

—Sí. Ella estuvo de acuerdo conmigo en que deberíamos ir allí inmediatamente. No perdimos tiempo en vestirnos ni en nada; sólo nos pusimos un jersey y un chaquetón y salimos por la puerta lateral. Y fue entonces, al salir fuera, cuando oímos una detonación, en el pabellón de deportes. Cometimos la gran torpeza de no llevarnos una linterna, y nos fue difícil distinguir por dónde íbamos. Tropezamos una o dos veces, pero conseguimos llegar allí rápidamente. La puerta estaba abierta. Encendimos la luz y…

Kelsey interrumpió:

—¿No había entonces luz alguna cuando llegaron allí? ¿No había una linterna u otra clase de luz?

—No. Aquello estaba a oscuras. Encendimos la luz y allí nos la encontramos muerta. Estaba…

—Está bien —dijo el inspector Kelsey amablemente—. No tiene necesidad de describir nada. Iré allí ahora y lo veré todo por mí mismo. ¿No se encontraron a nadie por el camino?

—No.

—¿Ni oyeron los pasos de alguien que huyera?

—No. No oímos nada.

—¿No fue oído el disparo por ninguna otra persona en el edificio del colegio? —preguntó Kelsey, mirando a la señorita Bulstrode.

Ésta hizo un ademán negativo.

—No. No, que yo sepa. Nadie ha manifestado haberlo oído. El

pabellón de deportes está bastante alejado y dudo mucho que pudiera percibirse la detonación.

—¿Ni siquiera desde uno de los cuartos situados en el ala del edificio que mira hacia el pabellón de deportes?

—Lo veo difícil, a menos que se hubiera estado advertido de antemano para escuchar tal cosa. Tengo la convicción de que no sonaría lo suficientemente fuerte como para poder despertar a nadie.

—Bueno, gracias —expresó el inspector Kelsey—. Ahora iré al pabellón de deportes.

—Yo le acompañaré —decidió la señorita Bulstrode.

—¿No le importa que vaya también yo? —solicitó la señorita Johnson—. Me gustaría, si me lo permiten. Soy del parecer de que no está bien desentenderse de las cosas, ¿no creen? Siempre fui de la opinión de que hay que hacer frente a todo lo que sé pretende y…

—Gracias —cumplimentó el inspector Kelsey—, pero no hay necesidad de ello, señorita Johnson. No sería yo quien la expusiera a un nuevo ataque de nervios.

—¡Qué espantoso! —se lamentó la señorita Johnson—. Y lo que empeora todavía la situación es que reconozco que no me era nada simpática. El hecho es que incluso ayer mismo por la noche tuvimos una discusión en la sala de profesoras. Yo sostenía que el exceso de ejercicios gimnásticos era perjudicial para las chicas… las más débiles. La señorita Springer replicó que eso eran pamplinas; que éstas eran precisamente las que más lo necesitaban; que las tonificaba y hacía de ellas mujeres nuevas. Yo le respondí que en realidad ella no lo sabía todo aunque creyera que sí. Al fin y al cabo, yo he tenido una educación profesional y entiendo muchísimo más de padecimientos y enfermedades de lo que entienda la señorita Springer… o entendiera, aunque no me cabe duda de que la señorita Springer estaba impuestísima sobre todo lo que se refiere a las paralelas, al salto del potro y entrenamiento de tenis. Pero ¡válgame Dios!, ahora que pienso en lo ocurrido preferiría no haber dicho nada de lo que he dicho. Me imagino que una siempre, se encuentra de este ánimo después de haber ocurrido algún suceso tan horroroso. De veras, me lo reproché a mí misma.

—Vamos, siéntese ahí, querida —indicó la señorita Bulstrode

acomodándola en el sofá—. Lo único que tiene que hacer es descansar, y hacer caso omiso de cualquier discusión sin importancia que pueda haber tenido. La vida sería muy monótona si todos estuviéramos de acuerdo unos con otros en todos los aspectos.

La señorita Johnson se sentó, sacudiendo la cabeza y después dio un bostezo. La señorita Bulstrode siguió a Kelsey hasta el vestíbulo.

—Le suministré una buena cantidad de *brandy* —confesó, excusándose—. La ha convertido en un poco más locuaz, pero no se trabó. ¿No se ha dado cuenta?

—Sí —convino Kelsey—, ha dado una clara información de lo sucedido.

La señorita Bulstrode le mostró el camino hacia la puerta lateral.

—¿Fue por aquí por donde salieron la señorita Johnson y la señorita Chadwick?

—Sí. Como usted puede ver, el camino atraviesa esos rododendros y sigue en línea recta hasta llegar al pabellón de deportes.

El inspector llevaba una potente linterna. Acompañado de la señorita Bulstrode llegó muy pronto al edificio donde ahora resplandecían las luces.

—Bonito chozo —dijo, tras haberle echado un detenido vistazo.

—Nos costó nuestros buenos peniques —explicó la señorita Bulstrode—, pero podemos permitírnoslo —añadió en tono sereno.

La puerta abierta daba acceso a una sala de amplias proporciones. Había taquillas de vestuario con los nombres de diversas chicas en ellos. Al fondo de la habitación había un estante para colocar las raquetas de tenis y otro para las de *lacrosse*. La puerta de la izquierda conducía a las duchas y casetas para cambiarse de ropas. Kelsey se detuvo antes de entrar. Dos de sus hombres habían estado atareados. Un fotógrafo acababa de terminar con su cometido, y otro hombre, que estaba examinando las huellas digitales, alzó la vista y dijo:

—Puede pisar el suelo y cruzar allí sin cuidado. Por este extremo no hemos terminado todavía.

Kelsey avanzó donde el forense estaba arrodillado junto al cadáver. El médico alzó la mirada al aproximarse el inspector.

—Le dispararon desde una distancia de poco más de dos pasos

—dictaminó—. La bala le penetró en el corazón. La muerte debió ser sin duda alguna instantánea.

—¿Cuánto tiempo hará?

—Digamos una hora poco más o menos.

—Sí.

Kelsey hizo un ademán de asentimiento. Se aproximó dando un rodeo hacia la señorita Chadwick para contemplar su alta figura; estaba apoyada contra un muro igual que un perro guardián, con expresión de espanto en su rostro. Tendría unos cincuenta y cinco años, calculó; su frente era despejada, y las líneas de su boca denotaban tenacidad; su pelo gris lo tenía descuidado y no se notaba en ella el menor indicio de histerismo. La clase de mujer, pensó, con la que podía contar en un momento de crisis, aun cuando pasase inadvertida en cualquier otra ocasión de la vida diaria.

—¿La señorita Chadwick? —le preguntó.

—Sí.

—¿Fue usted quien salió con la señorita Johnson; y descubrió el cadáver?

—Sí. Estaba exactamente igual que ahora. Estaba muerta.

—¿Y a qué hora sería eso?

—Eché una mirada a mi reloj cuando me despertó la señorita Johnson. Señalaba la una menos diez.

Kelsey asintió. Eso concordaba con la hora que la señorita Johnson le había dicho. Contempló meditabundo a la víctima. Su pelo era corto y de un llameante matiz rojizo. Tenía la cara llena de pecas, con un mentón prominente y firme, y su figura aparecía atlética y enjuta. Tenía puesta una falda de lana escocesa y un grueso jersey de un color oscuro. Calzaba unos zapatos de deportes y no llevaba medias.

—¿Hay algún indicio del arma? —preguntó Kelsey.

Uno de sus hombres meneó la cabeza.

—Ninguno en absoluto, señor.

—¿Han dado con la linterna?

—Hay una en aquel rincón.

—¿Tiene marcadas algunas huellas?

—Sí, las de la víctima.

—Así que fue ella quien la trajo —musitó Kelsey, pensativo—.

Vino aquí con una linterna… ¿Por qué? —formuló esta pregunta en parte a sí mismo, en parte a sus hombres, y en parte a las señoritas Bulstrode y Chadwick. Finalmente pareció concentrarse en esta última—. ¿Tiene alguna idea?

La señorita Chadwick negó con la cabeza.

—Ni la más remota. Me imagino que se habría dejado alguna cosa… olvidada aquí esta tarde o esta noche… y volvería para recogerla, pero eso resulta poco convincente a medianoche.

—Debió haber sido algo de importancia cuando lo hizo —imaginó Kelsey.

Dirigió una mirada a su alrededor. Nada parecía haber sido alterado, a excepción del estante donde se colocaban las raquetas, situado al fondo que daba la impresión de que hubieran dado un tirón violento de él. Algunas de las raquetas estaban tiradas por el suelo.

—Claro está —opinó la señorita Chadwick— que podría haber visto una luz aquí, igual que más tarde la vio la señorita Johnson y saliera para investigar de qué se trataba. Esa explicación es la que parece más verosímil.

—Creo que está usted en lo cierto —convino Kelsey—. Sólo hay un pequeño detalle. ¿Hubiera venido ella sola?

—Sí —repuso la señorita Chadwick sin dudarlo un solo momento.

—La señorita Johnson —le recordó Kelsey— fue a despertarla a usted.

—Ya lo sé —admitió la señorita Chadwick—, y eso es lo que yo hubiera hecho de haber visto la luz. Habría despertado a la señorita Bulstrode o a la señorita Vansittart o a alguien. Pero la señorita Springer no lo habría hecho. Hubiera confiado en sí misma; incluso hubiera preferido habérselas con un intruso sin ayuda de nadie.

—Otro detalle —recordó el inspector—. Usted salió con la señorita Johnson por la puerta lateral. ¿No tenía esa puerta la llave echada?

—No, no la tenía.

—¿No es de pensar que la dejara abierta la señorita Springer?

—Esa parece ser la conclusión natural —decidió la señorita Chadwick.

—Así es que damos por sentado —reanudó Kelsey— que la

señorita Springer reparó en una luz que había en el gimnasio… pabellón de deportes o como quiera que ustedes lo llamen; que se encaminó aquí y que quienquiera que estuviese dentro disparó contra ella —se volvió hacia la señorita Bulstrode que se hallaba inmóvil en el portal—. ¿Le parece que estoy en lo cierto? —le pregunto.

—No del todo —contestó la señorita Bulstrode—. Convengo en la primera parte. Digamos que la señorita Springer vio que había luz aquí y que saliera para hacer sus pesquisas sin ayuda de nadie. Eso tiene todos los visos de probabilidad. Pero que la persona a quien ella sorprendiera aquí le disparase, eso me parece de todo punto desacertado. Si hubiera habido aquí alguien que no tenía motivo alguno para estar en este lugar, sería más verosímil que la persona o personas en cuestión hubieran huido o tratado de huir. ¿Qué explicación tiene que viniera alguien a este lugar a tal hora de la noche con una pistola? ¡Es ridículo! Aquí no hay nada que mereciera la pena robarse, y, ni mucho menos, nada por lo que valiera la pena cometer un asesinato.

—¿Considera más probable que la señorita Springer turbara una cita de cualquier clase?

—Ésa es la explicación natural y la más probable —coligió la señorita Bulstrode—. Pero no explica el motivo del asesinato, ¿no le parece? Las chicas de mi colegio no llevan pistolas encima y tampoco parece lo más probable que ningún joven con quien pudieran entrevistarse tuviera consigo una pistola.

Kelsey convino en ello.

—En el peor de los casos una navaja —opinó—. Existe una alternativa —prosiguió—. La de que la señorita Springer viniera aquí a verse con un hombre…

La señorita Chadwick rió entre dientes sin poderlo remediar.

—¡Oh, no! —disintió—. La señorita Springer, no.

—No quiero indicar que se tratase de una cita amorosa necesariamente —advirtió el inspector con seguridad—. Lo que sugiero es que el crimen fue deliberado, que alguien trató de asesinar a la señorita Springer, que se las valieron para entrevistarse aquí con ella y que la mataron de un disparo.

Capítulo IX

Un gato en el palomar

1

Carta de Jennifer a su madre.

«Querida mamá:

»Anoche tuvimos un asesinato. La víctima fue la señorita Springer, la instructora de gimnasia. Ocurrió a medianoche, y vino la Policía y esta mañana están friendo a preguntas a todo el mundo.

»La señorita Chadwick nos recomendó que no le contáramos a nadie nada de esto, pero a mí me pareció que te gustaría enterarte.

»Con todo mi cariño,

Jennifer».

2

Meadowbank era una institución de suficiente importancia como para merecer la atención personal del comisario de Policía. Durante el espacio de tiempo que los procedimientos rutinarios de

investigación seguían su curso, la señorita Bulstrode no había permanecido inactiva. Telefoneó a un magnate de la Prensa y al secretario del Ministerio del Interior, ambos amigos personales suyos. Como resultado de estas maniobras, muy poca cosa apareció en los periódicos con relación al suceso. Una instructora de deportes había aparecido muerta en el gimnasio del colegio. Había muerto a consecuencia de un disparo, pero aun no se había esclarecido si se trataba o no de un accidente. La mayoría de las informaciones del suceso contenían implícito un carácter poco menos que de excusa, como si el que una instructora de gimnasia muriera en tales circunstancias fuera una completa falta de tacto por parte de ella.

Ann Shapland tuvo un día muy atareado tomando notas de cartas para escribir a los padres. La señorita Bulstrode no perdió el tiempo en recomendar a sus alumnas que mantuvieran silencio respecto al suceso. Sabía que ello equivaldría a predicar en el desierto. Era cosa segura que escribirían dando informaciones más o menos espeluznantes a sus inquietos padres o tutores. Determinó redactar su propia relación equilibrada y razonable de la tragedia para que la recibieran ellos al mismo tiempo.

Aquel mismo día por la tarde se hallaba sentada en cónclave con el señor Stone, comisario de Policía, y el inspector Kelsey. La Policía estaba perfectamente de acuerdo en que la Prensa restara al asunto la mayor importancia posible. Eso les permitiría seguir las pesquisas tranquilamente y sin interferencias.

—Lo lamento muchísimo, señorita Bulstrode —le dijo el comisario—. Lo lamento muy de veras. Me imagino que esto es… bueno… una cosa muy desagradable para usted.

—Un asesinato es un mal asunto para cualquier colegio, sí —dijo la señorita Bulstrode—. Sin embargo, considero que no conduce a nada el detenerse ahora a reflexionar sobre ello. Lo sortearemos, sin duda, como hemos sorteado otros temporales. Lo que espero es que el asunto quede esclarecido *rápidamente*.

—No veo por qué no ha de serlo, ¿eh? —replicó Stone, echando una mirada a Kelsey.

—Nos servirá de gran ayuda averiguar su pasado —respondió éste.

—¿Lo considera usted francamente así? —preguntó secamente la señorita Bulstrode.

—Es muy posible que alguien tuviera alguna deuda que saldar con ella —sugirió Kelsey.

La señorita Bulstrode no replicó.

—¿Usted infiere que el motivo del crimen tiene alguna conexión con este lugar? —inquirió el comisario.

—El inspector Kelsey lo cree así en realidad —dijo la señorita Bulstrode—. A mi juicio, está solamente tratando de salvar mis sentimientos.

—Yo creo que efectivamente tiene relación con Meadowbank —confesó pausadamente el inspector—. Después de todo, la señorita Springer tenía sus horas libres, al igual que todos los otros miembros del profesorado. Podía haber convenido una entrevista con quien fuera si hubiera querido hacerlo, en cualquier lugar de su elección. ¿Por qué escogió este gimnasio y a medianoche?

—¿No tiene usted ningún inconveniente en que se realice una investigación en todas las dependencias del colegio, señorita Bulstrode? —requirió el comisario.

—Absolutamente ninguno. Me imagino que ustedes intentan encontrar la pistola o revólver, o lo que sea.

—Sí. Se trata de una pequeña pistola de fabricación extranjera.

—Extranjera —repitió la señorita Bulstrode, perpleja.

—¿Está usted enterada si entre sus profesoras o sus alumnas hay alguna que posea una pistola de fabricación extranjera?

—Que yo sepa, indudablemente que no —contestó la señorita Bulstrode—. Tengo la más absoluta certeza de que ninguna de las alumnas la tiene. Cuando llegan, se les examina el equipaje y una cosa semejante no se nos habría podido pasar inadvertida, y hubiera dado pábulo a considerables comentarios. Pero, por favor, le aseguro, inspector Kelsey, obre como le plazca a este respecto. Tengo entendido que sus hombres han estado hoy rebuscando por todos los terrenos del colegio.

—Sí —afirmó el inspector movimiento la cabeza y prosiguió—. También desearía entrevistarme con los restantes miembros de su profesorado. Una u otra de entre ellas puede haber oído algún comentario hecho por la señorita Springer que pudiera proporcionarnos una pista. O puede que hayan advertido algún detalle singular en su modo de comportarse, —hizo una pausa, tras lo cual continuó—: Esto podría aplicarse igualmente a sus alumnas.

La señorita Bulstrode dijo:

—Yo tenía la intención de dirigir unas breves palabras a las chicas esta tarde, después de las oraciones. Pensaba decirles que si alguna de ellas tiene conocimiento de algo que pudiera estar relacionado con la muerte de la señorita Springer, debería presentárseme y hacérmelo saber.

—Una idea muy sensata —estimuló el comisario.

—Pero deben ustedes tener en cuenta esto —agregó la señorita Bulstrode—: es muy posible que alguna de las chicas experimente el deseo de darse importancia exagerando algún incidente, o incluso inventándolo. Las chicas hacen cosas muy extrañas, pero presumo que ustedes estarán ya habituados a tratar con esa clase de exhibiciones.

—Ya he tropezado con eso —afirmó el inspector Kelsey—. Ahora, por favor, deme una lista de su personal, incluyendo los sirvientes.

3

—He registrado todas las taquillas del pabellón, señor.

—¿Y no ha encontrado usted nada? —preguntó Kelsey.

—No, señor, nada de importancia. Cosas chocantes en algunas de ellas, pero nada de lo que a nosotros nos interesa.

—No estaba ninguna cerrada con llave, ¿verdad?

—No, señor, pero pueden cerrarse. Tenían puestas las llaves, pero ninguna estaba cerrada.

Kelsey paseó una mirada circular por el suelo desnudo, absorto en sus pensamientos. Las raquetas de tenis y *lacrosse* estaban otra vez cuidadosamente colocadas en sus estantes.

—Bueno —dijo—, voy ahora a la casa para cambiar unas palabras con el personal.

—¿Cree usted que haya sido obra de alguien del colegio, señor?

—Pudiera ser —repuso Kelsey—. Nadie tiene una coartada excepto esas dos profesoras, las señoritas Johnson y Chadwick, y Jane, la niña que tenía dolor de oídos. En teoría, todas las restantes se hallaban en la cama, durmiendo ya, pero no hay nadie que pueda

atestiguarlo. Todas las chicas tienen habitaciones individuales, y asimismo las profesoras. Cualquiera de ellas, incluyendo a la misma señorita Bulstrode, podría haberla seguido hasta aquí. Entonces, después de matarla de un tiro, quienquiera que fuese pudo escabullirse tranquilamente de vuelta a la casa a través de los matorrales hasta la puerta lateral, y encontrarse muy bonitamente en la cama cuando se dio la señal de alarma. Es el motivo lo que es difícil de averiguar. Sí —repitió Kelsey—, es el motivo. A menos que esté ocurriendo aquí algo de lo que nosotros no tengamos conocimiento alguno, no parece que *exista* ningún motivo.

Salió del pabellón y se encaminó a la casa, andando lentamente; Aunque ya habían pasado las horas de trabajo, el viejo Briggs, el jardinero, que estaba atareado trabajando en un cuadro de jardín, se alzó al pasar el inspector.

—Veo que trabaja hasta muy tarde —le dijo Kelsey, sonriendo.

—¡Ah! —exclamó Briggs—. Los jóvenes no tienen idea de lo que es la jardinería. Se presentan a las ocho de la mañana y dan de mano a las cinco… así es como ellos lo toman. Uno tiene que estudiar el tiempo que hace; algunos días valdría mas no salir al jardín para nada y, hay otros días en que es preciso trabajar desde las siete de la mañana hasta las ocho de la tarde. Eso es si uno tiene cariño al sitio y se enorgullece al contemplar su jardín.

—Usted debe estar orgulloso de éste —comentó Kelsey—. No he visto, en estos tiempos, un lugar mejor cuidado.

—En estos días la cosa marcha bien —afirmó Briggs—. Yo tengo suerte, sí, señor. Tengo un joven muy fuerte trabajando conmigo. También un par de muchachos, pero ésos no valen gran cosa. A la gran mayoría de esos muchachos y jóvenes no les interesa venir a hacer esta clase de trabajo. No piensan más que en irse a trabajar a fábricas, eso es, o a las oficinas, con sus cuellos de brillo. No les gusta ensuciarse las manos con un puñado de tierra. Pero yo tengo suerte, ya le digo. Dispongo de un buen hombre para que me ayude en el trabajo, y él sólito vino a ofrecerse.

—¿Hace mucho de eso? —interrogó el inspector Kelsey.

—Al principio del trimestre —respondió Briggs—. Se llama Adam. Adam Goodman.

—No recuerdo haberle visto por aquí —comentó Kelsey.

—Me pidió permiso para salir, eso es —aclaró Briggs—. Yo se lo

di. No parecía haber mucho que hacer hoy, con todos ustedes andando de acá para allá por todo el jardín.

—Debieron haberme hablado de él —dijo incisivo Kelsey.

—¿Qué quiere decir con eso de hablarle acerca de él?

—No está en mi lista —reparó el inspector—. Me refiero a que no se halla en mi lista de empleados.

—Oh, bueno, podrá verle mañana, señor —dijo Briggs—. Aunque supongo que él no podrá decirle nada.

—Eso nunca se sabe —observó el inspector.

Un joven fuerte que se había ofrecido personalmente al comenzar el trimestre. A Kelsey le dio la impresión de que esto era lo primero con que se había encontrado que podía salirse un poco de lo corriente.

4

Aquella tarde, como de costumbre, las niñas entraron formando fila en el gran salón para rezar las oraciones y después la señorita Bulstrode demoró la salida alzando la mano.

—Tengo algo que comunicarles a todas ustedes. Ya saben que a la señorita Springer la mataron anoche de un tiro en el pabellón de deportes. Si alguna de ustedes ha visto u oído algo en la semana pasada… algo que les haya extrañado, relacionado con la señorita Springer, alguna cosa que la señorita Springer pudiera haber dicho o que alguna otra persona haya podido comentar acerca de ella, que les haya parecido a ustedes significativo, me gustaría que me lo comunicaran. Pueden venir a mi sala de estar a cualquier hora de la tarde.

—¡Oh! —suspiró Upjohn, cuando iban saliendo—. ¡Cómo me gustaría que *supiéramos* algo! Pero no sabemos nada, ¿verdad, Jennifer?

—No —respondió Jennifer—, claro está que no.

—La señorita Springer parecía tan vulgar —subrayó Julia, con tristeza—. Demasiado corriente para que la mataran de un modo misterioso.

—No creo que fuera tan misterioso —opinó Jennifer—. Sólo se

trató de un ladrón.

—Que vino a robar nuestras raquetas de tenis, supongo —replicó Julia con sarcasmo.

—A lo mejor alguien le estaba haciendo un chantaje —sugirió, esperanzada, otra de las chicas.

—¿Por qué motivo?

Pero ninguna de ellas imaginó una razón por la que pudiera hacer víctima de un chantaje a la señorita Springer.

5

El inspector Kelsey comenzó su entrevista a las profesoras con la señorita Vansittart. Una mujer hermosa, pensó, haciendo un inventario de su persona. Tendría posiblemente cuarenta años, o quizás un poco más; era alta y bien proporcionada con el pelo gris arreglado con gusto. Poseía dignidad y compostura, con cierta conciencia, observó Kelsey, de su propia importancia. Le recordaba en cierto modo a la misma señorita Bulstrode: era la pedagogía personificada. Pero así y todo, reflexionó, la señorita Bulstrode poseía algo de lo que carecía la señorita Vansittart. Aquélla tenía el don de lo inesperado. En cambio, la señorita Vansittart no le causaba la sensación de que pudiera reaccionar de una manera inesperada.

El interrogatorio se desarrolló siguiendo la rutina acostumbrada. En efecto, la señorita Vansittart no había visto nada, no había advertido nada ni había oído nada. La señorita Springer había desempeñado excelentemente su trabajo. Sus modales, es cierto, quizá fueran un poco bruscos, pero a su juicio, no más bruscos de lo debido. Tal vez careciera de una personalidad atractiva, pero eso no era un factor indispensable en una instructora de gimnasia. Era preferible, en efecto, *no tener* profesoras con personalidad atractiva. Así se evitaba que impresionaran a las chicas demasiado. Sin haber contribuido con ninguna información interesante, la señorita Vansittart hizo mutis.

—No vi nada malo, no oí nada malo, no pensé nada malo. Igual que los monos del proverbio —comentó el sargento Percy Bond, que

estaba ayudando al inspector en su tarea interrogadora.

Kelsey hizo una mueca burlona.

—En eso casi le doy la razón, Percy —concedió.

—No sé qué es lo que tienen las profesoras, que me ponen de mal humor —confesó el sargento Bond—. Les he tenido pánico desde que era un crío. Tenía una que era el terror personificado. Tan teatral y tan amanerada en su pronunciación, que nunca sabía uno qué era lo que estaba tratando de enseñar.

La próxima profesora en aparecer fue Eileen Rich. Más fea que el pecado, fue la inmediata reacción del inspector Kelsey. Pero después hubo de reconocer que poseía cierto atractivo. Puso en marcha su acostumbrada rutina de preguntas, pero las respuestas no fueron lo rutinarias que él había esperado. Después de declarar que no, que ella no había oído ni observado nada especial que alguien hubiera dicho de la señorita Springer o que la misma señorita Springer hubiera podido decir, la siguiente observación de Eileen Rich no era de la índole que él había previsto.

Le preguntó:

—¿No había nadie, a su entender, que tuviera alguna querella personal contra ella?

—Oh, no —repuso Eileen Rich rápidamente—. Nadie podría haberla tenido. Yo pienso que ésta fue su tragedia, ¿sabe usted?, la de que ella no era la clase de persona a quien nadie pudiera odiar.

—Ahora dígame, señorita Rich, ¿qué es precisamente lo que quiere dar a entender con eso?

—Quiero decir que no era una persona a quien nadie deseara jamás hacer daño. Todo cuanto ella hacía o decía era superficial. Causaba fastidio a la gente. A veces le decían alguna palabra mordaz, pero eso no significa gran cosa. Tengo la convicción de que no la mataron *por ella misma*, si es que comprende a lo que me refiero.

—No estoy muy seguro de entenderla, señorita Rich.

—Quiero decir que si ocurriera, por ejemplo, un robo en un Banco, ella podría ser la cajera a quien disparan un tiro, pero lo harían precisamente por tratarse de una cajera, y no de Grace Springer. No sería posible que nadie la amase u odiase en grado suficiente como para desear matarla. A mí me parece que ella, sin pensarlo, se daba cuenta de ello, y eso es lo que la impelía a ser tan

entrometida, a buscarle faltas a todo el mundo, y averiguar si la gente hacía lo que no debía hacer, y desenmascararlos.

—¿Se dedicaba a husmear en los asuntos ajenos? —preguntó Kelsey.

—No; no husmeaba exactamente —consideró Eileen Rich—. Ella no iba de puntillas siguiendo por todas partes a la gente sospechosa ni nada por el estilo. Pero si encontraba alguna cuestión que no veía muy clara, tomaba la determinación de llegar al fondo de la cuestión. Y ella *llegaba* al fondo si se lo proponía.

—Comprendo —el inspector se detuvo un momento—. Usted no le tenía mucha simpatía, ¿no es cierto, señorita Rich?

—No creo que pensara mucho en ella. Era solamente la instructora de gimnasia. ¡Oh, qué horrible es tener que decir eso a nadie! No era más que esto… no era más que aquello… así es como ella sentía su trabajo. Era un trabajo del que ella se enorgullecía de hacer bien, pero no lo encontraba ameno. No se entusiasmaba cuando descubría una chica que pudiera ser realmente buena en el tenis o que verdaderamente descollara en alguna modalidad atlética. No disfrutaba con ello, ni experimentaba placer en el triunfo.

Kelsey la contempló con curiosidad. Pensaba que era una joven extraña.

—Usted parece tener sus ideas con respecto a la mayoría de las cosas —observó.

—Sí. Sí. Imagino que es así.

—¿Cuánto tiempo lleva en Meadowbank?

—Algo más de un año y medio.

—¿No ha habido alguna perturbación anteriormente?

—¿En Meadowbank? —pareció sobresaltarse—. Oh, no. Todo ha marchado siempre magníficamente hasta este último trimestre.

Kelsey consideró estas palabras.

—¿Qué es lo que no ha marchado como debiera en este trimestre? Usted no se refiere al asesinato, si no me equivoco. Se refiere a otra cosa…

—No sé —Eileen titubeó—. Sí, tal vez me refiera a otra cosa…, pero es todo tan nebuloso…

—Continúe.

—La señorita Bulstrode no ha parecido estar satisfecha

últimamente —aseveró Eileen—. Esa es una de las cosas. Pero lo oculta muy bien. Yo creo que no lo ha notado nadie más que yo. Pero yo sí me he dado cuenta. Y no es ella la única que se siente infortunada. Pero no es eso a lo que usted hacía alusión, ¿verdad? Eso son sólo los sentimientos personales. La clase de cosas que una piensa cuando está enjaulada como las gallinas, y se empieza a pensar en un tema hasta que se convierte en una obsesión. Usted a lo que se refería es a si había algo que no marchara bien este trimestre. Era eso, ¿no?

—Sí —dijo Kelsey, mirándola con curiosidad—, sí, eso es. Bueno, ¿puede decirme algo?

—Yo creo que aquí hay algo que no marcha como debiera —aseguro pausadamente Eileen Rich—. Es como si entre nosotras se hallara alguien que no perteneciera a este ambiente, —le miró y sonrió, diciendo hasta casi reír—: Un gato en el palomar. Ésa es la clase de sensación que yo experimento. Nosotras somos las palomas, y el gato se encuentra entre nosotras. Pero nosotras no *sabemos* quién es el gato.

—Eso es muy confuso, señorita Rich.

—Sí que lo es. Parece completamente idiota. Yo misma puedo apreciarlo. Imagino que a lo que realmente me refiero es que ha ocurrido algo, un pequeño detalle que he notado, pero que no puedo decirle qué es.

—¿Respecto a alguien en particular?

—No. Ya le digo que es solamente eso. Yo no tengo idea de quién pueda ser. De la única manera que puedo resumir esta sensación es diciendo que aquí hay *alguien* que, en cierto modo, no encaja en el ambiente. Aquí hay una persona… aunque no sé quién pueda ser… que hace que me intranquilice. No cuando la miro a ella, sino cuando ella me mira a mí, porque es cuando ella me está mirando a mí que surge esta sensación cualquiera que pueda ser. Oh, cada vez estoy diciendo más incoherencias. Y, de todos modos, es sólo un sentimiento. No es lo que usted necesita. No es una evidencia.

—No —dijo Kelsey—. No es una evidencia. Todavía no lo es. Pero es interesante. Si lo que usted siente llegara a perfilarse de una manera más definida, estaría encantado de que dijera algo más sobre ello, señorita Rich.

—Sí —dijo ésta—. Porque es algo serio, ¿no? Me refiero a que hayan matado a una persona… sin que sepamos por qué motivo… y el asesino puede que se encuentre a muchas millas de distancia, o, por el contrario, puede que esté aquí, en el colegio. Y de ser así, esa pistola o revólver o lo que quiera que sea, debe hallarse igualmente aquí. No es un pensamiento muy agradable, ¿verdad?

Se marchó haciendo una leve inclinación de cabeza.

El sargento Bond exclamó:

—Está para que la aten. ¿No le parece?

—No —dijo Kelsey—. No creo que esté como dice. Me parece que es lo que llaman una persona sensitiva. Ya sabe, yo experimento. Nosotras somos las palomas, y el gato, igual que esas personas que advierten la presencia de un gato en una habitación antes de haber visto tal gato. Si hubiera nacido en África, podría haber llegado a ser hechicera de tribu.

—Van por todas partes husmeando el mal, ¿no? —dijo el sargento Bond.

—Así es, Percy —concluyó Kelsey—. Y eso es exactamente lo que yo mismo estoy tratando de hacer. Todavía no hemos dado con alguien que nos haya proporcionado hechos concretos, de modo que yo me veo precisado a ir por ahí olfateando todo. Ahora es el turno de la francesa.

Capítulo X

Como en «Las mil y una noches»

A simple vista podía apreciarse que *mademoiselle* Angele Blanche tenía unos treinta y cinco años. No usaba maquillaje y llevaba arreglado con pulcritud su pelo castaño oscuro, pero no le favorecía el estilo de peinado. Vestía chaqueta y falda de sencillo corte.

Explicó que éste era el primer trimestre que enseñaba en Meadowbank. No estaba segura que deseara quedarse otro más.

—No resulta agradable vivir en un colegio donde se cometen asesinatos —alegó con desaprobación.

Además, al parecer, en ninguna parte de la casa había señales de alarma en caso de robo; era una negligencia temeraria.

—No hay nada de gran valor que pueda atraer a los ladrones, *mademoiselle* Blanche.

Mademoiselle Blanche se encogió de hombros.

—¿Y quién puede afirmar eso? Los padres de algunas de las chicas que estudian aquí son muy ricos Puede que tengan consigo algún objeto de gran valor. Tal vez un ladrón se ha enterado de eso, y viene aquí porque le parece que éste es un lugar donde es fácil robarlo.

—Si una de las chicas poseyera algún objeto valioso, no es en el gimnasio donde lo guardaría.

—¿Cómo puede asegurar que no? —replicó *mademoiselle* Blanche—. Las niñas tienen allí sus taquillas.

—Pero sólo para guardar sus equipos de deportes, y cosas análogas.

—Ah, sí. Eso es lo que se propone. Pero una chica podría ocultar

alguna cosa en la punta de un zapato de deporte, o enrollándola en algún jersey viejo, o en una bufanda.

—¿Qué clase de cosa, *mademoiselle* Blanche?

Pero *mademoiselle* Blanche no tenía idea de qué clase de cosa pudiera tratarse.

—Incluso los padres más complacientes no regalan a sus hijos collares de brillantes para que se los traigan al colegio.

Mademoiselle Blanche se encogió de hombros nuevamente.

—Tal vez se trate de otra clase de joya… un escarabajo egipcio de oro, por ejemplo, o algo por lo que un coleccionista pagaría una importante suma. El padre de una de las alumnas es arqueólogo.

Kelsey sonrió.

—No considero que eso sea verosímil, *mademoiselle* Blanche.

Ésta contrajo los hombros.

—Bueno, será como dice; yo solamente le estoy sugiriendo una posibilidad.

—¿Ha enseñado usted en algún otro colegio inglés, *mademoiselle* Blanche?

—En uno del Norte de Inglaterra, hace algún tiempo. Pero la mayor parte de las veces he enseñado en Suiza y en Francia. También en Alemania. Decidí venir a Inglaterra para perfeccionar mi inglés. Tengo una amiga aquí. Ella se puso enferma y me dijo que yo podría ocupar su puesto en este internado, ya que la señorita Bulstrode se pondría contentísima de encontrar rápidamente a alguien. De manera que vine. Pero no me gusta mucho. Ya le digo que no creo que me quede.

—¿Por qué no le gusta? —recalcó el inspector Kelsey.

—No me gustan los sitios donde hay disparos —adujo *mademoiselle* Blanche—. Y las niñas no son nada respetuosas.

—Pero ya no son lo que se dice niñas pequeñas, me parece a mí.

—Algunas de ellas se comportan como si fuesen bebés, y otras podrían muy bien tener veinticinco años. Las hay de todos los modelos. Tienen mucha libertad. Prefiero una institución con más sentido de lo tradicional.

—¿Conocía bien a la señorita Springer?

—Prácticamente se puede decir que nada en absoluto. Tenía unos modales muy groseros y yo le dirigía la palabra lo menos posible. No tenía más que huesos y pecas y una voz estentórea y

horrible. Era exacta a las caricaturas estereotipadas de las mujeres inglesas. Se conducía muy groseramente conmigo a menudo, y éste es un defecto que no puedo sufrir.

—¿Por qué motivo se mostraba de forma grosera con usted?

—No veía con agrado que fuera por su pabellón de deportes. Así es como parece ser que ella se siente… o sentía, mejor dicho. Quiero decir que lo consideraba como si fuera su pabellón de deportes. Fui allí un día porque me interesaba verlo. No había estado en él anteriormente; y es una edificación moderna. Está bien dispuesto y planeado, y no hice otra cosa más que echar una ojeada en torno. Entonces la señorita Springer viene y me dice: «¿Qué está usted haciendo aquí? El estar por aquí no es asunto suyo». Me dijo eso a mí… *a mí* ¡una profesora del colegio! ¿Por quién me había tomado? ¿Por una discípula?

—Sí, sí. Estoy seguro de que debió ser muy exasperante —concedió, apaciguador, Kelsey.

—Tenía peores modales que un cerdo; desde luego que los tenía. Y luego me gritó: «No se marche llevándose la llave en la mano». Y es que me puso nerviosa. Cuando tiré de la puerta para abrirla, la llave cayó al suelo, y me agaché a recogerla. Olvidé volverla a colocar en la cerradura, porque ella, al ofenderme, hizo que se me alterasen los nervios. Y entonces va y me grita, como dando por cosa hecha que yo tenía intención de robarla. Su llave, supongo, lo mismo que su pabellón de deportes.

—Eso parece un poco extraño, ¿no? —sugirió Kelsey—. Me refiero a que sintiera de esa forma tocante al gimnasio. Como si fuese de su propiedad privada, como si temiera que la gente encontrase algo que ella hubiera escondido allí —fingió compenetrarse con los sentimientos de *mademoiselle* Blanche, pero ésta se limitó a lanzar una carcajada.

—¿Ocultar algo allí?… ¿Qué se podría ocultar en un sitio como éste? ¿Es que usted cree que ella oculta allí sus cartas de amor? ¡Estoy convencida de que no ha recibido una carta amorosa en toda su vida! Las otras profesoras son, al menos, educadas. La señorita Vansittart es muy agradable, *grande dame*, comprensiva. La señorita Rich está un poco tocada, me parece, pero es amable. Y las dos profesoras jóvenes son muy simpáticas.

Angele Blanche fue despachada después de algunas otras

preguntas sin importancia.

—Quisquillosa —observó Bond—. Todos los franceses son quisquillosos.

—De todos modos, es interesante lo que ha dicho —declaró Kelsey—. A la señorita Springer no le gustaba que la gente rondara por su gimnasio… o pabellón de deportes… no sé cómo llamar a la cosa. Ahora bien, ¿por qué?

—Quizá porque pensaba que la francesa la estaba espiando —sugirió Bond.

—Bueno, pero *¿por qué* había de pensar tal cosa? ¿Es que tenía que preocuparse de que Angele Blanche la espiara, a menos que hubiera algo que ella temiera que Angele Blanche pudiese descubrir? —tras una breve pausa, añadió—: ¿Quiénes faltan por interrogar?

—Las dos profesoras más jóvenes, las señoritas Blake y Rowan, y la secretaria de la señorita Bulstrode.

La señorita Blake era joven y tenía un aspecto serio y una cara redonda y bonachona. Enseñaba botánica y física. No tenía mucho que comunicar que pudiera servir de alguna ayuda. Había visto a la señorita Springer en muy contadas ocasiones y no tenía la menor idea de nada que pudiera haber ocasionado su muerte.

La señorita Rowan, como correspondía a quien estaba graduada en psicología, tenía sus puntos de vista que exponer. Era más que probable, indicó, que la señorita Springer se hubiera suicidado.

El inspector Kelsey alzó las cejas.

—¿Y por qué motivo iba a suicidarse? ¿Es que era desgraciada en algún sentido?

—Era de naturaleza agresiva —puntualizó la señorita Rowan, inclinándose hacia delante y escudriñando a través de sus gafas de gruesos cristales—. Muy agresiva. Considero que esto es significativo. Era su mecanismo de defensa para ocultar un complejo de inferioridad.

—Todo cuanto he oído hasta ahora la caracteriza como muy segura de sí misma.

—*Demasiado* segura de sí misma —concretó la señorita Rowan, con lúgubre entonación—. Y algunos de los comentarios que ella hacía corroboran mi teoría.

—¿Tales como…?

—Hacía alusiones a las personas que «no eran lo que parecían». Mencionó que en el último colegio en que estuvo había «desenmascarado» a alguien, pero que la rectora tenía prejuicios contra ella y se negó a tomar en consideración lo que había averiguado. Varias de las otras profesoras se habían puesto igualmente, según decía ella, «en contra suya». ¿Comprende usted lo que eso significa, inspector? —poco faltó para que la señorita Rowan cayera de su silla, en su excitación. Largos mechones de lacio pelo le caían a la cara—. El principio de un complejo de persecución.

El inspector Kelsey manifestó cortésmente que era muy posible que la señorita Rowan pudiera explicarle de qué medios se había valido la señorita Springer para dispararse a sí misma desde una distancia de cuatro pies, y cómo se las había ingeniado para volatilizar después el arma.

La señorita Rowan rearguyó mordazmente que era cosa bien sabida que la Policía tenía prejuicios contra la psicología.

La señorita Rowan cedió el turno a Ann Shapland.

—Veamos, señorita Shapland —dijo el inspector Kelsey, al contemplar con agrado su pulcro aspecto, de eficiencia burocrática —, ¿qué luz puede usted arrojar en este asunto?

—Me temo que absolutamente ninguna. Tengo un saloncito para mí sola y no veo mucho a ninguna de las profesoras. El asunto me parece por completo increíble.

—¿Increíble en qué sentido?

—Pues, en primer lugar, que hayan matado de un disparo a la señorita Springer. Pongamos que alguien forzó la puerta del gimnasio y ella salió para averiguar de qué se trataba. Eso es precisamente verosímil, pero ¿qué necesidad tenía nadie de forzar la puerta del gimnasio?

—Posiblemente muchachos del pueblo que querrían procurarse gratis algún equipo de deportes, o que lo hicieron por gastar una broma.

—De ser como dice, no puedo menos que pensar en lo que la señorita Springer les habría dicho: «Vamos, ¿qué es lo que estáis haciendo aquí? Largo de aquí inmediatamente», y se habrían marchado.

—¿No se le ocurrió nunca pensar que la señorita Springer

adoptaba una actitud muy particular respecto al gimnasio?

Ann Shapland pareció quedarse un poco perpleja.

—¡Una actitud muy particular!

—Lo que quiero decir es que si ella lo consideraba como de su exclusiva incumbencia y le desagradaba que otras personas fueran por allí.

—No, que yo sepa. ¿Por qué iba a desagradarle? Forma parte de las instalaciones del colegio.

—¿Y no advirtió usted nada? ¿No se dio cuenta que si usted iba por allí ella veía con desagrado su presencia?… ¿No notó nada por el estilo?

Ann Shapland negó.

—Yo no he estado allí más que un par de veces. No tengo tiempo para ello. Fui una vez o dos con un recado de la señorita Bulstrode para una de las chicas. Esto es todo y no tiene interés alguno.

—¿No sabía usted que la señorita Springer se oponía a que *mademoiselle* Blanche anduviera rondando por allí?

—No, no he oído nada de eso. Oh, sí, creo que sí. *Mademoiselle* Blanche se enfadó un día muchísimo por no sé qué cosa, pero es que ella es un poquito quisquillosa. También se cuenta que un día entró en la clase de dibujo y se resintió por algo que le dijo la profesora. Claro está que realmente no tiene mucho que hacer… me refiero a *mademoiselle* Blanche. Únicamente enseña una asignatura… francés, y tiene muchísimo tiempo disponible. A mi entender —titubeó—, yo creo que es una persona inquisitiva.

—¿Cree usted dentro de lo posible que cuando ella estuvo en el pabellón de deportes se dedicara a escudriñar en algunas de las taquillas?

—¿En las taquillas de las alumnas? Pues, no me sorprendería en ella. Es más que posible que eso la divirtiera.

—¿Tenía la señorita Springer una taquilla así?

—Sí, claro está.

—Entonces, si la señorita Springer atrapó a *mademoiselle* Blanche in fraganti husmeando en su taquilla, ¿estoy en lo cierto al presumir que se hubiera encolerizado?

—Indudablemente que sí.

—¿No está usted enterada de nada relativo a la vida privada de

la señorita Springer?

—No creo que tampoco lo estuviera ninguna otra persona aquí. ¿Pero es que tenía vida privada?

—¿No hay nada más… ninguna otra cosa relacionada con el pabellón de deportes, por ejemplo, que se le haya pasado por alto mencionarme?

—Pues… —dijo Ann, dudando.

—Siga, señorita Shapland, dígalo.

—No es nada, en realidad —dijo Ann lentamente—. Pero uno de los jardineros, no Briggs, sino el joven… le vi salir un día del pabellón de deportes, y él no tenía absolutamente nada que hacer allí. Desde luego que se trataría de mera curiosidad por su parte… o quizá sólo fuera un pretexto para holgazanear un poco… se le suponía colocando la tela metálica en la pista de tenis. No creo que esto tenga relación alguna con el caso.

—A pesar de todo, usted lo ha recordado —puntualizó Kelsey—. ¿Por qué?

—Creo que… —respondió ella frunciendo el entrecejo—. Sí, porque su manera de comportarse era algo extraña. Desafiadora. Y hacía mofa del dinero que se gastaban aquí las chicas.

—Esa clase de actitud… Comprendo.

—Pero me imagino que de este simple detalle no se puede sacar gran cosa en realidad.

—Probablemente no…, pero así y todo, lo tendré en cuenta.

—Dando vueltas y más vueltas a la noria —comentó Bond al marcharse Ann—. Todas han colocado el mismo rollo. ¡Esperemos, por Dios bendito, que podamos sacar algo más del servicio!

Pero el servicio no tenía nada interesante que declarar.

—Es inútil que me pregunte nada, joven —advirtió la señora Gibbons, la cocinera—. En primer lugar, yo no oigo lo que dicen, y por otra parte no sé palabra de nada. Me fui anoche a dormir y lo hice de una manera pesada, cosa poco frecuente en mí. No me enteré de las alteraciones que hubo por aquí. Nadie me despertó ni me dijeron nada —parecía ofendida—. Hasta esta mañana no me he enterado.

Kelsey gritó unas cuantas preguntas y recibió otras tantas respuestas que no le aclararon nada.

La señorita Springer era nueva este trimestre y no era ni la

mitad de apreciada que la señorita Jones, que había ocupado su puesto anteriormente. La señorita Shapland también era nueva, pero era encantadora. *Mademoiselle* Blanche era igual que todas las *franchutas*, siempre pensando que las otras profesoras estaban en contra suya, y permitiendo que las alumnas la trataran de un modo chocante, «aunque no era de las que lloraba —admitió la señora Gibbons—. He estado en algunos colegios en que las profesoras francesas se pasaban el día llorando».

La mayoría del servicio solamente estaba en el colegio durante el día. Únicamente otra doncella dormía en la casa y tampoco proporcionó información de ninguna índole; si bien podía oír todo lo que le preguntaban, no por eso resultó ser más informativa. De lo único que estaba segura era de que no podía decir nada. No estaba enterada de nada. La señorita Springer tenía unas maneras un poco descorteses. No tenía idea de nada concerniente al pabellón de deportes, ni de lo que se guardaba allí, y no había visto nunca una pistola en parte alguna.

Este negativo chaparrón informativo fue interrumpido por la señorita Bulstrode.

—Una de las alumnas desearía hablar con usted, inspector Kelsey —le comunicó.

Kelsey alzó la vista manifestando sorpresa.

—¿Es posible? ¿Está enterada de algo?

—Tengo bastantes dudas a este respecto —expresó la señorita Bulstrode—. Se trata de una de nuestras alumnas extranjeras, la princesa Shaista, sobrina del emir Ibrahim. Ella se inclina tal vez a creer que es una persona de bastante más importancia de la que tiene. ¿Comprende?

Kelsey asintió, comprensivo. Entonces la señorita Bulstrode salió y una esbelta joven morena de mediana estatura hizo su aparición.

Les miró, recatada, con sus ojos de almendra.

—¿Son ustedes la Policía?

—Sí —afirmó sonriente Kelsey—, somos de la Policía. ¿Quiere tomar asiento y contarme todo lo que sepa de la señorita Springer?

—Sí. Les contaré.

Se sentó, inclinándose hacia delante, y bajó teatralmente el tono de su voz.

—Hay gente acechando por el colegio. ¡Oh!, no se muestran a

las claras pero merodean por aquí.

Hizo un ademán significativo con la cabeza.

El inspector Kelsey comprendió a lo que se había referido la señorita Bulstrode. Esta chica estaba dramatizando consigo misma… y disfrutando de ello.

—¿Y sabe usted por qué motivo habrían de estar espiando el colegio?

—¡Por causa mía! Quieren secuestrarme.

Sea lo que fuere aquello que el inspector Kelsey había esperado oír, no era ciertamente esto. Arqueó las cejas.

—¿Y para qué han de pretender secuestrarla?

—Para retenerme como rescate, claro está. De ese modo, ellos forzarían a mi familia a pagar mucho dinero.

—Ah… ya… tal vez —murmuro, escéptico, Kelsey—. Pero suponiendo que eso fuera como dice, ¿qué tiene ello que ver con la muerte de la señorita Springer?

—Debió haber averiguado algo importante de ellos —supuso Shaista—. Quizás ella les dijo que estaba al tanto de algo. Tal vez les amenazo. Entonces, es posible que ellos prometieran darle dinero a cambio de su silencio. Ella fue al pabellón de deportes, donde le dijeron que le entregarían el dinero, y entonces le dispararon.

—Pero con toda seguridad la señorita Springer no hubiera aceptado dinero procedente de un chantaje.

—¿Cree usted que es divertido enseñar en un colegio… ser una instructora de deportes? —sugirió Shaista, desdeñosamente—. ¿No cree, por el contrario, que a ella le resultaría muy agradable tener dinero, poder viajar y hacer lo que se le antojara? Especialmente en el caso de la señorita Springer, que no era guapa, y a quien los hombres no se molestaban en dirigir una mirada. ¿No le parece que a ella le había de atraer el dinero más que a otras personas?

—Pues… ah… —titubeó el inspector Kelsey—. No sé exactamente qué decirle —no le habían presentado antes este punto de vista—. ¿Y esta idea se le ha ocurrido a usted sola? —le interpeló —. ¿No le dijo la señorita Springer nunca nada de ello?

—La señorita Springer nunca decía nada excepto «Estírense con fuerza», y «hagan una flexión», y «más rápido», y «no cedan» —comentó Shaista resentida.

—Sí… debió ser así. Bueno, ¿y no será que todo esto del secuestro se lo ha inventado usted?

Shaista se puso hecha una furia.

—¡Usted no lo entiende en absoluto! El príncipe Alí Yusuf de Ramat era primo mío. Lo mataron en una revolución, o mejor dicho, cuando huía de una revolución. Se sobreentendía que cuando yo fuera mayor me casaría con él. Como verá, soy una persona importante. Puede que sean los comunistas los que han venido aquí. No para secuestrarme, posiblemente. Quizá lo que traman es asesinarme.

El inspector Kelsey pareció más escéptico.

—Todo es demasiado rebuscado, ¿no le parece?

—¿Piensa usted que esas cosas no pueden suceder? ¡Pues yo le aseguro que sí. Los comunistas son muy malvados! Eso lo sabe todo el mundo.

Como él aún continuaba dudoso. Shaista prosiguió:

—Tal vez suponen que yo sé dónde están las joyas.

—¿Qué joyas?

—Mi primo tenía joyas. También las tenía su padre. Mi familia guarda siempre un gran tesoro en joyas. Para caso de emergencia, ya me comprende.

Hizo esta observación con gran seriedad.

Kelsey la contempló sin pestañear.

—Pero ¿qué relación tiene todo esto con usted… o con la señorita Springer?

—¡Pero si ya se lo he explicado antes! Posiblemente creen que yo sé dónde están las joyas. Por eso quieren raptarme, para obligarme a hablar.

—¿Y usted sabe dónde están?

—No. Claro que no lo sé. Desaparecieron cuando la revolución. Con toda seguridad que los malvados comunistas se apoderaron de ellas. Pero, por otra parte, quizá no lo hicieron.

—¿A quién pertenecen?

—Ahora que mi primo ha muerto, me pertenecen a mí. Ya no queda ningún hombre en la familia. Mi madre, que era tía suya, murió. Él deseaba que fueran para mí. Si no hubiese muerto, yo me habría casado con él.

—¿Es así como lo dispusieron?

—Tenía que casarme con él. Es mi primo, compréndalo.

—¿Y usted entraría en posesión de las joyas cuando se casara con él?

—No. Yo hubiera tenido nuevas joyas. De Cartier, de París. Éstas continuarían guardadas para emergencias.

El inspector Kelsey parpadeó, antes de dejar que este procedimiento oriental de seguros en caso de emergencias se grabara en su cerebro.

Shaista continuaba perorando rápidamente y con gran animación.

—A mi entender, esto es lo que ocurre: alguien sacó las joyas de Ramat. Quizá fuera una persona buena o mala. La persona buena las traería a mí y me diría: «Esto es suyo», y yo le correspondería.

Movió la cabeza regiamente, muy en su papel.

«Una actricita consumada», decidió el inspector.

—Pero si se tratase de una persona mala, se quedaría con las joyas para venderlas. O vendría a verme y me diría: «¿Qué es lo que va usted a dar en recompensa si se las entrego?». Y si le parece que la recompensa vale la pena, entonces me las trae, pero si no lo cree así, se queda con ellas.

—Pero de hecho, nadie le ha dicho nada en absoluto.

—No, nadie —admitió Shaista.

El inspector Kelsey hizo su composición de lugar.

—¿Sabe usted lo que pienso? —se dejó caer jocosamente—. Pues que lo que está usted relatándome no es ni más ni menos que una serie de historias fantásticas.

Shaista le lanzó una mirada furibunda.

—Le digo a usted lo que sé, ni más ni menos —declaró huraña.

—Sí… Bueno. Ha sido usted muy amable; lo tendré en cuenta.

Se levantó a abrir la puerta para que saliera.

—Este caso es un cuento de «Las Mil y Una Noches» —concluyó al volver de nuevo a la mesa—. ¡Un secuestro y joyas fabulosas! ¿Qué es lo que surgirá ahora?

Capítulo XI

Una entrevista

Al regresar el inspector Kelsey a la comisaría, el sargento de servicio le informó:

—Tenemos aquí esperando a Adam Goodman, señor.

—¿Adam Goodman? ¡Ah, sí! El jardinero.

Se levantó el joven respetuosamente. Era alto, moreno y bien parecido. Llevaba unas pantalones de pana manchados, holgadamente sujetos por una correa que había tenido mucho uso y una camisa de un azul brillante con el cuello abierto.

—Tengo entendido que quería verme.

Su voz era tosca y como aquellas de tantos jóvenes de hoy día sonaba ligeramente rufianesca.

Kelsey respondió simplemente:

—Sí. Pase a mi despacho.

—Yo no sé nada acerca del asesinato —declaró Adam Goodman, huraño—. No tengo nada que ver con él. Anoche me encontraba en casa y metido en la cama.

Kelsey se limitó a asentir sin comprometerse.

Se sentó delante de su escritorio e indicó al joven que tomara asiento en la butaca que había enfrente de la suya. Un joven policía vestido de paisano había seguido discretamente hasta la habitación a los dos hombres y se sentó a cierta distancia de ellos.

—Pues bien —comenzó Kelsey—. Usted es Goodman —miró a una nota que había encima de la mesa—. Adam Goodman.

—Así es, señor. Pero antes me gustaría enseñarle esto.

Los modales de Adam cambiaron. No eran ni huraños ni

truculentos ahora. Se mostraba apacible y deferente.

Sacó algo del bolsillo y se lo pasó a través de la mesa. El inspector Kelsey arqueó ligeramente las cejas examinándolo. Alzó la cabeza entonces.

—No voy a necesitarle, Barber —indicó.

El circunspecto y joven policía se levantó, procurando no exteriorizar la sorpresa que esto le produjo, y salió.

—¡Ah! —exclamó Kelsey. Miró fijamente a Adam con interés especulativo—. Conque esto es lo que usted es. ¿Y qué demonios, me gustaría saber lo que está usted…?

—¿…Haciendo en un colegio de señoritas? —concluyó el joven por él. Su voz era todavía respetuosa, pero no pudo reprimir una sonrisa burlona—. Cierto que es la primera vez que me han asignado una misión por el estilo. ¿Es que no tengo pinta de jardinero?

—No de los que suele haber por estos alrededores. Los jardineros, por regla general, son bastante ancianos. ¿Entiende usted algo de jardinería?

—Muchísimo. Tengo una de estas madres jardineras, especialidad de Inglaterra. Siempre se ha ocupado de que yo fuera un ayudante de valía para ella.

—¿Y qué ocurre en Meadowbank… que requiere su presencia allí dentro?

—En realidad, nada de particular, que sepamos. Mi misión se limita a observar y dar cuenta de todo. O se ha limitado hasta anoche. Asesinato de una instructora de gimnasia. No muy a tono con el historial del colegio.

—¿Y por qué no podía ocurrir allí? —preguntó el inspector Kelsey. Dio un respingo—. Cualquier cosa puede suceder en cualquier parte. Tengo bien aprendido eso. Pero he de admitir que está un poco al margen de lo corriente. ¿Qué hay detrás de todo esto?

Adam habló, Kelsey le escuchó con interés.

—Cometí una injusticia con aquella chica —observó—. Pero deberá usted reconocer que parece demasiado fantástico para ser verdad. Joyas por un valor que oscila entre medio y un millón de libras. ¿A quién cree usted que pertenecen?

—Ésta es una pregunta muy peliaguda. Para responder a ella

habría que contar con toda una curia internacional de abogados dedicada a la cuestión, y, probablemente, discreparían unos de otros. El caso se podría debatir de mil maneras. Hace tres meses pertenecían a su alteza, Alí Yusuf de Ramat. Pero ahora, si hubieran reaparecido en Ramat, pasarían a ser propiedad del actual Gobierno, pues se habrían incautado de ellas. Alí Yusuf puede haberlas legado a alguien. En tal caso todo dependería de dónde se hubiera legalizado el testamento y de que pudiera probarse. Pueden pertenecer a su familia. Pero la médula del asunto resulta ser que si usted o yo nos las encontramos en medio de la calle y nos las guardamos en el bolsillo, nos pertenecerían para cualquier efecto. Es decir, que dudo que existiera algún mecanismo legal capaz de birlárnoslas. Ni que decir tiene que lo intentarían, pero las intrincaciones de las leyes internacionales son algo increíble.

—¿Quiere usted decir que, prácticamente hablando, los objetos hallados en la calle pasan a ser pertenencia de quien se los encuentra? —interpeló el inspector Kelsey. Meneó la cabeza en señal de desacuerdo—. Eso no es muy escrupuloso —afirmó muy recompuesto.

—No —admitió Adam firmemente—. No está nada bien. Además, hay más de cuatro detrás de ellas y ninguno con gran escrúpulo que digamos. Se han corrido voces… ¿sabe? Puede que sea rumor o que sea cierto, pero la historia es que fueron sacadas de Ramat antes del estallido. Hay una docena de versiones diferentes de *cómo* lo hicieron.

—Pero ¿por qué Meadowbank? ¿A causa de la princesita que no puede tenerse nada callado?

—La princesa Shaista, prima hermana de Alí Yusuf. Sí. Alguien puede tratar de entregarle la mercancía o ponerse en comunicación con ella. A nuestro juicio, hay unos elementos sospechosos rondando por las inmediaciones. Una tal señora Kolinsky, por ejemplo, que se hospeda en el Grand Hotel. Un miembro bastante conspicuo de lo que podríamos definir como «Rifirrafe Internacional Sociedad Limitada». Nada de su especialidad de usted. Siempre rigurosamente dentro de la ley, íntegramente honorable, pero una magnífica cazadora de informaciones útiles. Luego hay una mujer que estuvo allí en Ramat actuando en un *cabaret*. Se refiere que ha estado trabajando para cierto gobierno extranjero. Dónde puede

hallarse ahora es cosa que ignoramos. No sabemos siquiera qué aspecto tiene, pero se rumorea que podría encontrarse en esta parte del mundo. Da la impresión, ¿verdad?; como si todo estuviera centrándose en Meadowbank. Y anoche fue asesinada la señorita Springer.

Kelsey inclinó la cabeza meditabundo.

—Una mezcla adecuada —observó. Luchó por un momento con sus sentimientos—. Éste es el género de cosas que se ve en la televisión… ¡tan rebuscadas…! Eso es lo que se piensa… que no pueden suceder. Y no suceden… en el curso normal de los acontecimientos.

—Agentes secretos, robos, violencias, asesinatos, traiciones… —convino Adam—. Todo sin pies ni cabeza, pero ese lado de la vida existe.

—¡Pero no en Meadowbank!

Estas palabras salieron como arrancadas a Kelsey.

—Comprendo su punto de vista —dijo Adam—. Lesa majestad.

Se produjo un silencio, y entonces preguntó el inspector Kelsey:

—¿Qué cree usted que sucedió anoche?

Adam se dio un margen de tiempo, y dijo lentamente:

—Springer estaba en el pabellón de deportes… a eso de la medianoche. ¿Por qué? Tenemos que empezar por ahí. No sirve de nada preguntarnos a nosotros mismos quién pudo haberla matado hasta que hayamos determinado por qué se hallaba en el pabellón de deportes a aquella hora de la noche. Podemos decir que a pesar de su vida intachable y atlética no dormía bien y se levantó y al mirar por la ventana vio que había luz en el pabellón de deportes. Su ventana mira en aquella dirección.

Kelsey hizo un movimiento de cabeza.

—Siendo como era una joven fuerte y audaz salió para investigar. Turbó a alguien que estaba allí… ¿haciendo qué? Lo desconocemos, pero era alguien lo bastante desesperado como para dispararle un tiro mortal.

Kelsey volvió a asentir.

—Así es como lo hemos considerado —expresó—, pero su última observación me ha dado que pensar todo este tiempo. No se dispara a matar, ni se va preparado para hacerlo, a menos que…

—¿A menos que se persiga algo grande? De acuerdo. Bueno, éste

es el caso que podríamos llamar «La Inocente Springer…», matada de un disparo cuando cumplía con su deber. Pero hay otra posibilidad. Springer, como resultado de un informe particular consigue su puesto en Meadowbank, o es designada para él por sus jefes a causa de su capacidad. Espera hasta que se presenta una noche propicia. Entonces se desliza al pabellón de deportes (otra vez tropezamos con la misma pregunta: ¿*por qué*?). Alguien la sigue o la espera, alguien que va armado con una pistola y está dispuesto a utilizarla… Pero otra vez: ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué diablos hay en efecto dentro del pabellón de deportes? No es la clase de sitio que uno puede imaginarse como escondite de nada.

—No había nada escondido allí, eso se lo puedo decir yo. Lo registramos todo hasta el último rincón… las taquillas de las chicas, también la de la señorita Springer. Equipos de deportes de varias clases, todo normal y estimado como tal y una flamante edificación. No había nada allí de la naturaleza de pedrería.

—Sea lo qué fuere, pudo haber sido hecho desaparecer, por supuesto, por el asesino —sugirió Adam—. La otra alternativa es, sencillamente, que el pabellón de deportes se estaba utilizando como lugar de cita… por la señorita Springer o por alguna otra persona. Es un lugar de lo mas a propósito para eso. A una distancia razonable de la casa. No demasiada distancia. Y si se hubiera advertido a alguien yendo allí, una contestación sencilla sería que quienquiera que fuese pensó que había visto una luz, etc., etc.

»Supongamos que la señorita Springer saliera para reunirse con alguien, que tuvieran una discrepancia y le dispararan, o una variante, que la señorita Springer advirtiera a alguien saliendo de la casa, siguiera a tal persona y se inmiscuyera en algo de importancia que ella no debiera ver u oír.

—Yo no llegué a conocerla en vida —declaró Kelsey—, pero por el modo en que todo el mundo habla de ella saco la impresión de que debió haber sido una mujer muy entrometida.

—Ya imagino que ésa es verdaderamente la explicación más probable —acordó Adam—. «La curiosidad mató al gato», como dicen. Sí, yo creo que ésa es la manera como el pabellón de deportes entra en juego.

—Pero si se trata de una cita, entonces… —Kelsey hizo un intervalo.

Adam movió la cabeza enérgicamente.

—Sí; parece como si hubiera alguien en el internado que merezca nuestra más concentrada atención; parece, efectivamente, como si se hubiera introducido un gato en el palomar.

—Un gato en el palomar —repitió Kelsey, impresionado por la frase—. La señorita Rich, una de las profesoras, dijo hoy algo por el estilo.

Reflexionó por un momento.

—La plana mayor del colegio ha hecho tres nuevas adquisiciones este trimestre —dijo—. Shapland, la secretaria, Blanche, la profesora de francés, y, claro está, la propia señorita Springer. Ella ya está muerta y por tanto al margen de todo esto. Si hay un gato en el palomar, lo más seguro es que una de las otras dos sería por quien habría que hacer la apuesta —miró hacia Adam—. Usted, ¿por cuál de las dos apostaría?

Adam recapacitó.

—Sorprendí a *mademoiselle* Blanche saliendo del pabellón de deportes un día. Tenía una mirada culpable. Como si estuviera haciendo algo que no debiera. Así y todo en conjunto a mí me parece que me inclinaría por la otra. Por la Shapland. Ella es una frescales de órdago, pero tiene talento. Yo ahondaría en sus antecedentes si me encontrara en su lugar. ¿De qué demonios se ríe usted?

Kelsey hizo unas muecas que dejaban ver casi todos sus dientes.

—*Ella* sospechó de *usted* —le hizo saber—. Le sorprendió saliendo del pabellón de deportes y creyó advertir en usted un aire extraño.

—¡Maldita sea! —Adam se indignó—. ¡Qué desfachatez!

El inspector Kelsey recuperó su porte autoritario.

—El caso es que —dijo— tenemos en gran consideración a Meadowbank por estos alrededores. Es un colegio excelente. Y la señorita Bulstrode es una mujer admirable. Cuanto antes podamos llegar al fondo de la cuestión, tanto mejor será para el colegio. Es menester aclarar las cosas y darle a Meadowbank un limpio certificado de sanidad.

Se detuvo mirando pensativamente a Adam.

—Me parece —dijo— que tendremos que revelar a la señorita Bulstrode quién es usted. Ella no despegará sus labios, no tenga

cuidado por eso.

Adam deliberó por un instante. Después hizo un ademán de asentimiento.

—Sí —aprobó—; dadas las circunstancias considero que es poco menos que inevitable.

Capítulo XII

Lámparas viejas por nuevas

1

La señorita Bulstrode poseía un don que destacaba su superioridad sobre la mayoría de las mujeres: sabía escuchar.

Escuchó en silencio al inspector Kelsey y a Adam. Ni siquiera alzó una ceja. Al terminar, pronunció una sola palabra:

—Extraordinario.

«Usted sí que es extraordinaria», pensó Adam, si bien no expresó este pensamiento en voz alta.

—Bueno —dijo la señorita Bulstrode yendo, como era habitual en ella, directamente a la cuestión—: ¿qué es lo que desean que haga?

—Se trata de esto —expuso el inspector Kelsey—. Nosotros hemos sido del parecer que sería conveniente que usted estuviera informada de todo por completo… por el bien del colegio.

La señorita Bulstrode hizo un gesto de comprensión.

—Naturalmente —afirmó—, el colegio es mi principal preocupación. Tiene que serlo. Yo soy responsable de la custodia y seguridad de mis alumnas… y también, aunque en menor grado, de mi cuadro de profesoras. Y ahora me gustaría añadir que si pudiera haber la menor publicidad posible de la muerte de la señorita Springer, tanto mejor sería para mí. Éste es un punto de vista completamente egoísta, aun cuando yo considero que mi colegio es

importante por sí mismo… no únicamente porque sea creación mía. Y me doy perfectísima cuenta de que si para ustedes es necesaria la publicidad más detallada, tendrían que seguir adelante con ella. Pero ¿es necesaria?

—No —dijo el inspector Kelsey—. En este caso yo creo que mientras menos publicidad, mejor. La encuesta judicial va a ser aplazada y nosotros vamos a divulgar que, a nuestro juicio, se trata de un asunto puramente local. Jóvenes asesinos, o delincuentes juveniles, como se les llama hoy día… de esos que andan por todas partes con armas de fuego, que no están contentos más que dándole al gatillo. Por lo corriente, lo que usan son navajas, pero algunos de esos muchachos también están en posesión de pistolas. La señorita Springer les sorprendió, y ellos dispararon. Ahí es donde me gustaría dejarlo todo… así podríamos trabajar tranquilamente. Pero, sin duda alguna, Meadowbank es famoso. Es una noticia que no puede pasar inadvertida. Y un asesinato en Meadowbank será una noticia que va a arder.

—Me imagino que puedo prestarles mi ayuda a ese respecto —manifestó la señorita Bulstrode—. No carezco de influencia en las esferas más elevadas —sonrió y sacó a relucir unos cuantos nombres, entre los que estaban incluidos el del secretario del Ministerio del Interior, dos descollados magnates de la Prensa un obispo y el ministro de Educación—. Haré cuanto pueda —dirigió una mirada a Adam—. ¿Está usted completamente de acuerdo?

—Sí, en efecto. Nos gusta hacer las cosas de una manera cautelosa y tranquila —dijo Adam rápidamente.

—¿Seguirá siendo jardinero aquí? —inquirió la señorita Bulstrode.

—Si no tiene nada que objetar… Ello me sitúa exactamente donde necesito para estar a la expectativa de los acontecimientos.

Esta vez sí que enarcó sus cejas la señorita Bulstrode.

—Confío en que no están ustedes esperando más asesinatos.

—No, no.

—Estoy encantada de oírle. Dudo que ningún colegio pudiera sobrevivir a dos asesinatos en el mismo trimestre.

Se volvió hacia Kelsey.

—¿Han terminado ustedes con el pabellón de deportes? Nos veremos en una situación peliaguda si no lo podemos utilizar.

—Ya hemos terminado allí. Lo hemos dejado completamente limpio, desde nuestro punto de vista, quiero decir. Sea cual fuere la razón por la cual fue cometido el crimen, allí no hay nada que pueda servirnos de ayuda. No es más que un pabellón de deportes con sus correspondientes equipos.

—¿No encontraron nada en las taquillas de las chicas?

—Bueno… —el inspector Kelsey sonrió—. Bueno… esto y aquello… un ejemplar de un libro… francés titulado… *Candide*… con ah… ilustraciones. Una edición de lujo.

—¡Ah! —exclamó la señorita Bulstrode—. ¡De manera que es allí donde lo guardaba! Giselle d'Aubray, supongo.

La admiración de Kelsey hacia la señorita Bulstrode aumentó varios puntos.

—No se le escapan a usted muchas cosas, señorita —comentó.

—Ya no podrá hacer daño con *Candide* —resolvió la señorita Bulstrode—. Es un clásico. Hay cierta clase de pornografía que debo confiscar. Ahora volveré a la pregunta que les hice al principio. Ustedes han aliviado mi preocupación en lo que concierne a la publicidad relacionada con el colegio. ¿Puede ayudarles el colegio en algún sentido? ¿Puedo yo prestarles ayuda?

—De momento, no lo creo —consideró Kelsey—. Lo único que se me ocurre es preguntarle si ha ocurrido algo en este trimestre que le haya podido causar inquietud. ¿Algún incidente, o alguna persona que haya podido ser motivo de preocupación?

La señorita Bulstrode, guardó silencio durante un momento. Después respondió tranquilamente:

—La contestación a esa pregunta es, sencillamente, que no lo sé.

Adam preguntó vivamente:

—¿Tiene usted la sensación de que hay algo que no marcha bien?

—Sí, es precisamente eso. No es una sensación definida. No puedo señalar con el dedo a ninguna persona o incidente, a menos que… —calló durante un instante y después prosiguió—: Siento… sentí en aquella ocasión… que había pasado por alto algo que no debería haber omitido. Permítanme explicarles —relató en breves palabras el incidente de la señora Upjohn y la calamitosa e inesperada aparición de *lady* Verónica.

Adam pareció interesarse.

—Aclaremos eso, señorita Bulstrode. La señora Upjohn, al mirar por el ventanal, este ventanal que da a la fachada principal, reconocería a alguien. No hay nada extraño en ello. Usted tiene más de cien alumnas, y es muy probable que la señora Upjohn distinguiera a un padre o familiar de alguna de aquéllas a quién conocía. Pero usted decididamente opina que ella se quedó *estupefacta* al reconocer a tal persona… o sea, que se trataba de alguien a quien efectivamente, ella *no* había esperado ver en Meadowbank.

—Sí, esa fue exactamente la impresión que me causó.

—Y entonces a través del ventanal que miraba en dirección opuesta, usted reconoció a la madre de unas alumnas, en estado de embriaguez, y ese incidente distrajo por completo su atención de lo que la señora Upjohn le decía.

La señorita Bulstrode manifestó su asentimiento.

—¿Estuvo hablando durante algunos minutos?

—Sí.

—Y cuando su atención volvió a lo que estaba diciendo hablaba de espionajes, del trabajo que había hecho durante la guerra para el *Intelligence Service* antes de casarse.

—Sí.

—Es posible que exista alguna conexión —observó Adam, meditabundo—. Alguna persona a quien ella conoció durante la guerra. Un padre o pariente de alguna colegiala. ¿Y no podría haber sido alguien que perteneciera a su cuadro de profesoras?

—Es difícil que se tratase de un miembro de mi plana mayor —objetó la señorita Bulstrode.

—Pudiera ser.

—Lo mejor que podemos hacer es ponernos en contacto con la señora Upjohn —sugirió Kelsey—. Y lo más pronto posible. ¿Tiene usted su dirección, señorita Bulstrode?

—Claro que sí. Pero tengo entendido que se encuentra ahora en el extranjero. Esperen… voy a averiguarlo —presionó por dos veces el zumbador eléctrico que había sobre la mesa de despacho, y después se dirigió impacientemente hacia la puerta para llamar a una chica que pasaba por allí.

—Ve a buscar a Julia Upjohn, y dile que venga aquí, ¿quieres, Paula?

—Sí, señorita Bulstrode.

—Creo que lo mejor sería que me marchara antes de que llegara la chica —sugirió Adam—. No resultaría convincente que yo asistiera a la encuesta que el inspector está llevando a cabo. Ostensiblemente, él me ha hecho venir para conseguir información de mí. Habiéndose quedado satisfecho al comprobar que, por el momento, no tiene nada contra mí, ahora me ordena que ahueque.

—¡Ahueque de una vez, y recuerde que no lo pierdo de vista! —gruñó Kelsey con una mueca burlona.

—A propósito —dijo Adam, dirigiéndose a la señorita Bulstrode, al tiempo que se detenía junto a la puerta—. ¿No me tomaría a mal que abuse ligeramente de mi situación aquí? Si me vuelvo un poco… digamos… amistoso con algunos miembros del cuadro de profesoras.

—¿Con qué miembros de mi profesorado?

—Pues… con *mademoiselle* Blanche, por ejemplo.

—¿*Mademoiselle* Blanche? ¿Usted cree que…?

—Yo creo que se aburre aquí una barbaridad.

—¡Ah! —la señorita Bulstrode asumió una expresión sombría—. Es posible que tenga razón. ¿Algo más?

—Me voy a enfrentar con un buen trabajo de tanteo —explicó Adam alegremente—. Si advierte que las chicas se comportan de una manera un poco tonta, y se deslizan subrepticiamente a concertar citas en el jardín, le ruego que crea que mis intenciones son estrictamente detectivescas, por decirlo así.

—¿Considera verosímil que alguna chica pueda estar enterada de algo importante?

—Todo el mundo sabe siempre algo —aseguró Adam—, incluso cuando se trata de algo que no saben que saben.

—Tal vez esté en lo cierto.

Golpearon a la puerta, y la señorita Bulstrode dijo:

—Entre.

Julia Upjohn apareció jadeante.

—Pase, Julia.

El inspector Kelsey lanzó un gruñido.

—Puede irse, Goodman. Ahueque y continúe con su trabajo.

—Ya le he dicho que no sé nada de nada —rezongó Adam. Salió raudo murmurando—. La Gestapo está empezando a rebrotar.

—Lamento mucho haberme presentado de este modo, señorita Bulstrode —se excusó Julia—. Pero he tenido que venir corriendo desde la pista de tenis.

—No se preocupe. Solamente deseaba preguntarle la dirección actual de su madre… es decir, ¿dónde puedo ponerme en contacto con ella?

—Oh, tendrá que escribir a mi tía Isabel. Mi madre se ha marchado al extranjero.

—Tengo la dirección de su tía. Pero necesito ponerme en contacto con su madre personalmente.

—No sé cómo va a poder hacerlo —repuso Julia, preocupada—. Mi madre se ha marchado a Anatolia en un autobús.

—¿En un autobús? —repitió desconcertada, la señorita Bulstrode.

Julia asintió sacudiendo vigorosamente la cabeza.

—Le gusta viajar en autobús —explicó—. Y además son escandalosamente baratos. Un poco incómodos, pero a mamá no le preocupa eso mucho. Tengo entendido que se detendrá en Van dentro de dos o tres semanas, aproximadamente.

—Sí…, comprendo. Dígame, Julia, ¿le dijo su madre alguna vez si había visto a alguien a quien conoció durante su época de servicio en la guerra?

—No, señorita Bulstrode, me parece que no. No; estoy segura de que no me ha contado nada.

—Su madre trabajó para el servicio de espionaje, ¿no es cierto?

—Oh, sí. Según parece, a mi madre le encantaba. Yo no creo que fuera tan emocionante. Nunca voló ningún puente ni fue apresada por la Gestapo ni le arrancaron las uñas de los pies ni nada por el estilo. Operó en Suiza, me parece. ¿O fue en Portugal?

Como disculpándose, Julia agregó:

—Una se aburre realmente con todos esos viejos cuentos de la guerra, y me temo que la mayoría de las veces no presto la debida atención.

—Bueno. Gracias, Julia. Eso es todo.

—¡Es extraordinario! —exclamó la señorita Bulstrode cuando Julia se hubo marchado—. ¡Irse a Anatolia en autobús! Y la chica lo dijo exactamente con el tono con que pudiera haber dicho que su madre había tomado un autobús del número 73 a Marshall &

Snelgrove's.

2

Jennifer se alejó, bastante disgustada, de la pista de tenis. Estaba deprimida por la gran cantidad de dobles faltas que había cometido esta mañana al sacar. Claro está que con esta raqueta no se podía sacar con rapidez. Pero últimamente perdía el control del saque. Su revés había indudablemente mejorado. El entrenamiento con la Springer probó ser eficaz. En cierto sentido, era una lástima que la Springer hubiese muerto.

Jennifer tomaba el tenis con mucha seriedad. Era una de las pocas cosas en que realmente reflexionaba con detención.

—Perdóname…

Jennifer alzó la vista sobrecogida. Una mujer bien vestida, de dorados cabellos, que llevaba un paquete largo y aplanado, se encontraba en pie en el sendero a unos cuantos pasos de distancia. Jennifer se preguntó por qué razón no se había dado cuenta antes de que la mujer se acercaba hacia ella. No se le ocurrió pensar que pudo haberse ocultado tras un árbol o entre las ramas de las matas de rododendros, y que saliera de allí precisamente en este momento. Semejante idea no le hubiera pasado por la imaginación a Jennifer, ya que por qué razón iba una señora a tener que esconderse detrás de un matorral de rododendros para aparecer repentinamente emergiendo de ellos.

La mujer dijo, hablando con un acento ligeramente americano:

—Estaba pensando que tal vez usted pudiera informarme dónde podría yo encontrar a… —consultó un trozo de papel—. Jennifer Sutcliffe.

Jennifer se sorprendió.

—Yo soy Jennifer Sutcliffe.

—¡Vaya! ¡Qué cosa más graciosa! Ésa sí que es una coincidencia, que en un colegio tan grande como es éste, yo venga en busca de una chica y la primera a quien pregunto es precisamente aquella a quien vengo a ver. Y luego dicen que no suelen suceder cosas como ésta.

—Supongo que algunas veces suceden —replicó Jennifer, sin el menor interés.

—Estaba invitada a almorzar con unos amigos cerca de aquí —continuó diciendo la mujer— y en un *cocktail party* al que asistí ayer mencioné que iba a venir, y entonces su tía… ¿o fue madrina…? Tengo una memoria tan infame. Me dijo su nombre y también lo he olvidado. Pues, sea como sea, ella me pidió si me sería posible llegarme hasta aquí y entregarle a usted una raqueta nueva. Me dijo que usted le había pedido una.

La cara de Jennifer se iluminó. Esto parecía nada menos que un milagro.

—Debe de haber sido mi madrina, la señora Campbell. No pudo haber sido tía Rosamond, que no me regala jamás otra cosa que diez mezquinos chelines por Navidad.

—Sí, ahora recuerdo. Ése era el nombre, Campbell.

Le ofreció el paquete, Jennifer lo tomó con impaciencia. Estaba muy holgadamente envuelto. Jennifer lanzó una exclamación de alegría al ver aparecer la raqueta de entre las envolturas.

—¡Oh! ¡Es formidable! —exclamó—. Ésta *sí* que es *buena*. He estado suspirando por una raqueta nueva. No se puede jugar como Dios manda sin una raqueta decente.

—Bueno, yo más bien diría que ésta sí lo es.

—Muchas gracias por traerla —dijo Jennifer, llena de reconocimiento.

—No ha sido ninguna molestia, en realidad. Solamente que he de confesar que me sentía un poco cohibida. Los colegios siempre me han hecho sentirme tímida. Demasiadas chicas. Oh, a propósito, me encargaron que me entregara la raqueta vieja para llevármela conmigo —recogió la raqueta que Jennifer había dejado caer al suelo—. Su tía… no… su madrina, me dijo que quería que le pusieran cuerdas nuevas. Lo necesitaba bastante, ¿verdad?

—No creo que valga la molestia, en realidad —replicó Jennifer, sin poner mucha atención.

Estaba todavía probando el juego y balanceo de su nuevo tesoro.

—Pero siempre es conveniente tener una raqueta en reserva —le aconsejó su nueva amiga—. ¡Cielos! —exclamó al echar una ojeada a su reloj—. Es mucho más tarde de lo que creía. Tengo que irme al vuelo.

—¿Necesita un taxi? Puedo telefonear…

—No, gracias, querida. Mi coche está junto a la puerta de entrada. Lo dejé allí para no verme obligada a dar la vuelta en un espacio tan estrecho. Adiós. Encantada de haberla conocido. Espero que le guste la raqueta.

Echó una verdadera carrera a lo largo del sendero que conducía hasta la verja de entrada. Jennifer le gritó de nuevo: «Muchísimas gracias». Después, deleitándose de satisfacción, fue en busca de Julia.

—¡Mira! —exclamó, floreando la raqueta teatralmente.

—¡Ahí va! ¿Dónde te has hecho con eso?

—Me la ha regalado mi madrina. Tía Gina. No es tía mía, pero la llamo así. Me imagino que mamá le contó algo de que yo estaba gruñendo por causa de la raqueta. Es *formidable*, ¿verdad? Tengo que acordarme de escribirle dándole las gracias.

—Espero que lo hagas —dijo Julia, virtuosamente.

—Bueno, ya sabes que una se olvida a veces de hacer las cosas. Incluso aquellas cosas que una se había propuesto hacer. Mira, Shaista —añadió, al acercárseles esta última—. Tengo una raqueta nueva. ¿No es un encanto?

—Debe haberte costado muy cara —ponderó Shaista, escudriñándola con atención—. Me gustaría saber jugar bien al tenis.

—No haces más que meterte encima de la pelota.

—Es que no me entero nunca por dónde va a venir —declaró Shaista, dudosa—. Antes de regresar a casa, tengo que encargarme en Londres algunos «shorts» verdaderamente buenos. O un traje de tenis como los que lleva Ruth Allen, la campeona americana. Quizá me encargue las dos cosas —tal pensamiento la hizo sonreír con placer.

—Shaista no piensa más que en trapos —observó Julia, despectivamente, al separarse de aquélla—. ¿Te parece a ti que *nosotras* llegaremos a ser alguna vez como ella?

—Imagino que sí —le contestó lúgubremente Jennifer—. Será un aburrimiento horrible.

Entraron en el pabellón de deportes, ahora dejado oficialmente vacante por la Policía, y Jennifer colocó cuidadosamente su nueva raqueta en la prensa.

—¿No es maravillosa? —dijo, dando a la raqueta un golpecito afectuoso.

—¿Qué has hecho con la vieja?

—Oh, se la llevó ella.

—¿Quién?

—La mujer que me trajo ésta. Conoció a mi tía Gina en un *cocktail party* y como iba a venir hoy cerca de aquí, tía Gina le dijo que si podía traerme ésta y que yo le entregara la otra para ponerle cuerdas nuevas.

—Oh, ahora comprendo… —Pero Julia frunció el entrecejo, perpleja.

—¿Para qué te quería Bully? —le preguntó Jennifer.

—¿Bully? Oh, para nada en realidad. Solamente quería saber la dirección de mamá. Pero ahora no tiene ninguna, porque está en un autobús. Por Turquía. Escucha, Jennifer: tu raqueta no *necesitaba* cuerdas nuevas.

—Sí que las necesitaba, Julia. Estaba como un acordeón.

—Ya lo sé. Pero en realidad, se trata de mi raqueta. Me refiero a que las cambiamos. La que necesitaba un arreglo en las cuerdas era la *mía*. La tuya, la que yo tengo ahora, *ya estaba* arreglada. Tú misma dijiste que tu madre le había mandado reparar antes de marcharse al extranjero.

—Sí, eso es verdad —dijo Jennifer, un poco sobresaltada—. Bueno, supongo que esta señora… quienquiera que sea… Le debí haber preguntado su nombre; ¡pero estaba tan excitada…!, creyó ver que efectivamente necesitaba cuerdas nuevas.

—Pero tú me has dicho que ella te contó que fue tu tía Gina quien le dijo que necesitaba ponerle otras cuerdas. Y tu tía Gina no pudo haber pensado tal cosa si no lo necesitaba.

—Oh, bueno —Jennifer pareció impacientarse—. Yo supongo… me imagino que…

—¿Qué es lo que te imaginas?

—Tal vez tía Gina pensó que si yo necesitaba una raqueta nueva era porque la vieja tenía las cuerdas hechas cisco. De todos modos, ¿qué más da?

—Me imagino que en realidad no importa —dijo Julia lentamente—. Pero yo creo que es extraño, Jennifer. Es igual que… igual que dar lámparas nuevas por viejas. Ya sabes, como en

«Aladino».

Jennifer rió entre dientes.

—Figúrate si frotáramos mi vieja raqueta… tu vieja raqueta, quiero decir, y que apareciese un genio. Si tú frotaras una lámpara y apareciese un genio, ¿qué es lo que le pedirías, Julia?

—Muchísimas cosas —resolló Julia extrañada—. Un magnetófono y un perro de Alsacia… o quizá mejor un dogo danés y cien mil libras y un traje de noche de satén negro, y… ¡oh!, muchísimas otras cosas… ¿Y tú, qué le pedirías?

—No lo sé, en realidad —titubeó Jennifer—. Ahora que tengo esta raqueta nueva tan estupenda, no necesito ninguna otra cosa más.

Capítulo XIII

Catástrofe

1

El tercer fin de semana después de la apertura del último trimestre siguió el curso de costumbre. Fue el primer fin de semana en que se permitió a las chicas salir con sus padres. Como consecuencia Meadowbank se quedó poco menos que desierto.

En este preciso domingo sólo quedarían unas veinte chicas en el internado para la comida de mediodía. Algunas de las profesoras pasaban fuera el fin de semana, para regresar a última hora de la tarde del domingo o del lunes por la mañana temprano.

En esta particular ocasión la misma señorita Bulstrode se proponía ausentarse para el fin de semana. Iba a pasarlo con la duquesa de Welsham en Welsington Abbey. La duquesa había hecho especial hincapié en ello, agregando que Henry Banks también se encontraría allí. Henry Banks era el presidente de la junta rectora de Meadowbank. Era un importante industrial y uno de los financieros originales del colegio. La invitación, por lo tanto, casi participaba de la naturaleza de una orden. Y no es que la señorita Bulstrode hubiera aceptado imposiciones, de no haber deseado hacerlo. Pero en esta coyuntura aceptó, encantada, la invitación. No era en modo alguno indiferente a las duquesas, y la de Welsham era muy influyente; sus propias hijas estudiaban en Meadowbank. Estaba, asimismo, particularmente satisfecha de tener la

oportunidad de departir con Henry Banks sobre el tema del futuro del internado y también de adelantar su propia narración del trágico suceso reciente.

Debido a las influyentes relaciones de Meadowbank, fue quitada importancia por la Prensa, con mucho tacto, al asesinato de la señorita Springer. Lo convirtieron en una lamentable fatalidad, más bien que un asesinato misterioso. Aun cuando no se escribió claramente, fue insinuado que algunos delincuentes juveniles habían posiblemente, forzado el pabellón de deportes, y que la muerte de la señorita Springer había sido un accidente más bien que un asunto premeditado. Se comunicó vagamente que varios jóvenes habían sido requeridos a presentarse en comisaría para «ayudar a la Policía». La misma señorita Bulstrode estaba impaciente por mitigar cualquier impresión desagradable que pudieran haber recibido estos dos influyentes protectores del colegio. Además, sabía que deseaban discutir la velada alusión, que ella había dejado caer, acerca de su próximo retiro. Tanto la duquesa como Henry Banks ansiaban persuadirla para que continuara. Ahora era la ocasión, al parecer de la señorita Bulstrode, de activar las demandas en favor de la candidatura de la señorita Vansittart, y puntualizar cuan excelente persona era, y lo a propósito que sería para seguir adelante con las tradiciones de Meadowbank.

El sábado por la mañana, precisamente cuando la señorita Bulstrode acababa de poner punto final a su correspondencia con Ann Shapland, sonó el teléfono. Ann contestó.

—Es el emir Ibrahim, señorita Bulstrode. Está en el hotel Claridge's y dice que desearía venir mañana a por Shaista.

La señorita Bulstrode tomó el aparato y sostuvo una breve conversación con el edecán del emir. Shaista estaría dispuesta el domingo por la mañana a cualquier hora a partir de las once, le hizo saber. La chica debería estar de vuelta al internado hacia las ocho de la tarde.

Colgó y dijo:

—Me gustaría que los orientales avisaran con la suficiente antelación. Se ha concertado que Shaista salga mañana con Giselle d'Aubray. Ahora tendremos que cancelarlo. ¿Hemos dado fin a todas las cartas?

—Sí, señorita Bulstrode.

—Bueno, en tal caso puedo marcharme con la conciencia tranquila. Escríbalas a máquina, y luego queda usted igualmente libre para el fin de semana. No la necesitaré hasta el lunes a mediodía.

—Gracias, señorita Bulstrode.

—Diviértase, querida.

—Pienso hacerlo —confesó Ann.

—¿Se trata de un joven?

—Pues… sí —Ann se sonrojó un poco—. Pero la cosa no va en serio.

—Entonces, debería hacer porque lo fuera. Si piensa casarse, no espere a que sea demasiado tarde.

—Oh, éste es solamente un antiguo amigo. No tiene nada de divertido.

—La diversión —observó la señorita Bulstrode— no es siempre una base sólida para la vida de matrimonio. ¿Quiere decir a la señorita Chadwick que venga?

La señorita Chadwick entró como un torbellino.

—Chaddy: el emir Ibrahim, el tío de Shaista, vendrá mañana a recogerla. Si viniera él personalmente, dígale que está adelantando mucho.

—No es nada avispada —intercaló la señorita Chadwick.

—No está madura intelectualmente —admitió la señorita Bulstrode—. Pero, en otros aspectos, posee una inteligencia extraordinariamente madura. A veces, al hablar con ella, da la impresión de que podría tratarse de una mujer de veinticinco años. Me imagino que eso se debe a la vida tan sofisticada que ha llevado. París, Teherán, El Cairo, Estambul y todos los demás sitios. En este país somos muy adictos a retrasar la madurez de los jóvenes el mayor tiempo posible. Consideramos un mérito cuando decimos, refiriéndonos a alguien: «es igual que una chiquilla». Y no es tal mérito, sino un grave obstáculo en la vida.

—Me parece que en eso no estoy de acuerdo con usted —declaró la señorita Chadwick—. Ahora iré a decir a Shaista lo de su tío. Y usted, márchese a su fin de semana, y no se inquiete por nada.

—¡Ah! No pienso inquietarme —replicó la señorita Bulstrode—. Ésta es verdaderamente una buena ocasión para dejar a la señorita

Vansittart a cargo del colegio y comprobar cómo se desenvuelve. Estando ustedes dos aquí haciéndose cargo, nada podrá salir mal.

—Tengo la esperanza de que, efectivamente, sea así. Voy a buscar a Shaista.

Ésta pareció sorprendida, y en modo alguno contenta al enterarse de que su tío había llegado a Londres.

—¿Quiere que me vaya mañana con él? —refunfuñó—. Pero, señorita Chadwick, si ya se ha concertado que saldré con Giselle d'Aubray y su madre.

—Me temo que tendrá que dejar esto para otra ocasión.

—Pero a mí me gustaría muchísimo más salir con Giselle —protestó Shaista, malhumorada—. Mi tío no es nada divertido. No hace otra cosa que comer, y gruñir después y eso es insoportablemente aburrido.

—No debe hablar de esa forma, Shaista. Denota falta de educación —le reconvino la señorita Chadwick—. Su tío permanecerá en Inglaterra solamente una semana, según tengo entendido y, como es lógico, desea verla.

—A lo mejor ha arreglado un nuevo matrimonio para mí —supuso Shaista con expresión radiante—. En tal caso sería divertido.

—Si hay algo de eso, él se lo comunicará, sin duda. Pero es todavía demasiado joven para casarse. Primero ha de finalizar sus estudios.

—Estudiar es aburridísimo —declaró Shaista.

2

La mañana del domingo amaneció brillante y serena. La señorita Shapland se marchó el sábado, poco después de haberlo hecho la señorita Bulstrode. Las señoritas Rich y Blake partieron el domingo por la mañana.

Las señoritas Vansittart, Chadwick y Rowan y *mademoiselle* Blanche se quedaron a cargo del colegio.

—Confío en que las chicas no harán demasiados comentarios —manifestó la señorita Chadwick con escepticismo—. Me refiero a lo de la pobre señorita Springer.

—Confiemos —reiteró la señorita Vansittart— que todo este asunto sea olvidado dentro de poco. Si algunos padres me sacan el tema, les desalentaré. Lo mejor, a mi juicio, será trazarse una línea firme.

Las niñas marcharon a la iglesia a las diez, acompañadas por las señoritas Vansittart y Chadwick. Cuatro de ellas, que eran católicas, fueron escoltadas por *mademoiselle* Blanche a una institución religiosa rival. Después de esto, aproximadamente a las once y media, empezaron a rodar los coches por la calzada. La señorita Vansittart, garbosa, serena y digna, se hallaba en pie en el gran salón de visitas.

Saludaba a las madres con la mejor de sus sonrisas, hacía venir a sus hijas, y eludía cualquier referencia indeseada a la reciente tragedia.

—Terrible —acordó—. Sí. De lo más terrible, pero, como comprenderán, *aquí no hablamos de ello para nada*… Estas cabecitas jóvenes… Sería una pena que pudieran llegar a obsesionarse por algo.

Chaddy también se hallaba allí alerta, saludando a antiguos conocidos de entre los padres, discutiendo nuevos proyectos para las vacaciones, y hablando con afecto de sus respectivas hijas.

—Yo creo que tía Isabel debió haber venido a recogerme para que saliera con ella —declaró Julia, que se encontraba junto a Jennifer, apretando la nariz contra el ventanal de una de las aulas, y observando las idas y venidas de los coches por la calzada.

—Mamá vendrá a sacarme la semana que viene —dijo Jennifer —. Papá tiene a personas importantes en casa este fin de semana, y por eso no ha podido venir ella hoy.

—Ahí va Shaista —señaló Julia—, toda emperifollada camino de Londres. ¡Huy! Mira qué tacones lleva. Te apuesto lo que quieras a que la Johnson los desaprueba.

Un chófer de librea abrió la puerta de un enorme «Cadillac». Shaista penetró en él y el coche emprendió la marcha.

—Puedes venirte conmigo la semana que viene, si quieres —sugirió Jennifer—. Le he dicho a mamá que tengo una amiga a la que me gustaría invitar.

—Me encantaría —dijo Julia—. Mira cómo representa la Vansittart su papel.

—Tiene una elegancia extraordinaria, ¿no te parece? —comentó Jennifer.

—No sé muy bien por qué —continuó Julia—, pero en cierto modo me hace reír. Es como una copia de la señorita Bulstrode, ¿no? Es una copia estupenda, pero es algo así como Joyce Grenfell o alguna otra actriz imitando a alguien.

—Ahí va la madre de Pam —indicó Jennifer—. Ha traído a los hermanos pequeños. Cómo se las pueden arreglar para caber todos en este diminuto «Morris Minor», es cosa que no me explico.

—Se marchan de picnic —apuntó Julia—. Fíjate en las cestas.

—¿Qué vas a hacer esta tarde después de la comida? —inquirió Jennifer—. No creo que necesite escribir a mamá esta semana, si voy a verla en la próxima, ¿no te parece?

—¡Qué floja eres para escribir cartas, Jennifer!

—Nunca se me ocurre nada que decir —se excusó ésta.

—Pues a mí sí que se me ocurren cosas —aseveró Julia—. Puedo pensar en verdaderas montañas de cosas que decir. Pero, en realidad, no tengo a nadie a quien poder escribir en el presente —agregó melancólicamente.

—¿Pues… y tu madre?

—Ya te lo he dicho, se fue a Anatolia en un autobús. No se pueden escribir cartas a las personas que se van a Anatolia en autobuses. Por lo menos, no se les puede estar continuamente escribiendo.

—¿Dónde le escribes cuando lo haces?

—Oh, a los consulados en unas ciudades u otras. Me dejó una lista. Estambul es la primera, y luego Ankara, y después una con un nombre la mar de divertido —añadió—. Me intriga muchísimo para qué querría Bully ponerse en contacto con mamá con tanta urgencia. Parecía muy trastornada cuando le dije que estaba de viaje.

—No puede ser tocante a ti —opinó Jennifer—. Tú no has hecho nada malo, ¿verdad?

—No, que yo sepa —declaró Julia—. Tal vez quiera decirle algo de la Springer.

—¿Y para qué iba a querer decirle nada? —advirtió Jennifer—. Yo más bien diría que ella está de lo más satisfecha de que haya por lo menos una madre que no esté enterada de nada de lo de la

Springer.

—¿Quieres decir que las madres tal vez piensen que sus hijas también pudieran ser asesinadas?

—No creo que mi madre se ponga en algo tan catastrófico como eso —replicó Jennifer—. Pero se alteró una barbaridad con la noticia.

—Si me lo preguntas —dijo Julia, meditabunda—, te diré que hay una porción de cosas que no nos han dicho tocante a la Springer.

—¿Qué clase de cosas?

—Pues…, parece que están sucediendo cosas raras. Como lo de tu nueva raqueta de tenis.

—Oh, pensaba decírtelo —recordó Jennifer—. Le escribí a tía Gina dándole las gracias, y esta mañana recibí carta de ella diciéndome que estaba encantada de que tuviera una raqueta nueva, pero que ella no me había mandado ninguna.

—Ya te dije que todo este embrollo de la raqueta era muy chocante —dijo Julia con un deje de triunfo en la voz—. Y, además en tu casa tuvieron un robo, ¿no?

—Sí, pero no se llevaron nada.

—Eso lo hace todavía más interesante —determinó Julia—. A mí me da la sensación —agregó, pensativa—, que es probable que tengamos pronto otro asesinato.

—¡Anda ya, Julia! ¿Por qué íbamos a tener otro asesinato?

—Pues…, verás, porque casi siempre hay un segundo asesinato en las novelas policíacas —explicó Julia—. Y me parece, Jennifer, que tienes que tener un cuidado terrible en que no seas tú a quien asesinen.

—¿Yo? —exclamó sorprendida Jennifer—. ¿Para qué iba nadie a asesinarme?

—Porque en cierto modo estás metida en todo este lío —alegó Julia y añadió meditabunda—: Tenemos que intentar sacarle a tu madre todo lo que sepa de este asunto la semana que viene, Jennifer. Quién sabe si alguien le dio algunos papeles secretos en Ramat.

—¿Qué clase de papeles secretos?

—Oh, ¿cómo voy a saberlo? —dijo Julia—. Planos o fórmulas para una nueva bomba atómica. Algo parecido.

Jennifer no pareció nada convencida.

3

La señorita Vansittart y la señorita Chadwick se encontraban en el saloncito de reunión cuando entró la señorita Rowan, preguntando:

—¿Dónde está Shaista? No la encuentro por ninguna parte. Acaban de venir a buscarla en nombre del emir.

—¿Qué? —Chaddy alzó la vista sorprendida—. Debe ser una equivocación. Hace tres cuartos de hora que vinieron a buscarla en el auto del emir. Yo misma la vi entrar en él y ponerse en marcha. Fue una de las primeras en irse.

Eleanor Vansittart se encogió de hombros.

—Supongo que habrán dado la orden dos veces, o algo por el estilo —decidió.

Salió para hablar con el chófer personalmente.

—Debe tratarse de un error —dijo—. La princesa salió para Londres hace ya tres cuartos de hora.

El chófer pareció sorprendido.

—Supongo que debe haber algún error, ya que usted lo dice, señora —concedió—. A mí me dieron instrucciones definidas de venir a Meadowbank para recoger a la señorita.

—Imagino que a veces ocurren confusiones —reconoció la señorita Vansittart.

El chófer se quedó imperturbable, sin manifestar sorpresa alguna.

—Ocurre continuamente —comentó—. Toman los recados por teléfono, los apuntan y se olvidan. Y todo por ese orden. Pero en nuestra casa nos enorgullecemos de no cometer errores. Claro está que, si me permite decirlo, uno no sabe nunca a qué atenerse con estos caballeros orientales. Traen consigo un numeroso séquito, y dan la misma orden dos y hasta tres veces. Me parece que eso es lo que tiene que haber pasado en este caso —hizo girar su automóvil con bastante pericia y desapareció.

La señorita Vansittart permaneció algo perpleja durante un instante, pero decidió que no había nada por lo que preocuparse y

se puso a planear con satisfacción una tarde tranquila.

Después del almuerzo, las pocas chicas que quedaban escribían cartas o vagabundeaban por los jardines. Jugaron bastante al tenis, y la piscina estuvo muy concurrida. La señorita Vansittart se llevó su pluma estilográfica y un bloc de cartas a la sombra de un cedro. Cuando sonó el teléfono a las cuatro y media fue la señorita Chadwick quien lo contestó.

—¿El colegio Meadowbank? —oyó preguntar a la refinada voz inglesa de un joven—. Diga, ¿está la señorita Bulstrode?

—La señorita Bulstrode no está hoy aquí. Habla la señorita Chadwick.

—Oh, se trata de una de sus alumnas. Le hablo desde la *suite* del emir Ibrahim, en el hotel Claridge's.

—Ah, sí. ¿Es algo referente a Shaista?

—Sí. El emir está incomodado al no haber recibido recado de ninguna clase.

—¿Un recado? ¿Por qué había de recibir un recado?

—Pues… para notificarle que Shaista no venía, o no podía venir.

—¿Que no podía ir? ¿Quiere decir que no ha llegado ahí?

—Efectivamente, no ha llegado. Entonces, ¿es que salió de Meadowbank?

—Sí. Vinieron a recogerla en coche esta mañana… Oh, a eso de las once, me parece, y se marchó en él.

—Eso es extraordinario, porque aquí no hay señal de ella… Creo que lo mejor será telefonear a la firma que provee los coches del emir.

—¡Dios mío! —suspiró la señorita Chadwick—. Confío que no haya ocurrido un accidente.

—No nos pongamos en lo peor —aconsejó el joven alegremente —. Supongo que de haber ocurrido un accidente ya se habrían enterado ustedes. O nos habríamos enterado nosotros. Yo, en su lugar, no me inquietaría.

Pero la señorita Chadwick sí se inquietó.

—Me parece muy extraño —observó.

—Me imagino que… —titubeó el joven.

—¿Sí? —dijo la señorita Chadwick.

—Pues…, no es la clase de noticia que me gustaría sugerir al emir, pero, que quede esto solamente entre usted y yo, ¿no hay…

ah… bueno, ningún amiguito por medio, a su entender?

—Desde luego que no —aseguró la señorita Chadwick, muy digna.

—No, no, verá…, yo no quise insinuar que lo hubiera, pero…, bueno, uno nunca sabe a qué atenerse con las chicas, ¿no cree? Usted se sorprendería si supiera alguna de las cosas con que he tropezado.

—Puedo asegurarle —reiteró la señorita Chadwick— que cualquier cosa de esa índole es imposible.

¿Pero era imposible? ¿Se llegaba a conocer bien a las chicas? Volvió a colocar el auricular en su sitio, y, bastante en contra de su voluntad, fue en busca de la señorita Vansittart. No había razón para creer que la señorita Vansittart estuviese mejor capacitada para enfrentarse con la situación que ella misma lo estaba, pero sentía la necesidad de consultar con alguien. La señorita Vansittart dijo al momento:

—¿El segundo coche?

Se miraron la una a la otra.

—¿Cree usted —sugirió Chaddy pausadamente— que deberíamos dar parte de esto a la Policía?

—A la Policía, no —replicó Eleanor Vansittart, con voz sobresaltada.

—Ella dijo, ¿no lo recuerda? —continuó Chaddy— que intentaban secuestrarla.

—¿Secuestrarla? ¡Qué disparate! —repuso la señorita Vansittart.

—¿No cree usted que…? —insistió Chaddy.

—La señorita Bulstrode me dejó a mí a cargo del internado —atajó Eleanor Vansittart— y ciertamente que no autorizaré nada de eso. No queremos aquí más alteraciones a causa de la Policía.

La señorita Chadwick la miró sin el menor afecto. Pensó que la señorita Vansittart carecía de visión y era corta de alcances. Volvió a entrar en el colegio y puso una conferencia telefónica con la casa de la duquesa de Welsham. Desgraciadamente, no había nadie en la casa.

Capítulo XIV

La señorita Chadwick no concilia el sueño

1

La señorita Chadwick estaba inquieta. Daba vueltas en la cama contando ovejas y poniendo en práctica otros métodos de invocar el sueño consagrados por los siglos. En vano.

Hacia las ocho, cuando Shaista no había regresado todavía, ni se tenían noticias de ella, la señorita Chadwick tomó cartas en el asunto y telefoneó al inspector Kelsey. Experimentó cierto alivio al advertir que aquél no tomaba el asunto demasiado en serio. Le aseguro que podía dejarlo todo en sus manos. Sería muy fácil de averiguar en caso de un posible accidente. Si estas pesquisas fallaban, se pondrían en contacto con Londres. Se darían todos los pasos que fueran necesarios. También pudiera ser que la chica estuviese haciendo novillos. Aconsejó a la señorita Chadwick que refiriera lo menos posible en el colegio. Que diera a entender que Shaista se había quedado aquella noche en el Claridge's con su tío.

—Lo que menos necesitan la señorita Bulstrode y usted es que se haga más publicidad —dijo Kelsey—. Es muy improbable que la hayan secuestrado. De modo que no se preocupe, señorita Chadwick. Deje todo en nuestras manos.

Pero, a pesar de ello, la señorita Chadwick se preocupó.

Echada en la cama, sin poder dormir, su mente fue de un posible

secuestro hasta el asesinato.

Un asesinato en Meadowbank. ¡Era horrible! ¡Increíble! *Meadowbank*. La señorita Chadwick adoraba a Meadowbank. Lo adoraba quizá todavía más que la señorita Bulstrode, aunque de una manera en cierto modo diferente. ¡Había sido una empresa tan atrevida y arriesgada! Acompañando fielmente a la señorita Bulstrode en la azarosa empresa, había hecho frente al pánico en más de una ocasión. ¿Y si todo el asunto fracasaba? Ellas no disponían, en realidad, de mucho capital. Si no lograban el éxito… si les retiraban el apoyo financiero… La señorita Chadwick poseía un cerebro inquieto, lleno de preocupaciones, que continuamente enumeraba interminables síes. La señorita Bulstrode había disfrutado con la aventura, con el elemento azaroso en ella implicado, pero no así Chaddy. Muchas veces, en medio de una agonía de aprensión, le había suplicado que Meadowbank se rigiera siguiendo pautas algo más convencionales. Sería *más seguro*, la instaba. Pero la señorita Bulstrode no se interesaba por la seguridad financiera. Ella había tenido su inspiración de cómo debía ser un colegio, y la había puesto en práctica sin temor. Y su audacia fue premiada por el éxito. Pero, oh, qué alivio el de Chaddy cuando este éxito fue un *fait accompli*, cuando Meadowbank se consolidó, y muy firmemente, como una gran institución inglesa. Fue entonces cuando su adoración por Meadowbank desbordó todos los limites. Se desvanecieron todas sus dudas, temores y preocupaciones. La paz y la prosperidad habían llegado. Se calentaba al sol de la prosperidad en Meadowbank como una gata ronroneante.

Se había conmocionado por completo cuando la señorita Bulstrode habló por primera vez de retirarse. Retirarse *ahora*… cuando todo marchaba viento en popa. ¡Qué locura! La señorita Bulstrode hablaba de viajes, de todas las cosas que deseaba ver en el mundo. A Chaddy no le causaba esto la menor impresión. Nada, en ninguna parte, podía ser la mitad de bueno que Meadowbank. Siempre le había parecido que nada podría afectar al bienestar de Meadowbank. Pero ahora… ¡un asesinato!

Una palabra tan desagradable y violenta… que llegaba del mundo exterior hasta Meadowbank, como un mal intencionado viento de tormenta. Asesinato… una palabra que la señorita Chadwick relacionaba únicamente con delincuentes juveniles

armados de navajas o doctores siniestros que envenenaban a sus esposas. Pero un asesinato aquí… en un internado… y no un internado cualquiera… sino en Meadowbank. Increíble.

Bien es verdad que la señorita Springer…, pobre señorita Springer, naturalmente no fue *culpa* suya… pero, contra toda lógica, Chaddy tuvo la sensación de que en cierto modo debió haber sido culpa suya. No estaba impuesta en las tradiciones de Meadowbank. Una mujer sin tacto. De un modo u otro, ella debió haber dado lugar a que la mataran. La señorita Chadwick dio vueltas en la cama, volvió la almohada del otro lado y se dijo: «Tengo que dejar de pensar en todo esto. Quizá fuera mejor que me levantase y me tomara una aspirina. Pero antes trataré de contar hasta cincuenta…».

Antes de llegar a cincuenta, sus pensamientos retrocedían una vez más al mismo derrotero. Estaba inquieta. ¿Se publicaría todo esto y también posiblemente el secuestro… en los periódicos? Y los padres, al leerlo, ¿no se apresurarían a llevarse a sus hijas…?

¡Cielo Santo! Tenía que calmarse y procurar dormir. ¿Qué hora sería? Encendió la luz para mirar en su reloj. Precisamente la una menos cuarto. La hora justa en que la pobre señorita Springer… No; no debía pensar más en eso. Y qué estúpida había sido la señorita Springer al ir allí sola, sin despertar a ninguna otra profesora del claustro.

—¡Dios mío! —se dijo la señorita Chadwick—. Tendré que tomarme una aspirina.

Salió de la cama y se dirigió al lavabo. Tomó dos aspirinas con un trago de agua. Al volver a la cama descorrió la cortina para atisbar por la ventana. Lo hizo para tranquilizarse más bien que por cualquier otro motivo. Necesitaba cerciorarse de que nunca jamás habría una luz encendida en el pabellón de deportes a altas horas de la noche. *Pero sí la había.*

Chaddy entró en acción en menos de un minuto. Calzó sus pies en unos zapatos, echó mano de un chaquetón grueso, recogió su linterna y salió flechada de su habitación escaleras abajo. Había censurado a la señorita Springer por no procurarse ayuda antes de salir a investigar, pero a ella no se le ocurrió hacer tal cosa. Lo único que deseaba era llegar cuanto antes al pabellón para averiguar quién era la persona intrusa. Se detuvo para coger un

arma…, una que posiblemente no fuera muy eficaz, pero un arma al fin y al cabo, y en seguida salió por la puerta lateral y continuó rápidamente su carrera a lo largo del camino atravesando los matorrales. Estaba sin aliento, pero completamente decidida. Únicamente al llegar por fin a la puerta aflojó un poco el paso y procuró moverse con cautela.

La puerta estaba ligeramente entornada. La abrió un poco más y miró hacia el interior…

2

A la misma hora, poco más o menos, que la señorita Chadwick se levantó de la cama en busca de una aspirina, Ann Shapland, muy atractiva con su traje de noche negro, estaba sentada en una mesa de «Le Nid Sauvage», comiendo *suprême* de pollo y sonriendo al joven que tenía frente a ella. «El querido Dennis —pensó Ann—, siempre tan exactamente igual a sí mismo». Esto era sencillamente lo que no podría soportar si llegaba a casarse con él. Para ella, él era más bien un animalito mimado. En voz alta observó:

—¡Qué divertido es esto, Dennis! ¡Es un cambio tan magnífico!

—¿Qué tal te va en tu nuevo empleo? —le preguntó Dennis.

—Pues… por ahora estoy disfrutando bastante con él, de veras.

—Me da la impresión de que no es exactamente lo que a ti te va.

—Me vería en un gran aprieto si tuviera que concretar qué es lo que exactamente me va, Dennis —indicó Ann, riendo.

—Nunca podré comprender por qué motivo dejaste tu empleo con *sir* Mervyn Todhunter.

—Pues principalmente a causa de *sir* Mervyn Toudhunter. La atención que me concedía estaba empezando a preocupar a su esposa… y el que no se ofendan las esposas forma parte de mi táctica. Ya sabes que pueden hacer muchísimo daño.

—Son como gatas celosas —opinó Dennis.

—Oh, nada de eso —distinguió Ann—. Estoy más bien de parte de las esposas. Y de todos modos, me gusta *lady* Todhunter mucho más que el viejo Mervyn. ¿Por qué te sorprende tanto mi nueva colocación?

—¿La del colegio? Pues yo diría porque tu mentalidad no es escolástica en lo más mínimo.

—Me resultaría odioso enseñar en un colegio. Aborrezco la idea de verme encerrada con un rebaño de mujeres. Pero el trabajo de secretaria en un colegio como Meadowbank es más bien una diversión. Es realmente un lugar único, como ya sabes. Y la señorita Bulstrode, la rectora, es también única. Sus ojos grises y acerados penetran en una y ven hasta los más íntimos secretos. Y hace marchar firme a todo el mundo. Me horrorizaría cometer un error en alguna carta de las que dicta. Sí, posee ciertamente algo.

—Cuánto desearía que te cansaras de todos esos empleos —declaró Dennis—. Ya es sobrado tiempo, y tú lo sabes muy bien, Ann, de que acabes con todo este barullo de trabajar tan pronto aquí como allá y sientes de una vez la cabeza.

—Eres encantador, Dennis —dijo Ann, con un tono de voz que no la comprometía a nada.

—Ya sabes lo bien que lo podríamos pasar —indicó Dennis.

—No lo niego —replicó Ann—, pero todavía no es ocasión. Y además, como no ignoras, tengo que pensar en mi madre.

—Sí. Iba a hablarte de eso.

—¿De mamá? ¿Y qué es lo que ibas a decirme?

—Mira, Ann, tú ya sabes que a mí me parece que eres maravillosa… el modo que tienes de atrapar un empleo interesante y después arrojarlo todo por la borda para volver a casa con tu madre.

—Bueno, tengo que hacerlo algunas veces cuando le da un ataque verdaderamente serio.

—Lo sé. Ya te digo que me parece que eso es admirable por tu parte. Pero así y todo hay lugares, y bastante buenos hoy en día, en donde las personas como tu madre están bien atendidas, sin que les falte el menor detalle.

—Y que cuestan un sentido —replicó Ann.

—No, no necesariamente. Pero, si incluso con el seguro médico…

En la voz de Ann se dejó oír un tono amargo.

—Sí, ya me imagino que algún día habrá de llegar eso. Pero en tanto llega, tengo en casa un precioso gato que hace compañía a mamá y que en circunstancias normales puede competir con una

enfermera. Mi madre se comporta muy razonablemente la mayor parte del tiempo. Y cuando no sucede así, vuelvo a casa para echarle una mano.

—¿No es ella… no se pone nunca…?

—¿Ibas a decir *violenta*, Dennis? Tienes una imaginación extraordinariamente morbosa. No. Mi querida mamá nunca es violenta. Sólo que a veces se embriaga. Se olvida de quién es y de dónde está, lo que desea es salir a dar un largo paseo, y entonces lo más probable es que salte a un tren o un autobús y se marche a cualquier parte… y bueno, todo esto es muy complicado, como ves. A veces es una carga demasiado pesada para poderla sobrellevar. Pero es muy feliz, aun cuando está confusa. Y muchas veces se pone graciosísima. Recuerdo que una vez me dijo: «Ann, cariño, de verdad que es muy desconcertante. Yo estaba segura que era el Tíbet donde me marchaba y me encuentro por las buenas sendas en aquel hotel de Dover, y sin la menor idea de cómo llegué hasta allí. Entonces pensé: ¿para qué voy a ir al Tíbet? Y se me ocurrió que lo mejor que haría era volver a casa. Y entonces no fui capaz de recordar cuánto tiempo hacía desde que salí de ella. Cuando una no puede recordar bien las cosas, todo se pone muy desconcertante, cariño». Mamá estuvo realmente muy graciosa contando todo esto. Quiero decir que ella ve por sí misma el lado humorístico.

—Nunca he llegado a conocerla en persona —empezó a decir Dennis.

—No animo a la gente para que la conozca —declaró Ann—. Creo que es lo menos que puede hacer una por los suyos. Protegerlos de… bueno, de la curiosidad y de la compasión.

—No es curiosidad, Ann.

—No, no creo que en tu caso lo sea. Pero sería compasión. Y no deseo tal cosa.

—Comprendo lo que quieres decir.

—Pero si tú crees que me desagrada abandonar mis empleos de tiempo en tiempo para volver a casa por un período indefinido, te diré que estás equivocado —aclaró Ann—. Nunca me atrajo embrollarme profundamente en nada. Ni siquiera cuando conseguí mi primer puesto después del aprendizaje de secretaria. Consideré que lo que en realidad importaba era el ser eficiente en el trabajo. Cuando se es verdaderamente buena, se pueden elegir las

colocaciones. Se ven sitios diferentes y se observan diferentes clases de vida. De momento me dedico a observar la vida de un internado. El mejor colegio de Inglaterra visto por dentro. Me da la sensación de que voy a seguir en él por lo menos año y medio.

—A ti nunca te pillan por sorpresa las cosas, ¿no es cierto, Ann?

—Efectivamente —reconoció Ann, pensativa—. Creo que nunca me dejo sorprender. Me parece que pertenezco al género de personas que son observadoras de nacimiento. Algo así como un comentarista de la radio.

—Se te ve tan desligada de todo —comentó Dennis, apesadumbrado—. En realidad no te preocupas por nada ni por nadie.

—Me imagino que algún día me preocuparé —dijo Ann para animarle.

—Comprendo más o menos tu modo de sentir y pensar.

—Lo dudo —objetó Ann.

—En todo caso, no creo que llegue a un año. Te hartarás de todas esas mujeres bastante pronto —pronosticó Dennis.

—Hay un jardinero muy guapo —precisó Ann. Rió al ver la expresión de Dennis—. Alégrate, bobo. Solamente trataba de ponerte celoso.

—¿Y qué me dices de ese asunto del asesinato de una profesora?

—Oh, eso —la expresión de Ann se volvió seria y pensativa—. Eso es extraño, Dennis. Es muy extraño, en efecto. Era la instructora de gimnasia. Bastante poco agraciada. Ya conoces el tipo. Creo que en ese asunto se esconde macho más de lo que ha salido a la luz hasta ahora.

—Bueno, ten cuidado de no verte mezclada en nada desagradable.

—Eso es muy fácil de decirlo. Nunca he tenido la oportunidad de desplegar mi inteligencia detectivesca. Me imagino que podría llegar a ser bastante buena en ese terreno.

—¡Venga, Ann! ¡Eres el colmo!

—No abrigo la intención de seguir la pista a criminales peligrosos, cariño. Únicamente voy a… bueno, a tratar de llegar a unas cuantas conclusiones lógicas. «¿Por qué y quién?». Y «¿Para qué?». Ya he tropezado con una pequeña información que promete ser muy interesante.

—¡Ann!

—No pongas esa cara de angustia… Pero no parece encajar con nada —observó Ann, pensativamente—. Hasta cierto punto, encaja perfectamente bien. Y luego, repentinamente, deja de hacerlo. Quizá haya un segundo asesinato, y entonces se aclarará un poco el asunto —terminó con júbilo.

Pronunció estas palabras exactamente en el momento en que la señorita Chadwick empujaba la puerta del pabellón de deportes.

Capítulo XV

Se repite el asesinato

—Venga conmigo —dijo el inspector Kelsey entrando con cara sombría en la habitación—. Ha habido otro.

—¿Otro qué? —le preguntó Adam, alzando vivamente los ojos.

—Otro asesinato —repuso el inspector. Abrió la marcha para salir y Adam le siguió. Habían estado sentados en la habitación de éste último, bebiendo cerveza, y pasando revista a varias probables pistas cuando requirieron a Kelsey al teléfono.

—¿De quién se trata? —inquirió Adam, cuando seguía al inspector escaleras abajo.

—De otra profesora… la señorita Vansittart.

—¿Dónde?

—En el pabellón de deportes.

—¿Otra vez en el pabellón de deportes? —exclamó Adam—. ¿Qué es lo que pasa con ese pabellón de deportes?

—Sería mejor que esta vez lo inspeccionara *usted* —propuso el inspector Kelsey—. Tal vez la técnica que usted emplee en sus investigaciones tenga más éxito que la nuestra. Debe haber algo *importante* en ese pabellón de deportes, si no, ¿por qué iban a matar allí a todo el mundo?

Entró en su coche con Adam.

—Supongo que el doctor habrá llegado allí antes que nosotros. Tiene menos distancia que recorrer.

Al entrar en el pabellón de deportes brillantemente iluminado, Kelsey pensó que era como una pesadilla que se repetía. Allí yacía de nuevo otro cadáver, con el doctor de rodillas a su lado. Otra vez

se alzó el doctor y dijo:

—La mataron hace media hora aproximadamente. Cuarenta y cinco minutos como máximo.

—¿Quién la encontró? —preguntó Kelsey.

—La señorita Chadwick —dijo uno de sus hombres.

—Ésa es la vieja, ¿no?

—Sí. Vio luz, vino aquí, y la encontró muerta. Volvió a la casa dando tropezones, y en un estado de histerismo bastante grande. Fue la señorita Johnson, la prefecto, quien telefoneó.

—Perfectamente —exclamó Kelsey—. ¿Cómo la mataron? ¿También de un tiro?

El doctor negó con un movimiento de cabeza.

—No, la golpearon en la parte posterior de la cabeza. Lo debieron hacer con una porra o con un saco de arena, o algo semejante.

Junto a la puerta, tirado en el suelo, había un palo de golf con la punta de acero. Era la única cosa que parecía estar remotamente desordenada en la habitación.

—¿Qué me dice de eso? —le preguntó Kelsey, señalándolo—. ¿Es posible que la golpearan con él?

El doctor volvió a negar con la cabeza.

—Imposible. No hay ninguna señal en la víctima. Fue con una pesada porra de goma o con un saco de arena; algo por el estilo.

—¿Obra de un profesional?

—Probablemente. Quienquiera que fuese, no tenía la intención de hacer ruido alguno esta vez. Se llegó hacia ella por detrás y la golpeó en la parte posterior de la cabeza. La víctima cayó hacia delante, y probablemente no llegó a poder darse cuenta con qué la habían golpeado.

—¿Qué es lo que estaba haciendo?

—Con toda probabilidad estaba arrodillada frente a esta taquilla —conjeturó el doctor.

El inspector se dirigió hacia la taquilla para echar un vistazo.

—Supongo que éste es el nombre de la chica —dijo—. Shaista… vamos a ver, ésa es… ésa es la chica egipcia, ¿no es cierto? Su alteza la princesa Shaista —se volvió hacia Adam—. Parece que existe cierta relación, ¿no cree? Un momento…, ¿no es ésa la misma chica de quien notificaron esta tarde que había desaparecido?

—Exactamente, señor —respondió el sargento—. Vinieron a buscarla al colegio en un coche, enviado al parecer por su tío que se hospeda en Londres en el Claridge's. Entró en él y se marcho.

—¿No se ha recibido ningún informe sobre ella?

—Todavía no, señor. Se ha dado un aviso de búsqueda. Y Scotland Yard trabajaba también en ello.

—Una habilidosa y sencilla manera de raptar a una persona —observó Adam—. Sin forcejeos, ni gritos. Todo lo que se necesita es estar enterado de que la chica espera que vengan a recogerla en coche, y lo único que hay que hacer es representar bien el papel de un chofer de clase alta y llegar al colegio antes que el otro coche. La chica entra en el coche, sin detenerse a pensarlo y uno puede ponerse en marcha sin que ella llegue a sospechar ni lo más mínimo lo que está pasando.

—¿No se ha encontrado en ninguna parte un coche abandonado? —inquirió Kelsey.

—No hemos tenido noticias de ninguno aún —respondió el sargento—. Scotland Yard trabaja en ello, como le dije —agregó— y también el Servicio Especial.

—Puede que se trate de una intriga de carácter político —supuso el inspector—. No me imagino ni por un momento que posean habilidad suficiente para poder sacarla del país.

—Pero, sea como sea, ¿qué es lo que pueden haberse propuesto al secuestrarla?

—Cualquiera lo sabe —replicó Kelsey sombríamente—. Ella me dijo que temía que la secuestraran, y me avergüenzo tener que confesar que creía que estaba representando una escena.

—Yo también fui de la misma opinión al contármelo usted —dijo Adam.

—La dificultad estriba en que no sabemos lo bastante —admitió Kelsey—. Hay demasiados cabos sueltos —echó una mirada en torno—. Bueno, al parecer no hay nada más que yo pueda hacer aquí. Continúen con los procedimientos de costumbre… fotografías, huellas digitales, etc. Creo que lo mejor que puedo hacer es ir a dar una vuelta por la casa.

En la casa le recibió la señorita Johnson. Estaba conmocionada, pero conservaba el dominio de sí misma.

—Es terrible, inspector —se lamentó—. ¡Dos de nuestras

profesoras, asesinadas! La pobre señorita Chadwick se encuentra en un estado lastimoso.

Me gustaría verla tan pronto como me sea posible.

—El doctor le dio un medicamento, y ahora ya está mucho más calmada. ¿Quiere que le conduzca a donde está?

—Sí; dentro de unos instantes. Pero primero dígame todo lo que recuerde con respecto a la última vez que vio a la señorita Vansittart.

—No la llegué a ver hoy en absoluto —declaró la señorita Johnson—. Estuve ausente durante todo el día. Regresé muy poco antes de las once y subí a mi habitación para acostarme.

—¿No se le ocurrió mirar por su ventana hacia el pabellón de deportes?

—No, no pensé en ello para nada. Pasé el día con mi hermana, a la que no había visto desde hacía mucho tiempo, con mi cabeza atiborrada por completo de las novedades familiares. Tomé un baño, y me fui a la cama a leer un libro; luego apagué la luz y me dormí. Después de hacer esto, la primera cosa de que tuve noticias fue cuando irrumpió en mi cuarto la señorita Chadwick con la cara más blanca que una sábana, y estremeciéndose de pánico.

—¿Se ausentó ayer durante algún tiempo la señorita Vansittart?

—No. Pasó todo el día aquí. Se quedó a cargo del internado. La señorita Bulstrode está ausente.

—¿Quiénes más se encontraban aquí?… De entre las profesoras, quiero decir.

La señorita Johnson reflexionó durante un momento.

—Estaban la señorita Chadwick, la profesora francesa, *mademoiselle* Blanche, y la señorita Rowan.

—Ya veo. Bueno, ahora creo que lo mejor es que me lleve donde se encuentra la señorita Chadwick.

Ésta se hallaba en su habitación, sentada en una butaca. Aun cuando la noche era cálida, la estufa eléctrica estaba encendida, y tenía una especie de manta de viaje arropándole las rodillas. Volvió hacia el inspector Kelsey una cara lívida y descompuesta.

—Ha muerto… ¿*Está muerta*? ¿No hay ninguna probabilidad de que…, de que pueda volver en sí?

Kelsey negó con la cabeza lentamente.

—¡Es tan espantoso! —se lamentó la señorita Chadwick—. Y

estando la señorita Bulstrode fuera —prorrumpió en lágrimas—. Esto será la ruina del colegio —declaró—. Esto significará la ruina de Meadowbank. No puedo soportarlo… de veras que no puedo.

Kelsey se sentó a su lado.

—Ya sé —dijo compadeciéndose—. Ya sé. Me hago cargo de que ha sido un golpe terrible para usted. Pero quiero que sea valiente, señorita Chadwick, y me diga todo lo que sepa. Mientras antes podamos descubrir quién lo hizo, menos complicaciones y menos publicidad tendrán ustedes.

—Sí, sí. Lo comprendo. Pues… verá… yo… yo me fui a acostarme bastante pronto porque pensé que, por una vez, sería agradable el poder dormir bastante tiempo. Pero me fue imposible dormir. Estaba intranquila.

—¿Intranquila a causa del colegio?

—Sí, y por la desaparición de Shaista. Y entonces empecé a pensar en la señorita Springer, y en el efecto que pudiera causar su asesinato en los padres de las alumnas, y acaso no volvieran a enviar aquí a sus hijas en el próximo trimestre. Estaba terriblemente conmocionada a causa de la señorita Bulstrode. Me refiero a que ella *ha hecho* este internado. ¡Fue una hazaña tan magnífica!

—Ya lo sé. Ahora, siga contándome… Usted estaba preocupada y no podía conciliar el sueño…

—No, no podía. Me puse a contar ovejas, y todas esas cosas. Y entonces me levanté para tomar una aspirina, y cuando lo hice se me ocurrió descorrer las cortinas de la ventana. No sé exactamente por qué. Supongo que porque había estado pensando en la señorita Springer. Y entonces fue cuando vi la luz allí.

—¿Qué clase de luz?

—Pues era una luz que parecía estar bailando. Quiero decir… me dio la impresión de que se trataba de una linterna. Era precisamente igual a la luz que la señorita Johnson y yo vimos en otra ocasión anterior.

—¿Dice que era precisamente igual?

—Sí. Sí, me parece que sí. Puede que un poco más débil, aunque no estoy segura.

—Muy bien. ¿Y después?

—Después —prosiguió la señorita Chadwick, con voz más resonante— tomé la determinación de que esta vez yo tenía que

enterarme de quiénes estaban allí y qué podrían estar haciendo. Así que me eché encima algo de ropa y me puse unos zapatos, y salí rápidamente de la casa.

—¿No pensó en llamar a ninguna otra persona?

—No. No lo pensé. Verá, tenía tanta prisa por llegar allí… Temía que la persona… quienquiera que fuese… se hubiese marchado.

—Ya. Continúe, señorita Chadwick.

—Así que fui lo más aprisa que pude. Me dirigí hacia la puerta, y poco antes de llegar a ella me puse de puntillas, para que nadie advirtiera que me acercaba, y yo la abrí empujándola muy suavemente. Miré alrededor mío, y allí estaba ella. Caída hacia delante, *muerta*.

Empezó a estremecerse de pies a cabeza.

—Sí, sí, está bien, señorita Chadwick. A propósito, allí había un palo de golf. ¿Lo llevó usted? ¿O lo hizo la señorita Vansittart?

—¿Un palo de golf? —repitió la señorita Chadwick, de una manera vaga—. Oh, sí, creo que lo cogí del vestíbulo. Lo llevé conmigo en caso de… bueno, en caso de que necesitara usarlo. Supongo que lo dejé caer cuando vi a Eleanor. Después fui a casa como mejor pude y busqué a la señorita Johnson… ¡Oh! ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo soportarlo! Esto será el fin de Meadowbank.

La voz de la señorita Chadwick se elevó, alcanzando proporciones histéricas. La señorita Johnson fue hacia ella.

—El descubrir dos asesinatos es demasiada tensión para una persona —observó—, al menos para una persona de su edad. Usted no necesita preguntarle nada más, ¿verdad?

El inspector Kelsey sacudió negativamente la cabeza.

Bajando la escalera advirtió un montón de sacos de arena y cubos en una alacena. Quizá dataran de la época de la guerra, pero al verlos, le asaltó el desagradable pensamiento que no tenía que haber sido necesariamente un profesional con una porra de caucho quien golpeó mortalmente a la señorita Vansittart. Alguien que vivía en la casa, alguien que no había querido arriesgarse a que se oyera por segunda vez el ruido de un disparo y que, con toda certeza, se había deshecho de la pistola acusadora después del primer asesinato… pudiera haberse valido de un arma letal, aunque inofensiva en apariencia, y era posible que incluso la hubiera vuelto a colocar después en su sitio cuidadosa y pulcramente.

Capítulo XVI

El enigma del pabellón de deportes

1

«*Mi cabeza sangra, pero no la doblego*», se dijo Adam. Estaba contemplando a la señorita Bulstrode. Pensaba que nunca anteriormente había admirado tanto a una mujer. Estaba sentada, serena e inalterable, con la obra de toda su vida cayendo en ruinas en torno suyo.

De tiempo en tiempo se oían llamadas telefónicas, anunciando la marcha de otra alumna más.

Finalmente, la señorita Bulstrode tomó una decisión. Presentando sus excusas a los oficiales de policía, hizo venir a Ann Shapland y le dictó una breve nota. El colegio se cerraría hasta el final del trimestre. Aquellos padres que no considerasen conveniente tener a sus hijas en casa, podrían dejarlas allí a cargo de ella, para que continuara su educación.

—¿Tiene usted una lista de los nombres de los padres con sus direcciones y teléfonos?

—Sí, señorita Bulstrode.

—En tal caso, empiece a telefonearles. Después, envíe a cada uno de ellos una notificación escrita a máquina.

—Sí, señorita Bulstrode.

Cuando ya estaba cerca de la puerta para salir, Ann Shapland se detuvo. Se sonrojó, y unas palabras fluyeron en tropel.

—Perdóneme, señorita Bulstrode. Ya sé que no es asunto mío. Pero…, ¿no es una lástima hacerlo tan… tan prematuramente? Quiero decir que… después del primer pánico, cuando lo hayan reflexionado con más calma… con seguridad que no desearán llevarse a sus hijas a casa. Lo considerarán con sensatez y serán más razonables.

La señorita Bulstrode la miró sutilmente.

—¿Piensa usted que estoy aceptando la derrota con demasiada facilidad?

Ann se ruborizó.

—Imagino que… usted pensará que es descaro, pero bueno… sí, creo que es así.

—Es usted luchadora, hija mía; estoy encantada de comprobarlo. Pero está completamente equivocada. No estoy aceptando la derrota. Me dejo llevar de mi conocimiento de la naturaleza humana. Insto a los padres a llevarse a sus hijas, les animo a ello… y entonces no tendrán tanto empeño en hacerlo. Discurrirían motivos para que se queden. O, en el peor de los casos, decidirán que vuelvan para el próximo trimestre… si es que lo hay —añadió con tristeza.

Miró al inspector Kelsey.

—Eso depende por entero de usted —le dijo—. Aclare estos asesinatos… Atrape a quienquiera que sea responsable de ellos… y a la mayor rapidez, todo se resolverá satisfactoriamente.

El inspector tenía un aspecto bastante poco feliz.

—Estamos haciendo por aclararlo todo cuanto podemos —declaró.

Ann Shapland abandonó la estancia.

—Una muchacha muy competente —conceptuó la señorita Bulstrode—. Y leal.

Esta observación la intercaló en calidad de paréntesis. Después volvió al ataque.

—¿No tienen absolutamente *ninguna* idea de quién asesinó a dos de mis profesoras en el pabellón de deportes? Deberían tenerla a estas alturas. Y para rematarlo todo, este secuestro. En cuanto a esto último, reconozco mi culpa. La chica dijo que intentaban secuestrarla. A mí me dio la impresión, Dios me perdone, que quería darse importancia. Ahora me doy cuenta de que algo de gran

trascendencia se oculta tras ello. Pero, alguien debe haber insinuado o notificado algo… hecho alguna advertencia, no sé… —dejó la frase sin concluir, y preguntó—: ¿No tienen noticias de ninguna clase?

—Todavía no. Pero no creo que tenga que inquietarme mucho por eso. Esa parte del asunto ha pasado al C.I.D. [6]. Y el Servicio Especial también está trabajando en ello. La encontrarán en el término de veinticuatro horas, o treinta y seis a lo sumo. Todos los puertos y aeropuertos están en alerta. Y la Policía está vigilando en todos los distritos. Es muy fácil secuestrar a una persona… lo que resulta un problema es continuar teniéndola escondida. La encontraremos.

—Confío que la encuentren con vida —replicó lúgubremente la señorita Bulstrode—. Al parecer, nos enfrentamos con alguien que no es muy escrupuloso con las vidas humanas.

—De haber tenido la intención de quitarla de en medio, no se habría tomado la molestia de raptarla —intercaló Adam—. Eso lo hubieran podido hacer aquí con bastante facilidad en cualquier momento…

Reparó en que estas últimas palabras fueron muy desafortunadas. La señorita Bulstrode le lanzó una mirada.

—Así parece —admitió fríamente.

Sonó el teléfono. La señorita Bulstrode tomó el auricular.

—¿Sí?

Hizo una señal al inspector Kelsey.

—Es para usted.

Adam y la señorita Bulstrode observaban al inspector mientras hablaba. Gruñó, tomó unas cuantas notas, y finalmente dijo «Comprendido. Alderston Priors. Wallshire. Sí, cooperamos. Sí, yo continuaré aquí, entonces».

Volvió a colocar el auricular, y durante unos instantes quedó como perdido en sus pensamientos. Después alzó la mirada.

—Su excelencia ha recibido una nota de rescate esta mañana. Escrita a máquina en una «Corona» nueva. Matasellos de Portsmouth. Apuesto que falsificado.

—¿Dónde y cómo?

—En una encrucijada dos millas al norte de Alderston Priors. Es un lugar pantanoso bastante desolado. Un sobre conteniendo el

dinero deberá ser puesto debajo de una piedra tras el buzón que hay allí a las dos de la madrugada de mañana.

—¿Qué cantidad?

—Veinte mil —movió la cabeza—. Me huele a trabajo de aficionados.

—¿Qué van ustedes a hacer? —demandó la señorita Bulstrode.

El inspector Kelsey la miró de un modo muy diferente a como lo había hecho hasta ahora. La reticencia oficial le circundaba como una capa.

—No es mía la responsabilidad en este asunto, señora —respondió—. Tenemos nuestros procedimientos.

—Confío que triunfen —replicó la señorita Bulstrode.

—Es cosa fácil —indicó Adam.

—¿Trabajo de aficionados? —dijo la señorita Bulstrode, tratando, por decirlo así de capturar una expresión que ellos habían utilizado—. Estaba pensando que…

Entonces inquirió con viveza:

—¿Y qué me dicen de mi plana mayor? De lo que queda de ella, quiero decir. ¿Puedo seguir confiando del todo en ella o no?

Al advertir que el inspector titubeaba insistió:

—Usted teme que si me dice de alguna cuya conducta no considera muy clara, advertirá algo en mi modo de tratarla. Se equivoca. No va a notar nada.

—No creo que lo notara —concedió Kelsey—. Pero no puedo permitirme el lujo de correr riesgos. A la vista de los hechos, no parece que ninguna de sus profesoras pueda ser la persona que buscamos. Es decir, en todo cuanto hemos podido comprobar de ellas. Hemos prestado especial atención a aquellas que son nuevas este trimestre… es decir *mademoiselle* Blanche, la señorita Springer y la secretaria de usted, la señorita Shapland. El pasado de esta última ha sido perfectamente corroborado. Es hija de un general retirado, ha estado empleada en los puestos que dice, y sus jefes anteriores responden por ella. Además, tiene una coartada para la pasada noche. Cuando la señorita Vansittart fue asesinada, la señorita Shapland se hallaba en compañía de Dennis Rathbone en un club nocturno. Los dos son muy conocidos allí, y al señor Rathbone se le atribuye una conducta irreprochable. También se han confrontado los antecedentes de *mademoiselle* Blanche. Ha

enseñado en un colegio del norte de Inglaterra y en dos de Alemania, y tiene unas referencias excelentes. Se la considera como una profesora de primera clase.

—No a juzgar por nuestros cánones —objetó la señorita Bulstrode, dando un resoplido.

—Se han comprobado, asimismo, sus antecedentes en Francia. En lo que se refiere a la señorita Springer, la cuestión no está determinada de modo concluyente. Enseñó en los sitios que adujo, pero existen lagunas entre sus períodos de empleo que no han sido precisados con exactitud. Sin embargo, el hecho de que la asesinaran parece exonerarla.

—Estoy de acuerdo —convino secamente la señorita Bulstrode— en cuanto a que la señorita Springer como la señorita Vansittart estén *hors de combat* como sospechosas. Hablemos con sentido. ¿Es que *mademoiselle* Blanche, a pesar de sus irreprochables antecedentes, es sospechosa por el mero hecho de que todavía está viva?

—Pudo haber cometido ambos asesinatos —consideró Kelsey—. Se hallaba anoche aquí, en el internado. Dice que se fue a acostar temprano y que se durmió y no oyó nada hasta que le dieron la alarma. No hay evidencia de lo contrario. Pero la señorita Chadwick aseguraría de una manera terminante que es falsa.

—La señorita Chadwick siempre encuentra falsas a las profesoras francesas. Les tiene manía —miró a Adam—. ¿Y usted qué opina?

—A mi parecer que se dedica a escudriñarlo todo —repuso Adam pausadamente—. Puede que se trata de curiosidad natural o tal vez sea algo más. No acierto a precisarlo. No parece que tenga pinta de asesina, ¿pero quién puede asegurar que no sea así?

—Precisamente —dijo Kelsey—. Aquí hay un asesino, un asesino despiadado que ha matado dos veces…, pero se hace muy difícil creer que sea una de las profesoras. La señorita Johnson estuvo ayer en casa de su hermana en Limeston on Sea, y se presentó aquí poco antes de las once de la noche, y de todos modos, hace ya siete años que está con usted… La señorita Chadwick está aquí, en el colegio, desde que lo fundaron. En todo caso, tanto la una como la otra son inocentes de la muerte de la señorita Springer. La señorita Rich ha estado con usted desde hace más de un año, y la noche pasada se encontraban en el Aton Grange Hotel, a veinte millas de distancia.

La señorita Blake estuvo en casa de unos amigos en Littleport; la señorita Rowan hace un año que trabaja para usted y tiene buenos antecedentes. En cuanto al servicio, francamente, no puedo imaginarme a ninguno de ellos cometiendo un asesinato. Además, son todos de la comarca…

La señorita Bulstrode, complacida, hizo una seña de aprobación con la cabeza.

—Estoy completamente de acuerdo con sus razonamientos. Pero de ser así, no deja a nadie fuera, ¿no? Así es que… —hizo una pausa, tras lo cual fijó en Adam su mirada acusadora—. En realidad, parece… como si debiera ser usted.

Adam abrió la boca, asombrado.

—Siempre aquí vigilando —consideró la señorita Bulstrode—. Con gran libertad de movimientos… En posesión de una plausible historia con que justificar su presencia aquí. Con excelentes referencias, pero usted podría ser un traidor y estar jugando con dos barajas, ¿sabe?

Adam se recuperó.

—Verdaderamente, señorita Bulstrode —dijo con admiración—, debo descubrirme ante usted. ¡Piensa en todo!

2

—¡Válgame Dios! —se lamentó la señora Sutcliffe, que estaba a la mesa tomando el desayuno—. ¡Henry!

Acababa de desplegar un periódico.

La anchura de la mesa comprendida entre ella y su marido se hallaba vacía, ya que sus invitados para el fin de semana no habían hecho todavía acto de presencia para la comida.

El señor Sutcliffe, que tenía abierto su periódico por la sección de cotizaciones de bolsa y se hallaba absorto en las imprevistas evoluciones de ciertos valores, no contestó.

—¡Henry!

La llamada de clarín llegó hasta él. Alzó su rostro alarmado.

—¿Qué es lo que pasa, Joan?

—¿Lo que pasa? ¡Otro asesinato! ¡En Meadowbank! En el

colegio de Jennifer.

—¿Qué? ¡Venga! ¡Déjame que yo lo vea!

Sin hacer caso a la observación de su esposa de que igualmente lo podría leer en su periódico, el señor Sutcliffe se inclinó por encima de la mesa y arrebató la hoja de manos de su esposa.

—La señorita Eleanor Vansittart… El pabellón de deportes… en el mismo sitio donde la señorita Springer, la instructora de gimnasia… mmm… mmm…

—¡No puedo creerlo! —se lamentó la señora Sutcliffe—. En Meadowbank. Un colegio tan exclusivo. Con realeza y todo allí —el señor Sutcliffe arrugó el periódico y lo echó sobre la mesa.

—Solamente hay una cosa que hacer —añadió—. Que vayas tú al instante a sacar a Jennifer de allí.

—¿Quieres decir sacarla para siempre?

—Eso es precisamente lo que quiero decir.

—¿No te parece que eso sería un poquito demasiado drástico? Después de lo cariñosamente que se ha portado Rosamond haciendo gestiones para que la admitieran.

—¡No vas a ser la única en dar la nota sacando a tu hija de allí! Pronto habrá vacantes en abundancia en tu querido Meadowbank.

—¡Oh, Henry! ¿Crees tú eso?

—Sí, lo creo. Allí hay algo que no funciona como es debido. Saca de allí a Jennifer hoy mismo.

—Sí, desde luego que la sacaré. Llevas toda la razón. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Mandarla a uno de segunda categoría que esté en algún sitio cerca. Allí no tendrán asesinos.

—¡Oh, Henry! Pero si allí también los hay. ¡No lo recuerdas? Aquel chico que disparó al profesor de ciencias es uno de ellos. Venía en el *News of the World* de la semana pasada.

—¡Yo no sé adónde vamos a ir a parar en Inglaterra! —exclamó el señor Sutcliffe.

Indignado, arrojó la servilleta encima de la mesa, y salió del comedor dando zancadas.

3

Adam se encontraba solo en el pabellón de deportes. Registraba, con ágiles y experimentados dedos, el contenido de las taquillas. No era verosímil que llegase a encontrar algo allí donde la Policía había fracasado, pero, después de todo, cada departamento policíaco difiere un poco en sus técnicas.

¿Qué podría haber allí que relacionase esta moderna y costosa edificación con la muerte violenta y repentina? La idea de que pudiera utilizarse como lugar de citas quedaba eliminada. A nadie se le ocurriría seguir usando con tal finalidad un sitio en donde se había cometido un crimen. Entonces llegó a la conclusión de que en él había alguna cosa que alguien estaba buscando. Era muy improbable que éste fuera un sitio para utilizar como escondrijo de joyas. Esto había que desecharlo. Era imposible que allí hubiese un escondite secreto, cajones de doble fondo, trampas con resortes, etc. Y todos los objetos que integraban el contenido de los cajones eran de una sencillez lastimosa. Tenían sus secretos, pero eran secretos de colegialas. Fotografías de actores de pantalla, paquetes de cigarrillos, y ocasionalmente, alguna novela no muy apropiada. Volvió expresamente a la taquilla de Shaista. La señorita Vansittart fue asesinada cuando se inclina junto a ella. ¿Qué era lo que la señorita Vansittart contaba con encontrar allí? ¿Lo había encontrado? ¿Lo habría cogido el asesino de su mano, después de haberla matado, y se había deslizado fuera del edificio con el tiempo justo para evitar que la señorita Chadwick le descubriese?

Siendo así no valía la pena seguir buscando. Fuese lo que fuese, ya había desaparecido.

El sonido de unas pisadas del exterior, le hizo volver en sí de sus pensamientos. Se hallaba en pie, encendiendo un cigarrillo, cuando Julia Upjohn apareció en la puerta, titubeando un poco.

—¿Desea algo, señorita? —le preguntó Adam.

—Querría saber si podría coger mi raqueta de tenis.

—No veo por qué no —respondió Adam—. El policía de servicio me dejó aquí, encargado de esto —explicó, mendaz—. Tuvo que dejarse caer por la comisaría en busca de no sé qué. Me dijo que me quedara aquí mientras él estaba fuera.

—Supongo que para ver si vuelve —conjeturó Julia.

—¿El policía?

—No. Me refiero al asesino. Siempre lo hacen, ¿verdad?

Regresan al escenario del crimen. ¡Tienen que hacerlo! Es una fuerza apremiante.

—Puede que tenga razón —concedió Adam. Miró hacia las apretadas filas de raquetas en sus correspondientes prensas—. ¿Por dónde está la suya?

—Debajo de la letra U —indicó Julia—. Exactamente en el último extremo. Llevan puestos nuestros nombres —explicó, señalando la tira de cinta adhesiva cuando él le entregó la raqueta.

—La he visto hacer algunos saques —mencionó Adam—. He sido un buen jugador en mis tiempos.

—¿Puedo llevarme también la de Jennifer Sutcliffe? —pidió Julia.

—Nueva —dijo Adam apreciativamente al entregársela.

—Recién salida del horno —puntualizó Julia—. Su tía se la mandó hace solamente dos o tres días.

—Una chica afortunada.

—Ella necesita tener una raqueta buena. Juega estupendamente. No tiene rival en el *backland* en todo el colegio —miró en torno suyo—. ¿Cree usted que volverá?

Adam tardó unos instantes en comprender a quién se refería.

—¿Quién? ¿El asesino? No; no creo que sea probable, en realidad. Sería un poquito arriesgado, si lo hiciera…, ¿no le parece?

—¿No opina que los asesinos tienen que serlo?

—No, a menos que se hayan olvidado de alguna cosa importante.

—¿Se refiere usted a una pista? Me gustaría encontrar una pista. ¿Ha encontrado una la Policía?

—No me lo dirían de haberla encontrado.

—No; supongo que no… ¿Le interesan los crímenes?

Le miró inquisitiva. Él le devolvió la mirada. Todavía no se vislumbraba en ella a una mujer madura. Tendría la misma edad que Shaista, pero en sus ojos no se advertía nada más que una interrogación de curiosidad.

—Pues… supongo que… hasta cierto punto… a todos nos interesan, ¿no?

Julia asintió con la cabeza.

—Sí, yo también lo creo así… Puedo pensar en toda clase de soluciones…, pero la mayoría de ellas son demasiado rebuscadas.

Sin embargo, es bastante divertido.

—¿Le era a usted simpática la señorita Vansittart?

—Nunca pensé en ello. Me parecía muy correcta. Se asemejaba a Bull… a la señorita Bulstrode…, pero no era realmente como ella. Era algo así como una sobresaliente de teatro que imitase a la primera figura. Pero no crea que encontré divertido el que la asesinaran. Por el contrario, me apenó muchísimo.

Se marchó, llevándose consigo las dos raquetas.

Adam se quedó echando una mirada circular por todo el pabellón.

—¿Qué demonios sería lo que se ocultaba aquí? —murmuró para su interior.

4

—¡Cielos! —exclamó Jennifer, sin recoger, en su aturdimiento la pelota que le enviaba Julia—. Ahí llega mamá.

Las dos muchachas se volvieron para contemplar la agitada figura de la señora Sutcliffe, que, conducida por la señorita Rich, venía gesticulando al tiempo que avanzaba rápidamente.

—Otra vez con historias, supongo —dijo Jennifer, resignada—. Es por el asesinato. Qué suerte tienes con que tu madre esté en un autobús por el Cáucaso.

—Pero tengo aquí a tía Isabel.

—Las tías no se preocupan ni la cuarta parte.

—Tienes que ir a preparar tus cosas, Jennifer. Te vienes conmigo.

—¿A casa?

—Sí.

—Pero, no vendrás para llevarme para siempre. No creo que lo digas en serio.

—Sí. Es en serio.

—Pero no puedes hacer eso…, de veras que no. Estoy jugando al tenis como nunca. Tengo una gran probabilidad de ganar en los *singles*, y Julia y yo podríamos ganar los dobles, aunque esto ya no me parece tan seguro.

—Te vienes hoy a casa conmigo.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas.

—Me imagino que es por los asesinatos de la señorita Springer y la señorita Vansittart. Pero nadie ha matado a ninguna de las chicas. Estoy segura de que nadie querría hacerlo. Y el Día de los Deportes es dentro de tres semanas. Yo creo que voy a quedar campeona en el salto de distancia y tengo una buena probabilidad en las carreras de obstáculos.

—No me discutas, Jennifer. Te vuelves hoy a casa conmigo. Tu padre insiste en ello…

—Pero, mamá…

Arguyendo con pertinacia, Jennifer se dirigió hacia el edificio del colegio acompañada de su madre.

De improviso, se separó de ella y volvió corriendo a la pista de tenis.

—Adiós, Julia. Por las trazas, hoy ha soplado el viento del lado desfavorable de mamá. Y, aparentemente, también del de papá. Es nauseabundo, ¿no? Adiós. Te escribiré.

—Yo también te escribiré y te contaré todo lo que pase en el colegio.

—Espero que la próxima que maten no sea Chaddy. Preferiría que fuese *mademoiselle* Blanche. ¿Y tú?

—Sí. Es de la que podemos prescindir mejor. Oye, ¿te diste cuenta de la cara tan agria que puso la señorita Rich?

—No ha dicho ni pío. Está furiosa porque mamá ha venido para llevarme a casa.

—A lo mejor consigue convencerla. Tiene mucha personalidad, ¿no crees? Es diferente a todo el mundo.

—Me recuerda a alguien —apuntó Jennifer.

—No creo que se parezca a nadie en lo más mínimo. Siempre parece diferente en grado superlativo.

—Ah, sí. Es diferente. Quise decir que se parecía a alguien físicamente. Pero la persona a quien yo conocí era bastante más gruesa.

—Me es imposible imaginarme a la señorita Rich con grasa.

—Jennifer… —llamó la señora Sutcliffe.

—Hay que ver lo pesados que son los padres —se quejó Jennifer

enojada—. Rollos, rollos, rollos. No paran nunca. Desde luego que tienes suerte en…

—Ya sé. Ya lo has dicho antes. Pero deja que te diga que, precisamente en estos momentos, preferiría que mamá estuviera mucho más cerca de mí, y no en un autobús por Anatolia.

—Jennifer…

—Voy volando.

Julia caminó lentamente en dirección al pabellón de deportes. Sus pasos se iban haciendo cada vez más lentos, hasta que, finalmente, se paró por completo. Permaneció parada, con el ceño fruncido, perdida en sus pensamientos.

Sonó la campana tocando al almuerzo, pero apenas si se percató de ello. Se quedó mirando fijamente la raqueta que empuñaba, dio un paso o dos a lo largo del sendero, y entonces giró en redondo para marchar con determinación hacia la casa. Entró por la puerta principal, lo cual no estaba permitido, pero de este modo evitaría encontrarse con ninguna de las otras chicas.

El vestíbulo estaba solitario. Corrió escaleras arriba hacia su pequeño dormitorio, miró apresuradamente en torno suyo y después, levantando el colchón de su cama, empujó la raqueta para que quedase debajo de aquél. Luego, tras de alisarse rápidamente el pelo, se encaminó, muy seria, escaleras abajo hacia el comedor.

Capítulo XVII

La cueva de Aladino

1

Las chicas se fueron a acostar aquella noche menos bulliciosamente que de costumbre. Por otra parte, sus filas habían disminuido de un modo considerable. Treinta de ellas, por lo menos, se habían marchado a sus casas. Las que quedaron reaccionaron de acuerdo con sus diferentes temperamentos. Excitación, azoramiento, abundancia de risitas falsas, cuyo origen era puramente nervioso, por parte de muchas de ellas, y otras, por último, estaban meramente aplanadas y meditabundas.

Julia Upjohn subió sosegadamente con la primera oleada. Entró en su habitación y cerró la puerta. Permaneció allí en pie, oyendo los cuchicheos, murmullos, risitas, pisadas y despedidas. Después se hizo el silencio o algo que se aproximaba al silencio. Se advertía el débil eco de voces en la distancia, así como el ruido de pasos que entraban y salían del cuarto de baño.

La puerta de su dormitorio no tenía llave. Julia arrastró una butaca y la colocó contra ella, con el respaldo acuñado debajo de la manecilla. Esto le advertía en el caso de que alguien intentara entrar. Pero era improbable que entrase alguien. Estaba rigurosamente prohibido a las alumnas que entraran en las habitaciones de las demás, y la única profesora que hacía tal cosa era la señorita Johnson, cuando alguna de las chicas se ponía

enferma o estaba indispuesta.

Julia fue a su cama, levantó el colchón y buscó a tientas bajo él. Sacó la raqueta y se quedó empuñándola durante un momento. Decidió examinarla ahora, sin esperar a más tarde. Una luz en la habitación que saliera por debajo de la rendija de la puerta podía atraer la atención cuando, presumiblemente, todas las luces deberían estar apagadas. Ésta era la hora en que según la norma se podía tener encendida la luz para desvestirse y para leer en la cama, si se deseaba hacerlo.

Permaneció en pie, mirando fijamente la raqueta. ¿Cómo podría esconderse algo en una raqueta de tenis?

«Pero debe haber algo escondido —dijo Julia para sí—. Tiene que *haber* algo. El robo en casa de Jennifer, la mujer que vino con aquel estúpido cuento de la raqueta nueva…».

«Nadie más que Jennifer podría haber creído tamaña sandez», pensó Julia, desdeñosamente.

No; era igual que dar «lámparas nuevas por viejas» y esto significaba que, como en el cuento de «Aladino», tenía que haber algo muy importante precisamente, en esta raqueta de tenis; Jennifer y Julia no habían dicho nunca nada a nadie que cambiaron sus raquetas… por lo menos ella nunca había hecho mención a ello.

Así, que, en realidad, era *ésta* la raqueta que estaban buscando en el pabellón de deportes. ¡Y a ella le tocaba averiguar el porqué! La examinó con detenimiento. A simple vista, no había nada en ella que saliera de lo corriente. Era una raqueta de buena calidad, no muy nueva para poder presumir con ella, pero con las cuerdas arregladas, y sumamente manejable, Jennifer se había quejado de que no se balanceaba como debía.

El único sitio en una raqueta de tenis en que existía la posibilidad de que pudiera esconderse alguna cosa, era el mango. Se podía ahuecar la empuñadura para hacer allí un escondite. Parecía un poco rebuscado, pero cabía dentro de lo posible. Y, de haber enredado en su interior, ello, probablemente, *habría* causado el desequilibrio.

El mango tenía en su extremidad una etiqueta de cuero con unas letras ya casi desvaídas. Por supuesto, estaba solamente pegada. ¿Y si la quitara? Julia se sentó en su tocador, le aplicó un cortaplumas, y en seguida se las ingenió para arrancar el cuero. Quedó al

descubierto un círculo irregular de madera fina. No parecía estar muy bien colocado. Tenía un acoplamiento todo alrededor. Profundizó más con su cortaplumas. La hoja de éste chasqueó como si fuera a partirse. Las tijerillas de las uñas probaron ser más eficaces. Apareció una sustancia moteada en tonos rojos y azules. Julia hurgó en ella y la miró con gran atención, y entonces se hizo la luz en su cerebro ¡Plastilina! Pero con toda seguridad, las raquetas de tenis, en circunstancias normales, no contenían plastilina en el interior de sus mangos. Agarró con firmeza la tijerilla de uñas y empezó a extraer terrones de plastilina. La sustancia estaba envolviendo algo. Unos objetos que, al tacto, parecían ser botones o guijarros. Atacó enérgicamente la plastilina.

Una cosa cayó rodando por la mesa… y luego otra. En seguida formaron un montón completo de extraordinaria brillantez.

Julia se echó hacia atrás, quedándose con la boca abierta.

Se quedó mirando, mirando, mirando…

Fuego líquido, rojo y verde y azul profundo, y deslumbradoramente blanco…

En aquel instante, Julia creció. Dejó de ser una niña, para convertirse en mujer. Una mujer contemplando joyas…

Toda suerte de fantásticos retazos de ideas corrieron por su mente. La cueva de Aladino… Margarita y su caja de joyas… (Las habían llevado al Covent Garden para oír «Fausto» la semana anterior)… Piedras fatales… El diamante Hope… ¡Qué romántico…! Y ella, con un vestido de noche de terciopelo negro y un centelleante collar rodeando su garganta…

Se sentó, deleitándose en estos sueños… Tomó las piedras entre los dedos y las dejó caer en su través, formando un arroyo de fuego, un cegador torrente de maravilloso deleite.

Entonces algo, un leve sonido, posiblemente, la volvió a la realidad.

Se sentó a meditar, intentando utilizar su sentido común para decidir lo que debía hacer. Aquel ligero sonido la alarmó. Recogió las piedras, las llevó hasta el lavabo y las introdujo en el saquito para las esponjas colocando la esponja y el cepillo de uñas en la parte de arriba, encima de las piedras. Después volvió a la raqueta de tenis, metió con fuerza la plastilina en el mango, colocó de nuevo el remate de madera e intentó pegar el cuero en él. Se

abarquillaba hacia arriba; pero se las compuso para arreglar eso poniendo cinta adhesiva en finas bandas en dirección contraria y presionando fuertemente después el cuero en ella.

Estaba hecho. La raqueta aparecía exactamente igual que antes, ya que su peso apenas si se habla alterado levemente. Le echo una mirada, y después la arrojó negligentemente en una silla.

Miró hacia la cama, cuidadosamente desembozada e invitante. Pero no se desnudó. En lugar de hacerlo, se sentó a escuchar. ¿No sonaban pasos fuera?

De repente, y de una manera inesperada, sintió miedo. Dos personas habían sido asesinadas. Si el asesino llegara a enterarse de los objetos que ella había encontrado, la mataría.

En la habitación tenía una cómoda de roble bastante pesada. Se dio maña para arrastrarla y ponerla pegada a la puerta, mientras pensaba que sería de desear que en Meadowbank tuviesen por costumbre tener llaves en las puertas. Fue a la ventana y tiró del marco de arriba para cerrarla. No había ningún árbol ni enredaderas cerca de la ventana. Dudaba que le fuera posible a alguien entrar en su cuarto por medio de este sistema, pero no quería exponerse a ningún riesgo.

Echó un vistazo a su pequeño reloj de mesa. Eran las diez y media. Respiró profundamente y apagó la luz. Nadie debería notar nada desacostumbrado. Descorrió un poco la cortina de la ventana. Entonces se sentó al borde de la cama, agarrando el zapato más fuerte de todos los que tenía.

«Si alguien intentara entrar —dijo para sí—, golpearé en la pared con todas mis fuerzas. Mary Kink está en la habitación de al lado, y se despertará al oír el ruido. Y gritaré… Lo más alto que pueda. Y entonces si se llena mi cuarto de gente diré que he tenido una pesadilla. No tendría nada de extraño que sufriera una pesadilla, después de todas las cosas que han pasado».

Se quedó allí sentada, dejando pasar el tiempo. Entonces lo oyó… unos pasos suaves a lo largo del corredor. Después de una larga pausa advirtió que la manecilla de la puerta se movía lentamente.

¿Gritaría? Todavía no.

Empujaron la puerta… solamente abrió un pequeño resquicio, ya que la cómoda la sostenía. Esto debió extrañar a la persona que

estaba al otro lado.

Hubo una pausa, tras la cual llamaron, dando unos golpecitos muy suaves, con los nudillos de la mano.

Julia contuvo la respiración. Otra pausa, y el sonido se dejó oír otra vez…, pero igualmente suave y en sordina.

«Estoy dormida —se dijo Julia—. No oigo nada».

¿Quién podría venir a llamar a su puerta a estas horas de la noche? Si se tratara de alguien que estuviera en su derecho de golpearla, igualmente podría haberla llamado, o hubiera hecho rechinar el picaporte con ruido. Pero esta persona no podía permitirse el lujo de hacer ruido.

Julia se quedó sentada allí durante largo tiempo. No se repitieron las llamadas, y el picaporte permaneció inmóvil. Pero Julia continuaba sentada, alerta y en tensión.

Siguió todavía sentada durante un buen rato más. No se dio cuenta del tiempo que transcurrió antes de que la venciera el sueño. La campanilla del colegio la despertó al fin, y se vio hecha un rebujón apretujado y entumecido al borde de la cama.

2

Después del desayuno, las alumnas subieron al piso de arriba para hacer sus camas, tras lo cual bajaron al salón grande para las plegarias, y finalmente se dispersaron por varias aulas.

Fue al finalizar el servicio religioso, cuando las chicas se precipitaron en diferentes direcciones, que Julia entró en una de las aulas para salir por la otra puerta, y después de ocultarse detrás de unos rododendros, hizo una serie de ulteriores despistes estratégicos, hasta llegar por último a la valla de los terrenos del colegio, donde se elevaba un espeso tilo de tan exuberante follaje, que sus ramas casi tocaban al suelo. Julia trepó al árbol con destreza (ésta era una cosa que había hecho muchísimas veces en su vida). Completamente oculta entre las frondosas ramas, se sentó allí, echando de tiempo en tiempo una ojeada a su reloj. Estaba absolutamente segura de que no la echarían de menos durante bastante tiempo. Las cosas estaban desorganizadas, dos profesoras

habían desaparecido y más de la mitad de las alumnas se habían marchado a sus casas. Esto significaba que todas las noches tenían que ser reorganizadas, así que no era posible que nadie advirtiese la ausencia de Julia Upjohn hasta la hora del almuerzo, y para entonces…

Julia miró su reloj una vez más, se deslizó con facilidad árbol abajo hasta el nivel de la valla, saltó ésta a horcajadas y cayó limpiamente al otro lado. A una distancia de cien yardas habla una parada de autobús, a la que no tardaría en llegar uno dentro de pocos minutos. Lo hizo puntualmente. Julia subió a él, habiendo extraído de antemano un sombrero de fieltro del interior de su vestido de algodón, que aplicó a su cabeza ligeramente desgreñada. Se apeó al llegar a la estación de ferrocarril, donde tomó un tren para Londres.

Apoyada en la repisa de su lavabo había dejado una nota dirigida a la señorita Bulstrode.

«Querida señorita Bulstrode:

»No me han secuestrado ni me he escapado, así que no se inquiete por mí. Volveré lo más pronto que pueda.

»Su afectísima.

Julia Upjohn».

3

George, el ayuda de cámara de Hércules Poirot, abrió la puerta del número 228 de Whitehouse Mansions y se quedó contemplando con cierta sorpresa a una colegiala de cara bastante sucia.

—¿Puedo ver a *monsieur* Hércules Poirot, por favor?

George tardó en replicar una fracción de tiempo, ligeramente mayor del que solía. Encontró que la visita era muy inopinada.

—*Monsieur* Poirot no acostumbra a recibir a nadie sin una cita previamente concertada —precisó.

—Me temo que no dispongo de tiempo suficiente para esperar a

eso. Tengo que verle ahora. Es muy urgente. Se trata de dos asesinatos, un robo y cosas por el estilo.

—Indagaré si *monsieur* Poirot puede verla.

La dejó en el vestíbulo y se retiró para consultar con su señor.

—Es una señorita que desea verle con urgencia, señor.

—No dudo que tenga tal urgencia —admitió Poirot—. Pero estos asuntos no se conciertan así, tan fácilmente. ¿Qué clase de señorita es?

—Pues es más bien una jovencita, señor.

—¿Una jovencita? ¿Una señorita? ¿Qué quiere decir, George? No se trata de lo mismo.

—Me temo que no haya captado exactamente el sentido de mi expresión, señor. Es, yo diría, una muchachita… en edad escolar. Pero aun cuando tenga el vestido sucio y desgarrado, ella es, efectivamente, una señorita.

—Una colegiala de alta sociedad. Comprendo.

—Desea verlo para tratar de unos asesinatos y un robo.

Las cejas de Poirot se elevaron.

—Unos asesinatos y un robo. Original. Haga pasar a la muchachita… a la señorita.

Julia entró en la habitación mostrando la menor traza posible de apocamiento. Habló con cortesía y naturalidad.

—¿Cómo está usted, *monsieur* Poirot? Soy Julia Upjohn. Tengo entendido que usted conoce a la señora Summerhayes, una gran amiga de mamá. Estuvimos invitadas en su casa el verano pasado, y hablaba muchísimo de usted.

«La señora Summerhayes…». La imaginación de Poirot retrocedió hacia un pueblecito que trepaba por una colina, y a una casa en la cima de aquella colina. Rememoró una simpática cara pecosa, un sofá con los muelles rotos, una inmensa cantidad de perros, y otras cosas agradables y desagradables.

—Maureen Summerhayes —dijo—. Ah, sí.

—La llamo tía Maureen, aunque en realidad no es tía mía, ni muchísimo menos. Nos contó lo maravillosamente que actuó usted para salvar a un hombre que estaba en prisión acusado de asesinato, así que al no saber qué hacer ni a quién recurrir, me acordé de usted.

—Muy honrado —cumplimentó solemnemente Poirot.

Acercó un butacón hacia donde ella estaba.

—Y, ahora, cuénteme —solicitó—. George, mi ayuda de cámara, me ha comunicado que usted deseaba consultarme respecto a un robo y a unos asesinatos… más de un asesinato, entonces.

—Sí —dijo Julia—. La señorita Springer y la señorita Vansittart. Y también lo del secuestro…, pero francamente no creo que eso tenga mucho que ver con lo que me ha traído aquí.

—Me deja usted pasmado —contestó Poirot—. ¿Y dónde han tenido lugar todos esos emocionantes acontecimientos?

—En mi colegio. En Meadowbank.

—Meadowbank —repitió Poirot—. ¡Ah! —alargó la mano hacia los periódicos que estaban cuidadosamente doblados a su lado. Abrió uno y echó una mirada a la primera página, moviendo la cabeza.

—Empiezo a comprender —dijo—. Ahora cuénteme, Julia; cuénteme todo desde el principio.

Julia le contó todo. Era una historia muy larga y con muchos detalles; pero la contó con claridad, haciendo alguna ocasional interrupción al retroceder para tomar el hilo de algo que había olvidado.

Narró su historia hasta el momento en que examinó la raqueta de tenis en su habitación la noche pasada.

—Verá, pensé que era precisamente igual que en «Aladino…» lámparas nuevas por viejas… y que ocurría algo muy extraño e importante relacionado con esa raqueta de tenis.

—¿Y ocurrió algo?

Sin ninguna falsa modestia, Julia se levantó y puso al descubierto lo que parecía un gran emplasto fijado por medio de cinta adhesiva a la parte superior de la pierna. Arrancó las tiras de esparadrapo, lanzó un ¡oh! de dolor mientras lo hacía, y se quitó la cataplasma, la cual, observó Poirot, consistía en un paquetito envuelto en un trozo de plástico gris. Julia lo desató, y sin decir una palabra de advertencia vació un montón de centelleantes piedras sobre la mesa.

—*Nom d'un nom, d'un nom!* —exclamó Poirot en un susurro de respeto.

Las cogió, dejándolas caer por entre los dedos.

—*Nom d'un nom, d'un nom!* —repitió—. ¡Pero si son auténticas!

Genuinas.

Julia asintió.

—Creo que deben serlo. De lo contrario no estarían unas personas matando a otras por su posesión, ¿verdad? ¡Pero puedo comprender que haya quien mate por éstas!

Y repentinamente, como ya ocurrió la noche anterior, se vislumbraba a la mujer en los ojos de la chica. Poirot la contempló sagazmente, y asintió.

—Sí… usted comprende… experimenta su hechizo. No pueden ser para usted unos simples juguetitos coloreados… lo cual es lastimoso.

—¡Son joyas! —exclamó Julia, extasiada.

—¿Y dice que las encontró en una raqueta de tenis?

Julia terminó su narración.

—¿Y ya no tiene nada más que contarme?

—Así lo creo. Posiblemente haya exagerado algo aquí y allá. A veces exagero. Y Jennifer, mi amiga íntima, es el revés. Ella cuenta las cosas más excitantes de una forma que las hace aburridas —contempló de nuevo el centelleante montón—. *Monsieur* Poirot, ¿a quién pertenecen en realidad?

—Eso es probablemente muy difícil de asegurar. Pero no nos pertenecen ni a usted ni a mí. Tenemos que decidir lo que vamos a hacer ahora con ellas.

Julia le miró, llena de expectación.

—¿Lo deja usted todo a mi cargo? —dijo Poirot—. Perfectamente.

Hércules Poirot cerró los ojos.

Volvió a abrirlos de improviso, poniéndose muy animado.

—A juzgar por las apariencias, ésta es una de las ocasiones en que no me es posible quedarme sentado en mi butaca, como preferiría. Debe haber orden y método en todos los asuntos, pero en lo que usted me ha contado no hay método ni orden. Eso es porque tenemos muchos cabos sueltos. Pero todos convergen y se encuentran en el mismo lugar: Meadowbank. Diferentes personas, con diferentes ambiciones y proyectos, y representando diferentes intereses… todas convergen en Meadowbank. Así que yo también me dirijo a Meadowbank. Y en cuanto a usted… ¿dónde está su madre?

—Mamá se ha ido en autobús a Anatolia.

—¡Ah! Su madre se ha ido en autobús a Anatolia. *Il ne manquait que ça!* ¡Comprendo perfectamente que sea amiga de la señora Summerhayes! Dígame, ¿disfrutó de su estancia en casa de la señora Summerhayes?

—Oh, sí. Fue divertidísimo. Algunos de los perros que tiene son un encanto.

—Los perros; sí, los recuerdo muy bien.

—Entran y salen por las ventanas… igual que en una pantomima de circo.

—¡Que observadora es usted! ¿Y la comida? ¿Saboreó la comida?

—Pues… bueno, algunas veces era un poquito peculiar —admitió Julia.

—Peculiar; sí, en efecto.

—Pero tía Maureen hace unas tortillas fantásticas.

—Hace unas tortillas fantásticas —repitió Poirot, con una entonación de felicidad en su voz. Exhaló un suspiro como en recuerdo—. En tal caso, Hércules Poirot no ha vivido en vano. Fui yo quien enseñó a su tía Maureen a hacer tortillas —explicó. Cogió el auricular del teléfono—. Ahora tranquilizaremos a la rectora de su colegio en lo que respecta a su seguridad personal y le anunciaremos nuestra llegada a Meadowbank.

—Ella sabe que me encuentro bien. Le dejé una nota asegurándole que no me habían raptado.

—No obstante, dará la bienvenida a esta ulterior tranquilidad.

Le pusieron en comunicación a su debido tiempo, y le informaron que la señorita Bulstrode estaba a la escucha.

—¿La señorita Bulstrode? Soy Hércules Poirot. Tengo aquí en mi casa a su alumna Julia Upjohn. Me propongo dirigirme ahí con ella en mi coche inmediatamente, y para la información del agente de policía encargado del caso, he de notificarle que cierto paquete de gran valor ha sido depositado en el Banco.

Colgó y miró a Julia.

—¿Le apetecería tomar un *sirop*? —sugirió.

—¿*Sirop* de caramelo? —Julia le miro indecisa.

—No, de jugo de frutas. Zarzamora, frambuesas, *groseille*… ¿de grosellas?

Julia se decidió por el de grosellas.

—Pero las joyas no están en el Banco —indicó.

—Lo estarán dentro de muy poco tiempo —aseguró Poirot—. Mas para la información particular de quien quiera que haya podido estar escuchando la conferencia en Meadowbank, o que haya oído por casualidad, o se lo hayan comunicado, es preferible que se enteren que ya están allí, y no siguen en posesión de usted. Conseguir sacar joyas de un Banco requiere tiempo y organización. Y me disgustaría muchísimo que le sucediera a usted alguna cosa desagradable, hija mía. Debo admitir que me he formado una magnífica opinión de su valor y de su inteligencia.

Julia pareció complacida, aunque desconcertada.

Capítulo XVIII

Deliberación

1

Hércules Poirot se había preparado para derrotar cualquier prejuicio que la rectora de un colegio pudiera albergar en contra de los extranjeros de edad algo avanzada con zapatos puntiagudos de charol y desproporcionados bigotes, pero se encontró con una agradable sorpresa. La señorita Bulstrode le recibió con una desenvoltura muy cosmopolita. Asimismo, para gran satisfacción de Poirot, estaba perfectamente enterada de todo cuanto concernía a éste.

—Fue muy amable por su parte, *monsieur* Poirot —le cumplimentó—, haber telefoneado con tanta rapidez, para calmar nuestra inquietud. Tanto más cuanto que esta preocupación apenas si había comenzado. No advertimos su ausencia durante el *lunch*, ¿sabe, Julia? —añadió, volviéndose hacia la chica—. Esta mañana vinieron a buscar a tantas chicas, y había tantos claros en el comedor, que me imagino que la mitad del colegio podría haber faltado sin que por ello hubiera surgido ninguna aprensión. Éstas son circunstancias excepcionales —manifestó, dirigiéndose a Poirot —. Puedo asegurarle que, normalmente, no habríamos procedido con tanta lentitud. Cuando recibí su llamada telefónica, fui a la habitación de Julia y encontré la nota que había dejado allí.

—No quería que se imaginara que me habían secuestrado,

señorita Bulstrode —alegó Julia.

—Aprecio eso, pero me parece, Julia, que podía haberme dicho lo que proyectaba hacer.

—Consideré que era preferible no hacerlo, —adujo la chica, y de improviso, agregó—: *Les oreilles ennemies vous écoutent*.

—*Mademoiselle* Blanche no parece haber hecho mucho todavía para mejorar su acento —observó la señorita Bulstrode con vivacidad—. Pero no estoy reprendiéndola, Julia. —Su mirada pasó de Julia a Poirot—. Ahora, si me hace el favor, desearía saber lo que ha sucedido.

—¿Me permite? —demandó Hércules Poirot. Atravesó la habitación, y abrió la puerta para mirar hacia fuera. Al cerrarla, lo hizo de una manera exageradamente afectada. Volvió radiante.

—Estamos solos —concretó, con tono misterioso—. Podemos continuar.

La señorita Bulstrode miró primero a él, después a la puerta y luego, nuevamente a Poirot. Enarcó las cejas. Él la devolvió una mirada firme. La señorita Bulstrode inclinó la cabeza muy pausadamente. Entonces, volviendo a adoptar su actitud animada, exclamó:

—Bueno, Julia, oigamos todo este asunto.

Julia se sumergió en su narración. Explicó lo del cambio de las raquetas de tenis, la aparición de la mujer misteriosa, y finalmente, su descubrimiento del contenido de la raqueta. La señorita Bulstrode se volvió hacia Poirot. Éste asintió gentilmente con la cabeza.

—*Mademoiselle* Julia lo ha narrado todo correctamente —aseveró—. Me he hecho cargo de lo que me llevó. Está colocado a salvo en un Banco. Considero, por lo tanto, que no hay que prever ulteriores evoluciones de carácter desagradable en el internado.

—Comprendo —dijo la señorita Bulstrode—. Sí, comprendo… —permaneció callada por un momento y después preguntó—: ¿Considera prudente que continúe Julia aquí? ¿No sería mejor para ella marcharse a Londres, a casa de su tía?

—Oh, por favor —rogó Julia—, permítame quedarme en Meadowbank.

—¿Entonces, está contenta aquí? —interpretó la señorita Bulstrode.

—Estoy encantada —aseguró Julia—. Y además, han ocurrido cosas tan excitantes…

—Ésa no es una característica normal de Meadowbank —replicó, secamente, la señora Bulstrode.

—Creo que Julia no estará ya en peligro aquí —estimó Hércules Poirot. Miró de nuevo en dirección a la puerta.

—Me parece que le comprendo —declaró la señorita Bulstrode.

—Pero, a pesar de eso, debe haber discreción —recomendó Poirot—. Usted, supongo, sabe en qué consiste la discreción —añadió, mirando a Julia.

—Sí —dijo ésta.

—*Monsieur* Poirot quiere decir —intervino la señorita Bulstrode— que a él le gustaría que usted guardara silencio en lo que respecta a lo que ha descubierto. No cuente nada de ello a las otras chicas. ¿Puede mantener la boca cerrada?

—Sí —dijo Julia.

—Tiene usted una historia muy emocionante que contar a sus amigas —observó Poirot—. El tesoro que encontró anoche en su raqueta de tenis. Pero existen razones importantes por las cuales sería de desear que esa historia no fuera contada.

—Comprendo —dijo Julia.

—¿Puedo confiar en usted, Julia? —inquirió la señorita Bulstrode. Sonrió a la chica y añadió—: Espero que su madre vuelva a casa dentro de poco.

—¿Mamá? Sí, así lo espero yo también.

—Tengo entendido, por el inspector Kelsey —continuó la señorita Bulstrode—, que se están haciendo todos los esfuerzos posibles para conseguir ponerse en contacto con ella. Desgraciadamente los autobuses de Anatolia están sujetos a imprevisibles retrasos y no siempre parten a la hora fijada.

—Pero podré contárselo a mamá, ¿verdad? —solicitó Julia.

—Claro que sí. Bueno, ya está todo arreglado. Creo que ahora sería mejor que se marchara.

Julia salió, cerrando la puerta tras sí. La señorita Bulstrode miró fijamente a Poirot.

—Me parece que le he entendido a usted correctamente —dijo —. Hace un momento cerró la puerta con gran ostentación. De hecho, más bien, la dejó ligeramente entornada.

Poirot asintió.

—¿Para que pudieran escuchar nuestra conversación?

—Sí… por si había alguien que quisiera escuchar. Fue una medida de precaución para que la chica esté más a salvo… si alguien ha escuchado. Puede correrse la noticia de que lo que encontró está depositado en el Banco, y no en posesión de ella.

La señorita Bulstrode le miró durante un momento, y después apretó fuertemente los labios, diciendo:

—Tiene que ponerse fin a todo esto.

2

—De lo que se trata —expuso el comisario de policía— es de fusionar nuestras ideas e informaciones. Estamos encantados de tenerle con nosotros, *monsieur* Poirot —añadió—. El inspector Kelsey se acuerda bien de usted.

—Hace ya unos buenos años de eso —dijo Kelsey—. El inspector jefe Warrender se hizo cargo del caso. Yo era un sargento bastante novato, que estaba empezando a conocer el oficio.

—El caballero llamado por nosotros, por razones de conveniencia, señor Adam Goodman, no es conocido de usted, *monsieur* Poirot, pero usted conoce a su jefe. Servicio Especial —añadió.

—¿El coronel Pikeaway? —dijo Poirot, pensativamente—. Hace bastante tiempo que no lo veo. ¿Sigue tan dormido como siempre? —preguntó a Adam.

Adam lanzó una carcajada.

—Veo que le conoce bien, *monsieur* Poirot. Nunca le he visto despierto del todo. Si alguna vez llego a verle así, me daré cuenta de que, por una vez, no está poniendo atención a lo que sucede.

—Tiene usted algo en la cabeza, amigo mío. Está bien observado.

—Ahora —dijo el comisario— vayamos derechos al asunto. No quiero entrometerme ni imponer mis propias opiniones. Estoy aquí para escuchar lo que los hombres que están trabajando de lleno en el caso saben y opinan. Hay una gran cantidad de facetas en toda

esta cuestión, y hay una cosa que quizá debiera mencionar antes que nada. Lo que voy a decir ahora es el resultado de ciertas manifestaciones que me han sido hechas por diversos conductos en esferas elevadas —dirigió una mirada a Poirot—. Digamos —prosiguió— que una niña… una colegiala fue a verle para contarle una bonita historia de algo que encontró en el mango ahuecado de una raqueta de tenis. Debió ser muy excitante para ella. Una colección de piedras, diríamos… coloreadas, piedras preciosas magníficamente imitadas… algo por el estilo… o incluso piedras semipreciosas, que a veces parecen tan atractivas como las verdaderas. Sea como sea, pongamos que era algo que una niña encontraría muy emocionante de descubrir. Incluso pudiera tener una idea muy exagerada de su valor. Tal cosa cabe dentro de lo posible, ¿no cree? —miró muy fijamente a Hércules Poirot.

—Lo encuentro eminentemente posible —determinó Poirot.

—Bien —aprobó el comisario—. Puesto que la persona que introdujo estas… oh… piedras coloreadas en este país lo hizo inocentemente, sin tener conocimiento de ello, no tenemos necesidad de suscitar ningún debate en el sentido de contrabando ilícito. Además —prosiguió— hemos de considerar la cuestión de nuestra política exterior. Me inclino a pensar que la cuestión está bastante… delicada en el momento actual Cuando entran en juego grandes intereses petrolíferos, depósitos de mineral y todas esas cosas, tenemos que tratar con cualquier clase de gobierno que ocupe el poder. No deseamos que surja ningún litigio embarazoso. No se puede silenciar un asesinato a la Prensa, y no ha sido silenciado. Pero no se ha hecho mención para nada de joyas en conexión con el asesinato. Por el presente, al menos, sería de desear que no se mencionase nada.

—Estoy de acuerdo —convino Poirot—. Debemos tener siempre en cuenta las complicaciones internacionales.

—Exactamente —dijo el comisario—. Entiendo que estoy en lo cierto al asumir que el difunto gobernante de Ramat estaba considerado como persona amiga de este país, y las partes interesadas encontrarían muy grato que los deseos del príncipe con respecto a cualquier propiedad suya que pudiera hallarse en este país fueran llevados a efecto. A cuanto asciende infiero que nadie lo sabe en el momento presente. Si el nuevo gobierno de Ramat

reclama cierta propiedad que alega pertenecerle, sería mucho más convincente que nosotros no tengamos noticia alguna respecto a la existencia de la susodicha propiedad en este país. Una negativa directa implicaría falta de tacto por nuestra parte.

—Nadie niega de una manera rotunda en la diplomacia —conceptuó Poirot—. En lugar de hacerlo, se acostumbra a decir que tal o cual asunto en cuestión será objeto de la más prolija atención, pero que, de momento, nada se sabe en concreto respecto a ningún pequeño… tesoro en reserva, por decirlo así, que el difunto gobernante de Ramat haya podido poseer. Puede que esté aún en Ramat o que se halle bajo la custodia de algún fiel amigo del fallecido príncipe Alí Yusuf, o pudiera ser que haya sido sacado de aquel país por media docena de personas distintas, o que esté escondido en cualquier sitio en la misma capital de Ramat —alzó los hombros—. Sencillamente, que nadie sabe nada.

El comisario exhaló un suspiro.

—Gracias —dijo—, eso es precisamente a lo que yo me refería —continuó—. *Monsieur* Poirot, usted tiene amigos en muy altas esferas de este país. Ellos tienen puesta toda su confianza en usted. De manera extraoficial, a estos amigos les gustaría encomendarle cierto artículo, si no tiene nada que objetar.

—No tengo nada que objetar —contestó Poirot—. Dejemos aquí esa cuestión. Tenemos cosas más serias que considerar, ¿no lo estiman así? —les dirigió a todos una mirada circular—. Porque después de todo, ¿qué son tres cuartos de millón o cualquier otra suma en comparación con la vida humana?

—Tiene razón, *monsieur* Poirot —consideró el comisario.

—Tiene siempre razón —convino el inspector Kelsey—. Lo que necesitamos es atrapar al asesino. Estaremos encantados de escuchar su opinión, *monsieur* Poirot —agregó—, porque esta cuestión es en gran parte una acumulación de conjeturas y adivinanzas, y sus conjeturas son tan acertadas como las de cualquiera de nosotros, y muchas veces las superan. Todo este caso es como una madeja de lana enmarañada.

—Esa frase está excelentemente expresada —observó Poirot—. Es preciso agarrar esta madeja de lana enredada y sacar de un tirón la hebra del color que estamos buscando, la del asesino. ¿No es así? Entonces cuénteme si no les resulta demasiado tedioso incurrir en

repeticiones todo cuanto se sabe hasta este momento.

Se dispuso a escuchar.

Escuchó al inspector Kelsey y a Adam, y también prestó atención al resumen del comisario. Luego se arrellanó en la butaca, cerró los ojos e hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Dos asesinatos —consideró— cometidos en el mismo lugar y aproximadamente en análogas circunstancias. Un secuestro. El de una jovencita que bien podría ser la figura principal de la trama. Averigüemos en primer lugar por qué a esa muchacha la secuestraron.

—Puedo referirle lo que ella misma dijo —indicó Kelsey.

Lo hizo así, en tanto que Poirot le escuchaba.

—Carece de verosimilitud —opinó Poirot.

—Eso es lo que yo pensé entonces. A decir verdad, me dio la impresión de que ella sólo trataba de darse importancia…

—Pero es un hecho que la secuestraron. ¿Por qué?

—Ya han hecho peticiones de rescate —le informó Kelsey—, pero… —hizo una pausa.

—Pero, en su opinión no son más que una estratagema. O sea, que han sido hechas meramente para reforzar la teoría del secuestro.

—Exactamente. Las condiciones no fueron cumplidas.

—Entonces, Shaista fue secuestrada por alguna otra razón. ¿Qué razón era ésa?

—¿Para obligarla a declarar dónde estaban escondidas las joyas? —sugirió Adam escépticamente.

Poirot rechazó esta suposición.

—Ella no sabía dónde estaban escondidas —precisó—. Ese punto por lo menos, está claro. No, debe ser algo…

Interrumpió la frase, bruscamente. Permaneció en silencio unos instantes, frunciendo el entrecejo. Entonces se enderezó en la butaca y formuló una pregunta.

—Sus rodillas —dijo—. ¿Se fijó alguna vez en sus rodillas?

Adam le miró de hito en hito, extrañado.

—No —respondió—. ¿Por qué iba a fijarme en ellas?

—Hay varias razones por las que un hombre puede observar las rodillas de una chica —afirmó Poirot—. Desgraciadamente, usted no lo hizo.

—¿Es que había algo peculiar en sus rodillas? ¿Una cicatriz, o algo análogo? No tuve ocasión de apreciarlo. Todas ellas llevan medias la mayor parte de las veces, y las faldas les llegan por debajo de las rodillas.

—¿Tal vez en la piscina? —sugirió Poirot, esperanzado.

—Nunca la vi entrar en el agua —declaró Adam—; me imagino que estaría demasiado fría para ella. ¿Qué quiere insinuar? ¿Una cicatriz o algo semejante?

—No; no se trata de nada de eso. Bueno, qué le vamos a hacer. Es una lástima.

Se dirigió hacia el comisario.

—Con su permiso, voy a pedir una conferencia con mi amigo el prefecto de policía de Ginebra.

—¿Referente a algo que ocurrió cuando ella estaba allí en un colegio?

—Sí, es posible. ¿Usted me permite? Bien. Es solamente una idea que se me ha ocurrido —hizo una pausa, y después continuó—: A propósito, ¿no han dicho los periódicos nada del secuestro?

—El emir Ibrahim insistió muchísimo en que no se publicase nada.

—Pero yo he leído un pequeño comentario en las columnas de chismografía. Acerca de cierta jovencita extranjera que se marchó del colegio con demasiada precipitación. Un romance en floración, sugirió el columnista, que el emir haría todo lo posible por cortar en capullo.

—Así me pareció a mí —manifestó Adam—. Esa era la determinación a esperar del emir.

—Admirable. Y ahora pasemos del secuestro a algo más serio todavía: asesinato. Dos asesinatos en Meadowbank.

Capítulo XIX

Continúa la deliberación

1

—Dos asesinatos en Meadowbank —replicó Poirot, meditabundo.

—Ya le hemos informado de los hechos —dijo Kelsey—. Si tiene alguna idea…

—¿Por qué el pabellón de deportes? Eso es lo que usted se preguntaba, ¿no es cierto? —dijo Poirot, dirigiéndose a Adam—. Bueno, ya tenemos la respuesta a eso: porque en el pabellón de deportes había una raqueta de tenis conteniendo una fortuna en joyas. Alguien conocía la existencia de esa raqueta. ¿Quién era esta persona? Podría haber sido la misma señorita Springer. Era, según infiero, bastante especial respecto al pabellón de deportes. No le gustaba que otras personas fueran por allí… personas que no tenían derecho a ello, quiero decir. Esto era particularmente cierto en el caso de *mademoiselle* Blanche.

—*Mademoiselle* Blanche —repitió pensativo Kelsey.

Hércules Poirot se dirigió de nuevo a Adam.

—Usted consideró asimismo que *mademoiselle* Blanche se conducía de una manera un tanto extraña en lo concerniente al pabellón de deportes.

—Explicaba —indicó Adam—. Explicaba demasiado. Yo jamás hubiera puesto en duda su derecho a hallarse allí, si no se hubiera tomado tanta molestia en explicarlo.

Poirot asintió:

—Exacto. Eso da ciertamente que pensar. Pero todo lo que sabemos es que la señorita Springer fue asesinada en el pabellón de deportes a la una de la madrugada, cuando no había razón alguna para que estuviera allí.

Se volvió hacia Kelsey.

—¿Dónde estuvo la señorita Springer antes de venir a Meadowbank?

—No lo sabemos —repuso el inspector—. Ella se marchó de su último empleo —mencionó un colegio famoso— el verano pasado. Dónde estuvo a partir de entonces es cosa que ignoramos —añadió secamente—. No hubo motivo alguno para hacer estas indagaciones hasta después de su muerte. No tenía parientes cercanos, ni al parecer, amistades íntimas.

—Entonces, podría haber estado en Ramat —sugirió Poirot, meditando estas palabras.

—Según tengo entendido, había allí un grupo de profesoras durante la época de la revolución —comunicó Adam.

—Pongamos, entonces, que ella estaba allí, y que por algún motivo se enteró de lo de la raqueta. Podemos asumir que, después de esperar un poco de tiempo para familiarizarse con las costumbres de Meadowbank, se encaminó una noche al pabellón de deportes. Echó mano a la raqueta y se disponía a extraer las joyas de su escondite cuando… —hizo una pausa— cuando alguien la interrumpió. ¿Alguien que había estado observándola, o que la había estado espiando durante toda la tarde? Quienquiera que fuese, tenía una pistola… y disparó contra ella…, pero no tuvo tiempo de apoderarse de las joyas, o de llevarse consigo la raqueta, porque las personas que oyeron el disparo se estaban aproximando al pabellón de deportes.

Hizo un paréntesis en su disertación.

—¿Opina que es así como sucedió? —le preguntó el comisario.

—No lo sé —respondió Poirot—. Es una posibilidad. La otra es que la persona que tenía la pistola estaba allí, y fue sorprendida por la señorita Springer. Alguien de quien ésta sospechaba ya. Según ustedes era una mujer de ese estilo. Una husmeadora de secretos.

—¿Y la otra mujer? —inquirió Adam.

Poirot le contempló. Después volvió pausadamente la mirada

hacia los otros dos hombres.

—Ustedes no saben quién pudiera ser —repuso—. Ni yo tampoco lo sé. ¿Podría haber sido alguien de fuera?

A juzgar por el tono de voz, hizo la pregunta solamente a medias.

—No lo creo —repuso Kelsey—. Hemos escudriñado cuidadosamente por todas las inmediaciones. Había una tal *madame* Kolinsky, conocida de Adam, parando cerca de aquí. Pero es imposible, en absoluto, que pudiera estar relacionada con uno u otro asesinato.

—Entonces, la cuestión revierte a Meadowbank. Y sólo hay un método para llegar a la verdad: la eliminación.

Kelsey suspiró.

—Sí —dijo—. A esto es a lo que hemos llegado: en lo que respecta al primer asesinato, hay abierto un campo bastante amplio. Casi todas las personas en el colegio pudieran haber matado a la señorita Springer. Las excepciones son la señorita Johnson y la señorita Chadwick… y una chica que tenía dolor de oídos. Pero el segundo asesinato estrecha mucho los límites de este campo. La señorita Rich, la señorita Blake y la señorita Shapland se encuentran fuera de él. La señorita Rich estaba parando en Morton Marah Hotel, a veinte millas de distancia. La señorita Blake estuvo en Littleport on Sea, y la señorita Shapland se encontraba en «Le Nid Sauvage», un club nocturno de Londres, en compañía del señor Dennis Rathbone.

—Y la señorita Bulstrode también estaba ausente, según tengo entendido.

Adam hizo una mueca, y el inspector y el comisario parecieron desazonados.

—La señorita Bulstrode —aclaró el inspector con severidad— estaba pasando el fin de semana en casa de la duquesa de Welsham.

—Entonces, eso elimina a la señorita Bulstrode —decidió Poirot, gravemente—. Y nos deja…

—Dos sirvientas que duermen en la casa: la señora Gibbons y una chica llamada Doris Hoggs. No puedo considerar seriamente a ninguna de las dos. No nos queda nadie más que la señorita Rowan y *mademoiselle* Blanche.

—Y las alumnas, claro está.

Kelsey se sobresaltó.

—Con toda seguridad, usted no sospecha de ninguna de ellas.

—Francamente, no. Pero en todos los conceptos, debemos ser exactos.

Kelsey no concedió mucha atención a la exactitud. Continuó afanado:

—La señorita Rowan hace más de un año que está en el colegio. Tiene muy buenos antecedentes. No estamos informados de nada en contra suya.

—Así, pues, llegamos a *mademoiselle* Blanche. ¿Es ahí donde se termina el viaje?

Se hizo el silencio.

—No hay evidencia —dijo Kelsey—. Sus credenciales parecen genuinas.

—Tendrían que serlo sin remedio —estimó Poirot.

—Fisgaba —aseguró Adam—. Pero el que lo hiciera no constituye una evidencia de asesinato.

—Espere un momento —advirtió Kelsey—. Había algo referente a una llave. La primera vez que la interrogamos… buscaré cuidadosamente ese párrafo…, había algo de la llave del pabellón que se cayó de la puerta, y ella la recogió y olvidó colocarla otra vez en la cerradura, llevándosela consigo y entonces la señorita Springer la llamó a gritos.

—Quienquiera que hubiese querido ir allí por la noche para buscar la raqueta, necesitaba estar en posesión de una llave para poder entrar —coligió Poirot—. Y para eso, hubiera sido necesario hacer un molde de la llave.

—Pero en tal caso —intuyó Adam—, ella con toda seguridad, no le habría mencionado al inspector el incidente de la llave.

—Eso no tiene por qué inferirse de una manera inevitable —consideró Kelsey—. La señorita Springer pudo haber hablado del incidente de la llave. En tal caso, *mademoiselle* Blanche pudo haber pensado que sería mejor mencionarlo de una manera casual.

—Es un detalle para tener presente —estimó Poirot.

—Pero que no nos lleva muy lejos —objetó Kelsey, lanzando una mirada lúgubre a Poirot.

—Parece existir una posibilidad —expuso Poirot—, es decir, si he sido informado correctamente. Según tengo entendido, la madre

de Julia Upjohn reconoció a alguien aquí el primer día de este trimestre escolar; una persona que le sorprendió ver aquí. Por el contexto, parece verosímil que se tratara de alguien relacionado con el servicio de espionaje. Si la señora Upjohn señala de una manera definida a *mademoiselle* Blanche como la persona a quien reconoció, entonces creo que podemos proceder con cierta seguridad.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —replicó Kelsey—. Hemos intentado ponernos en contacto con la señora Upjohn, ¡pero el asunto es un rompecabezas de órdago! Cuando la niña dijo un autobús pensé que se refería a un autobús de turismo, llegando a los sitios de acuerdo con el horario prefijado y que su madre iba formando parte de un grupo en que todos los viajeros llevan sus billetes desde el comienzo del viaje. Pero no hay nada de eso. Por las trazas, lo que está haciendo es tomar autobuses locales para dirigirse por el país a cualquier lugar que se le antoje. No lo ha hecho por mediación de Cook ni de ninguna otra agencia de viajes. Va por cuenta propia, vagabundeando por todas partes. ¿Qué se puede hacer con una mujer así? ¡Dios sabe dónde se encontrará en estos momentos! Anatolia es muy extensa.

—Lo dificulta bastante, ciertamente —acordó Poirot.

—Con la cantidad que hay de autobuses regulares de turismo —exclamó el inspector con tono ofendido—. Dándolo todo hecho… dónde hay que detenerse y lo que hay que visitar, y con tarifas globales, donde está todo incluido con arreglo a las cuales se sabe exactamente qué montante de presupuestos hay que hacer.

—Pero es obvio que semejante forma de viajar no atrae a la señora Upjohn.

—Y mientras tanto, aquí estamos —continuó Kelsey—. Atascados. Esa francesa puede darse a la fuga en el momento que estime oportuno.

Poirot disintió.

—No hará eso.

—¿Cómo puede estar seguro de que no lo hará?

—Lo estoy. Cuando se ha cometido un crimen, no se puede hacer nada que se salga de tono y atraiga la atención de la gente. *Mademoiselle* Blanche se quedará aquí muy quietecita hasta el final del trimestre.

—Espero que esté en lo cierto.

—Estoy seguro de no equivocarme. Y recuerden que la persona a quien vio la señora Upjohn *no sabe que la señora Upjohn la vio a ella*. La sorpresa cuando aquélla aparezca va a ser completa.

—Si eso es todo lo que disponemos para continuar… —se lamentó Kelsey.

—Disponemos de algo más. Conversaciones, por ejemplo.

—¿Conversaciones?

—Es muy valiosa la conversación. Más tarde o más temprano, si alguien tiene algo que ocultar, lo revela con creces en la conversación.

—¿Se traiciona a sí mismo? —el comisario pareció escéptico.

—No es tan simple como eso. La persona en cuestión está en guardia respecto a lo que tiene interés en ocultar. Pero, a menudo, revela demasiado acerca de otras cosas. Y hay otras maneras de sacar provecho de la conversación. Las personas inocentes que están enteradas de las cosas, pero que ignoran la importancia de aquello que saben. Y esto me recuerda…

Se puso en pie.

—Les ruego que me excusen. Tengo que ir a preguntar a la señorita Bulstrode si hay alguien que sepa dibujar.

—¿Dibujar?

—Dibujar.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó Adam, cuando Poirot hubo abandonado la estancia—. ¡Primero las rodillas de las muchachitas y ahora el dibujo! ¿Por dónde saldrá la próxima vez?

2

La señorita Bulstrode atendió al requerimiento de Poirot sin hacer patente la menor sorpresa.

—La señorita Laurie es la profesora que viene a enseñar dibujo —le comunicó con viveza—. Pero hoy no ha venido. ¿Qué es lo que desea que le dibuje? —añadió, con tono condescendiente, como si estuviera dirigiéndose a un niño pequeño.

—Caras —respondió Poirot.

—La señorita Rich hace muy buenos esbozos de personas. Se da

mucha facilidad para sacar el parecido.

—Eso es exactamente lo que yo necesito.

La señorita Bulstrode, observó con satisfacción, no inquiría el motivo de sus preguntas. Se limitó a abandonar la habitación y volver con la señorita Rich.

Después de hechas las presentaciones, Poirot solicitó:

—¿Puede hacer apuntes de personas rápidamente? ¿A lápiz?

Eileen Rich asintió.

—Lo hago con frecuencia. Para entrenarme.

—Magnífico. Entonces, por favor, haga un bosquejo de la difunta señorita Springer.

—Va a ser difícil. La conocí muy poco. Pero lo intentaré —se restregó los ojos y se puso a dibujar con rapidez.

—Bien —aprobó Poirot, tomando el apunte—. Y ahora, si es tan amable, dibuje a la señorita Bulstrode, a la señorita Rowan, a *mademoiselle* Blanche, y también a… Adam el jardinero.

Eileen Rich le miró, dudosa, y se puso a trabajar. Poirot contempló el resultado e hizo un signo apreciativo.

—Dibuja usted muy bien…, sí, muy bien. Tan pocos trazos… y, sin embargo, el parecido salta a la vista —le lanzó una sonrisa—. Ahora voy a pedirle a usted algo más difícil. Ponga a la señorita Bulstrode, por ejemplo, otro peinado, y cambie la forma de las cejas.

Eileen se le quedó mirando fijamente, como pensando si estaría loco.

—No —dijo Poirot—. No estoy loco. Hago un experimento, eso es todo. Por favor, haga lo que le pido.

Al cabo de unos pocos instantes, Eileen Rich anunció:

—Aquí tiene usted.

—Excelente. Ahora, haga lo mismo con *mademoiselle* Blanche y la señorita Rowan.

Cuando terminó de dibujar, Poirot puso en fila los tres apuntes.

—Ahora voy a mostrarle yo una cosa —le dijo—. La señorita Bulstrode, a pesar de los cambios que ha hecho usted es, inequívocamente, la señorita Bulstrode. Pero mire las otras dos. A causa de que sus facciones son negativas, no poseen la personalidad de aquélla, aparecen como si fueran personas poco menos que diferentes, ¿no lo ve así?

—Comprendo a lo que se refiere —repuso Eileen Rich. Miró a Poirot cuando éste doblaba cuidadosamente los apuntes dibujados.

—¿Qué va a hacer con ellos? —inquirió.

—Utilizarlos —fue la respuesta de Poirot.

Capítulo XX

Una conversación

—Bueno, yo no sé qué pueda decirle —declaró la señora Sutcliffe—. De veras que no lo sé… —Contempló a Hércules Poirot con indudable desagrado—. Henry, desde luego, no está en casa —le hizo saber.

La intención de estas palabras era ligeramente enigmática, pero Poirot imaginó que comprendía lo que pasaba por la imaginación de su interlocutora. Ella percibía que Henry tenía tantos negocios internacionales… Estaba continuamente volando hacia el Oriente Medio y hacia Ghana, y América del Sur y Ginebra, e incluso, ocasionalmente, si bien no con tanta frecuencia, a París.

—Todo este asunto ha sido lo más calamitoso. Me puse muy contenta de tener a Jennifer a salvo conmigo en casa. Aunque debo decir —añadió, vejada— que se ha portado de la manera más fastidiosa. Después de haberse tomado un berrinche porque no quería ir a Meadowbank, y decir que estaba segura de que no le iba a gustar ni pizca estar allí, que era un colegio de *snobs* y no del estilo al que a ella le gustaba ir, ahora se pasa todo el día refunfuñando porque me la he traído de allí. Es verdaderamente muy desagradable.

—Indiscutiblemente, es un colegio muy bueno —afirmó Hércules Poirot—. Muchas personas aseguran que es el mejor de toda Inglaterra.

—*Era*, si me permite expresar mi opinión —replicó la señora Sutcliffe.

—Y volverá a serlo de nuevo —aseveró Hércules Poirot.

—¿Está seguro? —la señora Sutcliffe le miro, escéptica. La táctica comprensiva de Poirot había ido haciendo mella gradualmente en sus reparos. No hay nada que alivie más los cuidados y aflicciones de una madre que el que le den la oportunidad de desahogarse del peso de los inconvenientes, contrariedades y fracasos que padece contendiendo con su prole. La lealtad a los hijos compele muchas veces a sufrir en silencio. Pero con un extranjero como era *monsieur* Poirot, a sentir de la señora Sutcliffe, se podía hacer caso omiso de esta lealtad. No era como si hubiese estado departiendo con la madre de otra niña.

—Meadowbank —arguyó Hércules Poirot— solamente está pasando por una fase infortunada.

Era la mejor frase que pudo encontrar de momento. Se dio cuenta de lo inadecuada que era, y la señora Sutcliffe atacó a fondo inmediatamente esta imperfección.

—¡Bastante más que infortunada! —exclamó—. ¡Dos asesinatos! Y una chica secuestrada. No se puede enviar a las hijas a un colegio donde están asesinando profesoras continuamente.

Parecía un punto de vista altamente razonable.

—Si los asesinatos —expuso Poirot— resultan ser obra de la misma persona, y esa persona es detenida, eso ya significará una diferencia, ¿no está de acuerdo?

—Bueno…, presumo que sí. Sí —concedió dubitativa la señora Sutcliffe—. Me parece que… usted se refiere a… quiere decir algo como Jack «El Destripador» o aquél otro hombre…, ¿cómo se llamaba? Algo relacionado con Devonshire. ¿Era Cream? [7] Sí, Neil Cream. El que vagabundeaba por todas partes para matar un tipo especial de una mujer infortunada. ¡Supongo que a este asesino le ha dado por matar maestras! Una vez que lo tenga en prisión a buen recaudo, y que le ahorquen después, como confío, porque solamente se puede condenar por un asesinato, ¿no es así?, igual que un perro rabioso cuando muerde…, ¿qué es lo que estaba diciendo? Ah, sí; si le atrapan y le tienen bien guardadito en prisión, bueno, en ese caso me imagino que sería diferente. Claro está que no puede haber mucha gente de esa calaña, ¿verdad?

—Confiemos que efectivamente no haya mucha —dijo Hércules Poirot.

—Pero es que tenemos este secuestro, además —puntualizó la

señora Sutcliffe—. Tampoco desea nadie enviar a su hija a un colegio donde pueden raptarla, ¿no le parece?

—Con toda seguridad que no, *madame*. Me doy perfecta cuenta de la claridad con que ha reflexionado acerca de todo este asunto. ¡Tiene usted muchísima razón en todo lo que dice!

La señora Sutcliffe pareció ligeramente halagada. Hacía bastante tiempo que nadie la había cumplimentado de tal modo. Henry únicamente le había dicho cosas tales como: «¿Se puede saber por qué diablos querías mandar a tu hija a Meadowbank?» y Jennifer lo único que hacía era gruñir y terca negarse a contestar.

—He pensado en ello —aseveró—: muchísimo.

—En tal caso, *madame*, no puedo consentir que continúe preocupándose por lo del secuestro. *Entre nous*, si me permite que le hable en confianza, lo de la princesa Shaista… no es exactamente un secuestro… se sospecha que se trata de un romance…

—¿Quiere dar a entender que la pícara niña se escapó para casarse con cualquiera que sea?

—Mis labios están sellados —indicó Hércules Poirot—. Como comprenderá, no se desea que haya escándalo de ninguna clase. Esto que le he dicho es una confidencia *entre nous*. Tengo la seguridad de que usted no dirá una palabra.

—Ni que decir tiene que no —protestó la señora Sutcliffe, virtuosamente. Dirigió su mirada a la carta del comisario que Poirot había traído consigo—. No comprendo muy bien del todo quién es usted, *monsieur*… Poirot. ¿Es usted lo que llaman en las novelas… un sabueso?

—Soy un detective con consulta particular —aclaró Poirot con aire altanero.

Este tufillo a Harley Street [8] animó grandemente a la señora Sutcliffe.

—¿De qué quiere hablar con Jennifer? —le preguntó con sequedad.

—Solamente desearía saber qué impresiones tiene de algunas cosas —explicó Poirot—. Es observadora, ¿verdad?

—Me temo no poder afirmar tal cosa —respondió la señora Sutcliffe—. Ella no es lo que yo llamaría una chica que preste atención a los detalles. Me refiero a que sólo considera el lado práctico de la vida.

—Eso es preferible a inventar incidentes que no han sucedido jamás —estimó Poirot.

—Oh, Jennifer sería incapaz de hacer semejante cosa —dijo la señora Sutcliffe con plena convicción. Se levantó para dirigirse hacia la ventana y llamó—: Jennifer.

—Me gustaría —dijo a Poirot al regresar— que procurase usted meterle a Jennifer en la cabeza la idea de que tanto su padre como yo, solamente procuramos su bien.

Jennifer entró en la habitación con cara de enfado y miró a Hércules Poirot con profunda suspicacia.

—¿Cómo está usted? —cumplimentó Poirot—. Soy un antiguo amigo de Julia Upjohn. Fue a Londres a buscarme hace muy poco.

—¿Que Julia fue a Londres? —preguntó Jennifer ligeramente sorprendida—. ¿Por qué?

—Para pedirme consejo —explicó Poirot—. Está de regreso a Meadowbank —añadió.

—Así, pues, su tía Isabel no fue allí para llevársela —dijo Jennifer disparando a su madre una mirada inquieta.

Poirot miró a la señora Sutcliffe, la cual quizá porque se hallaba inmersa en la operación de contar la colada cuando llegó Poirot o tal vez a causa de algún inexplicable impulso, se levantó y abandonó el salón.

—Es muy injusto —se lamentó Jennifer— perderse todo lo que está ocurriendo allí. ¡Y el jaleo que han organizado mis padres! Ya le dije a mamá que era una bobada. Después de todo, no han asesinado a ninguna de las alumnas.

—¿Tiene alguna idea propia acerca de los asesinatos? —inquirió Poirot.

Jennifer movió la cabeza.

—Alguien que está majareta, —propuso. Añadió pensativa—: Me imagino que la señorita Bulstrode tendrá ahora que agenciarse unas cuantas profesoras nuevas.

—Así parece, —convino Poirot. Continuó—: *Mademoiselle* Jennifer, estoy interesado en la mujer que fue a ofrecerle una raqueta nueva a cambio de la vieja que usted tenía. ¿Recuerda?

—Naturalmente que me acuerdo —repuso Jennifer—. Todavía no he podido averiguar quién la envió en realidad. Tía Gina, desde luego, no fue.

—¿Qué aspecto tenía aquella mujer? —inquirió Poirot.

—¿La que trajo la raqueta? —Jennifer entornó los ojos, como para pensarlo—. Bueno, pues…, no lo sé. Llevaba un vestido bastante complicado, y una capita azul…, me parece, y un sombrero que le quedaba muy holgado.

—¿Sí? —dijo Poirot—. Pero yo no me refiero tanto a su vestimenta como a sus facciones.

—Me parece que llevaba una gran cantidad de maquillaje —respondió Jennifer, vagamente—. Demasiado para el campo, a mi juicio, y cabellos rubios. Creo que era americana.

—¿La había visto anteriormente? —preguntó Poirot.

—Oh, no —contestó Jennifer—. No creo que viviera por los alrededores. Dijo que había venido para asistir a una comida o a un *cocktail party* o algo por el estilo.

Poirot la miró pensativamente. Estaba interesado en la buena acogida que daba Jennifer a todo lo que él le decía. Preguntó con tiento:

—¿Pero es posible que ella entonces no estuviera diciendo la verdad?

—Oh, no; supongo que no —dijo Jennifer.

—¿Está segura de no haberla visto antes? ¿No podría haber sido una de las alumnas vestida de persona mayor, o tal vez una de las profesoras, disfrazada?

—¿Disfrazada? —Jennifer pareció perpleja.

Poirot colocó ante ella el apunte de *mademoiselle* Blanche que Eileen Rich había dibujado para él.

—Ésta no era la mujer, o ¿lo era?

Jennifer miró el dibujo con expresión de duda.

—Se le parece un poco, pero no estoy segura de que sea ella.

Poirot cabeceó, pensativo.

No había la menor señal de que Jennifer hubiera reconocido a *mademoiselle* Blanche.

—Verá usted —vaciló Jennifer—, yo, en realidad no la miré bien. Era americana, y en seguida me empezó a contar lo de la raqueta…

Después de decir esto quedaba bien claro que Jennifer no había tenido ojos para nada más que su nueva posesión.

—Comprendo, —dijo Poirot. Continuó—; ¿no vio usted en

Meadowbank a alguna persona que viera antes un día u otro en Ramat?

—¿En Ramat? —Jennifer consideró—. Oh, no…, por lo menos… no lo creo.

Poirot insistió en esta expresión de duda.

—Pero usted no está segura, *mademoiselle* Jennifer.

—Bueno… —Jennifer se rascó la frente con expresión preocupada—, quiero decir que estamos viendo continuamente a personas que se parecen a otras; pero una no puede recordar detalladamente a quién se parecen. A veces vemos a personas que hemos conocido, pero no recordamos exactamente quiénes son. Y nos preguntan: «¿Se acuerda de mí?» y eso da un apuro terrible porque la verdad es que no nos acordamos. Lo que quiero decir, es que, en cierto modo reconocemos su fisonomía, pero no podemos recordar sus nombres, o en qué sitio las conocimos.

—Eso es muy cierto —acordó Poirot—. Sí, es cierto. Es una experiencia que nos sucede a menudo —calló por un instante, y luego prosiguió, sondeándola—. A la princesa Shaista la reconocería con toda seguridad en el colegio, pues debió haberla visto anteriormente en Ramat.

—Ah, ¿pero estuvo ella en Ramat?

—Es muy verosímil —estimó Poirot—. Después de todo está emparentada con la familia real. ¿No pudo haberla visto allí?

—No lo creo —repuso Jennifer, frunciendo el entrecejo—. De todos modos, ella no iba a ir por allí enseñando su cara por todas partes. Me refiero a que todos llevan velos y todas esas cosas raras. Aunque, según creo, en París y en El Cairo se los quitan. Y en Londres, por supuesto —añadió.

—De todos modos, ¿no experimentó la sensación de ver en Meadowbank a alguien a quien ya había visto con anterioridad?

—No estoy segura de no haber visto a nadie. Claro está que la mayoría de las personas se parecen bastante en cualquier otra parte. Solamente cuando alguien tiene una cara fuera de lo corriente, como la señorita Rich, es cuando podemos recordarla.

—¿Cree usted haber visto a la señorita Rich anteriormente en alguna otra parte?

—No lo creo, realmente. Pudo haberse tratado de una persona que se le pareciera. Pero aquella mujer era mucho más gorda.

—Una mujer mucho más gorda —repitió Poirot, pensativo.

—Es imposible imaginarse a la señorita Rich gorda —manifestó Jennifer, lanzando una risita falsa—. Es tan terriblemente delgada y huesuda. Y además, la señorita Rich no pudo haber estado en Ramat, porque estuvo enferma durante el trimestre anterior.

—¿Y las otras chicas? ¿Había visto a alguna de ellas con anterioridad?

—Sólo a las que ya conocía —precisó Jennifer—. Una o dos de ellas. Después de todo, sabe usted, yo estuve allí tres semanas solamente, y en realidad no conozco ni a la mitad de las personas que están allí ni siquiera de vista.

—Debiera observar las cosas más detenidamente —le aconsejó Poirot con seriedad.

—Una no puede darse cuenta de todo, —protestó Jennifer; prosiguió—: Si Meadowbank sigue adelante, me gustaría volver. Vea si puede conseguir algo de mamá. Aunque verdaderamente —añadió— a mí me parece que el obstáculo es papá. Es terrible estar aquí en el campo. No tengo ninguna oportunidad para perfeccionar mi tenis.

—Le aseguro que haré cuanto pueda —le prometió Poirot.

Capítulo XXI

Atando cabos

1

—Necesito hablar con usted, Eileen —anunció la señorita Bulstrode. Eileen Rich siguió a la señorita Bulstrode al salón de esta última. Meadowbank se hallaba extrañamente tranquilo. Alrededor de unas veinticinco alumnas se encontraban todavía allí. Alumnas cuyos padres encontraron dificultoso o poco correcto ir a recogerlas. La desbandada originada por el pánico había sido contenida, según previo la señorita Bulstrode, gracias a su táctica. Se respiraba una sensación general de que en el próximo trimestre todo se habría aclarado. Había sido mucho más juicioso por parte de la señorita Bulstrode, opinaron, cerrar el colegio.

Ninguna de las componentes de la plana mayor se había marchado. La señorita Johnson estaba impaciente al tener demasiado tiempo libre en las manos. Los días en que había poco que hacer no le probaban en absoluto. La señorita Chadwick, con aspecto envejecido y triste, vagabundeaba por todas partes en una especie de coma, originado por las recientes desgracias. Estaba, a todas luces, mucho más afectada que la señorita Bulstrode. En efecto, esta última, al parecer, no encontró dificultad alguna en seguir siendo la misma de siempre, imperturbable, y sin la menor señal de fatiga o decaimiento. Las dos profesoras más jóvenes ponían poca objeción a este esparcimiento extra. Nadaban en la

piscina, escribían largas cartas a sus amistades y familiares y pedían folletos turísticos de cruceros marítimos para estudiarlos y comparar. Ann Shapland también tenía mucho tiempo disponible y no parecía resentirse de ello. Pasaba gran parte de este tiempo en el jardín, entregándose a la jardinería con una eficiencia completamente inesperada. El que ella prefiriese ser instruida en el trabajo por Adam Goodman más bien que por el viejo Briggs, era un fenómeno que, bien mirado, no tenía nada de extraño.

—Sí, señorita Bulstrode —dijo Eileen Rich.

—Necesitaba hablar con usted —le comunicó la señorita Bulstrode—. Si este colegio va a continuar o no, es cosa que no sé. Los sentimientos de las personas son siempre bastante difíciles de calcular, porque todos sentimos de un modo diferente. Pero el resultado será que aquel que sienta una cosa con más fuerza, acabará finalmente por convertir a todos los demás. Así que o termina Meadowbank…

—No —protestó Eileen Rich, interrumpiéndola—, no puede terminar… —casi pataleó, y su pelo empezó inmediatamente a soltarse—. Usted no debe consentir que se paralice —exclamó—. Sería un pecado…, un crimen.

—Emplea usted palabras muy fuertes —observó la señorita Bulstrode.

—Lo siento muy fuerte. Hay muchas cosas que me parece que no valen la pena en absoluto, pero Meadowbank me parece que la vale. Me lo pareció desde el momento en que pisé el colegio por primera vez.

—Es usted luchadora —coligió la señorita Bulstrode—. Me gustan las personas luchadoras, y puedo asegurarle que no tengo intención de ceder mansamente. En cierto modo, voy a disfrutar de la lucha. Ya sabe usted que cuando todo es demasiado fácil y las cosas marchan demasiado bien, una se vuelve…, no encuentro la palabra exacta para definirlo…, ¿satisfecha de sí misma? ¿Aburrida? Una especie de híbrido de estas dos cosas. Pero en estos momentos no estoy aburrida ni satisfecha y me propongo luchar con cada gramo de fuerza que tengo y con cada penique que poseo. Ahora bien, lo que quería decirle a usted es esto: Si Meadowbank continúa adelante, ¿le gustaría entrar en sociedad en términos de igualdad?

—¿Yo? —exclamó Eileen Rich, mirándola fijamente—. ¿Yo?

—Sí, querida —aseveró la señorita Bulstrode—. Usted.

—No podría hacerlo —adujo Eileen Rich—. No sé lo bastante. Soy todavía muy joven para ello. Carezco de la experiencia y la sabiduría que usted necesita.

—Deje a mi cargo el saber qué es lo que yo necesito —replicó la señorita Bulstrode—. Tenga en cuenta que en el momento en que hablamos, ésta no es una proposición ventajosa. Con toda probabilidad usted encontraría algo mejor en cualquier otra parte. Pero yo deseo hacerle saber esto, y debe creerme. Yo había decidido ya antes de la infortunada muerte de la señorita Vansittart que usted era la persona que yo necesitaba para que se encargara de la dirección de este internado.

—¿Ya entonces pensó usted en eso? —Eileen Rich clavó en ella su mirada—. Pero yo imaginaba… todas nosotras suponíamos… que la señorita Vansittart…

—No me comprometí a nada con la señorita Vansittart —aclaró la señorita Bulstrode—. Aunque debo confesar que la tenía en la imaginación. Pensé en ella durante estos dos últimos años. Pero siempre había algo que me retenía de decirle nada definitivo respecto a ello. Me imagino que todo el mundo daba por sentado que ella había de ser mi sucesora. Incluso es posible que ella misma lo creyera así. Y yo misma tuve esa intención hasta hace muy poco. Poco después decidí que ella no era la persona que necesitaba.

—Pero era tan apropiada en todos los aspectos —opinó Eileen Rich—. Ella hubiera continuado exactamente en la misma forma que usted. Tenía sus mismas ideas.

—Sí —reconoció la señorita Bulstrode— y eso es precisamente lo que hubiera resultado una equivocación. No debemos detenernos en el pasado. Una cierta dosis de tradición es conveniente, pero demasiado no lo es nunca. Un colegio debe ser para la juventud de hoy día, y no para la de hace treinta años. Hay colegios en que la tradición es el todo, pero Meadowbank no es de ésos. No es un internado con una larga tradición a sus espaldas. Es la creación, si puedo decirlo, de una mujer. De mí misma. He ensayado ciertas ideas y las he llevado a la práctica utilizando todos los recursos de mi habilidad, aunque ocasionalmente me he visto precisada a modificarla, cuando no han producido los resultados que yo

esperaba. No ha sido nunca un internado convencional, pero tampoco se ha enorgullecido de no serlo. Es un colegio que procura combinar lo mejor de ambos mundos, el pasado y el futuro, pero haciendo verdadero hincapié en el presente. De este modo es como va a continuar, como debe continuar. Dirigido por alguien con ideas… ideas del presente. Conservando la sabiduría del pasado, pero mirando con expectación hacia el futuro. Usted tiene poco más o menos la misma edad que yo tenía cuando puse esto en marcha, pero usted posee lo que ya no puedo tener más. Lo encontrará escrito en la Biblia. *Los viejos sueñan sus sueños, pero son los jóvenes quienes poseen la inspiración*. Aquí no necesitamos sueños, sino inspiración. Creo que usted la posee, y por eso es por lo que decidí que usted y no Eleanor Vansittart había de ser mi sucesora.

—Habría sido maravilloso —dijo Eileen Rich—. Maravilloso. Me hubiera gustado sobre todas las cosas.

La señorita Bulstrode se sorprendió ligeramente por el tiempo gramatical, aunque no lo demostró. En lugar de ello, convino prontamente.

—Sí —concedió—. Podría haber sido maravilloso. ¿Pero es que no es maravilloso ahora? Bueno, me parece que eso puedo comprenderlo.

—No; no me refiero a eso en absoluto —protestó Eileen Rich—. En absoluto. Yo…, yo no puedo entrar en detalles muy bien, pero si usted me… hubiera preguntado, me hubiera hablado de esta forma hace una semana o dos, yo le habría respondido al momento que no podía, que ello me era completamente imposible. La única razón por la cual… por la cual sería posible ahora, es porque…, bueno, porque es un caso de luchar… de tener que hacer frente a las circunstancias. ¿Me permite…, me permite meditarlo, señorita Bulstrode? No sé qué pensar en este momento.

—Desde luego… —concedió la señorita Bulstrode. Todavía se hallaba sorprendida. Pensaba que nadie llegaba nunca a conocer las reacciones de los demás.

2

—Ahí va la Rich con el pelo colgándole como de costumbre —comentó Ann Shapland al tiempo que se incorporaba de un macizo de flores—. Si es que no puede gobernarlo, no acierto a comprender qué hace que no se lo corta. Tiene una bonita forma de cabeza, y le iría mucho mejor.

—Debería decírselo —indicó Adam.

—No tenemos confianza como para eso —aclaró Ann Shapland. Prosiguió—: ¿Cree usted que este lugar podrá seguir adelante?

—Ésa es una pregunta muy problemática —repuso Adam—. Además, ¿quién soy yo para opinar?

—Usted podría determinarlo tan bien como cualquier otro —alegó Ann Shapland—. Sabe, pudiera ser que sí. La vieja «Bull», como le llaman las chicas, posee lo que hace falta. Un efecto hipnótico sobre los padres, entre otras muchas cualidades. ¿Cuánto tiempo hace desde que empezó el trimestre? ¿Sólo un mes? Parece ya un año. Estaré encantada cuando llegue a su fin.

—¿Volverá usted al colegio en caso de que siga adelante?

—No —dijo Ann, con énfasis—, desde luego que yo no. Ya estoy bastante saturada de colegio para todo el resto de mi vida. No me va en absoluto estar enjaulada con un montón de mujeres. Y francamente, no me gusta el asesinato. Es la clase de asunto que me divierte leer en el periódico, o representado por medio de una novela bien escrita para leer en la cama y quedarse dormida. Pero en la realidad, no es una cosa tan agradable. Me parece —añadió Ann, con reflexión— que cuando me vaya de aquí a final del trimestre, me casaré con Dennis y asentaré mi vida.

—¿Con Dennis? —exclamó Adam—. Ése es el tipo de quien me habló, ¿no? El que, si mal no recuerdo, se dedica a un trabajo que le lleva hasta Birmania, Malaya, Singapur y sitios por el estilo. Me imagino que casándose con él no se asentaría mucho que digamos.

De improviso, Ann lanzó una carcajada.

—No, no, presumo que no lo será. Al menos no en el sentido corpóreo y geográfico.

—Yo creo que usted puede encontrar un partido mejor que Dennis —insinuó Adam.

—¿Me está usted haciendo una proposición? —le preguntó Ann Shapland.

—Naturalmente que no —replicó Adam—. Usted es una chica

ambiciosa que no se contentaría con casarse con un humilde jardinero.

—Yo estaba preguntándome si me convendría tomar por marido a uno del C.I.D. —apuntó Ann.

—Yo no pertenezco al C.I.D. —aseguró Adam.

—No, no. Desde luego que no —concedió Ann—. Preservemos las sutilezas del lenguaje. Usted no pertenece al C.I.D. Shaista no ha sido secuestrada, y todo está precioso en el jardín. Bastante bonito —añadió, mirando todo alrededor—. Así y todo —prosiguió después de unos momentos— no acaba de entrarme en la cabeza la reaparición de Shaista en Ginebra; o como quiera que sea la historia. ¿Cómo llegó hasta allí? Todos ustedes deben ser muy negligentes para permitir que la sacaran de este país.

—Mis labios están sellados —manifestó Adam.

—Yo no creo que tenga usted la menor noción de ello —supuso Ann.

—Debo confesar que tenemos que estar agradecidos a *monsieur* Hércules Poirot por habérsele ocurrido una ingeniosa idea.

—¿Quién? ¿Ese hombrecillo tan divertido que trajo a Julia de vuelta y estuvo hablando con la señorita Bulstrode?

—Sí; se llama a sí mismo —le informó Adam— un «detective con consulta particular».

—A mí me parece que es más bien una gloria pasada —dictaminó Ann.

—Yo no comprendo qué es lo que se propone en absoluto —dijo Adam—. Incluso ha ido a visitar a mi madre, por lo menos si no fue él, un amigo suyo lo hizo.

—¿A su madre? —interrogó Ann—. ¿Para qué?

—No tengo idea. Parece sentir una especie de mórbido interés. También fue a visitar a la madre de Jennifer.

—¿Fue a visitar a las madres de las señoritas Rich y Chadwick?

—Yo infiero que la señorita Rich no tiene madre —repuso Adam —. De lo contrario, no hay duda de que hubiera ido a verla.

—La señorita Chadwick tiene madre. Vive en Cheltenham, según me dijo —le informó Ann—, pero creo que tiene sus ochenta y tantos. La pobre señorita Chadwick, lo que parece es que tiene los ochenta ella misma. Ahí viene a hablarnos.

Adam levantó la mirada.

—Sí —dijo—, ha envejecido un disparate en esta última semana.

—Porque tiene verdadero cariño al colegio —indicó Ann—. Es toda su vida. No puede sufrir el verlo decaer dando tumbos.

La señorita Chadwick aparentaba efectivamente diez años más vieja que el día de la apertura del trimestre. Su modo de andar había perdido aquella vivaz eficiencia. Ya no correteaba felizmente, moviéndose sin parar. Ahora se acercó a ellos arrastrando sus pasos lentamente.

—¿Quiere usted, por favor, presentarse a la señorita Bulstrode? —le dijo a Adam—. Tiene que darle instrucciones acerca del jardín.

—Tendré que hacer antes un poquito de limpieza —dijo Adam. Dejó caer sus aperos, y desapareció hacia el invernadero.

Ann y la señorita Chadwick marcharon juntas hacia la casa.

—Parece muy tranquilo, ¿verdad? —observó Ann, mirando en torno suyo—. Como el patio de butacas vacío de un teatro —agregó contemplativamente— con unos pocos espectadores distribuidos estratégicamente por la taquillera con el mayor tacto posible para dar la impresión de que hay mucho más público.

—Es terrible —se lamentó la señorita Chadwick—. ¡Espantoso! Pensar que Meadowbank haya llegado a esto. No puedo desechar la idea. Me es imposible desechar la idea. Imposible dormir por la noche. Todo en ruinas. Tantos años de trabajo para realizar algo verdaderamente selecto.

—Puede volver de nuevo a lo que era —sugirió Ann, alegremente—. Ya sabe usted que la gente tiene muy mala memoria.

—No tan mala como para que tarden mucho tiempo en olvidar —concluyó la señorita Chadwick.

Ann no dio respuesta alguna. En el fondo de su corazón ella estaba un poco de acuerdo con la señorita Chadwick.

3

Mademoiselle Blanche abandonó la clase donde había estado enseñando literatura francesa.

Echó una ojeada a su reloj. Sí; tenía tiempo de sobra para lo que

se proponía hacer. Con tan pocas alumnas, siempre había abundancia de tiempo en estos días.

Subió a su habitación para ponerse el sombrero. No era de las que iban destocadas a todas partes. Estudió su figura en el espejo sin experimentar satisfacción. No se podía advertir personalidad de ninguna clase. Bueno, puede que esto tuviera sus ventajas. Sonrió para sí misma. Se le habían dado muy bien las cosas al hacer uso de los certificados de su hermana. Incluso las fotografías del pasaporte habían pasado inadvertidas. Hubiera sido una gran lástima desaprovechar aquellas excelentes credenciales cuando Angele murió. Ésta había disfrutado de veras con la enseñanza. En cambio, para ella era de un aburrimiento indescriptible. Pero los honorarios eran excelentes. Superaban, con mucho, lo que ella había ganado jamás en su vida hasta el presente.

Y, además, las cosas se habían puesto increíblemente bien. El futuro iba a ser muy diferente. Oh, sí, muy diferente. La pardusca *mademoiselle* Blanche experimentaría una metamorfosis. Lo vio todo con los ojos de la imaginación. La Riviera. Y ella, elegantemente vestida y maquillada como Dios manda. Lo único que se necesitaba en este mundo era dinero. Oh, sí, la vida iba a ser muy agradable, en efecto. Valía la pena haber venido a este detestable colegio inglés.

Recogió su bolso de mano y salió de la habitación hacia el pasillo. Sus ojos advirtieron a la mujer arrodillada que estaba trabajando allí. Una nueva asistenta. Una espía de la policía innegablemente. ¡Qué simples eran, si creían que no se les notaba a la legua!

Con una sonrisa despectiva en los labios, salió de la casa, y se dirigió calzada abajo hacia la gran puerta de entrada. La parada del autobús estaba casi enfrente. Permaneció allí, esperando. El autobús llegaría dentro de unos instantes.

Había muy pocas personas en esta tranquila carretera rural. Un coche, con un hombre inclinándose encima del *capot*. Un ciclista, con la bicicleta apoyada contra un vallado. Otro hombre, que también estaba esperando el autobús.

Uno u otro de los tres la seguiría, sin duda. Lo haría con habilidad, no de una manera obvia. *Mademoiselle* Blanche estaba plenamente consciente del hecho, pero no era cosa que le

preocupara. Su «sombra» era bienvenida para ver dónde iba ella y lo que hacía.

El autobús llego. Subió a él. Un cuarto de hora más tarde se apeó en la plaza principal de la ciudad. No se tomó la molestia de mirar hacia atrás para ver si la seguían. Cruzó hacia unos grandes almacenes de proporciones bastante amplias, cuyos escaparates mostraban una colección de sus nuevos modelos. De poca calidad, para gustos provincianos, dictaminó, frunciendo los labios con desdén. Pero se quedó mirándolos, como si le atrajeran en gran manera.

Al poco rato entró en el interior e hizo unas cuantas compras sin importancia, tras lo cual subió a la planta principal y entró en la sala de espera de señoras, donde había una mesa para escribir, algunas butacas, y una cabina telefónica. Se dirigió hacia la cabina, introdujo las monedas necesarias, marcó el número que le interesaba, y esperó hasta oír si le contestaba la voz de la persona requerida.

Hizo un movimiento de cabeza como aprobándose a sí misma, presionó el botón A, para poder oír a quien llamaba y habló:

—Aquí es la *Maison Blanche*. ¿Me comprende? La *Maison Blanche*. Tengo que hablarle de una cantidad que se me debe. Tiene de plazo hasta mañana por la tarde. Tiene que girar a la cuenta corriente de la *Maison Blanche* en el Crédit Nationale de Londres, en la sucursal de Ledbury Street, la suma que voy a indicarle.

Nombró una cantidad.

—En caso de que esa cantidad no fuera liquidada, entonces me veré en la necesidad de informar donde proceda lo que observé en la noche del día 12. La referencia es… ponga atención… la señorita Springer. Tiene usted algo más de veinticuatro horas.

Colgó y emergió en la sala de espera. Una mujer acababa de entrar. Quizás otra cliente de la tienda, o tal vez no lo fuera. Pero si se trataba de lo segundo, era demasiado tarde para que hubiese podido llegar a enterarse de nada.

Mademoiselle Blanche se recompuso en el tocador adyacente, y después fue a probarse un par de blusas, que no compró; entonces se marchó otra vez a la calle, sonriendo para sí. Entró a curiosear en una librería, tras lo cual tomó el autobús para regresar a Meadowbank.

Todavía estaba sonriendo a sí misma al ascender la calzada. Había llevado a cabo muy bien el asunto. La cantidad que había pedido no era demasiado elevada… no era imposible de tener dispuesta en un plazo corto. Y estaba bastante bien para ir tirando de ella. Porque, naturalmente, en el futuro habría ulteriores demandas…

Sí, ésta iba a ser una fuente de ingresos muy bonita. No tenía el menor remordimiento de conciencia. No consideraba de ningún modo que fuera su deber informar a la policía de lo que había visto y sabía. Esa Springer había sido una mujer detestable, *rude, mal élevée*. Espiando en todo lo que no le incumbía. Ah, bueno, se había llevado su merecido.

Mademoiselle Blanche permaneció un rato junto a la piscina. Contempló a Eileen Rich sumergiéndose. Después Ann Shapland subió al trampolín y se sumergió también igualmente. Las chicas reían y gritaban.

Sonó una campanilla, y *mademoiselle* Blanche fue a su clase de párvulos. No prestaban atención y eran insoportables, pero *mademoiselle* Blanche apenas si se dio cuenta. Pronto habría terminado de dar clase para siempre.

Subió a su habitación a arreglarse para la cena. De una manera vaga, sin apenas darse cuenta, vio que, contrariamente a su costumbre, había arrojado en una butaca del rincón su chaqueta de trabajar en el jardín en lugar de colgarla, como hacía habitualmente.

Se inclinó hada delante, estudiando su cara en el espejo. Se empolvó la cara y se pintó los labios…

El movimiento fue tan rápido que la pilló completamente de sorpresa. Silencioso. Profesional. La chaqueta que estaba encima de la butaca pareció moverse y caer al suelo, y un instante después una mano que agarraba un saco de arena surgió a espaldas de *mademoiselle* Blanche.

Cuando iba a abrir los labios para gritar, el saco de arena cayó pesadamente detrás de su nuca.

Capítulo XXII

Incidentes en Anatolia

La señora Upjohn estaba sentada al borde de la carretera, desde donde se dominaba una profunda garganta. Hablaba parte en francés y parte valiéndose de la mímica a una mujer turca, corpulenta y maciza, que le estaba contando, con la mayor profusión posible de detalles, bajo estas dificultades en la conversación, todo lo referente a su último parto y cinco abortos. Parecía estar tan satisfecha de éstos como de los nacimientos.

—¿Y usted? —le aguijoneó en el costado a la señora Upjohn, pícaramente—. *Combien? Garçons? Filles? Combien?* —la turca alzó las manos dispuesta a que se lo indicara valiéndose de los dedos.

—*Une fille* —indicó la señora Upjohn.

—*Et garçons?*

Advirtiendo que estaba a punto de desmerecerse en la apreciación de la mujer turca, la señora Upjohn, en un arranque de nacionalismo, se valió del perjurio y levantó los cinco dedos de su mano derecha.

—*Cinq* —dijo.

—*Cinq garçons? Tres bien!*

La mujer turca inclinó la cabeza en señal de beneplácito y consideración. Agregó que de haberla acompañado una prima suya que hablaba francés con bastante fluidez se podrían haber entendido mutuamente. Entonces sacó a relucir otra vez el tema de su último aborto.

Los otros viajeros estaban desparramados próximos a ella, comiendo unos bocados sobrantes de viandas que sacaban de los

cestos que llevaban consigo. El ómnibus, que tenía el aspecto más deplorable debido a tanto baqueteo como había llevado, lo habían parado enfrente de una roca colgante, y el conductor y otros hombres estaban hurgando dentro del *capot*. La señora Upjohn había perdido por completo la cuenta del tiempo. Las riadas habían bloqueado las carreteras, y se habían visto forzados a hacer varios *détours*, y, en una ocasión se habían estancado durante siete horas, hasta que descendió la corriente del riachuelo que estaban vadeando. Todo lo que ella sabía era que Ankara estaba en un futuro al que no era del todo imposible llegar. Iba prestando atención a la charla ávida e incoherente de su amiga, tratando de acertar cuando asentir admirablemente y cuando mostrar su conformidad agitando la cabeza.

Una voz atajó sus pensamientos; una voz incongruente en grado sumo con el ambiente que en este momento la rodeaba.

—La señora Upjohn —conjeturó la voz—, supongo.

La señora Upjohn alzó la vista. A corta distancia de ella se había detenido un coche. El hombre que estaba en pie ante ella había, indudablemente, salido de él. Su semblante era inequívocamente británico, al igual que su habla. Estaba impecablemente vestido con un traje de franela gris.

—¡Cielo santo! —exclamó la señora Upjohn—. ¿Es el doctor Livingstone? [9]

—Tienen bastante semejanza aquélla y ésta situación —reconoció el hombre con un tono agradable—. Mi nombre es Howard. Pertenezco al Consulado Británico de Ankara. Llevamos dos o tres días tratando de ponernos en contacto con usted, pero las carreteras han estado interceptadas.

—¿Que querían ponerse ustedes en contacto conmigo? ¿Para qué? —la señora Upjohn se puso en pie instantáneamente. Se había ausentado toda traza de la alegre viajera. Ella era toda una madre; hasta la última partícula de su ser—. ¡Julia! —profirió vivamente—. ¿Le ha pasado algo a Julia?

—No, no —le aseguró el señor Howard—. Julia sigue perfectamente bien. No se trata de ella en absoluto. Es que Meadowbank ha sido centro de confusiones, y es menester que se persone usted allí lo antes posible. Yo la llevaré en mi coche a Ankara, y así podrá coger un avión dentro de una hora

aproximadamente.

La señora Upjohn despegó los labios y luego los volvió a juntar. Poco después manifestó:

—Haga el favor de alcanzarme mi bolsa de viaje de lo alto del autobús. Es la azul marino, —se volvió a su compañera turca, le estrechó la mano y le dijo—: Lo siento pero tengo que volver a casa en este momento —hizo un movimiento ondulatorio con la mano al resto de los ocupantes del autobús con la más extremada cordialidad, pronunciando un cumplido turco de despedida que formaba parte de su limitado vocabulario del idioma, y se dispuso a seguir al señor Howard inmediatamente, sin formular más preguntas. Éste advirtió, como ya antes lo habían hecho otras muchas personas, que la señora Upjohn era una mujer sensata.

Capítulo XXIII

Desenlace

1

En una de las aulas más pequeñas, la señorita Bulstrode dirigió su mirada de una en una a las personas congregadas allí. Todos los miembros de su cuadro de profesoras se hallaban presentes. La señorita Chadwick, Johnson y Rich y las dos profesoras más jóvenes. Ann Shapland estaba sentada con su bloc y un lápiz, para el caso de que la señorita Bulstrode la necesitase para tomar notas. Al lado de la señorita Bulstrode se sentó el inspector Kelsey, y algo alejado de éste, Hércules Poirot. Adam Goodman en «tierra de nadie», a igual distancia del profesorado y de lo que él llamaba, con frase propia, el cuerpo ejecutivo. La señorita Bulstrode se levantó, y empezó a hablar, con su bien modulada voz, de una manera terminante.

—Creo mi deber hacia todas ustedes —expuso—, como miembros de mi plana mayor e interesadas en el bienestar del colegio, informarles exactamente hasta qué punto ha progresado esta encuesta. He sido informada de varios hechos por el inspector Kelsey, *Monsieur* Hércules Poirot, que está muy bien relacionado en el mundo entero, ha obtenido una valiosa ayuda de Suiza, e informará por sí mismo sobre este asunto particular. Todavía no hemos llegado al final de la encuesta, lamento decirlo, pero algunos pequeños detalles han sido aclarados por completo, e imaginé que

sería un alivio para todos ustedes el saber cómo marcha la cuestión en el momento presente.

La señorita Bulstrode miró hacia el inspector Kelsey, y éste se puso en pie.

—Oficialmente —empezó— no me encuentro en situación de descubrir todo cuanto sé. Solamente puedo tranquilizarles ciñéndome a decirles que estamos haciendo progresos y empezando a tener una idea bastante clara de quien pueda ser responsable de los tres crímenes que se han cometido dentro de los límites del colegio. No iré más allá de eso. Mi amigo, *monsieur* Hércules Poirot, que no está ligado a ninguna reserva oficial y disfruta de plena libertad para comunicarles sus propias ideas, revelará a ustedes cierta información que se ha procurado él mismo valiéndose de su influencia. Tengo la convicción de que todas ustedes son leales a Meadowbank y a la señorita Bulstrode y guardarán el secreto de ciertas cuestiones que va a tocar *monsieur* Poirot y que no son de ningún interés público. Mientras menos comentarios o especulaciones haya sobre ellas, tanto mejor será. Así que yo voy a rogarles que se reserven para sí los datos de que van a tener noticias aquí hoy. ¿Queda entendido?

—Por supuesto —aseguró la señorita Chadwick enfáticamente, tomando la palabra antes que ninguna otra—. Desde luego que todas somos leales a Meadowbank. Por lo menos yo confío en que sea así.

—Naturalmente —aseveró la señorita Johnson.

—Oh, sí —dijeron las dos profesoras más jóvenes.

—Estoy de acuerdo —convino Eileen Rich.

—Entonces, *monsieur* Poirot, cuando guste…

Hércules Poirot se puso en pie, irradió una sonrisa a su auditorio y se retorció cuidadosamente las guías de su bigote. Las dos profesoras más jóvenes experimentaron un súbito deseo de dejar escapar una risita tonta y desviaron sus miradas una de otra, apretando firmemente los labios.

—Éste ha sido un penoso y difícil intervalo para todas ustedes —comenzó—. Deseo que sepan antes que nada que yo estimo eso en lo que vale. Aunque para la señorita Bulstrode ha resultado ser, naturalmente, peor que para ninguna otra, todas ustedes han padecido también, ustedes han sufrido, en primer lugar, la pérdida

de tres de sus colegas, una de las cuales estuvo aquí durante un considerable período de tiempo, me refiero a la señorita Vansittart. La señorita Springer y *mademoiselle* Blanche eran, desde luego, recién llegadas, pero no dudo que sus muertes fueron para ustedes un rudo golpe y un acontecimiento doloroso. Ustedes mismas deben haber sufrido igualmente una enorme depresión, porque debe haberles parecido como si hubiera una especie de venganza personal, dirigida contra las profesoras del colegio de Meadowbank. Eso, puedo asegurarles, y el inspector Kelsey también lo hará, no es así. Meadowbank, por una serie fortuita de contingencias, se convirtió en el centro de atención de varios intereses indeseables. Se ha introducido, por decirlo así, un gato en el palomar. Se han cometido aquí tres asesinatos, y también ha habido un secuestro. Primero me ocuparé del secuestro, pues a través de toda esta historia, la dificultad ha consistido en quitar de en medio materias extrañas, que si bien criminales en sí mismas oscurecen el hilo más importante, el hilo de una persona asesina y dispuesta a matar despiadadamente, y que se encuentra en medio de ustedes.

Se sacó una fotografía del bolsillo.

—Antes que nada, les pasaré esta fotografía de una en una.

Kelsey la tomó, se la entregó a la señorita Bulstrode, y ésta, a su vez la fue pasando a las demás, hasta que fue devuelta a Poirot. Éste les miró las caras, que estaban completamente inexpresivas.

—Les pregunto a ustedes, a todas ustedes, ¿reconocen a la chica que está en esa fotografía?

Todas ellas negaron con la cabeza.

—Pues deberían reconocerla —indicó Poirot—, puesto que se trata de una fotografía de la princesa Shaista, obtenida por mí en Ginebra.

—Pero ésa no es Shaista, ni muchísimo menos —gritó la señorita Chadwick.

—Exactamente —replicó Poirot—. Los hilos de todo este asunto tienen su comienzo en Ramat, donde como ustedes saben, estalló una revolución *coup d'état* hace unos tres meses. El gobernante príncipe Alí Yusuf consiguió huir en una avioneta, que conducía su piloto privado. El aparato no obstante, se estrelló en las montañas al norte de Ramat y no fue descubierto hasta algún tiempo después. Cierto artículo de gran valor qué el príncipe Alí Yusuf llevaba

siempre encima fue echado de menos. No apareció entre los restos del accidente, y circularon rumores de que había sido traído a este país. Varios grupos de personas estaban impacientes por tomar posesión de este valioso artículo. Uno de los hilos que tenían para conducirles a él era el único familiar que quedaba del príncipe Alí Yusuf, su prima hermana, una chica que por aquel entonces se hallaba en un internado de Suiza. Lo más probable sería que, de haber conseguido sacar el objeto a salvo de Ramat, éste debería ser entregado a Shaista o a sus parientes y tutores. Ciertos agentes se dedicaron a vigilar a su tío el emir Ibrahim, y otros a no perder de vista a la princesa Shaista. Era cosa sabida que ella era esperada en este internado, en Meadowbank, para el actual trimestre. Por lo tanto, hubiera parecido perfectamente natural que enviaran aquí a alguien para que obtuviese empleo y montara una estrecha vigilancia de cualquiera que se aproximara a la princesa o que estuviese alerta a sus cartas y recados telefónicos. Pero elaboraron una idea mucho más simple y eficaz: la de raptar a Shaista y enviar en su lugar a uno de sus propios agentes a este internado, haciéndola pasar por la auténtica princesa Shaista. Esto podría ser llevado a cabo con éxito, pues el emir Ibrahim se encontraba en Egipto y no tenía la intención de visitar Inglaterra hasta el final de este verano. La señorita Bulstrode no conocía a la chica, y todos los acuerdos que había concertado referente a su recepción fueron efectuados por conducto de la embajada de Londres.

»El plan era sencillo en extremo. La auténtica Shaista abandonó Suiza acompañada por un delegado de la embajada en Londres. O por lo menos, eso era lo que se suponía. De hecho, la embajada en Londres fue informada que un delegado del colegio suizo acompañaría a la chica a Londres. La verdadera Shaista fue llevada a un chalet muy agradable en Suiza, donde ha permanecido desde entonces, y una chica por completo diferente llegó a Londres, fue recibida allí por un comisionado de la embajada y traída posteriormente a este colegio. Huelga aclarar que la sustituta era, necesariamente, mucho mayor que Shaista. Pero esto difícilmente podría atraer la atención puesto que las chicas orientales están perceptiblemente mucho más desarrolladas que las occidentales de su misma edad. Una joven actriz francesa, especializada en papeles de colegiala, fue el agente escogido.

»Yo pregunté si se había fijado alguien en las rodillas de Shaista. Éstas son una magnífica indicación de la edad. Las rodillas de una mujer de veintidós o veintitrés años no pueden ser confundidas con las de una chica de catorce o quince. Nadie, por desgracia, había reparado en ellas.

»El plan no tuvo el éxito que habían esperado. Nadie intentó ponerse en contacto con Shaista. No llegó ninguna carta para ella, ni hubo tampoco ninguna llamada telefónica de importancia, y, a medida que iba transcurriendo el tiempo, surgió un nuevo motivo de inquietud. Se enteraron que era muy posible que el emir Ibrahim llegara a Inglaterra antes de la fecha prevista. No era un hombre que anunciara sus planes con anticipación. Tenía la costumbre, si no me han informado mal, de decir por la noche: "mañana me marcho a Londres", y ponerlo en práctica sin más expediente.

»La falsa Shaista, por lo tanto, estaba ojo avizor de que una persona que conocía a la auténtica princesa podía aparecer de un momento a otro. La inminencia de esta aparición fue incrementada después de ocurrido el asesinato, y por esa razón empezó a preparar el terreno para el secuestro sacando a relucir tal tema al inspector Kelsey. Ni que decir tiene que el secuestro no tuvo nada de tal. Tan pronto como se enteró de que su "tío" vendría a sacarla en la mañana del día siguiente, envió un breve recado por teléfono, y media hora antes que el auténtico coche del emir, apareció un ostentoso automóvil, con una matrícula falsa del C.D. y Shaista fue oficialmente "raptada". De hecho, por supuesto, fue depositada por el coche en la primera ciudad importante por la que pasaron, donde inmediatamente recuperó su verdadera personalidad. Una nota de rescate de estilo completamente *amateur* fue enviada precisamente para mantener en pie la farsa.

Hércules Poirot hizo una pausa y después prosiguió:

—Se trataba, como pueden ver, de un truco de ilusionista, dirigiendo la atención de su público en una dirección falsa. Se enfocan los ojos en el secuestro aquí y no se le ocurre a nadie que el secuestro ocurrió realmente tres semanas antes en Suiza.

Lo que realmente quiso decir Poirot, pero fue suficientemente educado para no mencionarlo, es que esto no se le ocurrió a nadie más que a él.

—Pasemos ahora —dijo— a algo más serio que el secuestro…, el

asesinato.

»La falsa Shaista podría, por supuesto, haber matado a la señorita Springer, pero no a la señorita Vansittart o a *mademoiselle* Blanche, y no tenía motivo alguno para matar a ninguna, ni era eso lo que se requería de ella. Su papel consistía, simplemente, en recibir un valioso paquete en caso de que, como parecía probable, le fuera entregado a ella, o en recibir noticias de aquél.

»Retrocedamos ahora a Ramat, donde se inició todo esto. Fue extensamente rumoreado que el príncipe Alí Yusuf había hecho entrega de este valioso paquete a Bob Rawlinson, su piloto particular, y que Rawlinson se dirigió al hotel principal de Ramat, donde se hospedaba su hermana, la señora Sutcliffe, con su hija Jennifer. Éstas habían salido, pero Bob Rawlinson subió a la habitación que ocupaban, donde estuvo durante veinte minutos, por lo menos. Éste es un lapso de tiempo más bien largo, teniendo en cuenta las circunstancias. Podía, por supuesto, haberse entretenido escribiendo una larga carta a su hermana. Pero no fue así. Dejó allí una breve nota, que le habría ocupado, a lo sumo, dos minutos en garabatear.

»Como corolario, fue inferido por diversas partes interesadas que el tiempo que permaneció en la habitación lo empleó en esconder este objeto entre los efectos pertenecientes a su hermana y ella trajo consigo en su viaje de regreso a Inglaterra. Ahora llegamos a lo que podríamos llamar el punto donde bifurcan dos hilos diferentes. Un grupo de interesados… (o posiblemente, más de un grupo) supuso que la señora Sutcliffe se trajo este artículo consigo en su viaje de vuelta a Inglaterra y como consecuencia, su casa de campo fue registrada, efectuándose en ella una concienzuda búsqueda. Esto demostró que quien hizo el registro no sabía con exactitud dónde estaba escondido el artículo. Solamente sabía que con toda probabilidad se hallaba en alguna parte entre las posesiones de la señora Sutcliffe.

»Pero otra persona sabía con toda precisión el sitio exacto en que estaba escondido el objeto, y yo considero que a estas alturas no puede causar perjuicio alguno el que yo les revele el sitio donde, efectivamente, lo ocultó Bob Rawlinson. Lo hizo en el mango de una raqueta de tenis, ahuecándolo y volviéndolo a ensamblar después con tal destreza, que sería muy difícil advertir después lo

que había hecho.

»La raqueta de tenis pertenecía, no a su hermana, sino a la hija de esta, Jennifer, quien la trajo consigo a Meadowbank. Cierta persona que sabía con exactitud dónde estaba escondido el tesoro, se dirigió una noche al pabellón de deportes, habiendo previamente tomado un molde de la llave y mandando hacer un duplicado. A esas horas de la noche todo el mundo en el internado debería estar durmiendo en la cama. Pero no fue así. La señorita Springer se dio cuenta desde la casa de la luz que arrojaba una linterna en el pabellón de deportes y salió hacia allí para investigar. Era una mujer muy fuerte y tozuda, que no tenía ninguna duda de su propia habilidad en contender con cualquier situación peligrosa que le saliera al paso. La persona en cuestión estaba probablemente escudriñando entre las raquetas de tenis con el fin de encontrar la auténtica. Descubierta y reconocida por la señorita Springer, no perdió el tiempo en dudas… La persona que estaba registrando era una asesina, y disparó contra la señorita Springer, matándola. Sin embargo, la persona asesina se vio obligada a actuar con rapidez. El disparo había sido oído, y se percibían pasos de alguien que se acercaba… La persona que cometió el asesinato tenía que salir del pabellón de deportes a toda costa. De momento, debía dejar la raqueta en el sitio en que se hallaba.

»Algunos días después intentó un método diferente. Una mujer extraña, hablando con fingido acento americano, acechó a Jennifer Sutcliffe cuando venía de la pista de tenis y le contó una plausible historia acerca de un familiar suyo que le había enviado una raqueta de tenis nueva. Jennifer aceptó esta historia sin sospechar nada y cambió la raqueta que llevaba por la otra, nueva y costosa, que la desconocida le había traído. Pero se daba una circunstancia que la mujer con acento americano desconocía por completo. Y era que algunos días antes Jennifer Sutcliffe y Julia Upjohn habían cambiado sus respectivas raquetas de modo que aquella que la extraña mujer se llevó, fue, en efecto, la vieja raqueta de Julia Upjohn, aun cuando en la cinta de identificación estuviera escrito el nombre de Jennifer.

»Ahora llegamos a la segunda tragedia. La señorita Vansittart, por alguna razón desconocida, pero relacionada posiblemente con el secuestro de Shaista, que había tenido lugar aquella misma mañana,

tomó una linterna y se encaminó hacia el pabellón de deportes, después que todo el mundo se había acostado. Alguien que la siguió hasta allí la golpeó con una pesada porra o un saco de arena cuando estaba agachada junto a la taquilla de Shaista. De nuevo fue descubierto el crimen casi inmediatamente. La señorita Chadwick distinguió una luz en el pabellón de deportes, y se precipitó hacia allí.

»La policía tomó una vez más a su cargo la custodia del pabellón de deportes, privando así nuevamente a la persona asesina de rebuscar y examinar allí las raquetas de tenis. Pero entonces Julia Upjohn, una niña inteligente, reflexionó sobre todas estas cosas y llegó a la conclusión lógica de que la raqueta que ella poseía, y que originariamente perteneció a Jennifer, era importante en algún sentido. Hizo investigaciones por su cuenta, comprobando que sus sospechas eran fundadas y me llevó a mí el contenido de la raqueta, que en el momento presente se encuentra bajo custodia y ya no nos concierne aquí para nada, —hizo una pausa y prosiguió—: Nos queda por considerar la tercera tragedia.

»Qué era aquello que *mademoiselle* Blanche sabía o sospechaba, es algo que no llegaremos a saber jamás. Puede que hubiera advertido a alguien saliendo de la casa en la noche en que fue asesinada la señorita Springer. Pero sea lo que fuere aquello que sabía o sospechaba, ella conocía la identidad de la persona que había cometido el asesinato. Se guardó este conocimiento para ella, y planeó astuta y cuidadosamente obtener dinero a cambio de su silencio.

»No hay nada —prosiguió Poirot con compasión— más peligroso que exigir dinero por medio de un chantaje a una persona que ya ha matado anteriormente, y quizá más de una vez. Es posible que *Mademoiselle* Blanche tomara precauciones, pero cualesquiera que éstas fuesen, resultaron ser inadecuadas. Ella concertó una cita con la persona asesina y fue a su vez asesinada.

Hizo una nueva pausa.

—Así que —dijo, dirigiéndoles una mirada circular— ahí tienen la relación de todo el asunto.

Todos los presentes se le quedaron mirando fijamente. Sus rostros, que al principio habían reflejado interés, sorpresa y excitación, parecían ahora como helados en una calma uniforme.

Parecían como aterrados e incapaces de manifestar emoción alguna. Hércules Poirot hizo un gesto expresivo de asentimiento a todos ellos.

—Sí, ya sé cómo se sienten ustedes —afirmó—. Le ha tocado muy de cerca al colegio. Ésa es la razón por la cual el inspector Kelsey, el señor Adam Goodman y yo hemos estado haciendo las pesquisas. ¡Tenemos que averiguar si todavía se encuentra un gato en el palomar! ¿Comprenden a qué me refiero? ¿Se encuentra aquí todavía una persona hábilmente enmascarada con falsos colores?

Una leve agitación pasó por todo el auditorio, una breve y casi fortuita ojeada de soslayo, como si cada una de las presentes deseara mirar a los demás, pero no se atreviera a hacerlo.

—Tengo la satisfacción de poderlas tranquilizar —aseguró Poirot —. Todas las personas que se encuentran aquí en este momento son exactamente aquellas personas que dicen ser. La señorita Chadwick, por ejemplo, es la señorita Chadwick…; eso ciertamente no deja resquicio alguno a la duda, puesto que ha estado aquí tan largo tiempo como el mismo Meadowbank. La señorita Johnson, es inconfundiblemente la señorita Johnson. La señorita Rich no es otra sino la señorita Rich. La señorita Shapland es la señorita Shapland. La señorita Rowan, y la señorita Blake, son la señorita Rowan y la señorita Blake. Para ir aún más lejos —prosiguió Poirot, volviendo la cabeza—, Adam Goodman, que trabaja aquí en el jardín, es, si no Adam Goodman, por lo menos la persona cuyo nombre está inscrito en sus credenciales. Así, pues, ¿dónde nos encontramos? Debemos buscar no a alguien que se está enmascarando como otra persona sino a alguien que con su propia identidad es la persona asesina.

Poirot continuó:

—Necesitamos, en primer lugar, a alguien que estuvo hace tres meses en Ramat. La certeza de que el tesoro estaba escondido en la raqueta solamente pudo haber sido adquirida por un medio. Alguien debió haber visto que Bob Rawlinson lo colocaba allí. Ésta es una deducción de lo más simple. ¿Quién, pues, de entre las personas aquí presentes, estaba en Ramat hace tres meses? La señorita Chadwick estaba aquí. Igualmente la señorita Johnson —dirigió su mirada hacia las dos profesoras más jóvenes—. La señorita Rowan y la señorita Blake estaban aquí.

Continuó señalando con el dedo.

—Pero la señorita Rich… la señorita Rich no estuvo aquí el pasado trimestre, ¿no es cierto?

—Yo… no. Yo estaba enferma —lo dijo apresuradamente—. Estuve ausente durante un trimestre.

—Ésa es una cosa que ignorábamos —admitió Hércules Poirot— hasta que hace pocos días lo mencionó alguien de una manera fortuita. Cuando fue interrogada por la policía por primera vez, usted se limitó a decir que hacía año y medio que estaba en Meadowbank. Eso es, en sí, completamente cierto. Pero usted estuvo ausente durante el trimestre pasado. Usted pudo haber estado en Ramat… Yo creo que estuvo en Ramat. Tenga cuidado en lo que declara. Lo podemos comprobar por su pasaporte, como sabe.

Hubo un momento de silencio, transcurrido el cual Eileen Rich miró a Poirot, alzando la cabeza.

—Sí —concedió tranquilamente—, estuve en Ramat. ¿Por qué no?

—¿Por qué fue usted a Ramat, señorita Rich?

—Ya lo sabe usted. Estaba enferma. Me prescribieron reposo… que me marchara al extranjero. Escribí a la señorita Bulstrode explicándole la razón por la cual debía tomarme unas vacaciones por un trimestre. Ella comprendió perfectamente.

—Eso es cierto —corroboró la señorita Bulstrode—. Ella incluía en la carta un certificado del doctor haciendo constar que sería poco aconsejable que la señorita Rich reasumiera sus obligaciones antes del próximo trimestre.

—Así que… usted fue a Ramat —dijo Hércules Poirot.

—¿Por qué no podía ir a Ramat? —replicó Eileen Rich. Se advertía un ligero temblor en su voz—. Ofrecen tarifas reducidas a los profesores. Necesitaba descanso. Necesitaba sol. Fui a Ramat. Pasé dos meses allí. ¿Por qué no? ¿Por qué no, pregunto?

—Usted jamás mencionó que estuviera en Ramat en la época de la revolución.

—¿Por qué había de mencionarlo? ¿Qué tiene que ver con nada de lo ocurrido aquí? No he matado a nadie, le digo. No he matado a nadie.

—La reconocieron —afirmó Hércules Poirot—. No de una manera definida, sino indefinida. —La niña Jennifer hizo una

descripción muy vaga. Declaró que ella creía haberla visto a usted en Ramat, pero concluyó que no podía haberse tratado de usted, porque la persona a quien ella vio, según dijo, era *gruesa*, no delgada —se echó hacia delante, taladrando con sus ojos la cara de Eileen Rich—. ¿Qué tiene usted que declarar, señorita Rich?

La señorita Rich dio una vuelta en redondo.

—¡Imagino lo que está tratando de hacer ver! —gritó—. Está intentando probar que no fue un agente secreto o alguien de esa calaña quien cometió todos estos asesinatos. Que fue alguien que por casualidad estaba allí, alguien que por azar acertó a ver cómo escondían ese tesoro en una raqueta de tenis. Alguna persona que se percató de que la niña iba a venir a Meadowbank y que tendría la oportunidad de coger para sí misma esos objetos ocultos. ¡Pero yo le digo a usted que eso no es verdad!

—Yo imagino que eso es lo que pasó. Sí —aseguró Poirot—. Alguien que vio esconder las joyas y se olvidó de todas las demás obligaciones o deberes con la determinación de poseerlas.

—Le digo que no es verdad. Yo no vi nada…

—Inspector Kelsey —dijo Poirot, volviendo la cabeza.

El inspector Kelsey asintió… se dirigió hacia la puerta, la abrió y la señora Upjohn apareció en la habitación.

2

—¿Cómo está usted, señorita Bulstrode? —cumplimentó la señora Upjohn, que parecía estar algo desconcertada—. Siento tener un aspecto tan desarreglado, pero ayer me encontraba cerca de Ankara, y acabo de llegar a Inglaterra en avión. Tengo una pinta impresentable, pero, en realidad no he tenido tiempo de arreglarme ni de hacer nada.

—No se preocupe —le recomendó Hércules Poirot—. Únicamente deseamos hacerle a usted una pregunta.

—Señora Upjohn —intervino Kelsey—, cuando usted vino aquí al colegio a traer a su hija, y se hallaba en el salón de la señorita Bulstrode, usted miró por la ventana que da a la calzada en la fachada principal, y profirió una exclamación de sorpresa como si

hubiera reconocido a alguien que vio allí. ¿No es esto cierto?

La señorita Upjohn se le quedó mirando fijamente.

—¿Cuando yo estaba en el salón de la señorita Bulstrode? Yo miré… oh, sí, ¡claro está que sí! Es cierto que vi a una persona.

—¿Una persona a quien le sorprendió ver?

—Pues…, yo me sorprendí bastante… Verá usted, habían pasado ya tantos años…

—¿Se refiere a la época de hacia el final de la guerra, cuando usted estaba trabajando en el servicio de espionaje?

—Sí. Fue hace unos quince años. Parecía mucho más vieja, por supuesto, pero la reconocí al momento. Y me llenó de curiosidad qué podría estar haciendo aquí.

—Señora Upjohn, ¿quiere echar una mirada alrededor de esa habitación y decirme si ve usted a esa persona aquí ahora?

—Sí, desde luego que la veo —aseguró la señora Upjohn—. La distinguí nada más entrar. Esa es.

Alargó un dedo para señalarla. El inspector Kelsey actuó con celeridad, y así lo hizo Adam, pero no fueron lo bastante rápidos. Ann Shapland se levantó de un salto. Empuñando una pequeña automática de siniestro aspecto, apuntó con ella directamente a la señora Upjohn. La señorita Bulstrode, que fue más rápida que los dos hombres, avanzó con viveza, pero la señorita Chadwick fue aun más veloz. No era a la señora Upjohn a quien trataba de escudar, sino a la mujer que estaba en pie entre Ann Shapland y la señora Upjohn.

—No, no lo haga —gritó Chaddy, lanzándose delante de la señorita Bulstrode en el preciso instante en que salió el disparo de la pequeña automática.

La señorita Chadwick se tambaleó, y cayó al suelo, contrayéndose. La señorita Johnson corrió hacia ella. Adam y Kelsey habían detenido ya a Ann Shapland. Estaba luchando como una gata salvaje, pero lograron arrancarle la automática de la mano.

La señora Upjohn dijo, con voz entrecortada:

—Ya entonces decían de ella que era una asesina, a pesar de ser tan joven. Era uno de los agentes más peligrosos que tenían, su nombre de clave era Angélica.

—¡Perra mentirosa! —Ann Shapland escupió claramente las

palabras.

—No está mintiendo —repitió Hércules Poirot—. Usted es peligrosa. Siempre ha llevado una vida arriesgada. Todos los trabajos que ha efectuado utilizando su verdadero nombre han sido perfectamente legales y realizados con eficiencia…, pero todos los ha realizado con una finalidad, y ésta ha sido la de obtener informes y espiar. Ha trabajado en una compañía petrolífera, y también para un arqueólogo, cuyas investigaciones le llevaban a cierta parte del globo, y con una actriz cuyo protector era un político eminente. Desde que tenía diecisiete años ha trabajado como agente secreto… aunque para muchos jefes diferentes. Ha alquilado sus servicios y se los han pagado muy bien. Ha desempeñado un doble papel. La mayoría de sus asignaciones han sido llevadas a cabo usando su verdadero nombre, pero también hubo ciertos trabajos para los cuales usted asumió diferentes identidades. Ostensiblemente, esto sucedía cuando usted tenía que regresar a su hogar para cuidar de su madre.

»Pero sospecho grandemente, señorita Shapland, que la mujer de edad a quien visité, y que vive en un pueblecito con una enfermera que la cuida, esa señora de edad avanzada que es indudablemente una paciente mental, no es su madre en absoluto. Ella ha sido el pretexto de que se ha valido para poderse retirar, cuando así le convenía, de sus empleos y del círculo de sus amistades.

»Los tres meses de este invierno que pasó con su “madre” cuando ésta sufrió uno de sus “ataques” corresponden al espacio de tiempo en que estuvo en Ramat, no como Ann Shapland, sino como Ángela Romero, una bailarina española, o pseudoespañola, de *cabaret*. Usted ocupaba en el hotel la habitación adyacente a la de la señora Sutcliffe y se ingenió de un modo u otro para observar a Bob Rawlinson cuando escondía las joyas en la raqueta. Usted no tuvo oportunidad de coger la raqueta, porque entonces tuvo lugar la imprevista evacuación de todos los súbditos británicos, pero leyó las etiquetas del equipaje y le fue fácil averiguar cosas importantes respecto a lo que le interesaba. El obtener aquí un puesto como secretaria no le fue difícil. He hecho algunas indagaciones. Usted pagó una suma considerable a la anterior secretaria de la señorita Bulstrode para que abandonara su colocación alegando una depresión nerviosa. Y para convencerla elaboró una historia

completamente plausible: que la habían encargado escribir una serie de artículos sobre un famoso internado de señoritas "visto por dentro".

»Todo parecía facilísimo, ¿verdad? Si desaparecía la raqueta de una alumna, ¿qué podía tener de particular? Más sencillo todavía: no tenía más que ir una noche al pabellón de deportes y sustraer las joyas. Pero no contó con la señorita Springer. Tal vez ya la hubiera visto anteriormente examinando las raquetas. O quizá se perpetró aquella noche por casualidad. Ella la siguió a usted hasta allí y usted la mató de un tiro. Más tarde, *mademoiselle* Blanche intentó hacerle un chantaje, y también la mató. El matar es una cosa que le sale a usted con toda naturalidad, ¿no es cierto?

Dejó de hablar. Kelsey amonestó a su prisionera con una monótona voz oficial.

Ann Shapland no le prestó atención. Volviéndose hacia Hércules Poirot, prorrumpió en un torrente de invectivas que sobrecogieron a todos los que se encontraban en la habitación.

—¡Canastos! —exclamó Adam, al llevársela Kelsey—. ¡Y yo que creí que era una chica refinada!

—Me temo que esté mal herida —intuyó la señorita Johnson, que había estado arrodillada al lado de la señorita Chadwick—. Lo mejor que podemos hacer es no moverla de aquí hasta que llegue el doctor.

Capítulo XXIV

Poirot dilucida

1

La señora Upjohn, al recorrer los pasillos de Meadowbank, se había olvidado ya de la emocionante escena por la que acababa de pasar. En estos momentos sólo era una madre buscando a su hija. La encontró en un aula desierta. Julia estaba inclinada sobre un pupitre con la lengua sacada, absorta en las agonías de la composición. Alzo la vista, y la miró fijamente. Se lanzó en seguida como una flecha por la sala de clase para ir a abrazar a su madre.

—¡Mamá!

Entonces, con el sentido del ridículo característico de su edad, avergonzada de no haber reprimido su emoción, se separó de su madre y esmerándose cuidadosamente porque su conversación pareciera fortuita, preguntó, casi acusadora:

—¿No estás de vuelta demasiado pronto, mamá?

—Regresé en avión desde Ankara —le explico su madre, casi excusándose.

—¡Oh! —exclamó Julia—. Bueno, estoy encantada de que hayas venido.

—Sí —dijo la señora Upjohn—, yo también lo estoy.

Se miraron una a otra con perplejidad.

—¿Qué haces? —le preguntó la señora Upjohn, acercándose un poco más.

—Un ejercicio de composición para la señorita Rich —explicó Julia—. Verdaderamente nos propone los temas más interesantes.

—¿A qué se refiere éste? —inquirió la señora Upjohn, inclinándose sobre el pupitre.

El título de la composición estaba escrito en lo alto de la página. Unas nueve o diez líneas, escritas con el carácter de letra desigual y desparramada de Julia, empezaban más abajo: «Contrastar las actitudes de Macbeth y *lady* Macbeth con relación al crimen», leyó la señora Upjohn.

—Bueno —exclamó escéptica—. No se puede decir que el tema sea muy original.

Leyó el principio del ensayo literario de su hija. «Macbeth —había dicho Julia—, gustaba de la idea del asesinato y había estado pensando en él una barbaridad, pero necesitaba que le dieran un empujón para decidirse a empezar. Una vez que se metió de lleno, se divirtió en grande asesinando gente y ya no tuvo más remordimientos ni temores. *Lady* Macbeth no era más que una avariciosa y ambiciosa. Creía que no le importaba hacer lo que fuera para conseguir lo que deseaba. Pero una vez que lo hubo hecho, se dio cuenta de que no le gustaba en absoluto».

—Tu estilo no es muy elegante —falló la señora Upjohn—. Me parece que tendrás que pulirlo un poquito, pero ciertamente tienes algo ahí dentro.

2

El inspector Kelsey estaba hablando en un tono ligeramente quejoso.

—Lo ha hecho usted muy bien, Poirot —le cumplimentó—. Usted sabe cómo decir y poner en práctica muchas cosas que nosotros no sabemos cómo hacerlas, y debo admitir que todo el asunto estuvo magníficamente puesto en escena: hacerla descuidar su estado de alerta, induciéndole a pensar que sospechábamos de la señorita Rich, y después la inopinada aparición de la señora Upjohn le hizo perder la cabeza. Hemos de dar gracias a Dios que conservaba la automática después de haber matado a la Springer. Si

la bala corresponde…

—Corresponderá, *mon ami*, corresponderá —pronosticó Poirot.

—Bueno, en este caso, la tenemos atrapada por el asesinato de la señorita Springer, e infiero que la señorita Chadwick está bastante mal. Pero mire, Poirot, lo que todavía yo no alcanzo a comprender es cómo pudo haber matado a la señorita Vansittart. Es físicamente imposible. Tiene una coartada a prueba de bomba… a menos que el joven Rathbone y todo el personal de «*Le Nid Sauvage*» estén compinchados con ella.

Poirot movió la cabeza negativamente.

—Oh, no. Su coartada es perfectamente válida. Ella mató a la señorita Springer y a *mademoiselle* Blanche. Pero a la señorita Vansittart quien la mató fue la señorita Chadwick.

—¿La señorita Chadwick? —exclamaron la señorita Bulstrode y el inspector Kelsey al unísono.

—Estoy seguro de ello —afirmó Poirot.

—Pero…, ¿por qué?

—Me parece —conjeturó Poirot— que la señorita Chadwick tenía demasiado cariño a Meadowbank —su mirada se cruzó con la de la señorita Bulstrode.

—Comprendo —dijo la señorita Bulstrode—. Sí, sí; comprendo… Debería haberlo sospechado. Usted quiere decir que ella…

—Quiero decir —aclaró Poirot— que ella fundó el colegio con usted y que durante todo el tiempo transcurrido desde entonces, ella consideró a Meadowbank como una empresa arriesgada en la que se sentía ligada a usted.

—Lo cual, en cierto sentido, es verdad —manifestó la señorita Bulstrode.

—Completamente cierto —convino Poirot—. Pero era únicamente en el aspecto financiero. Cuando usted empezó a hablar de retirarse, ella se consideró a sí misma como la persona llamada a tomar posesión del cargo.

—Pero, si era muy vieja para ello —objetó la señorita Bulstrode.

—Sí —acordó Poirot—, era demasiado vieja y no estaba capacitada para desempeñar el cargo de rectora. Pero ella no lo creía así. Imaginaba como cosa hecha que cuando usted se retirase, ella llegaría a ser la rectora de Meadowbank. Pero después descubrió que no era así, sino que usted estaba pensando en otra

persona y se decidió por Eleanor Vansittart. Y ella adoraba a Meadowbank. Adoraba al internado y no le tenía simpatía a Eleanor Vansittart. Creo que terminó por odiarla.

—Pudo haberlo hecho —asintió la señorita Bulstrode—. Sí, Eleanor Vansittart estaba demasiado poseída de sí misma, con un gran complejo de superioridad en todos los asuntos. Esa es una cosa muy difícil de sobrellevar cuando se siente envidia. Eso es lo que quiere dar a entender, ¿no es cierto? Que Chaddy tenía envidia.

—Sí —aseveró Poirot—. Estaba celosa de Meadowbank y sentía envidia de Eleanor Vansittart. No podía sufrir el pensamiento de que el colegio y la señorita Vansittart formasen un todo indisoluble. Y entonces tal vez algún cambio en el modo de conducirse de usted, la indujo a pensar que estaba desistiendo de tal idea.

—Es cierto que desistí de ella —afirmó la señorita Bulstrode— pero no en el sentido que tal vez se imaginó Chaddy. En realidad yo pensé en alguien bastante más joven que la señorita Vansittart… Recapacité y dije: «No, es demasiado joven… No tiene bastante experiencia…». Recuerdo que Chaddy me acompañaba entonces.

—Y ella pensó —dedujo Poirot— que usted se refería a que la señorita Vansittart era demasiado joven. Ella manifestó estar totalmente de acuerdo. Supuso que la experiencia y los conocimientos que ella poseía eran mucho más importantes. Pero entonces, después de todo eso, usted volvió a su decisión original. Usted se decidió por Eleanor Vansittart como la persona indicada y la dejó aquel fin de semana a cargo del internado. Esto es lo que supongo que sucedió: en la noche de aquel domingo, la señorita Chadwick, que estaba inquieta e insomne, se levantó de la cama y vio luz en el pabellón de deportes. Se dirigió hacia allí exactamente de la manera que declaró. Sólo hay un detalle en su declaración que difiere de lo que sucedió en realidad. No fue un palo de golf de lo que echó mano, sino de un saco de arena de los que hay en el vestíbulo, y se encaminó con él hacía allí, decidida a habérselas con un ladrón, con alguien que por segunda vez había irrumpido en el pabellón de deportes. Tenía el saco de arena en la mano, dispuesta a defenderse en caso de ataque. ¿Y a quién encontró? A Eleanor Vansittart escudriñando en una taquilla, y entonces es muy posible que pensara lo siguiente… (porque yo me doy gran habilidad —dijo Hércules Poirot, haciendo un paréntesis— en adentrarme en el

cerebro de los demás). Pensó: «Si yo fuera un merodeador o un escalador nocturno, me acercaría a ella por la espalda para atizarle un golpe». Y al tiempo que lo pensaba, semiinconsciente de lo que estaba haciendo, alzó el saco de arena y le golpeó. Y allí quedaba muerta Eleanor Vansittart, fuera de su camino. Entonces, supongo, se quedó aterrorizada por lo que había hecho. Esto la ha estado atormentando desde entonces… porque la señorita Chadwick no es una asesina por naturaleza. Lo hizo impulsada, como muchas otras personas, por los celos y la obsesión. La obsesión de su amor por Meadowbank. Así que no confesó. Contó el suceso tal como había pasado, omitiendo solamente un hecho de vital importancia: que fue ella quien golpeó. Pero cuando le interrogaron respecto al palo de golf que presumiblemente llevó consigo la señorita Vansittart, presa de nerviosismo después de todo lo que había ocurrido, la señorita Chadwick declaró rápidamente que fue ella quien lo llevó allí. No quería que ustedes llegaran a pensar ni siquiera un momento que ella había cogido el saco de arena.

—¿Por qué escogió Ann Shapland igualmente un saco de arena para matar a *mademoiselle* Blanche? —preguntó la señorita Bulstrode.

—En primer lugar, presumo que ella no quería correr el riesgo de que se oyera un disparo de pistola dentro del internado, y además, es una joven muy lista. Intentaba relacionar este tercer asesinato con el segundo, para el cual estaba en posesión de una coartada.

—Lo que en realidad no alcanzo a entender es qué podría estar haciendo Eleanor Vansittart en el pabellón de deportes —dijo la señorita Bulstrode.

—Yo creo que podríamos conjeturar que ella estaba, probablemente, mucho más preocupada por la desaparición de Shaista de lo que hacía ver. Estaba tan conmocionada como la señorita Chadwick. En cierto modo era bastante peor en su caso, porque usted la había dejado a cargo del internado, y el secuestro había tenido lugar cuando ella asumía esta responsabilidad. Además ella había ridiculizado el asunto, quitándole importancia durante tanto tiempo como le fue posible, debido a su renuncia a encararse con unos hechos que resultaban sumamente desagradables para todos.

—Así es que había debilidad bajo la «fachada» —recapacitó la señorita Bulstrode—. Llegué a sospecharlo en más de una ocasión.

—Presumo que a ella, igualmente, le era imposible conciliar el sueño. Y creo que fue silenciosamente al pabellón de deportes a hacer un escrutinio en la taquilla de Shaista para tratar de encontrar un posible indicio que arrojara alguna luz sobre la desaparición de la chica.

—Usted parece tener explicaciones para todo, *monsieur* Poirot.

—Ésa es su especialidad —indicó el inspector Kelsey, con cierto asomo de picardía.

—¿Y con qué finalidad pidió a Eileen Rich que hiciera apuntes de varias de mis profesoras?

—Quería probar la habilidad de Jennifer para reconocer una cara. Me satisfizo cerciorarme en seguida que Jennifer Sutcliffe estaba demasiado preocupada por sus propios asuntos, y que concedía a los demás solamente una rápida ojeada, en el mejor de los casos, tomando nota únicamente de los detalles externos. Ella no reconoció a *mademoiselle* Blanche en un boceto en que aparecía con un estilo diferente de peinado. Mucho menos, entonces podría haber reconocido a Ann Shapland, a quien, como secretaria de usted, rara vez tuvo ocasión de ver de cerca como para recordarla.

—¿Usted opina que la mujer que le trajo la raqueta nueva fue la propia Ann Shapland en persona?

—Sí. Todo el asunto lo hizo por sí sola. ¿Recuerda aquel día en que la llamó para que enviase un recado a Julia, pero al no contestar al zumbador, envió usted a una alumna a buscarla? Ann estaba acostumbrada a disfrazarse con rapidez. Se puso una peluca rubia y un sombrero llamativo, se pintó las cejas de un estilo y matiz diferentes y se vistió con ropas estrafalarias. Solamente necesitó ausentarse de su máquina de escribir durante unos veinte minutos. Yo me di cuenta gracias a los interesantes esbozos de la señorita Rich, de lo fácil que es para una mujer el cambiar de aspecto mediante detalles puramente externos.

—En cuanto a la señorita Rich…, me gustaría saber… —manifestó la señorita Bulstrode, pensativamente.

Poirot dirigió una mirada al inspector Kelsey y éste dijo que tenía que marcharse.

—¿La señorita Rich…? —repitió la señorita Bulstrode.

—Envíe a buscarla —respondió Poirot—. Es mejor así.

Eileen Rich apareció. Tenía la cara pálida y ligeramente desafiadora.

—Usted desea saber —dijo a la señorita Bulstrode— qué es lo que yo estaba haciendo en Ramat.

—Me parece que tengo cierta idea —replicó la señorita Bulstrode.

—Exactamente —intercaló Poirot—. Los niños de hoy día conocen todas las realidades de la vida, pero sus ojos, a menudo, conservan su inocencia.

Añadió que él debía, asimismo, marcharse, y se deslizó de la habitación.

—Era eso, ¿no es cierto? —preguntó la señorita Bulstrode con voz animada, en que se advertía su espíritu práctico—. Jennifer la describió meramente como gruesa. No se dio cuenta de que lo que había visto era una mujer embarazada.

—Sí —confesó Eileen Rich—. Era eso. Yo iba a tener un hijo. No quería abandonar mi trabajo aquí. Conseguí seguir ocultándolo durante el otoño, pero después empezó a notarse. Me hice del certificado de un doctor en el que constaba que no me hallaba en condiciones de seguir con mi trabajo, y alegué que estaba enferma. Me marché al extranjero, a un lugar remoto donde presumí que no era probable que me encontrara a ninguna persona conocida. Regresé a Inglaterra; el niño nació… muerto. Volví aquí este trimestre y confié en que nadie llegaría nunca a saber… Usted comprende ahora, ¿verdad?, por qué le dije yo que me habría visto obligada a rechazar su oferta de entrar en sociedad, de habérmela usted hecho. Solamente ahora, que el colegio pasa por tal desastre, pensé que, después de todo, yo podría estar en condiciones de aceptar.

Hizo una pausa y luego dijo con un tono de voz muy realista:

—Y ahora, ¿quiere usted que me marche? ¿O debo esperar hasta el fin de este trimestre?

—Usted se quedará aquí hasta el fin de este trimestre —decidió la señorita Bulstrode—. Y si aquí hay todavía un nuevo trimestre, según confío, deseo que vuelva a reanudar sus actuaciones.

—¿Que vuelva? —dijo Eileen Rich—. ¿Quiere usted decir que todavía me necesita?

—Por supuesto que la necesito —aseguró la señorita Bulstrode —. Usted no ha matado a nadie, ni se ha vuelto loca por unas joyas y ha llegado a asesinar para conseguirlas. Le diré lo que ha hecho; Usted, probablemente, ha luchado contra sus instintos durante mucho tiempo. Conoció a un hombre, se enamoró de él, y tuvo un hijo. Me imagino que no pudieron casarse.

—Nunca se planteó la cuestión del matrimonio. Yo lo sabía. Él no tiene la culpa de nada.

—Entonces, todo está perfectamente —opinó la señorita Bulstrode—. Usted tuvo una aventura amorosa y un hijo. ¿Deseaba tener ese hijo?

—Sí —aseguró Eileen Rich—. Yo quería tenerlo.

—Ya me lo suponía —dijo la señorita Bulstrode—. Ahora voy a decirle a usted una cosa. Creo que a pesar de este asunto amoroso, su verdadera vocación en la vida es la enseñanza. Creo que su profesión significa más para usted que llevar una vida corriente de matrimonio con marido e hijos. Una vida vulgar.

—Oh, sí —convino Eileen Rich—. Estoy segura de ello. Lo he sabido siempre. Eso es lo que realmente he deseado hacer… Esa es la verdadera pasión de mi vida.

—Entonces no lo dude —le aconsejó la señorita Bulstrode—. Le estoy haciendo una oferta muy interesante. Esto es, siempre que las aguas vuelvan a su cauce. Transcurrirán dos o tres años hasta que pongamos de nuevo en el mapa a Meadowbank. Usted tendrá ideas diferentes a las mías respecto al modo en que lo haremos. Yo prestaré atención a sus ideas. Puede que incluso ceda ante algunas de ellas. Usted desea que las cosas sean diferentes en Meadowbank, me imagino.

—En ciertos detalles, sí que lo deseo —declaró Eileen Rich—. No me gustan los fingimientos ni las cursilerías. Desearía que se hiciera más énfasis en admitir a las chicas que realmente valen.

—¡Ah! —exclamó la señorita Bulstrode—. Comprendo. Lo que a usted no le gusta es el elemento *snob*.

—Sí —repuso Eileen—. Opino que para lo único que sirve es para estropear las cosas.

—Lo que usted, tal vez, no advierte, es que para poder admitir a esa clase de chicas que dice, hay que admitir también al elemento *snob*. Es un componente muy reducido, en realidad, como sabe.

Unas cuantas princesas extranjeras, algunos grandes nombres, y todo el mundo, todos los padres bobos del país querrán que sus hijas vengan a Meadowbank. ¿Cuál es el resultado? Una extensísima lista de aspirantes, y yo echo un vistazo a las chicas que componen esa lista, las comparo y hago mi selección. Se consigue lo más selecto, ¿comprende? Y escojo a mis alumnas. Las escojo muy cuidadosamente, a unas por su personalidad, a otras por su inteligencia, y a otras, en fin, por su puro intelecto académico. También selecciono a algunas otras porque a mi juicio no han tenido una oportunidad, pero tienen madera para poder sacar algo de ellas, algo que valga la pena. Usted es joven, Eileen. Está llena de ideales… es la enseñanza lo que le importa, y el aspecto ético de ella. Sus ideales son algo magnífico. Son las chicas las que importan, pero si usted quiere que algo triunfe, tiene que ser igualmente buen comerciante. Las ideas son como todo lo demás. Han de ser ofrecidas en el mercado. Tendremos que hacer un trabajo de adulación bastante mañoso para poner otra vez a Meadowbank en circulación. Tendré que echarle el anzuelo a un grupo de personas, antiguas alumnas, darles coba y argüir con ellas, para conseguir que envíen aquí a sus hijas. Y entonces vendrán las otras. Usted me deja a mí realizar mis trucos, y después usted haga las cosas a su manera. Meadowbank seguirá adelante y continuará siendo un excelente colegio.

—Será el mejor colegio de Inglaterra —pronosticó Eileen Rich, entusiasmada.

—Así lo creo yo —convino la señorita Bulstrode—. Y Eileen, yo, en su lugar, me cortaría y arreglaría el pelo de un modo más conveniente. Da la impresión de que no se las ingenia usted para hacerse ese rodete. Y ahora —terminó— debo ir a ver a Chaddy.

Entró en el cuarto de aquélla, y se dirigió hacia la cama. La señorita Chadwick estaba acostada, inmóvil y muy pálida. Tenía la cara exangüe y se advertía que la vida se le escapaba por momentos. Un policía estaba sentado cerca de la señora Chadwick con un bloc de notas y al otro lado de la cama se sentaba la señorita Johnson; ésta miró a la señorita Bulstrode y movió suavemente la cabeza.

—Hola, Chaddy —dijo la señorita Bulstrode. Tomó la fláccida mano en la suya. La señorita Chadwick entonces abrió los ojos.

—Quiero decirle —declaró— que Eleanor… fue… fui yo.

—Sí, querida, ya lo sé —afirmó la señorita Bulstrode.

—Tenía envidia —confesó a continuación la señorita Chadwick —. Quería…

—Lo sé —replicó la señorita Bulstrode.

Las lágrimas corrían lentamente por la mejilla de la señorita Chadwick.

—¡Es tan espantoso!… Yo no me proponía hacerlo… ¡Yo no sé cómo llegué a hacer semejante cosa!…

—No piense mas en ello… —le aconsejó la señorita Bulstrode.

—Pero no puedo… usted nunca… yo nunca podré perdonármelo…

La señorita Bulstrode le apretó la mano un poco más fuertemente.

—Escuche, querida —le dijo—. Salvó mi vida, ya lo sabe. Mi vida y la de esa simpática mujer, la señora Upjohn. Eso dice mucho en su favor, ¿no?

—Solamente desearía —manifestó la señorita Chadwick— haber podido dar mi vida por ustedes dos. Eso lo hubiera solucionado todo perfectamente…

La señorita Bulstrode la miró con gran compasión. La señorita Chadwick exhaló un profundo suspiro, y después moviendo la cabeza lentamente hacia un lado, expiró.

—Ya dio usted su vida, querida —susurró la señorita Bulstrode —. Espero que se dé cuenta de ello… ahora.

Capítulo XXV

Legado

1

—Un tal señor Atkinson viene a verle, señor.

—¡Ajá! —exclamó Hércules Poirot. Alargó la mano y cogió una carta del escritorio que tenía delante de él. La miró con previsión—. Hágalo pasar, George —dijo. La carta consistía solamente en unas cuantas líneas.

«Querido Poirot:

»Puede que vaya a visitarle un tal Atkinson en un futuro muy próximo. Es una personalidad eminente en ciertos círculos. Hay gran demanda de tales hombres en nuestro mundo moderno… Creo, si me está permitido decirlo así, que este caso está del lado de los ángeles. Ésta es solo una recomendación en el supuesto de que llegara a dudar. Desde luego, y subrayo esto, no tenemos ni idea en cuanto al asunto sobre el que él quiere consultarle a usted…

»Siempre suyo,

Ephraim Pikeaway».

Poirot soltó la carta y se levantó al entrar en la habitación el señor Atkinson. Hizo una inclinación de cabeza, se estrecharon la

mano y le indicó una silla.

El señor Atkinson se sentó, sacó un pañuelo y se enjugó su amplio y amarillento rostro. Comentó que hacía un día muy caluroso.

—Supongo que no habrá venido usted andando con esta temperatura…

Poirot pareció horrorizarse ante este mero pensamiento.

Por una natural asociación de ideas se llevó los dedos al mostacho. No advirtió que estuviera lacio.

El señor Atkinson pareció igualmente horrorizado.

—No, no; claro que no. He venido en mi «Rolls». Pero estas aglomeraciones del tráfico a veces le hacen esperar a uno hasta media hora.

Poirot meneó la cabeza, asintiendo con comprensión.

Hubo una pausa… La pausa que sucede a la parte inicial de una conversación antes de emprender la segunda.

—Me interesó mucho cuando me enteré… claro que uno se entera de tantas cosas… la mayoría de ellas de todo punto inciertas… que usted se ocupó de los asuntos de un colegio de señoritas.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¡Eso!…

Se retrepó en su sillón.

—Meadowbank —dijo el señor Atkinson, reflexivamente—. Uno de los principales colegios de Inglaterra.

—Es un internado magnífico.

—¿Lo es o lo era?

—Espero que lo primero.

—Yo también lo espero así —repuso el señor Atkinson—. Creo que el runrún durará poco. ¡Ah, bueno! Uno tiene que hacer lo que pueda. Un pequeño apoyo financiero para superar las dificultades durante un cierto período de depresión inevitable. Un plantel de nuevas alumnas cuidadosamente seleccionadas. No carezco de influencia en determinados círculos europeos.

—Yo, también, por mi parte me he dirigido persuasivo a diversas esferas. Sí, como usted asegura, podemos superar las dificultades. Por fortuna, la memoria de la gente es muy limitada.

—En eso es en lo que confío. Pero hay que admitir que allí han tenido lugar acontecimientos que han podido muy bien poner a

prueba el sistema nervioso de madres apasionadas… y también de los padres. La instructora de deportes, la profesora de francés y otra más todavía… todas asesinadas.

—Exactamente.

—Me he enterado —le comunicó el señor Atkinson—. (¡Uno oye tantas cosas!), que la desdichada joven responsable ha padecido de fobia contra las maestras desde su adolescencia. Una desventurada niñez en el colegio. Los psiquiatras tienen para entretenerse con eso. Tratarán al menos de conseguir del jurado un veredicto de responsabilidad atenuada, como hoy en día la llaman.

—Esa defensa parecía ser la mejor —observó Poirot—, pero usted me perdonará si le digo que espero que no tenga éxito.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Una asesina a sangre fría de marca mayor. Pero sacarán a relucir sus excelentes referencias, labor como secretaria de varios personajes muy conocidos, su hoja de servicios durante la guerra…, muy distinguida según tengo entendido… contraespionaje…

Dejó escapar las últimas palabras con una cierta significación…, con una insinuación interrogativa en el tono de su voz.

—Valía mucho, según creo —dijo con más animación—. Tan joven, pero bastante destacada…, de gran utilidad a ambas partes… Ese fue su oficio… Debió haberse limitado a él. Pero yo me hago cargo de lo que es una tentación… Operar aisladamente y coger una buena presa, —agregó bajito—: Una buena presa.

Poirot asintió.

El señor Atkinson se inclinó hacia delante.

—¿Dónde están, *monsieur* Poirot?

—Yo creo que usted lo sabe.

—Bueno, francamente, sí lo sé. Los bancos son establecimientos muy útiles, ¿no le parece?

Poirot sonrió y el señor Atkinson añadió:

—No tenemos por qué darle más vueltas al asunto, ¿verdad, mi querido amigo? ¿Qué va usted a hacer con ellas?

—He estado esperando.

—¿Esperando qué?

—Digamos… sugerencias.

—Sí, me hago cargo.

—Comprenda que no me pertenecen. Me gustaría hacerle

entrega de ellas a la persona propietaria de ellas. Pero eso, si aprecio la situación correctamente, no es tan sencillo.

—Los gobiernos se encuentran en una posición tan enrevesada… —acertó el señor Atkinson—. Vulnerable, por decirlo así. Y con el petróleo y el acero y el uranio y el cobalto y todo el resto de ello las relaciones extranjeras son una cuestión de la más extrema delicadeza. Lo importante es el poder decir que el gobierno de su majestad, etc., etc., no tiene en absoluto ninguna información al respecto.

—Pero yo no puedo conservar este importante depósito en mi banco indefinidamente.

—Exactamente. Éste es el porqué de haber venido a proponerle que me las debería confiar a mí.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Por qué?

—Puedo darle a usted varias razones excelentes. Estas joyas…, afortunadamente no somos oficiales de la policía y podemos llamar a las cosas por su verdadero nombre, eran incuestionablemente fortuna personal del difunto príncipe Alí Yusuf.

—Tengo entendido que así es.

—Su Alteza las entregó al capitán Robert Rawlinson con ciertas instrucciones. Tenían que sacarse de Ramat, y entregárseme a mí.

—¿Tiene usted prueba de ello?

—Ciertamente.

El señor Atkinson sacó de su bolsillo un sobre entrelargo. Extrajo varios papeles de él. Los puso encima de la mesa a la vista de Poirot.

Poirot se inclinó sobre los papeles y los examinó con el mayor cuidado.

—Parece ser como usted dice.

—Bueno, en ese caso…

—¿Le importaría que le hiciera una pregunta?

—De ninguna manera.

—¿Qué fruto es el que saca usted personalmente de todo esto?

El señor Atkinson pareció sorprenderse.

—Mi querido amigo… dinero. Dinero, desde luego. Una enorme cantidad de dinero.

Poirot le miró pensativamente.

—Es un tráfico muy antiguo —explicó el señor Atkinson—. Y

muy lucrativo. Estamos una gran cantidad de ellos, una red extendida por todo el globo. Somos, ¿cómo diría?, los que disponemos todo entre bastidores. Para reyes, para presidentes, para políticos, para todos aquellos, en una palabra, sobre quienes, como dijo el poeta, cae de lleno la implacable luz del sol de mediodía. Cooperamos unos con otros y tenga en cuenta esto: nos conservamos la fe recíprocamente. Nuestros beneficios son cuantiosos, pero procedemos con honradez. Nuestros servicios son onerosos pero servimos satisfactoriamente.

—Ya veo —dijo Poirot—. ¡*Eh bien*! Accedo a lo que me pide. Puedo asegurarle que esta decisión contentará a todos ellos.

Los ojos del señor Atkinson se fijaron durante un instante en la carta del coronel Pikeaway que estaba colocada a mano derecha de Poirot.

—Pero, espere un momento —advirtió Poirot—. Yo soy humano. Tengo curiosidad. ¿Qué va a hacer con estas joyas?

El señor Atkinson le miró. Luego en su amplia faz amarillenta se replegó una sonrisa, y se inclinó hacia delante.

—Se lo voy a decir.

Se lo contó.

2

Los niños estaban jugando calle arriba y calle abajo. Sus broncos chillidos henchían la atmósfera. El señor Atkinson, al apearse pesadamente de su «Rolls», fue cañoneado por uno de ellos. El señor Atkinson apartó al pequeño con un movimiento nada severo de su mano y se fijó con más o menos detenimiento en el número de la casa.

El 15. Ese era. Empujó la pequeña verja de la entrada y subió los tres peldaños que daban acceso a la puerta principal. Observó que colgaban primorosos visillos detrás de las ventanas y que estaba muy bien lustrado el aldabón de bronce. Una casita casi insignificante en una callecita insignificante de una insignificante parte de Londres, pero estaba bien cuidada y parecía como si tuviera consciencia de su propia estimación.

Se abrió la puerta. Una joven de unos veinticinco años de agradable aspecto, con un estilo de serena belleza como un cromo de la tapa de una cajita de bombones, le dio la bienvenida con una sonrisa.

—¿El señor Atkinson? Pase.

Le condujo a la salita. Un aparato de televisión, cretonas imitando dibujos de la época de los Estuardo y una pequeña pianola contra una pared. Ella tenía puesta una falda oscura y un jersey de color gris.

—¿Tomará una taza de té? Tengo en el fuego puesta agua a hervir.

—No, gracias. Nunca bebo té. Y además, voy a estar aquí nada más que un ratito. He venido solamente para traerle lo que le dije por escrito.

—¿De Alí?

—Sí.

—No hay…, ¿no podría haber ninguna esperanza? Me refiero a que si es un hecho que lo mataron. ¿No podría tratarse de un error?

—Me temo que no fuera ningún error —repuso suavemente el señor Atkinson.

—No, no; supongo que no. De todos modos yo nunca esperé… Cuando él regresó a su país tuve el presentimiento de que ya jamás lo volvería a ver. No quiero decir que creyera que lo iban a matar o que iba a haber una revolución allí. Sólo que…, bueno, ya sabe usted… Él habría tenido que continuar, cumplir con sus deberes…, lo que se esperaba de él. Casarse con una mujer de su propio pueblo… Todo eso.

El señor Atkinson sacó un paquetito y lo puso encima de la mesa.

—Ábralo, por favor.

Lo estuvo palpando un poco con los dedos, rasgó la envoltura exterior y entonces abrió la funda.

Ella contuvo la respiración ansiosamente.

Rojas, azules, verdes, blancas, todas centelleantes como el fuego, con vida propia… Parecían transformar el pequeño cuartito tan sombrío en la cueva de Aladino…

El señor Atkinson la observaba. Había visto tantas mujeres contemplando joyas…

Al final dijo con voz desalentada:

—¿Son…? ¿Es posible que sean… *legítimas*?

—Son legítimas.

—Pero deben valer… Deben valer…

Su imaginación falló.

El señor Atkinson hizo un breve movimiento de cabeza.

—Si desea venderlas, puede probablemente sacar medio millón de libras por ellas…

—No…, no es posible.

De repente las abarcó todas ellas en su mano ahuecada y las empaquetó de nuevo con dedos temblorosos.

—Estoy atemorizada —manifestó—. Me amedrentan. ¿Qué voy a hacer con ellas?

La puerta se abrió con gran estrépito. Un niño pequeño se precipitó en el interior.

—Mamaíta, fíjate qué tanque más bonito. Es de Billy que…

Se detuvo mirando fijamente al señor Atkinson. Era un niño de ojos oscuros y de piel verde oliva.

Su madre le ordenó:

—Vete a la cocina, Allen; allí tienes tu merienda preparada. Leche, galletas y un buen trozo de bizcocho también.

—¡Ah, bueno! —se marchó ruidosamente.

—¿Le ha puesto usted Allen? —preguntó el señor Atkinson.

Ella se sonrojó.

—Era el nombre más parecido al de Alí. No podría llamarle Alí… Hubiera sido muy penoso para él. Y los vecinos y todo el mundo…

Ella prosiguió, ensombreciéndose notoriamente su cara de nuevo.

—¿Qué debo hacer?

—En primer lugar, ¿tiene usted su certificado de matrimonio? Habrá de acreditar ser usted la persona que dice que es.

Ella se le quedó mirando fijamente durante un instante, y después se dirigió hacia un pequeño *bureau*. De uno de los cajones sacó un sobre, y de él extrajo un papel que le presentó.

—¡Ajá!… Sí… Del Registro Civil de Edmondstow. Alí Yusuf, estudiante… Alice Calder…, soltera… Sí, todo en orden.

—Es perfectamente legal… Tan válido como cualquier otro y

nadie pensó en quién era él. Hay tantos de estos musulmanes entre los estudiantes extranjeros, ¿sabe? Nosotros sabíamos que lo nuestro no iba a llegar muy lejos. Él era musulmán y podía tener más de una esposa, y comprendía que tenía que volver precisamente para eso. Hablamos de ello. Pero Allen ya estaba de camino, ¿sabe usted?, y él dijo que esto sería lo más conveniente para el niño. Nos casamos debidamente en este país para que Allen naciera legítimo. Fue lo mejor que pudo hacer conmigo. Me quería de veras, ¿sabe usted? Me quería, sí…

—Sí —dijo el señor Atkinson—. Estoy seguro de que la quería mucho.

Prosiguió animadamente:

—Ahora supongamos que se pone usted en mis manos. Yo me encargaré de la venta de estas piedras. Y le dejaré la dirección de un abogado, un gran jurista merecedor de la más absoluta confianza. Le aconsejará, supongo, que coloque la mayor parte del dinero en acciones. También habrá otras cosas que considerar, como la educación de su hijo, y una nueva vida para usted. Usted necesita ciertas informaciones y ciertas guías sociales. Usted va a ser una mujer inmensamente rica, y le será muy difícil deshacerse de todos los tiburones, embaucadores y demás gentes de esa ralea que le acosarán con la pretensión de sorprender su buena fe. Su vida no va a ser fácil, excepto en el sentido estrictamente material. Los ricos no tienen una existencia tranquila, se lo puedo asegurar… He conocido demasiados de ellos para hacerme esa ilusión. Pero usted tiene carácter. Creo que conseguirá vencerles. Y este niño suyo puede que llegue a ser un hombre más feliz de lo que fue su padre.

Hizo una pausa.

—¿No está conmigo?

—Sí. Lléveselas —las acercó hacia él, y dijo entonces de repente —. Esa colegiala…, la que las encontró… Me gustaría que se quedara con una de ellas. ¿Cuál? ¿Qué color le parece a usted que le gustaría más?

El señor Atkinson reflexionó:

—Una esmeralda, creo yo, verde, como el misterio. Una bonita idea suya. Para ella será conmovedor.

Se puso en pie.

—Le cobraré mis servicios, ¿sabe? —puntualizó el señor

Atkinson—. Y mis honorarios son muy elevados. Pero no la engañaré.

Ella le dedicó una discreta mirada.

—No, no creo que lo haga. Y necesito una persona entendida en los negocios, porque yo no los entiendo nada.

—Usted parece una mujer muy sensata, si me está permitido decirlo. Ahora bien, ¿me las voy a llevar todas? ¿Es que no desea quedarse siquiera con una?

La observó con curiosidad, descubriendo una súbita llama vacilante de excitación, de deseo vehemente, de codicia en sus ojos. Después la llama se extinguió.

—No —decidió Alice—. No quiero conservar ni una siquiera —sus mejillas se arrebolaron—. ¡Oh!, aseguraría que va a parecerle una tontería a usted que no me quede ni siquiera con un gran rubí o una esmeralda, aunque sólo sea de recuerdo, pero verá, él y yo… Él era musulmán, pero le gustaba que le leyera algunos versículos de la Biblia de cuando en cuando… y una vez comentamos aquel pasaje referente a una mujer cuyo precio estaba por encima de todos los rubíes de la Tierra. Y, por eso, no quiero tener joya alguna. No, no me hacen falta.

—Una mujer excepcional —dijo para sí el señor Atkinson, mientras bajaba encaminándose hacia el «Rolls» que le estaba esperando.

Repitió para sus adentros:

—Una mujer excepcional.

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 — Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y *Miss* Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados *honoris causa* y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.

Notas

[1] Distrito telefónico de Londres. (*N. del T.*) <<

[2] *Bull* traducido al español significa «toro». *Bully* quiere decir: espadachín, camorrista, matón, matasiete (familiarmente, magnífico, excelente). Amedrentar, fanfarronear. (*Nota del traductor*.) <<

[3] *Springer*, en ingles, significa «saltador», «brincador». (*Nota del traductor*.) < <

[4] Juego afín al tenis que se inició en Harrow (Inglaterra) hacia el 1850; se juega con una pelota hueca de goma negra. (*Nota del traductor*.) <<

[5] Es un juego de pelota originado entre los indios de Norteamérica, durante mucho tiempo el deporte al aire libre más popular del Canadá. Ahora se practica también en Inglaterra, Irlanda, Australia y Estados Unidos. Se juega normalmente en un campo de 70 a 85 yardas de ancho por 110 de largo.

Requiere doce jugadores a cada lado de los bandos. Todos ellos llevan una raqueta de mango largo llamada *crosse*, con la cual se coge, impulsa y lanza la pelota, que no está permitido tocar con la mano. La finalidad del juego consiste en hacer entrar la pelota en la meta enemiga. (*N. del T.*) < <

[6] C.I.D.: abreviatura de «Criminal Investigation Department», o sea: Departamento de Investigación Criminal. (*Nota del traductor*.) <<

[7] *Cream* significa nata; la del condado de Devon tiene gran renombre en toda Inglaterra. (*N. del T.*) < <

[8] Calle de Londres, renombrada por los médicos eminentes que en ella tienen su consulta (*N. del T.*) <<

[9] David Livingstone fue un famoso explorador y propagandista religioso que se había adentrado en el corazón del África desconocida sin que durante tres años se supiera nada de él. H.M. Stanley que después llegó a ser un gran explorador también, pero que a la sazón era un periodista que trabajaba para el *New York Herald*, fue enviado con la aparentemente imposible misión de dar con él. Stanley nos relata su encuentro con el doctor Livingstone:

»Me abrí pasó a empellones entre la muchedumbre, avanzando a través de las filas de gentes hasta llegar frente al grupo de africanos donde se hallaba en pie el hombre blanco de barba gris. Experimenté el deseo de correr hacia él, pero me acobardé en presencia de tal multitud; quise rodearle con mis brazos, pero como se trataba de un inglés, yo no me figuraba cómo me recibiría; así que hice lo que la pusilanimidad y el necio orgullo me sugirieron. Me aproximé a él y le dije: “El doctor Livingstone, supongo”». (*N. del T.*) < <